



LIBRERIA

OBRAS
DEL ILMO.
SR. PORTUGAL

LIBRERIA

ULTIMA PALABRA
DE LA IGLESIA

LIBRERIA



BX 2157
P 6

002540

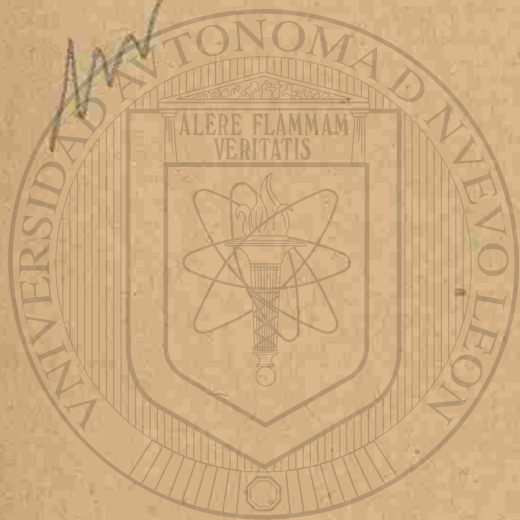


1080016197

EX LIBRIS

HEMETHERI VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis



OBRAS

DEL

ILMO. Y RMO. SR. OBISPO DEL SALTILLO

D. JOSÉ MARÍA DE JESÚS PORTUGAL

X

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





ÚLTIMA PALABRA

DE

LA IGLESIA

EN EL SIGLO XIX

Y CANTO PRIMERO DE SU AMOR EN EL XX

Ó SEA

El Sacratísimo Corazón de Jesús

POR EL

ILMO. Y RMO. SR. OBISPO DEL SALTILLO

D. JOSÉ M.^a DE JESÚS PORTUGAL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Meca Valtierra y Tolosa

MADRID

IMP. DE SAN FRANCISCO DE SA

Pasaje de la Alhambra

1900

Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

39933

BX2157

PG

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE VALLADOLID
FLAMMAM VERITATIS
M. Sr. Lic. Dn. Vic-
toriano Algüeros en testi-
monio de mi distinguido
aprecio y consideración.

Saltillo, 2 de Sept
1900

El Autor



FONDO PATRIMONIO
VALVERDE Y TELLEZ



PRÓLOGO

La Iglesia católica, al despedirse del siglo XIX, consagra el mundo entero al sacratísimo Corazón de Jesús; y exhalando un suspiro de amor y de ternura, dirige á su divino Esposo estas palabras:—Soy tuya, y lo quiero ser para siempre, y á fin de unirme más y más contigo, consagro á tu santísimo Corazón todo mi afecto. Sed Rey, no solamente de los fieles que nunca de tí se han apartado, sino también de aquellos que te han abandonado. Sed Rey de los que tiene engañados el error ó separados la discordia. Reinad también sobre los infieles, y del Oriente al Ocaso, del Septentrión al Mediodía, resuenen las alabanzas de tu divino Corazón.

Amor es la última palabra de la Iglesia; amor al sacratísimo Corazón de Jesucristo; sin embargo, esa palabra no morirá con el presente siglo; mas tendrá que oírse en la profundidad de los abismos, como palabra de triunfo, y ha de resonar también, como un himno de gloria, en lo más elevado de los cielos, y llenando el tiempo y el espacio, irá á hundirse en el Corazón de Jesucristo, para vivir en Él eternamente.

002540

El siglo XX la oí á también, antes que otra, en su primer albor; y la Iglesia entonces, con sus hijos reunidos, se postrará ante el Cordero, y entonará un cántico nuevo diciendo: *Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque Tú has sido entregado á la muerte y con tu Sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, de todas las lenguas, de todos los pueblos y naciones.* Los hijos de la Iglesia dirán también con su amorosa Madre: *Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria y la bendición* (1).

Amor al sacratísimo Corazón de Jesús, al soberano Rey del universo; tal es la palabra que queremos escribir en este libro, que cual humildísima ofrenda de ternura, presentamos al divino Redentor de los hombres, en las manos de su santa Madre la purísima Virgen María. Que el Hijo y la Madre lo acepten con agrado, y sirva á la mayor gloria de Dios y á la salvación de las almas. Este es el más ardiente deseo que nos anima.

(1) V, 8-12.



CAPÍTULO PRIMERO

Busquemos á Jesús.

I

UN atractivo misterioso y santo, una oculta virtud hácenos buscar continuamente los manantiales de la vida en Dios nuestro Señor; y es que todos sentimos que no hay en nosotros virtud propia que pueda sostener nuestra existencia. Sólo Dios, Ser de los seres, es la vida por sí mismo, y en Él está su infinita dicha. En nosotros, el hombre exterior se va corrompiendo, desmoronando; y por esto necesitamos renovarle de día en día según la imagen del que le envió (1).

Si contemplamos la hermosura de los cielos, y su espléndida y serena luz, y la multitud incontable de sus astros, podremos conocer en algún modo la grandeza del Eterno, que al

(1) II Cor., IV, 16; Colos., III, 10.

El siglo XX la oí á también, antes que otra, en su primer albor; y la Iglesia entonces, con sus hijos reunidos, se postrará ante el Cordero, y entonará un cántico nuevo diciendo: *Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque Tú has sido entregado á la muerte y con tu Sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, de todas las lenguas, de todos los pueblos y naciones.* Los hijos de la Iglesia dirán también con su amorosa Madre: *Digno es el Cordero, que ha sido sacrificado, de recibir el poder, y la divinidad, y la sabiduría, y la fortaleza, y el honor, y la gloria y la bendición* (1).

Amor al sacratísimo Corazón de Jesús, al soberano Rey del universo; tal es la palabra que queremos escribir en este libro, que cual humildísima ofrenda de ternura, presentamos al divino Redentor de los hombres, en las manos de su santa Madre la purísima Virgen María. Que el Hijo y la Madre lo acepten con agrado, y sirva á la mayor gloria de Dios y á la salvación de las almas. Este es el más ardiente deseo que nos anima.

(1) V, 8-12.



CAPÍTULO PRIMERO

Busquemos á Jesús.

I

UN atractivo misterioso y santo, una oculta virtud hácenos buscar continuamente los manantiales de la vida en Dios nuestro Señor; y es que todos sentimos que no hay en nosotros virtud propia que pueda sostener nuestra existencia. Sólo Dios, Ser de los seres, es la vida por sí mismo, y en Él está su infinita dicha. En nosotros, el hombre exterior se va corrompiendo, desmoronando; y por esto necesitamos renovarle de día en día según la imagen del que le envió (1).

Si contemplamos la hermosura de los cielos, y su espléndida y serena luz, y la multitud incontable de sus astros, podremos conocer en algún modo la grandeza del Eterno, que al

(1) II Cor., IV, 16; Colos., III, 10.

pasar por esos cielos, imprimió en ellos su divina huella; y si un instante guardamos silencio, oiremos tal vez las armonías de las esferas celestes que cantan á una la gloria del Señor. Y ¿dónde está ese altísimo Dios que venimos buscando en la belleza del mundo visible?—Pasad de nosotros—nos dicen los cielos—y elevad cuanto podáis vuestras miradas, porque Él se halla á distancia infinita de nosotros.

Contemplemos un instante las innumerables y espléndidas falanges de los espíritus celestiales. ¡Cuánta es su belleza, y cómo rebosan en gracia y bondad! Sin embargo, no son la vida, no son la luz que existe por sí misma, ni fuente de increada belleza, ni origen de la gracia.

Sobre todos esos purísimos espíritus, y más allá del primero de los serafines, brilla la que es perfectísima entre todas las criaturas del Señor, la purísima Virgen María, de quien dijo el Angel de la Escuela, que por lo mismo que es Madre de Dios, tiene cierta dignidad infinita del bien infinito, que es Dios; y que bajo este concepto no hay criatura alguna que pueda ser mejor que Ella, como nada puede ser mejor que Dios (1). ¡Cuán pura y hermosa, cuán santa y amable es María! Su celestial y purísima belleza hizo exclamar al gran San Agustín en estas expresiones: *Si formam Dei te appellem digna existis*. ¡Qué luz tan suave será la del rostro de María, y cuántas gracias brillarán en él, cuando

(1) P. I. Q., XXV; A. IV; Ad. IV.

así le podemos comparar con el semblante perfectísimo de Dios! Y sin embargo, la pureza y las gracias de María se hallan á una distancia infinita de las gracias y pureza de Jesús, Hijo del Eterno, y un sólo Dios con su divino Padre.

El Hijo de Dios está rodeado de luz inaccesible. Él es la luz increada, y nuestros débiles ojos no pueden contemplarle en el seno de su Padre, donde siempre vive; por esto de nuevo contemplemos el rostro de María; pues Ella es, según la expresión de Bossuet, como Jesucristo comenzado; y preguntemos á la dulce Madre por su Hijo, á quien venimos buscando en todas partes.

Jesús ha morado en el seno de María, ha descansado en sus benditos brazos. El seno de María, santuario del Eterno donde tuvo lugar la Encarnación; los brazos de María, reclinatorio misterioso y santo donde descansó Jesús, y trono de su bondad y misericordia; he allí donde tenemos que buscar á nuestro amado.

La Encarnación. Lo que una vez tomó el Señor jamás lo dejará; es Dios y Hombre verdadero y nunca dejará de serlo. Su santa humanidad, su carne inmaculada le acercan á nosotros; y dondequiera que hallemos esa carne inmaculada, allí tendremos al Hijo de Dios, al objeto de todo nuestro amor, Aquel á quien buscamos.

Montoncito de trigo, cercado de azucenas, Jesús en el seno de María. Busquémosle en ese santuario donde quiere encerrarse por nosotros;

mas ¿qué hacer para encontrarle? Ese purísimo seno es un huerto cerrado, una fuente sellada con el sello de la divina Trinidad. Que la fe preceda nuestros pasos, y que nunca la humildad nos abandone.

“El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y por esto lo santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios... He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra. El Verbo de Dios se hizo carne y habitó entre nosotros... He allí á Jesús en el seno de María; el Hijo de Dios, el resplandor de la gloria del Padre, el Santo de los santos, El Eterno, El que es infinitamente grande por su misma esencia, se ha vestido de nuestra humilde carne, es nuestro hermano; el amor le ha acercado á nosotros, y el amor que le tenemos nos lleva hacia Él. Adorémosle, humillándonos en su presencia hasta el fondo del abismo de la nada que somos; amémosle con ternura inmensa, con un corazón todo de fuego.

Son admirables, son incomprensibles las humillaciones del Hijo de Dios en el seno inmaculado de María, y ellas le envuelven como en densas nubes y le ocultan á nuestras miradas. “Puso en las tinieblas su asiento, sirviéndole de pabellón, que le cubría por todas partes; quedóse oculto en Tabernáculo sagrado,, (1); sin embargo de esto, sigámosle buscando sin dejar

(1) Psalm. XVII, 12

que la fe nos abandone. “¿Crees en el Hijo de Dios?,, —preguntó Jesucristo al ciego de nacimiento, á quien ya había dado la vista. Y éste contestó: “Creo, Señor,, (1). Si á nosotros alguno nos pregunta:—¿Creéis en las humillaciones de Jesucristo?—Le contestaremos:—Sí creemos, porque Él es Omnipotente, y su ternura para con nosotros es amorosísima y llena de bondad; y por esto le bendecimos y adoramos en el momento de su Encarnación, en el purísimo seno de María. En ese seno el Hijo de Dios se humilló, se anonadó por nosotros; mas nada perdió de su grandeza infinita. He allí el poder soberano de su amor, la difusión más dulce de su benignidad hacia los hombres.

¡Oh, cuánta es la suavidad en que rebosan nuestras almas al pensar en esto! Nuestros ojos están humedecidos con el llanto y el corazón desahoga sus afectos con una ternura indecible. Nos acordamos de estas palabras de la Esposa: “¡Quién me diese, hermano mío, el verte fuera del seno de mi Madre, y el poder besar tus manos y tus pies, tu faz divina! Te tomaría en mis brazos y te llevaría á la casa de mi madre; allí me enseñarías, y yo te daría á beber del vino compuesto y del nuevo licor de mis granados,, (2).

(1) Joann., IX, 35-38.

(2) Cant., VIII, 1-2.

II

Sigamos buscando á nuestro Amado. El Niño que llevó María en su seno descansó después en sus brazos. La luz del semblante de ese Niño se refleja en el semblante de María, y Ella nos le hace conocer. Es Ella la gloria de las vírgenes, su Reina y corona; y por esto no había de llevar entre sus brazos sino á la flor del campo, á la azucena de los valles, al Hijo de Dios, la Sabiduría del Padre, la que jamás ha entrado en alma manchada. De esta suerte, la virginal pureza de María nos viene descubriendo la divinidad de Jesucristo. "Á esta purísima Virgen no convenía dar á luz—nos dice San Bernardo—sino á Dios,, (1).

Buscad al Señor—nos dijo David,—buscad siempre su rostro,, (2), y nos acercamos á María para ver entre sus brazos al divino Niño. Si Él duerme, no le despertemos; permanezcamos en silencio, contemplando sus divinas gracias y adorándole con todo nuestro afecto, y si está despierto, pidámosle una sonrisa de amor, una mirada llena de ternura. Y ¿qué sería de nosotros si la santa Madre se dignara ponerlo en nuestros brazos, como lo ha llegado á hacer con algunos de sus hijos muy queridos? Moriríamos de amor y de ternura, pues tendríamos

(1) Hom. III; Sup. Missus, est.

(2) Psalm. CIV, 4.

con nosotros á Jesús; y antes de expirar, exclamaríamos con el Rey Profeta: "¿Qué cosa puedo apetecer del cielo, ni qué he de desear sobre la tierra fuera de ti, oh Dios mío? Mi carne y mi corazón desfallecen, oh Dios de mi corazón, Dios que eres mi herencia por toda la eternidad,, (1). Y con la Esposa: "He hallado al que ama mi alma; le tengo entre mis brazos, jamás le dejaré,, (2).

¿Por qué hemos de buscar sin descanso el rostro de Jesús? Porque escrito está: "Crecamos en Cristo, que es nuestra cabeza, de quien todo el cuerpo de los fieles, trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección, mediante la caridad,, (3).

Preciso es buscar á nuestro Amado sin descanso, á fin de vivir con Él eternamente, y sin duda cada uno de nosotros tendrá que decir como San Pablo: "No lo he alcanzado todo ni he llegado á la perfección; pero sigo mi carrera por ver si alcanzo aquello para lo cual fui destinado por Jesucristo. Yo no pienso haber tocado el fin de mi carrera. Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás y atendiendo sólo á las de adelante, ir corriendo hacia el blanco

(1) Psalm. LXXII, 25-26.

(2) Cant., III, 4.

(3) Ephes., IV, 15-16.

que se me ha propuesto para ganar el premio á que llama Dios desde lo alto por Jesucristo... Tengamos los mismos sentimientos y perseveremos en la misma regla, (1).

Aún hay más: el amor que nos lleva en busca de Jesús, en vez de fatigarse caminando, á cada instante siente nuevo esfuerzo, más poderosa virtud, consuelos y delicias que van siempre en aumento, y es que el espíritu de Dios, lleno de suavidad y de dulzura, nos lleva en sus alas, pasándonos de claridad en claridad, y cuanto más adelantamos en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo y en los misterios de su divino Corazón, la luz que recibimos de los cielos es más hermosa y brillante, y los sentimientos que inundan nuestras almas son más dulces, más llenos de piedad y de ternura. La inteligencia descubre en el conocimiento de Jesús una grandeza, una hermosura que la arrebató y encanta, y el corazón, enardecido, abrasado en amorosa llama de santa caridad, suspira por su Amado y le envía con ternura indecible todos sus afectos. Le busca en todas partes, á todos pregunta por Él; olvida las criaturas y sólo halla fastidio y amargura en lo que no es Jesús. ¿Cómo pedirle á nuestro corazón que deje de buscar al buen Jesús cuando Él es el objeto de todos sus amores, sus delicias purísimas y santas, y la vida que le anima? Ese corazón, que desolado va corriendo en

(1) Filip., III, 12-16.

pos del dulcísimo Jesús, tiene que exclamar á cada instante:—Quedaré satisfecho, gozaré de paz y de quietud imperturbables cuando aparezca tu gloria, cuando te tenga conmigo y cuando para mí no exista peligro ninguno de perderte; mas entretanto seguiré tus pisadas y habré de buscarte en todas partes: *Quaeram quem diligit anima mea.*



CAPÍTULO II

El nos previene con su santa gracia.

BUSCARÉ á mi amado. Estas expresiones de los libros santos que descubren el vivo deseo, el ardiente suspiro de quien ama á su Dios, también nos revelan la incomparable dicha en que rebosa aquella alma al ocuparse en su Amado. Mas todo esto no viene de ella misma como de causa primera; Dios la previene con la luz de su conocimiento y sabe atraerla con inmensa dulzura, con los encantos de su amor. Él es quien la busca, y si así no fuera, jamás el alma buscaría á su Dios; Él es quien la previene, y sin tal prevención, ni un solo paso llegaría el alma á caminar por las sendas del Señor.

Para acercarnos á Dios es indispensable creer en Él; mas la fe es un don de Dios. He aquí la doctrina de la Iglesia sobre este punto:

“Para entender con rectitud y sinceridad la doctrina de la justificación, es necesario que todos conozcan y confiesen que habiendo perdido todos los hombres la inocencia en la prevaricación de Adán, hechos inmundos, y como dice el Apóstol, hijos de ira por naturaleza, en tanto grado eran esclavos del pecado y estaban bajo el imperio del demonio y de la muerte que, no sólo los gentiles por la fuerza de la naturaleza, mas ni los judíos por la misma letra de la ley de Moisés, podrian levantarse ó lograr su libertad... El Padre celestial, Padre de misericordia y Dios de todo consuelo, envió á los hombres, cuando llegó la plenitud de los tiempos, á Jesucristo, su Hijo, para que redimiese á los judíos que vivían en la ley y á los gentiles, á fin de que lograsen la santidad á que no aspiraban y todos recibiesen la adopción de hijos. Propuso Dios á Jesucristo por reconciliador de nuestros pecados, mediante la fe en su Pasión, y no sólo de nuestros pecados, sino de los de todo el mundo... Por este beneficio nos exhorta el Apóstol á dar siempre gracias al Padre, que nos hizo dignos de participar de la suerte de los santos, iluminándonos con la luz del Evangelio; que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y trasladado al reino de su Hijo muy querido, por cuya Sangre hemos sido rescatados y hemos recibido la remisión de los pecados,, (1).

(1) Coloss., I, 12-14.

En los adultos, el principio de la justificación se debe tomar de la gracia divina que se les anticipa por Jesucristo; esto es, de su llamamiento, por el que son llamados sin mérito ninguno suyo, de suerte que los que eran enemigos de Dios por sus pecados, se dispongan por la gracia, que les excita y ayuda, á convertirse á su propia justificación, asistiendo y cooperando libremente á la misma gracia; de suerte que tocando Dios el corazón del hombre por la iluminación del Espíritu Santo, el mismo hombre deje de obrar alguna cosa admitiendo aquella inspiración, pues puede desecharla y, sin embargo, puede moverse sin la gracia divina á la justificación por sólo su libre voluntad.

Dispónese el hombre para la justificación cuando, movido y ayudado por la gracia divina y concibiendo la fe por el oído, se inclina libremente á Dios, creyendo ser verdad lo que sobrenaturalmente ha revelado y prometido (1).

Dícenos también la Iglesia que si alguno dijere que el hombre, sin que se le anticipe la inspiración del Espíritu Santo y sin su auxilio, puede creer, esperar, amar ó arrepentirse como conviene para que se le confiera la gracia de la justificación, sea excomulgado (2).

Esta gran miseria, la imposibilidad de hacer alguna cosa sin el auxilio de Dios, hállase consignada en los Libros santos: "Ninguno—dice

(1) Conc. Trid., ses. VI. Traduc. de Ayala.

(2) Idem.

el divino Maestro—puede venir á Mí si no lo trae el Padre que me envió,, (1). "Se os ha dado por Jesucristo—decía el Apóstol,—no sólo que creáis en Él, sino también que por Él padezcáis,, (2).

"La fe es causada en nosotros por la gracia; ésta nos mueve—dice el gran Santo Tomás—hacia el último fin, y el movimiento que nos imprime es voluntario; mas no puede ser voluntario si no es que se ha conocido; es, por lo mismo indispensable que tal conocimiento se nos dé para que obremos voluntariamente, conocimiento que no puede ser de manifiesta visión en el presente estado, y por esto debe tenerse por medio de la fe.

El modo del conocimiento sigue al de la naturaleza del ser que conoce, y por esto, siendo diversas las naturalezas del ángel y del hombre, el modo de su conocimiento es también diverso. Para que el hombre consiga su último fin, se le da sobre su propia naturaleza una perfección que es la gracia. Es, pues, necesario que sobre su conocimiento natural se le dé otro que exceda á su razón natural, y éste es el de la fe, que se refiere á las cosas que no se ven con la razón natural.

Cuando algún agente eleva con su movimiento al ser que mueve, éste se sujeta á las impresiones del primero; mas con el auxilio de

(1) Joann., VI, 44.

(2) Philip. I, 29.

la gracia, somos dirigidos y elevados hacia el último fin, que es la clara visión de la primera verdad en sí misma. Es por lo mismo necesario que el entendimiento del hombre, antes de alcanzar ese fin, se sujete á Dios por medio de la fe que le suministra la divina gracia. Por esto dice el Apóstol: "Por la gracia habéis sido salvados por medio de la fe, y esto no viene de vosotros, siendo como es un don de Dios; tampoco en virtud de vuestras obras, para que nadie pueda gloriarse, porque somos hechura suya, criados en Jesucristo para obras buenas, preparadas por Dios para que nos ejercitemos en ellas (1).

II

No solamente necesita el hombre que Dios le prevenga con el precioso don de la fe, sino también le es indispensable que lo auxilie con la esperanza que nos hace suspirar por Él. "Del amor que el hombre se tiene á sí mismo—dice el angélico maestro—proviene el que tiene á su prójimo, según que ve á su amigo como á sí mismo, y se ama á sí mismo en cuanto quiere su propio bien, y al prójimo según que quiere el bien de éste. Por su propio amor se inclina al bien del prójimo, y en cuanto el hombre espera de otro algún bien, se inclina á amarlo; y esto, por la gracia que nos hace agradables

(1) Ephes., II, 8-10. D. Thom. lib. III, cap. 152.

al Señor, se produce en nosotros el amor divino, y por ella, asimismo, ponemos en Dios nuestra esperanza. „ Ahora bien; la amistad verdadera trae consigo bienes inmensos, según que el amigo socorre á su amigo como á sí mismo; y por esto, quien conoce que es amado, tiene esperanza en su amigo; más por gracia el hombre ama á su Dios según el afecto de la caridad, y la fe le instruye que Dios le ame, según estas palabras: "En esto conocemos la caridad de Dios, que no es porque nosotros hallamos amado á Dios, sino que Él nos amó primero á nosotros, (1). Síguese de aquí que, por el don de la gracia, el hombre pone su esperanza en el Señor, y así como la esperanza es la preparación para el verdadero amor de Dios, así también por este amor se confirma en el hombre la esperanza.

Quien ama, desea unirse á su amado; ya que por la gracia ama á Dios, también por ella tiene el deseo de unirse con su Majestad, en cuanto es posible. La fe, que es causada por la gracia, declara la posibilidad de tal unión en un perfecto gozo, en lo que consiste la felicidad. El deseo de ese gozo síguese, pues, del amor de Dios; mas el deseo molesta y atormenta si no es que hay esperanza de satisfacerlo. Por esto fué conveniente en los hombres en quienes el amor de Dios y la fe son causados por la gracia, sea producida en ellos tam-

(1) Joann., IV, 10.

bién por la gracia la esperanza de conseguir la vida eterna.

Si al dirigirnos al fin que deseamos se nos presenta alguna dificultad, nos sirve de consuelo la esperanza de conseguirlo. Nosotros caminamos á la felicidad eterna, fin de todos los deseos, y en nuestro camino tenemos que encontrar grandes y múltiples dificultades; y para que podamos caminar con ligereza y alegría, nos es necesaria la esperanza de llegar al fin que nos hemos propuesto. Si éste nos fuese imposible, no nos moveríamos hacia él, mas la gracia nos da la esperanza. “¡Bendito sea, pues, el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que por su gran misericordia nos ha regenerado con esa viva esperanza... para alcanzar una herencia incorruptible, que no puede contaminarse y que es inmarcescible, reservada en los cielos!” (1).

Si nos proviene con la fe y la esperanza, también derrama en nosotros su amor divino “La gracia que nos hace agradables á los ojos de Dios—dice también Santo Tomás—es efecto de su amor, que á nuestra vez nos hace amarlo. En efecto; lo que intenta el amante, antes que otra cosa, es el ser amado de aquel á quien ama; por esto lo atrae á su amor, y si no lo consigue, queda disuelta la amistad.”

En las cosas que tienen un mismo fin, existe la unión que las ordena á él; de esta mane-

(1) I Petr., I, 3-4. D. Th. Cit., cap. 153.

ra los ciudadanos se unen para conseguir el bien de la República, y los soldados en el combate para alcanzar la victoria. El último fin que el hombre consigue con el auxilio de la gracia, es la clara visión de la esencia de Dios, que es propia del mismo Dios, que se digna comunicarlo al hombre; éste, por lo mismo, no llegará á conseguirlo sino uniéndose á Dios por la conformidad y voluntad, efecto propio del amor, ya que los amigos tienen el mismo querer y no querer, los mismos gozos é idénticos pesares. La gracia, pues, que dirige al hombre hacia el fin, causa en el mismo hombre el amor de Dios.

La gracia perfecciona el afecto del hombre y la perfección principal de ese afecto es el amor, porque nadie desea, goza ó espera, sino por el bien amado, y nadie teme, ó se contrista ó se irrita, sino por aquello que contraría al bien que ama. Efecto, pues, de la gracia, es que el hombre ame á su Dios. “La caridad—decía el Apóstol—ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado.” (1).

Preciso es reconocer nuestra gran miseria, confesar que es extremada nuestra pobreza. No podemos acercarnos al Señor si no nos previene con su gracia, ni creer, ni esperar en Él, ni amarle si Él no nos llama, si no nos da la fe, la esperanza y el amor. Este conocimien-

(1) Rom., V, 5. D. Th. cap. 151.

to, la confesión de nuestra impotencia, de la nada que somos, debe producir en nuestras almas, mediante la divina gracia, una humildad muy profunda. ¿De qué se ensoberbecen el polvo y la ceniza? ¿Qué tenemos que no hallamos recibido, ó si lo hemos recibido, de qué nos gloriamos como si no hubiésemos recibido? Esta humildad no nos confunde para el desaliento, rinde nuestro corazón y le abre para que entre la verdad y levante su trono y establezca su imperio sobre nosotros; y la verdad es muy amada de Dios y le honra en gran manera. Desde el fondo de nuestra alma levanta su voz para decir: —¡Al Rey de los siglos, inmortales, inmortal é invisible, al sólo Dios, honor y gloria por todos los siglos!—Dios es el autor de todos nuestros bienes; á Él, pues, le corresponden la bendición y la alabanza. Los ha derramado sobre nosotros con liberalidad y profusión; no hay, pues, lugar al desaliento; ni se arrepiente de sus dones, ni aleja de nosotros su mano bienhechora, y todos se nos comunican por el divino Mediador de Dios y de los hombres. ¡Bendita sea la bondad del Eterno!

La humildad, que al reconocer toda su miseria no había dejado que el desaliento viniera á contristarla, excitó en nosotros el reconocimiento más profundo, la más viva y tierna gratitud, haciéndonos pensar en las gracias y favores con que el Señor se había dignado enriquecernos. Ningún mérito teníamos delante de sus ojos; así nos lo decía nuestra pobreza;

nada podíamos sin el auxilio de Dios; Dios por su bondad inmensa nos llamó á su admirable luz, nos regeneró con la esperanza de la vida eterna y nos dió su santo amor. Bendito sea Él mil veces.

“Cuando éramos enemigos de Dios—decía San Pablo—fuimos reconciliados con Él por la muerte de su Hijo; mucho más estando ya reconciliados nos salvará por el mismo Hijo resucitado y vivo; y no sólo eso, sino que también nos gloriamos en Dios por nuestro Señor Jesucristo, por cuyo medio hemos obtenido ahora la reconciliación., (1). Una y otra vez ha resonado en las profundidades del alma el nombre de Jesús, más dulce que la miel, más suave que el panal de miel. A Jesús todo lo debemos y de Él todo lo esperamos; sin Él nada podemos; por esto en la pobreza y en la miseria, en el dolor y en la amargura y en todos nuestros males, á Él recurrimos en busca de socorro, de alivio y consuelo.

Teniendo todo bien en nuestro Jesús amoroso, en su Corazón dulcísimo y amable, nuestras miserias no tendrán que agobiarnos con su peso, y el desaliento no tendrá lugar en nuestro corazón. ¿No es Jesús quién ha dicho: “Venid á mí los que trabajáis y lleváis sobre vuestros hombros una pesada carga, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de

(1) Rom., V, 10-12.

corazón, y hallaréis reposo para vuestras almas, porque mi yugo es suave y ligero mi peso., (1). ¡Qué palabras tan llenas de amor, de esperanza y de dulzura! Mas en ellas hallamos la humildad que alienta y consuela, que tranquiliza nuestras almas, y que al hacernos confesar que nada somos, ponen nuestros ojos en Jesús, en quien está nuestra esperanza; ella nos habla del Padre celestial, y á fin de alentarnos más y más, nos dice que, si no perdonó á su propio Hijo, sino que lo entregó á la muerte por todos nosotros, ¿cómo después de habérselo dado nos negará cualquiera otra cosa? "Del Espíritu Santo, la humildad nos dice que Él es quien ayuda á nuestra flaqueza, pues no sabiendo siquiera qué hemos de pedir en nuestras oraciones, ni cómo conviene hacerlo, el mismo Espíritu Santo hace nuestras peticiones con gemidos que son inexplicables., (2)

El conocimiento y confesión de nuestra miseria, de nuestra pequeñez, sirve admirablemente á la gloria del Señor. San Pablo, hablando de los grandes misterios, de la reprobación de los judíos y de la vocación de los gentiles, exclama: "¡Oh profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, cuán incomprensibles son sus juicios, cuán investigables sus caminos! Porque ¿quién ha conocido los designios del Señor, ó quién fué su consejero, ó

(1) Matth., XI, 28-30.

(2) Rom., VIII.

quién le dió á Él primero alguna cosa para que pretenda ser recompensado? Todas las cosas son de Él, y todas son por Él, y todas existen en Él; á Él sea la gloria por siempre jamás. Amén., (1). Esto es de toda justicia, y cuando bendecimos y alabamos al Señor porque todas las cosas son de Él y por Él y existen en Él, goza nuestro corazón de inefable consuelo, de una dicha muy grande, porque el Señor ha querido derramar sobre nosotros sus abundantes misericordias; nos ha dado la vida, la luz de su conocimiento, su santa gracia, su amor divino, y nos promete la herencia de los cielos; por esto exclamamos con David: "Sea bendito el nombre del Señor desde ahora hasta el fin de los siglos. Desde el Oriente al Ocaso, ese nombre sagrado es digno de toda alabanza. El Señor es excelso sobre todas las gentes y su gloria sobrepaja á los cielos. ¿Quién cómo el Señor Dios nuestro? Él tiene su morada en lo más alto del empíreo, y está cuidando de las criaturas humildes en el cielo y en la tierra. Levanta del polvo de la tierra al desvalido y alza del estiércol al pobre para colocarle entre los Príncipes de su pueblo., (2). He aquí lo que también nos hace alabar y bendecir á nuestro Dios querido; Reina en las alturas, es el grande, y su nombre es glorificado desde el Oriente al Ocaso, del Septentrión al Mediodía, y sin em-

(1) II Cor., XI, 33-35.

(2) Psalm. CXI.

bargo, se digna contemplarlos con amor profundo y nos eleva desde el polvo de la humillación y la miseria, y no descansa hasta sentarnos en el trono de los Príncipes. Esto no lo hará con los soberbios; seamos, pues, humildes y reconozcamos nuestra insignificancia, y Dios reinará en todas las cosas, y Jesús que nos ha reconciliado con su Padre, Jesús por quien todo lo hemos recibido, sea glorificado eternamente.



CAPÍTULO III

Sin Él nada podemos.

I

JESÚS, he allí la vida, la luz, la fuerza de nuestra alma y todo nuestro bien. ¿Qué sería de nosotros sin Él? Si buscamos el socorro en nuestro propio corazón, tendremos que decir con Job que no podemos valernos por nosotros mismos: *Non est auxilium mihi in me* (1); si lo pedimos á los hombres, de nada nos podrá servir. “¿Quién me conducirá á la ciudad fuerte?— decía David. —¿Quién me llevará hasta la Idumea? ¿Quién, sino Tú, oh Dios, que nos habías desamparado? ¿No vendrás Tú, Señor, á la cabeza de nuestros ejércitos? Danos tu socorro en la tribulación, porque es vana la salud que viene del hombre.

(1) VI, 13.

bargo, se digna contemplarlos con amor profundo y nos eleva desde el polvo de la humillación y la miseria, y no descansa hasta sentarnos en el trono de los Príncipes. Esto no lo hará con los soberbios; seamos, pues, humildes y reconozcamos nuestra insignificancia, y Dios reinará en todas las cosas, y Jesús que nos ha reconciliado con su Padre, Jesús por quien todo lo hemos recibido, sea glorificado eternamente.



CAPÍTULO III

Sin Él nada podemos.

I

JESÚS, he allí la vida, la luz, la fuerza de nuestra alma y todo nuestro bien. ¿Qué sería de nosotros sin Él? Si buscamos el socorro en nuestro propio corazón, tendremos que decir con Job que no podemos valernos por nosotros mismos: *Non est auxilium mihi in me* (1); si lo pedimos á los hombres, de nada nos podrá servir. “¿Quién me conducirá á la ciudad fuerte?— decía David. —¿Quién me llevará hasta la Idumea? ¿Quién, sino Tú, oh Dios, que nos habías desamparado? ¿No vendrás Tú, Señor, á la cabeza de nuestros ejércitos? Danos tu socorro en la tribulación, porque es vana la salud que viene del hombre.

(1) VI, 13.

Con Dios haremos proezas y Él aniquilará á nuestros enemigos,, (1). Si Jesús quisiera alejarnos de sí, ¿á quién iríamos? Mas no, que en lugar de querernos alejar nos atrae con sus divinas gracias y previene nuestra voluntad, y nosotros hemos creído y conocido que Él es el Cristo, el Hijo de Dios (2).

Nada podemos sin Jesús. Él nos ha dicho: "Sin mí nada podéis,, (3). Y no sólo esto, ni aun podemos prepararnos á su gracia sin el auxilio divino. "Nadie puede venir á Jesús si no le trajere el Padre que le envió,, (4). "La preparación de la voluntad humana al bien—dice el Angélico Maestro,—es de dos maneras: la primera, se refiere á obrar el bien y á gozar de Dios; lo cual no se verifica sin el don de la gracia habitual, que sea el principio de la obra meritoria. La segunda, se refiere á conseguir el don de esa misma gracia. No es necesario presuponer algún otro don habitual en el alma, porque así se procedería hasta lo infinito, aunque sí debe presuponerse algún auxilio gratuito de Dios, que mueva el alma interiormente ó le inspire el buen propósito. De estos dos modos necesitamos el auxilio divino. Necesitamos del auxilio de Dios como motor; pues como todo agente obra por un fin, á este fin dirige sus afectos; y

(1) Psalm. LIX, 11-14.

(2) Joann., VI, 69-70.

(3) Joann., XV, 5.

(4) Joann., VI, 44.

como según el orden de los agentes, es el de los fines. Es necesario que el hombre se dirija al último por la moción del primer agente, y al fin próximo por la de alguno de los motores inferiores; así el soldado se lanza á la victoria animado por su jefe, y sigue su estandarte impulsado por el movimiento de su capitán; por esto, siendo Dios el primer motor, de su moción procede que todas las cosas se conviertan á Él según la intención del bien. Á los justos los convierte Él á sí mismo como á un fin especial; y siendo la preparación á la gracia como conversión á Dios, el hombre no puede prepararse á recibir esa gracia sino por el auxilio gratuito de Dios, que interiormente le mueve,, (1).

Respecto de la inteligencia, el hombre puede conocer verdades naturales; pero necesita del auxilio de Dios que lo mueva al acto. En cuanto á hacer el bien, dice el Apóstol: "No es del que quiere (el querer), ni del que corre (el correr), sino de Dios, que tiene misericordia,, (2). Y San Agustín dijo también: "Sin la gracia, los hombres no hacen bien alguno, ya pensando, ya queriendo y amando, ya obrando,, (3). Y ya consideremos la naturaleza humana ó en su integridad primitiva, ó en su corrupción por el pecado, siempre necesita del auxilio de Dios

(1) P. 1. 2.^a, Q. CIX, A. VI.

(2) Rom., IX, 16.

(3) *De Correp. et Gratia*, cap. II.

que la mueva para querer ó hacer el bien; pues Dios es el primer motor, mas en el estado de naturaleza íntegra, en cuanto la suficiencia de la virtud operativa, podía el hombre, por sus recursos naturales, querer y obrar el bien proporcionado á su naturaleza, cual es el de la virtud adquirida, mas no el de la infusa. En el estado de naturaleza corrompida, el hombre es deficiente aun en aquello que puede, según su naturaleza, mas no del todo, porque puede obrar algún bien particular; sin embargo, en ambos estados, para obrar el bien, le es indispensable la moción de Dios. "Respecto de la Ley de Dios, el hombre no puede cumplirla sin esa misma moción, la cual es indispensable, tanto en lo esencial del acto como en el modo, esto es, observándolos por la caridad,, (1). En cuanto al pecado, el hombre no puede salir de él sin el auxilio de la gracia, ya en cuanto al don habitual, ya en cuanto á la moción interior de Dios. "El hombre, por el pecado—dice el Angélico Maestro,—sufré tres clases de daños: la mancha, que le priva de la belleza de la gracia; la corrupción del bien natural, pues dejando la voluntad del hombre de estar sometida á Dios, lleva el desorden á toda su naturaleza y el reato de pena, pues pecando mortalmente merece la condenación eterna. Estas tres penas sólo Dios las puede reparar: la belleza de la gracia proviene del resplandor de la divina luz

(1) D. Th. Cit., A. IV

que sólo Dios comunica iluminando el alma por un dón habitual, que es la luz de la gracia. El orden de la naturaleza sólo Dios lo restablece, atrayendo y sometiendo la voluntad del hombre hacia sí. El reato de la pena eterna lo perdona solamente Dios, contra quien se cometió la ofensa, y que es el Juez de los hombres,, (1).

Aquel que es la luz del mundo, el resplandor de la gloria del Padre, Jesucristo, nuestro dulcísimo Señor, es quien derrama en nuestras almas los bellos resplandores de la gracia, Él quien nos ha llamado á su admirable luz; quien le sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Establece su Reino en nuestras almas, y los que en otro tiempo estábamos lejos del Señor, á Él nos hemos acercado por Jesús, de quien hemos recibido la paz y la reconciliación. Él ha sometido á la suya nuestra voluntad, atrayéndola con las suavidades de su gracia y entregándola en manos de su Padre.

Respecto del reato de la pena, dice San Pablo: "Nada hay ahora digno de condenación en aquellos que están en Cristo Jesús, y que no siguen la carne; porque la ley del espíritu de vida, que está en Jesucristo, me ha libertado del pecado y de la muerte; porque lo que era imposible que la ley hiciese estando debilitada por la carne, lo hizo Dios, cuando, habiendo enviado á su Hijo, revestido de una carne semejante á la del pecado, y habiéndose hecho vic-

(1) D. Th., A. VII,

tima por el pecado, le dió muerte al pecado en la carne, á fin de que la justificación de la ley tuviese su cumplimiento en nosotros, que no vivimos conforme á la carne, sino conforme al espíritu, (1).

¿Quién, al reflexionar todo esto, no dirige miradas de amor y de ternura, de grandeza inmensa al buen Jesús, que es todo nuestro bien? ¡Ay de nosotros, si Él no se hubiese dignado bajar de los cielos y hacerse nuestro hermano! Mas Él no quiso que viviésemos en las tinieblas, en los desórdenes de las pasiones y en la muerte del pecado. Bien sabía que sin Él nada podíamos, y por esto se acercó á nosotros, á fin de socorrernos con los tesoros de su gracia, fué tanta su bondad con los necesitados y los pecadores, que llegó á decir: "Los sanos no necesitan de médico, sino los enfermos. No he venido á llamar á los justos á penitencia, sino á los pecadores," (2). El corazón de Jesucristo es la misma dulzura y fuente inagotable de bondad y gracia; por esto nuestra impotencia, nuestras grandes miserias, en vez de alejarle de nosotros nos le acercan. Él es aquel piadosísimo samaritano que, acercándose á un hombre á quien habían robado y cubierto de heridas los ladrones, y que estaba medio muerto, al verle se movió á compasión, vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino; y

(1) Rom., VIII, 1-4.

(2) Luc., V, 32.

subiéndole en su cabalgadura, le condujo al mesón y se ocupó en asistirle (1).

El Hijo de Dios se acercó á nosotros en el Misterio de su Encarnación; mas se dejó ver entre los hombres lleno de benignidad y mansedumbre; vino á evangelizar á los pobres, á curar á los que tienen el corazón contrito, á anunciar libertad á los cautivos, á dar vista á los ciegos, á soltar á los que están oprimidos, á promulgar el año de las misericordias del Señor y el día de la retribución (2). Todo es para nosotros, y todo bondad y misericordia; derrama en nuestras heridas, para sanarlas, el aceite y el vino; las venda, y llevándonos consigo, nos entrega al cuidado de su santa Iglesia, de esa Iglesia que Él fundó para salud de los hombres, y á la cual jamás abandona.

Ni el sacerdote ni el levita hicieron cosa alguna en favor del hombre que cayó en poder de los ladrones. ¿Quién hubiera remediado nuestros males, si para esto el Hijo de Dios no hubiese descendido de los cielos? Mas su bondad infinita le inclinó á nosotros. "Puso Dios en el sol su Tabernáculo—dice David,—y á manera de un esposo que sale de su tálamo, comienza como gigante su carrera; sale de una extremidad del cielo y corre hasta la otra extremidad; ni hay quien pueda esconderse de su calor," (3).

(1) Luc., X, 33-34.

(2) Idem, IV, 18-19.

(3) Psalm. XVIII, 6-7.

La Esposa de los Cantares decía lo siguiente: "Oigo la voz de mi Amado. Vedle cómo viene saltando por los montes y pasando por los collados. Mi Amado se parece al gamo ligero y al cervatillo. Vedle cómo se pone detrás de nuestra pared, cómo mira por las ventanas, cómo está observando por las celosías,, (1).

Hemos pasado de un extremo á otro: cuando sufrimos ó nos hallamos en la miseria, el mundo nos desprecia ó nos ve con suma indiferencia; no se detendrá ni se inclinará á nosotros para socorrernos. ¿Qué tiene que ver con la miseria? Ó ¿cuándo el infortunio le ha llegado á conmover? Si nos hallamos en buenas circunstancias nos sonreirá con agrado; trata de engañarnos, quiere utilizarnos; mas cuando ya nada espere de nosotros nos dará la espalda. Así ha sido el mundo y así será en adelante.

Pongamos ahora los ojos en Jesús: ama á los hombres, y su amor nos lo ha manifestado con las palabras y las obras; he aquí sus palabras: "Al modo que mi Padre me amó, así Yo os he amado. Perseverad en mi amor... Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que Yo os mando. Ya no os llamaré siervos, pues el siervo no sabe lo que hace su amo. Á vosotros he llamado amigos, porque os he hecho saber cuantas cosas oí de mi Padre. No me elegisteis vosotros á Mí, sino Yo os he elegido á vos-

(1) Cant., II, 8-9.

otros,, (1). Quien así nos ha hablado es la Verdad, que ni engaña ni puede engañar, y á veces nos revela la grandeza de su amor con expresiones llenas de tanta energía, que el hombre no puede comprender todo su alcance. "El Padre le ama con un eterno y soberano amor, y el que Jesús nos tiene es el reflejo, si así podemos llamarle, la extensión de aquel amor divino, porque Dios se ama á Sí mismo y á sus criaturas con un mismo acto de su voluntad,, (2).

El amor de Jesús en nada se parece al del mundo. El primero es generoso, es constante, purísimo y verdadero manantial de paz y de consuelo. "Es todo dulzura—dice San Bernardo,—todo suavidad; no atormenta, sino que deleita; no enerva, fortalece; desprecia las cosas terrenas y desea las celestiales. Cuanto más bebo en esta purísima fuente del amor de Jesús, siento una sed más ardiente, y que no puede extinguirse en quien ama á Jesús. Su amor es manjar dulcísimo, que cuanto más nos alimenta crece nuestra hambre. Es bebida celestial, que cuanto más bebemos de ella, tanto más se aumenta nuestra sed; y de tal manera embriaga el alma, que ésta ya no busca, ni ama, ni puede amar sino aquel que amó de tal manera al mundo que le dió su Hijo Unigénito, para que todo el que crea en Él y le ame, no muera, sino que viva en Él. El autor

(1) Joann., XV, 9, 14-16.

(2) D. Th., *Cont. Genes.*, lib. I, cap. LXXVI.

de tan inestimable dilección por Sí mismo nos invita, suplica y ruega que permanezcamos en ella. "Permaneced en mi amor." Cual si dijese: —Ya que os amo con el amor que mi Padre me tiene, os ruego que me améis con ese mismo amor." (1). —Amémosle, pues, con todo nuestro afecto mediante su gracia, y permanezcamos para siempre en su servicio.

Oigamos las palabras más dulces que salieron de los labios de nuestro amadísimo Jesús la víspera de su muerte, cuando su divino Corazón derramaba sin medida las riquezas de su santo amor: "Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que no lleva fruto en Mí, le cortará; y á todo aquel que diere fruto le podará para que dé más fruto... Al modo que el sarmiento, de suyo no puede producir fruto si no está unido con la vid, así tampoco vosotros, si no estáis unidos conmigo. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. Quien está unido conmigo y Yo con Él, ese da mucho fruto, porque sin Mí nada podéis hacer. El que no permanece en Mí será echado fuera como el sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán y arrojarán al fuego y arderá." (2).

(1) Serm. XIII, In Ccenæ.

(2) Joann., XV, 1-6.

Dijimos en el párrafo anterior que Jesús nos revelaba la incomparable grandeza de su amor en sus palabras y en sus obras; ya escuchamos sus palabras divinas de bondad y gracia; ahora contemplemos las obras de su amor. Acaba de decirnos que Él es la viña y nosotros los sarmientos; "lo cual significa—dice San Agustín (1)—que Él es la Cabeza de la Iglesia y nosotros sus miembros; que Jesucristo Hombre es el mediador entre Dios y los hombres." La vid y los sarmientos tienen una misma naturaleza; por esto, siendo divina la naturaleza de Dios, de la cual no somos, Jesús se hizo hombre tomando la naturaleza humana, y fué de esta manera la vid, de la cual pudiésemos ser los sarmientos. Así amó Dios al mundo que le dió su Hijo Unigénito; así amó al mundo el Hijo Unigénito de Dios inclinándose hasta nosotros; se hizo hombre tomando nuestra naturaleza. Amor inexplicable, generosísimo, y que no se ha contentado solamente con sus palabras; sino que quiso probarlo con la obra excelentísima de la Encarnación, que le une enteramente á nosotros y le hace todo nuestro; "porque es hombre con toda verdad, Hijo de David; hecho de mujer, y sujeto á la Ley para redimir á los que estaban bajo de la Ley, y á fin de que recibiésemos la adopción de hijos." (2).

Esta obra del amor de Jesucristo es el fun-

(1) Trat. LXXX, In Joann.

(2) Gal., IV, 4-5

damento y la razón de todos nuestros bienes. Él es nuestra cabeza. Oigamos lo que nos dice el Apóstol sobre el particular: "Á cada uno de nosotros se nos ha dado la gracia según la medida de la donación de Cristo... Siguiendo la verdad con caridad, en todo crezcamos en Cristo, que es nuestra Cabeza, y de quien todo el cuerpo, trabado y conexo entre sí, recibe por todos los vasos y conductos de comunicación, según la medida correspondiente á cada miembro, el aumento propio del cuerpo para su perfección mediante la caridad., (1). He ahí el manantial de la divina gracia, el Verbo de Dios, que descendió del cielo y se hizo hombre para darnos vida y dárnosla con abundancia.

El sarmiento, separado de la vid, se seca y es arrojado al fuego. Aun prescindiendo de esto, ¿para qué sirve cuando no recibe la savia que la vid le comunica? "Los sarmientos son tanto más despreciables é inútiles—dice San Agustín,—si están separados de la vid, cuanto más útiles y hermosos si en ella permanecen. En el primer caso, ni sirven á los labradores ni se emplean en ningún artefacto. Corresponde al sarmiento, ó permanecer en la vid, ó ser arrojado al fuego., (2). En el segundo caso reciben de la vid la savia bienhechora que los vivifica y los carga de fruto.

Al compararse con la vid nuestro divino

(1) Ephes., IV, 7, 15-16.

(2) Trat., 81, In Joann.

Salvador, y al decir que éramos nosotros los sarmientos, manifestó con demasiada claridad nuestra impotencia para el bien sin el socorro de su santa gracia; sin embargo de esto, añade: "Sin Mí nada podéis, y el que no permanecé en Mí será echado fuera, se secará y le arrojarán al fuego y arderá., Dícenos también: "Si permanecéis en Mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiéreis y se os otorgará., Antes había dicho: "Ninguno puede venir á Mí si mi Padre no se lo concediere. Nadie viene al Padre sino por Mí., (1). ¿Por qué tanta insistencia en ponernos delante de los ojos nuestra pequeñez, invitándonos una y otra vez á pedir el auxilio del Señor? ¿Tratará de avergonzar y confundir nuestra miseria? Nada de esto, que antes bien, las palabras de Jesús nos están mostrando el vivo interés que tiene por nosotros, su ardiente amor hacia los hombres. Quiere que nos humillemos, reconociendo nuestra gran miseria y confesando lo ínfimos que somos, ¿por qué todo esto? Porque Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes; porque al soberbio sigue la humillación, mas el humilde de espíritu será glorificado (2). He aquí cómo Jesús, si quiere que nos humillemos, quiere asimismo darnos la gracia y la gloria. ¡Oh, cuánta es la dulzura de su voluntad para con nosotros! Á

(1) Joann., VI, 66; XIV, 6.

(2) Jac., IV, 6; Prov., XXIX, 23

fin de conseguir lo que desea, comunicarnos sus gracias, por una parte nos presenta la pena eterna en que caeríamos si permaneciésemos separados de su Majestad, y por otra nos franquea las puertas de su misericordia si á Él nos unimos. “Pediréis lo que quisiéreis y os será concedido.”

Tales son las industrias de su amor: hace que nuestra misma impotencia, el temor de los eternos castigos y la esperanza de la gloria nos lleven á Él; su amor es, en verdad, muy grande y generoso cual ninguno. Nuestra miseria no nos desalienta, que antes bien, nos inspira una inmensa confianza en nuestro amadísimo Jesús. “Es cierto que no podemos merecer su gracia, porque ésta se halla sobre nuestras fuerzas, y cualquier cosa se refiere materialmente á lo que le es superior—dice el Angélico Maestro,—mas la materia no se encamina por sí misma á su perfección sino por otro. Por esto no nos movemos por nosotros mismos á fin de alcanzar el auxilio divino que nos es tan superior, sino que Dios es quien nos mueve, y su moción precede por razón de causa, al movimiento que se ha dignado imprimirnos; por esto el auxilio divino no se nos da porque nos hallamos movidos hacia Él, sino al contrario, adelantamos en las buenas obras porque aquel auxilio nos ha prevenido. En efecto; obramos bajo la mano de Dios como un agente instrumental bajo el principal agente; mas el instrumental conduce á la perfección en

cuanto obra por virtud del agente principal. He aquí por qué no podemos prepararnos á recibir el efecto del divino auxilio, si no obrando por virtud divina,, (1).

Cuando ha llegado el conocimiento de nuestra impotencia hasta el fondo del alma, y confesamos que somos nada y que por lo mismo sin Dios no podemos cosa alguna, el Señor se nos acerca para darnos la luz y la gracia, porque siendo como es, Altísimo, pone los ojos en los humildes, y mira como lejos de sí á los soberbios (2), y se nos acerca lleno de benignidad y de dulzura, cumpliendo lo que dijo David: “Cuida de los humildes en el cielo y en la tierra, levanta del polvo de la tierra al desvalido y alza del estercolero al pobre para colocarlo entre los Príncipes de su pueblo (3). La benignidad con que Dios se nos acerca, nos inspira una confianza muy grande, pues bien sabemos que no ha venido al mundo para juzgarle, sino para que el mundo se salve por Él. Cual sino recordase su propia grandeza, así se inclina hasta nosotros el Señor, á fin de darnos la mano, nos levanta de nuestra miseria; y los que antes nada podíamos sin Él, de todo somos capaces con la fuerza soberana de su gracia. Él es quien nos conforta.

Se nos acerca el buen Jesús, hemos dicho,

(1) *Cont. Gen.*, lib. III, cap. CXLIX.

(2) Psalm. CXXXVII, 6.

(3) Psalm. CXII, 6-8.

á fin de darnos su gracia; tenemos que añadir: se une estrecha y misteriosamente con nosotros. La vid está unida con sus sarmientos, y les comunica la savia que les da la vida; he ahí á Jesús, vid preciosa, verdadera, según Él mismo se dignó llamarse; somos nosotros los sarmientos que de esa vid recibimos todos nuestros bienes, y ya que no fuimos nosotros los que le hubimos elegido, sino Él á nosotros, sobranos razón para confiar en Él, pues quiere que llevemos fruto y que éste sea duradero y abundante. Se halla dispuesto, por lo mismo, á darnos ese fruto que sin su auxilio no produciríamos.

A fin de impedir que de Él nos separemos, el buen Jesús nos amonesta que si así lo hiciésemos, nuestra suerte sería la del sarmiento arrancado de la vid, que tendrá que secarse y ser arrojado al fuego. Este recuerdo de las penas eternas, es, en verdad, muy saludable, pues produce en nuestras almas el temor que nos aparta del pecado. En otra ocasión decía el divino Maestro: "No temáis á los que matan el cuerpo y no pueden matar el alma. Temed antes al que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno," (1). El amor que nos tiene Jesús no quiere consentir en verse separado de nosotros; si, pues, nos habla de las penas del infierno, y si quiere que recordemos estas palabras de Isafas: "¿Quién de vosotros podrá

(1) Matth., X, 28.

habitar en un fuego devorador? ¿Quién podrá morar entre los ardores sempiternos?, (1), es porque trata de impedir nuestra desgracia.

Ningún buen padre deja de advertir á sus hijos el peligro que corre; mucho menos dejará de hacerlo el más tierno y cuidadoso de todos, el dulcísimo Jesús, cuya caridad hacia nosotros es incomprensible.

Jesús nos ha hablado de las penas del infierno, cuyo recuerdo nos llena de terror. Mas Él lo ha hecho para librarnos de los suplicios eternos; por esto, al terror, sigue en nosotros la esperanza; conocemos cuanto se interesa por salvarnos y corremos hacia Él para pedirle socorro, para estar siempre unidos con su Majestad. Así consigue lo que tanto anhela. ¡Cuán bueno es nuestro Jesús dulcísimo! Jamás comprenderemos toda la grandeza de su amor. El mismo recuerdo de la justicia divina nos ha revelado su ternura inmensa, y nos convida á amarle y bendecirle con todo nuestro afecto.

Nos ha dicho que si permanecemos con Él y sus palabras permanecen en nosotros, se nos concederá cuanto pidamos, y su Espíritu divino inspira nuestras peticiones y dirige nuestros ruegos; siendo esto así, nuestra miseria, nuestra impotencia quedan como absorbidas por la misericordia de Jesús, por su bondad infinita, y todo esto llena el alma de inmensa gratitud para con Él. Ved cómo el amor que nos tiene

(1) XXXIII, 14.

es poderoso á consolarnos en la misma impotencia que nos es tan propia; somos miserables, mas Él se inclina hacia nosotros con dulzura inmensa para oír nuestras súplicas y otorgarnos lo que le pedimos. Aquella impotencia no nos confunde, porque es como un título ante la misericordia de Jesús para que Él, de suyo tan inclinado á socorrernos, se incline más y más. David se expresaba en estos términos: "Bendito sea el Señor que ha ostentado maravillosamente su misericordia conmigo... Yo, es verdad, dije en un arrebatado de mi genio: Me hallo arrojado de tu vista. Por eso mismo te dignaste oír mi oración, mientras clamaba á ti," (1). En verdad que si llevamos el pecado en el corazón no tendremos derecho de ser escuchados, porque escrito está: "Será execrada la oración del que cierra sus oídos para no escuchar la ley. Cuantas más oraciones me hiciéreis tanto menos os escucharé, porque vuestras manos están llenas de sangre," (2). Además nos enseña el Angel de las Escuelas que "Dios escucha las oraciones piadosas por razón de la amistad, y por esto no es digno de ser oído quien no es amigo de Dios," (3); mas lo que no es de justicia, Dios muchas veces lo concede por la benignidad de su misericordia. Allí está el publicano humillándose delante del Señor y consiguiendo

(1) Salmo XXX, 22-23.

(2) Prov., XXVIII, 9; Isa., I, 15.

(3) *Cont. Gen.*, lib. III, cap. XCVI.

el perdón de sus pecados, y ¿quién no ha experimentado esto repetidas veces en sí mismo? Nos hallábamos separados de Dios por el pecado; mas Él acercándose á nosotros con su gracia, nos inspiraba el arrepentimiento y el recurrir á Él en busca de perdón, que sin dificultad se dignaba concedernos. Al traer á la memoria estos recuerdos se llena el corazón de ternura, de inmensa gratitud, y nuestros labios le bendicen y le alaban sin cesar. ¡Bendito sea nuestro Jesús dulcísimo que, á pesar de nuestra misma impotencia y del polvo y nada que somos, y sin embargo, de nuestros pecados no nos abandona enteramente y quiere que volvamos á su Majestad, y para ello nos previene con su gracia! Que Él triunfe y reine para siempre en nuestro corazón.



CAPÍTULO IV

Nos llama con inmensa dulzura.

SÓLO Jesús conoce el corazón del hombre, y ese corazón está en las manos de nuestro amado Señor, como el agua que se reparte. Él le inclinará hacia donde quiera (3); nadie como Jesús ha amado á los hombres. La sabiduría de Jesús, su omnipotencia y su amor, y todo esto empleándolo en el bien de sus hijos. Estos hijos, ¿son dignos, acaso, de los cuidados, de la benevolencia, de una ternura, en fin, tan expresiva y delicada? Esto es lo que nos deja profundamente humillados, lo que nos revela cuánto es el amor que le debemos.

Bien conoce Jesús que la ternura inclinará nuestro corazón hacia su Majestad, y ya que

(3) Prov., XXI, 1.

esto es lo que tanto anhela, ha empleado la dulzura, á fin de conseguir su objeto. Oigamos sobre esto cómo se expresaba el Señor por medio de un Profeta: "Era la casa de Israel como un niño. Yo le amé, y llamé de Egipto á mi Hijo. Mis Profetas amonestaron á los hijos de Israel; pero estos se alejaron tanto más de ellos, ofrecieron víctimas á Baal y sacrificios á los ídolos. Yo me hice como ayo de Efraín, le traje en mis brazos, y los hijos de Efraín desconocieron que Yo soy el que cuido de su salud. Yo los atraje hacia Mí con vínculos propios de hombres, con los vínculos de la caridad. Yo fuí para ellos como quien les aliviaba el yugo que les oprimía sus quijadas, y les presenté de comer," (1).

He ahí á Jesús con la grandeza de sus misericordias y favores, con la dulzura de su gracia; he ahí á nosotros con las ingratitudes y la rebeldía de nuestro corazón, que hacen admirar más y más la benignidad y la clemencia de nuestro dulce Señor; por esto decía el Apóstol que lo que hace brillar más la caridad de Dios hacia nosotros es que Jesucristo haya muerto, á fin de darnos la vida cuando aún éramos pecadores (2); pero ocupémonos primeramente en contemplar la dulzura de la divina gracia con que se digna llamarnos el Señor, y después fijaremos los ojos en nuestra propia conducta, á

(1) Oseas, XI, 1-4.

(2) Rom., V, 8-9.

fin de humillarnos y confundirnos, y de excitar más vivamente el reconocimiento y gratitud que debemos al Señor.

Jesús nos ha llamado y no cesa de llamarnos á su amor con una benignidad incomparable y con una dulzura que no merecemos. Él nos llama por medio de sus grandes misericordias, patentes á todo el mundo, y hácelo también por otras misteriosas y secretas con que se digna mover nuestro corazón.

Entre esas grandes obras hállanse la Encarnación y los Misterios de la Pasión y Muerte de Jesús.

“Dios nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y amor para con los hombres, nos ha salvado, no á causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por su misericordia, haciéndonos renacer por el Bautismo y renovándonos por el Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros copiosamente, por Jesucristo Salvador nuestro, para que, justificados por la gracia de este mismo Señor, vengamos á ser herederos de la vida eterna, conforme á la esperanza que de ella tenemos.” (1). “Reveló Dios su poder en la creación, su sabiduría en el gobierno del universo, y la benignidad de su misericordia en el misterio de su Encarnación (2). Aparezca, oh Señor—decía San Bernardo,—tu bondad, á la cual podamos conformarnos, ya

(1) Tit., III, 4-7.

(2) Bernard., Ser. I, D. Nat. Domini.

que no es dable imitar la majestad, el poder y la sabiduría. ¿Hasta cuándo estará recogida la misericordia en sola una parte de los ángeles, mientras el juicio se extiende sobre los demás y sobre todo el género humano? Dilate la misericordia sus confines; extienda sus cordeles, ensanche su seno, y toque, en fin, de un extremo al otro con fortaleza, y dispóngalo todo con suavidad.—Así lo ha hecho nuestro Dios querido al hacerse hombre por nosotros. Se ha dejado ver lleno de clemencia y derramando la gracia con una magnificencia incomparable y atrayendo á los hombres á su amor con los encantos de una bondad infinita. Ha venido para socorrer al miserable y para salvar al pecador; el brillo de la majestad y la grandeza llenan de espanto al miserable, y la justicia hace temblar al pecador; mas el buen Jesús no quiere que por esto los hombres se alejen de la fuente de la gracia, que es Él mismo; por esto cubre con el velo de su santa humanidad el resplandor de su grandeza, y asegura que no ha venido al mundo para juzgarlo, sino á fin de darle salvación y vida.

Aparece el Hijo de Dios entre nosotros como un tierno y delicado niño que nos atrae y nos cautiva con sus gracias; y si brilla en su frente la luz de la inocencia; si sus miradas son dulcísimas y amables, su corazón es un tesoro de infinito amor, de dulzura inmensa. Jamás veremos en su frente el ceño de la indignación, y de sus labios sólo saldrán palabras de consuelo.

Su corazón dulcísimo sabrá inspirarnos los más generosos sentimientos de amor y gratitud para con Él, porque se ha dignado amarnos hasta hacerse hombre por nosotros.

He aquí la suavidad y la dulzura con que nos atrae; el amor que nos tiene no es una necesidad de su naturaleza; se ha dignado amarnos libremente, mas este amor con un mismo acto se ama á Sí mismo y nos ama á nosotros. El amor que tiene Jesús á su bondad soberana es un manantial inagotable de dulzura, fuente viva de toda suavidad, y ya que al amarnos no lo hace con un acto distinto del de esa bondad adorable, se hace para nosotros nuestro amante Señor todo consuelo y una misericordia copiosísima y llena de clemencia, que, al llamarnos, tendrá que revelar su generosidad y su grandeza, y una benevolencia incomparable.

El amor que nos tiene es inmutable y eterno; ni se cansa, ni llega á fastidiarse de sus hijos. Forma sus delicias permanecer con nosotros; y su amor, ni es mudo, ni está jamás ocioso; por esto nos dirige palabras llenas de ternura. "Dame, oh hijo mío, tu corazón, y fija tus ojos en mis caminos," (1). Y ¿para qué quiere el Señor el corazón que nos pide? Para llenarle de luz, de amor y de gracia, para hacerle semejante al suyo. ¡Oh, cuánta es la dulzura que estas palabras divinas derraman en el alma! Jesús, al pedirnos todo nuestro amor, el corazón, lo hace

(1) Prov., XXIII, 26.

con una delicadeza que nos sorprende y encanta. No puede olvidar su grandeza infinita; y bien sabe que aun sin nosotros ha de subsistir su gloria. Aún más; conoce perfectamente la miseria, la inconstancia y la ingratitud del corazón humano. ¿Por qué, pues, nos lo pide con tanto cariño? Nuestro dulce Jesús es una bondad infinita, y quiere comunicarnos sus tesoros.

Si queremos contemplar la sabiduría que resplandece en su amor á los miserables pecadores, no la hallaríamos en éstos, porque la miseria y el pecado no son amables por sí mismos; la hallamos en Él, en la suma bondad de su Corazón, que rebosa en liberalidad y clemencia, y que, cual fuente inagotable, sin cesar está derramando la divina gracia para darnos vida. En nosotros, ni hay mérito ni dignidad alguna que le obligue á amarnos, sino, al contrario, grandes faltas que nos hacen dignos de sus castigos; pero he allí que la benignidad y amor de Dios nuestro Salvador se nos ha manifestado y nos ha salvado, no á causa de nuestras buenas obras, sino por su misericordia, haciéndonos renacer por el Bautismo, y renovándonos por el Espíritu Santo, que derramó copiosamente sobre nosotros por Jesucristo nuestro Salvador. Todo es clemencia y bondad, dulzura y gracia.

Así es como se ha dignado llamarnos nuestro buen Jesús; mas Él no podía desconocer que llamaba á los ingratos, y que á fin de obtener lo que deseaba, había de llamar una y

otra vez, con una dulzura muy grande, con invencible paciencia; y así lo hace nuestro amadísimo Señor. “Yo estoy á la puerta y llamo”, nos dice en el Apocalipsi (1). Y ¿cuántos años pasan sin contestar ni abrirle nuestro corazón? Y sin embargo, Jesús está á la puerta, y ¿qué espera el Señor si se le ha negado la entrada, si no se contesta á su dulce llamamiento? Espera el Señor—dice Isaías—para tener misericordia de nosotros, (2) y ensalzar su gloria con perdonarnos. He ahí cuánta es su benignidad, cuán invencible su paciencia.

Mientras nos aguarda no están mudos los labios de Jesús, pues nos dice repetidas veces: “Si alguno escuchare mi voz y me abriere la puerta, entraré á él, y con él cenaré y él conmigo.” Háblanos al corazón con palabras dulcísimas que nos descubren cuánta es su misericordia y cuántos los tesoros de su bondad infinita. Otras veces llena de terrores nuestras almas y nos hace comprender que seremos desgraciados si no escuchamos sus amorosas palabras. Si nada consigue, nos trae á la memoria la felicidad que acaso en otro tiempo disfrutábamos cuando seguíamos el camino de sus Mandamientos.

Todo esto nos lo había indicado el Señor por medio de un Profeta á quien dijo: “Anda y predica á todo Jerusalén, diciendo: Esto dice el

(1) III, 20.

(2) XXX, 18.

Señor: Compadecido de tu mocedad me he acordado de ti, del amor que te tuve cuando me desposé contigo, y cuando después me seguiste por el desierto, por aquella tierra que no se siembra... ¿Qué hallaron en Mí vuestros padres cuando me abandonaron y se fueron tras la vanidad de los ídolos?... Yo os introduje en un país fertilísimo, para que comieseis sus frutos y gozaseis de sus delicias, y vosotros así que hubisteis entrado profanasteis mi tierra; hicisteis de mi heredad un objeto de abominación. Los Sacerdotes no dijeron: ¿en dónde está el Señor? Los depositarios de la ley me desconocieron, y prevaricaron contra mis preceptos los pastores; y los Profetas, invocando el nombre de Baal, profetizaron y se fueron en pos de los ídolos... Navegad hacia las islas de Cetino é informaos; envid á Cedar y examinad con toda atención lo que allí pasó, y notad si ha sucedido cosa semejante. Ved si alguna de esas naciones cambió sus dioses; aunque verdaderamente no lo son; pero mi pueblo ha trocado su gloria por un ídolo infame... Dos maldades ha cometido: me ha abandonado á Mí que soy fuente de agua viva, y se ha fabricado aljibes rotos que no pueden detener las aguas. ¿Es acaso Israel algún esclavo ó hijo de esclava? Pues ¿por qué ha sido entregado á sus enemigos? Rugieron contra él los leones: su país lo redujeron á un páramo; han sido quemadas sus ciudades, y no hay quien habite en ellas. Por ventura, ¿no te ha sucedido esto por-

que abandonaste al Señor tu Dios cuando te guiaba en tu peregrinación? Y ahora, ¿qué es lo que pretendes con andar hacia el Egipto y con ir á beber el agua turbia del Nilo, ó qué tienes que ver con el camino de Asiria, ni para qué ir á beber el agua de su río?... Yo te planté cual viña escogida, de sarmientos de buena calidad, ¿pues cómo has degenerado convirtiéndote en viña bastarda? (1).

Así habla únicamente quien sabe amar con el cariño más tierno y generoso, quien nunca se cansa ni fastidia, sino que trata de llevar adelante sus amorosos designios. Si nuestro amadísimo Jesús nos dirigiese las palabras que hemos referido: “¿Qué hallásteis en Mí para haberme abandonado?”, No hallaríamos en verdad qué contestar. Los inmensos beneficios que Jesús se ha dignado dispensarnos nos prueban con toda evidencia su amor incomparable hacia nosotros; y las culpas con que le hemos ofendido, nos patentizan la incomparable ingratitude de nuestras almas, y sólo podríamos refugiarnos en nuestra misma confusión; mas no, que su amoroso reclamo quiere levantarnos y nos llama con inmensa dulzura á su servicio.

Al reflexionar en esto conocemos con mayor claridad que no hay amor como el que Jesús nos tiene, ni corazón tan lleno de benignidad y de dulzura como el suyo. Sea, pues, Jesús el único amor de nuestras almas.

(1) Hierem., II, 2-21.

II

“Si alguno quiere venir en pos de Mí, niéguese á sí mismo, cargue con su cruz y sígame. Pues quien quisiere salvar su vida la perderá; mas quien perdiere su vida por Mí, la encontrará. Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar todo el mundo si pierde su alma; ó con qué cambio podrá rescatarla? Ello es que el Hijo del hombre ha de venir revestido de la gloria de su Padre, acompañado de sus ángeles, y entonces dará á cada uno conforme á sus obras (1). “En cierta ocasión, Marta llamó secretamente á María su hermana y le dijo: Aquí está el Maestro y te llama. María se levantó apresuradamente y fué á encontrar á Jesús, (2). Que nada sea capaz de detenernos al oír que Jesús nos llama; corramos hacia Él siguiéndole en todos sus caminos. “Si alguno quiere venir en pos de Mí., Tan dulce invitación que procede del amor que nos tiene, no es una violencia que se imponga á nuestra voluntad. El amor debe ser obsequiado, obedecido libre y generosamente. La gracia de Dios en nada perjudica á nuestra libertad; porque Él ha puesto delante de nosotros el agua y el fuego, la vida y la muerte, el bien y el mal; el hombre puede extender su

(1) Math., XVI, 24-27.

(2) Joan., XI, 28-29.

mano á lo que más le agradare y lo que él escogiere le será concedido (1).

La voz de Jesús con que nos llama, llena está de suavidad y de dulzura; sabe comunicarnos aliento y fortaleza. Nos dice, es verdad, que tomemos nuestra cruz y nos neguemos á nosotros mismos; mas ¿qué importa todo esto si así conseguimos caminar sobre sus huellas; si de esta manera le agradamos? El que le sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida; y el agradarle es nuestra gloria. Nuestro Señor, por el amor que nos tiene, tomó la cruz sobre sus hombros, y siguió el camino de las humillaciones y padecimientos; si no le seguimos cuando nos llama con tanta dulzura, ¿no quedaremos cubiertos de ignominia? Si no conociésemos su grandeza infinita, su inocencia perfecta, ó si ignorásemos que Él se ha entregado á la muerte porque ha querido, menos inexplicable sería nuestra conducta al resistir el llamamiento de su gracia; mas no nos favorece ninguna de estas cosas, porque le confesamos por nuestro Dios y Señor, y sabemos que por el amor que nos tiene se entregó á la muerte.

La cruz que tomamos por seguir al divino Salvador y la negación de nosotros mismos, si no estuviesen inspiradas por la gracia divina, que nos da una fuerza admirable para poder llevarlas, serían vanas palabras; mas no una

(1) Eccles., 17-18.

realidad, pues sin la gracia de Jesús nada podemos. Su Majestad no se contenta con darnos esa fortaleza que nos sostenga; también nos da consuelos interiores é inefables dulzuras que hacen muy dichosa nuestra vida; la paz de Dios alegra nuestras almas y no se olvida ni un instante de nosotros. He aquí lo que alienta nuestro corazón y le hace exclamar:—¡Oh, buen Jesús, llevadme hacia Vos, y yo correré atraído por el olor de vuestros suavísimos aromas!— Sus grandes y purísimas virtudes, los incontables beneficios con que se ha dignado colmar-nos por el amor que nos tiene, y su poder, y su bondad, y su grandeza, y su hermosura y todas sus divinas perfecciones, trascienden aquel olor suavísimo que encanta y deleita nuestras almas. ¿Quién se acuerda entonces del fastidio, ó á quién llegará á rendir el peso del trabajo, ya que el buen Jesús nos alienta y llena el corazón de fortaleza?

También el mundo nos llama, mas ved cómo lo hace; ofrece delicias y placeres que al mismo tiempo que nos cubre de ignominia, hacen que olvidemos todo pensamiento digno y elevado, todo sentimiento noble y generoso. Oigamos las reflexiones insensatas de los impíos sobre el particular. Es corto y fastidioso el tiempo de nuestra vida; no hay consuelo en el fin del hombre, ni se ha conocido alguno que haya vuelto del otro mundo. Hemos nacido de la nada, y pasado lo presente, seremos como si nunca hubiésemos sido. Nuestra respiración es

como un ligero humo, y el alma como una chispa transitoria que mueve nuestro corazón. Apagada que sea, quedará nuestro cuerpo reducido á cenizas, y el espíritu se disipará como el viento; nuestra vida pasará como ligera nube y tendrá que deshacerse como la niebla herida por el sol; con el tiempo, nuestro nombre caerá en el olvido, sin que quede memoria de nuestras obras, porque el tiempo de la vida es una sombra que pasa ni hay retorno después de la muerte; queda puesto el sello y nadie vuelve atrás. Venid, pues, y gocemos de los bienes presentes; apresurémonos á disfrutar de las criaturas mientras somos jóvenes; embriaguémonos con vinos exquisitos, y perfumemos nuestra cabeza con delicados aromas; sin dejar que pase la flor de la edad. Coronémonos de rosas antes que se marchiten, sin que haya prado donde no dejemos estampadas nuestras huellas. Ninguno de nosotros deje de tomar parte en nuestras alegrías, cuyos vestigios se vean por doquiera, ya que nuestra herencia es ésta y ésta también nuestra suerte (1).

Tales cosas dijeron los impíos, cegados por su propia malicia; y no entendieron los misterios de Dios, ni creyeron que hubiese galardón para el justo, y no hicieron caso de la gloria reservada á las almas santas. He ahí adónde habrá de conducirnos, finalmente, el llamamiento del mundo, si, por desgracia nuestra, lo

(1) Sap. II, 1-9.

atendemos; jamás tendremos paz ni dicha verdadera; sus gozos transitorios están acibarados de indecible amargura; y el día de nuestra muerte, ese mundo no nos dará esperanza ni consuelo alguno. De todo esto no podemos dudar, y, sin embargo, ¡cuántas veces, ay dolor, seguimos al mundo que nos llama y nos pierde para siempre! No queramos escuchar su llamamiento. De sus halagos, de sus palabras lisonjeras, podemos decir lo que hallamos consignado en los Libros santos acerca de la mala mujer. "Los labios de ésta son como un panal que destila miel, y son más suaves que el aceite sus palabras; pero sus deijos son amargos como ajenos, y penetrantes como espada de dos filos., (1). "No queráis amar al mundo—decía San Juan—ni las cosas mundanas. Si alguno ama al mundo, no habita en él la caridad del Padre, porque todo lo que hay en el mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y soberbia de la vida, lo cual no nace del Padre, sino del mundo. El mundo pasa y su concupiscencia y sus deleites. Mas el que hace la voluntad de Dios, permanece eternamente., (2). La caridad del Padre, he aquí el objeto de los más nobles descos del cristiano; y á ese Padre, y á su amor dulcísimo y hermoso nos lleva el llamamiento que Jesús nos hace; y

(1) Prov., IV, 3-4.

(2) I Joann, II, 15-17.

atendiéndolo, permaneceremos eternamente con Jesús, de quien está escrito: "El mismo que ayer es hoy y lo será para siempre." (1)

Nuestro amadísimo Señor Jesucristo nos anima á seguirle con la consideración de su ejemplo, nos pone delante los peligros á que nos expondríamos si despreciásemos su invitación; nos habla del juicio futuro y de la felicidad del Reino de los cielos; para que, si no nos mueven sus palabras, nos muevan sus ejemplos, ó á lo menos el peligro, ó el terrible juicio que se nos espera, ó, en fin, el galardón de los premios eternos. Invita con su ejemplo cuando llama á todos, y dice: "Si alguno quiere venir en pos de Mí, esto es, imitarme, á lo cual no lo violento, sino que lo invito, negándose á sí mismo por medio de la humildad, cautivando su entendimiento, sus sentidos y afectos en obsequio de Cristo; tome su cruz diariamente por medio de la mortificación, de tal manera, que pueda decir con San Pablo: "Estoy crucificado con Jesucristo." Y también: "Siempre llevo la mortificación de Jesucristo en mi cuerpo." (2). Nuestros peligros, la terribilidad del juicio y las eternas recompensas que obtendrán los justos en la gloria, todo esto nos lo ha recordado el buen Jesús á fin de animarnos á seguirle. Grande es, en verdad, y muy sincero, el deseo

(1) Hebr., XIII, 8.

(2) D. Bonar., In Luc., 9.

que tiene de salvarnos. A esto ha venido al mundo, y en esto ha empleado todos los días de su vida mortal. ¡Bendito sea el amor que nos tiene!

Otra vez, todavía, Jesús abre sus divinos labios y nos dirige estas palabras: "Todas las cosas las ha puesto mi Padre en mis manos. Pero nadie conoce al Hijo sino el Padre; ni conoce ninguno al Padre sino el Hijo, y aquel á quien el Hijo había querido revelarlo. Venid á Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que yo os aliviare. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis el reposo para vuestras almas, porque mi yugo es suave y ligero mi peso." (1). El amor de Jesucristo en estas palabras se nos vela dulcísimo y lleno de sabiduría, y otra vez nos descubre cuánta es su grandeza. Desde luego trata de inspirarnos una confianza sin límites en su majestad, porque Él es Omnipotente, y en su mano están todas las cosas. Enseguida aviva nuestro deseo de conocerle y de conocer á su divino Padre; y esto no lo consigue sino aquel á quien Jesús se digna revelar. Preparado el corazón de esta manera, nos llama con indecible ternura. "Venid á Mí—nos dice—los que sufrís, que Yo os aliviare." ¿Á quién tenemos que ir? Al que es Omnipotente y que tiene un Corazón lleno de

(1) Matth., XI, 27-30.

bondad y de ternura; que trata de hacernos todo bien. Nos dice que tomemos su yugo sobre nosotros; pero ese yugo es suave, no es el del mundo, que fatiga y rinde de cansancio, sino el yugo que el mismo Jesús llevó sobre sus hombros, consagrado con su amor, y que se hace muy ligero con el auxilio de su santa gracia.

“Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón.” La mansedumbre y la humildad en pos de sí llevan todas nuestras simpatías, ya que poseen el atractivo y todos los encantos de la bondad. ¿Resistiremos, pues, al dulce y amorosísimo llamamiento de Jesús? Allí están su poder y su grandeza y la mansedumbre y humildad de su divino Corazón, y la fuerza de su gracia que se nos ofrece y la paz de nuestras almas. No, no queremos resistirle; mas desde luego caminamos sobre sus pisadas y le decimos:— Señor, te seguimos á dondequiera que fueres.— He aquí nuestra gloria y la dicha á que aspiramos, porque Él es el camino, la verdad y la vida; porque Él es todo nuestro amor.

Sobre el texto que venimos examinando, el Seráfico Doctor dice lo siguiente: “Venid á Mí, que os aliviare.” Tales palabras respiran inmenso consuelo, prometiendo el descanso á los que se hallan bajo el peso del dolor y la fatiga. Sin embargo, cuando se añade: “Tomad mi yugo sobre vosotros.”, parece que en ese consuelo se mezcla una gota de amargura. “Tomad mi yugo, esto es, mi Cruz.” ¿No será esto añadir peso y dolor á los que van cargados con el

sufrimiento? De ninguna manera, porque Jesucristo, al dirigirse á los que sufren con el peso del mundo y del pecado, les hace comprender cuán miserable y pesada es la carga que llevan, y que si el camino del mismo Señor está lleno de cruces y de espinas, con todo eso nada hay tan ligero, tan dulce y tan fácil como el andar por él. El que hace el pecado es siervo del pecado; y esta certidumbre está llena de ignominia, ya que nada hay más ignominioso que servir á las pasiones que degradan y corrompen y al demonio que esclaviza. El hombre, en tal estado, tiene tantos odiosos señores cuantos son los vicios con que se haya manchado. El servicio de Jesús le libra de todo esto; su yugo es suave y dulce porque es para la luz, la paz, la alegría sempiterna y el noble ejercicio de las virtudes. “Venid á Mí—dice el Maestro divino—los que sufrís.” Él es el único descanso y verdadero consuelo; es la puerta que nos introduce en el camino del cielo; es el médico que nos da la salud; es la luz que disipa las tinieblas del alma. Venid, pues, á Él, vosotros los que seguís la vanidad, á fin de ser iluminados con la luz del cielo; venid los que lleváis en el alma el peso del pecado, en Jesús hallaréis el perdón; los que estáis fatigados, llenos de aflicciones, que en Él hallaréis el descanso y el consuelo que necesitáis. Su yugo es suave y su carga ligera, porque uno y otra son de amor; porque Jesús, al ligar interiormente nuestra voluntad, la llena de consuelo y la fortalece con

los dulces manjares de la fe, de la esperanza y del amor; por medio de la fe le descubre la excelencia de las virtudes; por la esperanza le da á gustar, en cierta manera, las dulzuras de la vida eterna; y por el amor, elevándola sobre todo lo transitorio y miserable, la lleva hasta su Amado y le hace descansar entre sus brazos. ¡Oh dicha inefable, que, purificando el alma de toda mancha, la engalana con la hermosura de las virtudes, la alimenta de dulzura, la embriaga de amor, la ilumina con sabiduría del cielo, la llena de gozo. Este gozo, este manjar, es fuego en la meditación, luz en la oración, miel en la acción de gracias, hermoso y refulgente sol en la felicidad eterna, que alegra el alma con gozo inefable y júbilo divino. “Venid á Mí todos los que sufrís., ¿Necesitáis, por ventura, de nosotros, oh buen Jesús, ya que así nos llamáis con tanta dulzura? Vuestra dignación es admirable; vuestra caridad no puede explicarse; exhortáis á los reos, y alhagáis á los ingratos, con palabras más dulces que la miel, más penetrantes que espadas de dos filos que llegan hasta el corazón, hasta la división del alma y la llenan de dulzura. “Alma cristiana—concluye el Seráfico Doctor,—despierta al amor de una benignidad tan admirable; al gustar en su misma fuente las celestiales dulzuras, al olor de tanta suavidad., ¡Oh debilidad y miseria de nuestra alma! Se nos convida con el descanso y nos entregamos al trabajo; se nos ofrece el consuelo y abrazamos el dolor; se nos

promete el gozo y preferimos la tristeza. ¡Oh, buen Jesús, levantadnos de nuestra miseria para poder escuchar vuestras voces y cumplir vuestros divinos preceptos (1).

(1) Ap. Barberiis, Hic.



CAPÍTULO V

Él es la vida.

Yo soy la vida.

Palabra es ésta verdaderamente divina; sólo Dios la puede pronunciar; contiene una grandeza soberana, que ni aun puede imaginarse en las criaturas que han salido de la nada, y para todo necesitan del concurso de Dios.

Sólo nuestro Amado Señor ha dicho que es la vida; porque Él es Dios, y fuera de Él no hay otro alguno. Es para nosotros causa de un gozo profundísimo. Es nuestro Amado, y Él es la vida; y esta vida es para Jesús fuente caudalosa de inefable dicha, océano inmenso de delicias. Mas ¿qué es la vida de Jesús? ¿Qué su generación divina, en la que ha recibido de su Padre la substancia divina, la esencia de Dios, el ser por esencia, y todo esto desde la eternidad, con plenitud infinita y para siempre? El Padre ha

comunicado al Hijo todos sus tesoros: está en el Hijo, y el Hijo en su divino Padre. Dirigiéndose á este Padre, le decía David: "En ti, oh Señor, está la fuente de la vida; y en tu luz veremos la luz," (1).

La vida del Hijo de Dios en el seno de su Padre. Este Hijo todo lo recibe de su divino principio, y lo que el Padre le ha dado sobrepaja á todas las cosas (2). Le ha dado su divina esencia, la plenitud de la vida, y de tal manera, que él Padre y el Hijo son una misma cosa. Así como el Padre tiene en sí mismo la vida, así también ha dado al Hijo el tener la vida en sí mismo (3). Esta es una grandeza divina que no podemos comprender, indivisible y eterna. Esta vida que el Padre comunica á su Verbo divino, es un tesoro que comprende toda riqueza, y es, en sí misma, una delicia eterna, inmutable y perfectísima. Al pensar en aquella grandeza, salen de nuestros labios himnos dulcísimos de bendición y gloria, de amor y de alabanza; adoramos con toda humildad y rendimiento al Unigénito Hijo de Dios, que vive en el seno de su Padre. Al poner los ojos en las espléndidas riquezas que atesora en su seno el Hijo de Dios, confesamos que Él es felicísimo y Omnipotente, Rey de los Reyes y Señor de los señores; el que sólo tiene la inmortalidad y que

(1) Psalm. XXXV, 10. Calmet.

(2) Joann., X, 29.

(3) Joann., V, 26.

habita en una luz inaccesible (1). Y la suavidad, y la dulzura, y la infinita dicha de esa vida, misterios son para nosotros de una profundidad impenetrable; mas con todo esto, al pensar en ellos, se inunda el alma en celestial consuelo, cual si las ondas de luz y de gloria, de paz y de ventura de aquella vida inefable, derramándose sobre nosotros, penetrasen todo nuestro ser; y es que cremos en el Hijo de Dios, pudiendo decir con el Apóstol: "Vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó á sí mismo por mí," (2). Es también porque amamos á ese Hijo de Dios, que si así no fuese, seríamos unos desgraciados.

La vida del Hijo de Dios en el seno de su Padre, es contemplación altísima, perfecta y eterna de su divino principio; eternamente procede de su Padre, que es luz increada, y el Verbo, fuente de sabiduría en las alturas, luz de luz, purísima, inmutable y perfecta, ni puede aumentar, porque su perfección es infinita, ni sus bellos resplandores podrán amortiguarse ni disminuir en nada, porque son inmutables.

Tiene el Hijo la misma vida de su Padre. He aquí un abismo de inmensa dulzura que nadie puede comprender, y un manantial de delicias que cumplidamente llena la infinidad del Ser divino. "Amo al Padre,"—dijo alguna

(1) I Tim., VI, 15-16.

(2) Gal., II, 20.

vez nuestro adorable Jesús (1); este amor dulcísimo y profundo, tiene sus delicias en esa vida divina que el Padre le ha comunicado, porque en ella es uno con su mismo Padre. No son dos seres que vivan unidos, sino un solo Dios verdadero que tiene la misma vida. "Yo y el Padre somos una misma cosa., El Hijo de Dios no tiene que ir fuera de sí mismo para amar á su divino Padre, que derrama en su seno todos los tesoros de su amor, porque el Hijo está en el Padre y el Padre está en el Hijo. Imagen substancial y perfectísima del Padre, en Él contemplamos una hermosura divina y una perfección infinita; sabe que es su Padre, y que Él es el Hijo de su amor, según la expresión de San Pablo (2); y en esta vista eterna, dulcísima y perfecta, descansa, usando de nuestro pobre lenguaje, todo el amor del Hijo de Dios, y en ella están su gloria y sus delicias... Bajemos nuestros ojos, que al pensar en esto nos sentimos llenos de vergüenza y confundidos, reflexionando en nuestra gran miseria, en nuestra indignidad incomparable, y con la frente en el polvo adoremos ese Misterio incomprensible de la vida del Hijo de Dios en el seno de su Padre. ®

He aquí lo que nos dice el Angélico Maestro acerca del asunto en que nos ocupamos: "Dios es un ser viviente; Él es su misma vida,

(1) Joann., XIV, 31.

(2) Col., I, 13.

y ésta es sempiterna. Dios entiende y quiere, más el querer y entender sólo convienen á un ser viviente. El vivir se atribuye á lo que se mueve por sí mismo y no por otro, y así se llama fuente viva á la que derrama sus aguas saliendo éstas del seno de la tierra; mas no se da este mismo nombre á la cisterna ó al estanque que tiene sus aguas en reposo. Dios no es movido por otro, sino que obra por sí mismo, pues es la primera causa agente; por esto le corresponde el vivir. El Ser divino comprende toda la perfección del ser, por esto le corresponde vivir, que es perfección, y así en el orden de los entes, los que viven son preferidos á los que no viven.,

La santa Escritura confirma con su autoridad lo que acaba de decirse. En ella hallamos lo siguiente: “Yo vivo para siempre—dijo el Señor, (1). “Mi corazón y mi carne—dijo David—se regocijaron en el Dios vivo., (2).

El vivir, es acto de la vida, es la misma vida, es el ser de los que viven, según dijo el filósofo; mas Dios es su ser, y por esto en Él el vivir es su vida. El entender es, en cierta manera, vivir, porque es acto de quien vive; mas Dios es su entender, y por lo mismo, el vivir, y la vida que tiene, es Él mismo. Siendo como es, viviente, si Él no fuese su vida, se seguiría que vivía por participación de la vida;

(1) Deut., XXXII, 40.

(2) Psalm. LXXXIII, 3.

mas todo lo que se tiene por participación, se reduce ó refiere á lo que es por sí mismo, y y esto no tiene lugar respecto de Dios que no puede referirse á alguna cosa anterior, porque Él es el primero de todos los seres. Siendo Dios un Ser que vive, la vida debe estar en Él mismo; mas si Él no fuese su vida, habría en Él alguna cosa que no fuese Él mismo, y así sería compuesto, lo cual no puede admitirse.

Se deja de vivir porque la vida se ausenta, se separa de nosotros; mas nadie puede separarse de sí mismo, porque toda separación exige á lo menos dualidad; por esto es imposible que Dios deje de vivir, porque Él es su misma vida.

Que exista algún ser alguna vez y luego deje de existir, tiene lugar por alguna causa, pues lo que no existe no puede darse el ser. Respecto de la vida de Dios no tiene causa alguna, como no la tiene el ser divino; por esto Dios no vive alguna vez y luego deja de vivir, sino que vive para siempre; es, pues, su vida sempiterna.

Quien ejecuta alguna operación, aunque ésta pase, Él permanece; mas cuando la operación es el mismo agente, nada pasa, sino que uno y otra permanecen. El entender y el vivir de Dios es el mismo Dios; por esto su vida no tiene sucesión, es toda juntamente, es sempiterna. Además, Dios no puede tener ningún movimiento, mientras que lo que comienza á vivir ó que deja de ser, lo tiene, porque sufre al-

guna sucesión en su vida, es mudable, y esto no conviene á Dios; por lo cual, sempiterna es su vida. “Sabemos—decía San Juan—que vino el Hijo de Dios y nos ha dado discreción para conocer al verdadero Dios, y para estar en su Hijo verdadero. Este es el verdadero Dios y la vida eterna.” (1).

Luz y amor, origen de todo movimiento, excelencia de causa primera, cumplida perfección, acto de suprema inteligencia que no existe por participación alguna, y que no admite en su ser algo distinto de Sí mismo; ni puede dividirse, ni tiene causa alguna; que permanece lo mismo que su operación, y que es enteramente inmutable. He ahí la vida de Dios. Su inteligencia divina es luz esplendida y hermosa, es toda verdad; su voluntad soberana es fuente inagotable de dulzura. Dios, ser perfectísimo no diverso de su propio ser, de su inteligencia, simplísimo en Sí mismo, indivisible, sin causa ninguna, siempre el mismo... “¡Oh, Señor—decía David,—eternos son tus años! Tú eres el que al principio creaste la tierra. Los cielos son obra de tus manos; ellos perecerán, pero Tú eres inmutable. Vendrán á gastarse como un vestido. Los mudarás como se muda una capa, y quedarán mudados; mas Tú eres siempre el mismo, y tus años no tendrán fin.” (2).

(1) Joann., I. Epist. I, 20. *Cont. Gen.* lib. I, cap. 97 et seq.

(2) Psalm. CI, 25-28.

¡Oh, cuántas maravillas de divino encanto! La inteligencia queda deslumbrada, y queda sumergido el corazón en divinas delicias. ¿Quién puede contemplar el océano de la luz increada, la viva llama de la caridad de Dios, y tanta grandeza y tan sublime y acabada perfección, y la hermosura purísima, adorable y eterna de la vida de Dios? Él viva y reine por los siglos de los siglos.

Si ahora pensamos en nuestro amadísimo Jesús, que dijo de Sí mismo: “Yo soy la vida.”, ¿cuál será el gozo que inunde nuestras almas, cuánta nuestra dicha? Si Él no fuese el Soberano, el único amor que tenemos en la vida, ni aquel gozo sería inexplicable, ni nuestra dicha cumplida; mas Él lleva en pos de sí nuestros afectos; Él es quien reina, y no otro alguno en nuestros corazones. ¿Hay quien como Jesús tenga derecho á nuestro amor? Es Dios de Soberana y eterna Majestad, y sin embargo, descendió del cielo por salvarnos; se humilló por nosotros, sufrió la Cruz y murió por darnos vida. ¿En dónde hallaremos quien haya hecho lo que hizo el buen Jesús por el amor que nos tiene? Por esto, por ser quien es, lo preferimos á todos los amores; por esto es el único amor de nuestras almas. Su vida, su dicha, su gloria, todo es nuestro; y lo son también sus padecimientos y su muerte. De aquí que cuando pensamos en su vida gloriosa y eterna, nuestra felicidad es indecible y el gozo más puro inunda nuestras almas. Pensamos una y otra vez en

la vida de Jesús, y ponemos los ojos en su Corazón dulcísimo y Jesús nos dice: "Yo soy la vida.", Palabra de inmenso consuelo para nosotros. Vivirá para siempre nuestro Amado; y su vida es y será dichosísima; no habrá en ella ninguna mudanza; eterno manantial de luz y de amor, jamás sus purísimas aguas podrán agotarse, porque Él es el Verbo de Dios, fuente de eterna sabiduría.

Decía la Esposa de los Cantares: "Yo me senté á la sombra de mi Amado y gusté sus dulces frutos.", (1). Así nosotros, pensando en la vida de nuestro amado Señor, descansamos apaciblemente bajo su sombra, y Él nos da á gustar las santas delicias de su amor. Aquella luz de infinita pureza que contempla el Hijo de Dios en el seno de su Padre, y la hermosura de este Padre, y el Espíritu divino que de ambos procede como amor de la Bondad primera, constituyen, por decirlo así, el dulcísimo descanso de que hablamos. "Los hijos de los hombres—decía David—esperarán, oh Señor, bajo las sombras de tus alas; quedarán embriagados con la abundancia de tu casa, y les harás beber en el torrente de tus delicias.", (2).

En verdad, nuestro amor á Jesús tendrá que elevarse á una altura prodigiosa, al gozarnos en las delicias de la vida que tiene en el seno de su Padre. No es ya nuestro propio in-

(1) Cant., II, 3.

(2) Psalm. XXXV, 8-9.

terés lo que principalmente andamos buscando en ese gozo, la felicidad de aquel que amamos, su gloria perfectísima y divina, he aquí lo que absorbe todo nuestro pensamiento, el objeto, el blanco adónde dirigimos los afectos más puros y ardientes del alma; éstos se elevan entonces al Señor, como la columnita de humo de que hablaban las amigas de la Esposa santa, compuesta de perfumes de mirra y de incienso, y de toda especie de aromas (1).

Sin duda alguna, que no es un pecado tener presente cuando servimos á Dios el premio de la vida eterna, pues David nos dijo que había inclinado su corazón á la práctica de los Mandamientos de Dios, por la espezanza del premio. Mas antes había dicho también que había adquirido por herencia los testimonios de Dios, porque ellos eran la alegría de su corazón (2). "De esta manera, purificamos y elevamos más y más nuestras intenciones, olvidando las cosas de atrás—según decía San Pablo,—cuanto hemos hecho, y atendiendo solamente á lo que nos falta; corriendo hacia el objeto de nuestros amores, para ganar el premio á que Dios nos llama desde lo alto por Jesucristo nuestro Señor.", (3). Gozándonos en su vida, y no buscando de preferencia nuestros propios intereses sino los de Jesucristo, así ha-

(1) Cant., III, 6.

(2) Psalm. CXVIII, 111-112.

(3) Philip., III, 13-14.

brems arrojado en su bendito seno nuestras ansiedades y congojas y Él, sin duda alguna, según la expresión del Rey Profeta, nos sustentará (1). Pensamos en Jesús, y Él piensa en nosotros; nos deleitamos en Él, y Él tiene sus delicias en estar con nosotros; cuidamos de su gloria, y su divina providencia cuida de nosotros; es como su vida pensar en nosotros y la nuestra está oculta en Dios con el mismo Jesús, que es el que vive en nosotros. Todo esto lo hacemos prevenidos de su gracia. ¿Podemos gozar aquí, en la tierra, delicias más castas, más puros y santos afectos? Jesús, nuestro amadísimo Señor, dignese decirnos una y otra vez: "Yo soy la vida." Y al oír esta divina palabra le contestaremos: —¡Oh, Señor, os damos gracias por la magnificencia de vuestra gloria, por la dichosísima vida que tenéis en el seno de vuestro Padre; gozad, gozad para siempre de infinitas delicias, vivid eternamente y reinad en el mundo!

II

Contemplemos ahora la felicidad de nuestro amado Señor en su vida divina.

El propio bien es la felicidad de la naturaleza intelectual (2). Siendo Dios, pues, inteligente, tendrá su propio bien por su felicidad; mas

(1) Psalm. LIII, 23.

(2) *Cont. Gén.*, lib. I, cap. C et seq.

ese bien no se compara ó se refiere á Dios, cual si no lo tuviese todavía, porque esto es propio de una naturaleza movible y que está en potencia, sino que ya tiene en sí mismo el bien á que nos referimos; por esto es feliz, y goza sin interrupción de una dicha infinita.

La naturaleza intelectual desea con vehemencia lo que en ella misma es perfectísimo, lo cual es su perfectísima operación, ya que la potencia y el hábito se perfeccionan por la operación, que es la felicidad. La perfección debe permanecer en el que obra; debe ser de una potencia altísima. Por el objeto de su operación, éste debe ser altísimo, y por su forma, tiene que obrar, perfecta, fácil y deleitablemente. Todo esto lo hallamos en la operación de Dios, porque Él es inteligente y su entendimiento es altísimo, ni necesita de algún hábito que lo perfeccione, porque en sí mismo es perfecto. Además, Dios se entiende á sí mismo, que es lo más elevado de lo que puede entenderse, y esto lo hace perfectamente, sin dificultad alguna y con perfectísima delicia. Él, por lo mismo es dichoso.

La felicidad satisface todos los deseos, porque fuera de ella no hay más que desear. Es por tanto dichoso, quien tiene todo lo que desea; y tal es la perfección de Dios. Si le faltase alguna cosa no sería dichoso, pues algo tendría que desear; mas Él se basta á sí mismo y de nadie necesita, ni depende su perfección de alguna cosa exterior, ni la quiere como si fuese

su fin, sino porque es conveniente á su bondad. No puede querer lo imposible, y es imposible que adquiera lo que no tiene, pues de ninguna manera está en potencia. Tiene, pues, cuanto quiere, y no quiere mal alguno. Es, por lo mismo, infinitamente dichoso.

Él es su propia felicidad, porque ésta es su operación intelectual, y ésta su misma substancia.

Siendo la felicidad el último fin, una vez que se tiene se descansa en ella, y lo que Dios principalmente quiere es su esencia, y por esto su esencia es su felicidad. A la felicidad ordenamos todo lo que queremos, pues no la deseamos por alguna otra cosa, ya que en ella terminan los movimientos de nuestros deseos; mas Dios quiere todas las otras cosas por su bondad, que es su esencia, y así como Él es su esencia y su bondad, así es su propia felicidad.

No puede haber dos sumos bienes, sino uno sólo, y éste es Dios; este sumo bien es la felicidad ya que es el último fin; por esto, la felicidad y Dios son lo mismo.

La felicidad de nuestro Dios es perfectísima, y excede á cualquiera otra. En efecto; un ser es tanto más dichoso cuanto más se acerca á la dicha; por esto, el hombre que por la esperanza de obtener la dicha se llama feliz, no puede compararse con aquel que ya posee la dicha; mas nadie está tan cercano á ésta como el que es ésta misma, Dios, singular y perfectamente dichoso.

El gozo es causado por el amor, y donde éste es mayor también lo es el gozo. Ahora bien: cada uno se ama más á sí mismo que á cualquiera otro objeto, prescindiendo de otras consideraciones; de esto es indicio el que tanto más amamos alguna cosa cuanto más próximos estamos á ella; por esto Dios se deleita más en su propia felicidad, que es Él mismo, que cualquiera otro ser que no es una misma cosa con su dicha; por esto, la de Dios es perfectísima y excede á cualquiera otra. Además, es más excelente lo que se tiene por la esencia que lo que viene por participación; y sólo Dios es dichoso por su esencia, lo cual no conviene á ningún otro ser, porque Él es el sumo bien; por esto su felicidad excede incomparablemente á cualquiera otra.

La perfecta felicidad consiste en la operación del entendimiento; y ninguna operación intelectual puede compararse á la de Dios, no sólo porque su operación es subsistente, sino porque con ésta, sin multiplicarse, se entiende á Sí mismo perfectamente, y las cosas que son y las que no son, los bienes y los males; mas en los otros seres inteligentes el entender no es subsistente, sino acto del ser que subsiste; ni entienden perfectamente al mismo Dios, que es el Sumo Ser inteligible, ni hay algún entendimiento que conozca todas las cosas que Dios puede hacer, ni las conoce con la misma operación como el divino entendimiento. Este divino entendimiento todo lo conoce sin sucesión y

desde la misma eternidad, lo cual no conviene á criatura ninguna; por esto la divina felicidad excede á la humana como excede la eternidad, que siempre dura, al tiempo que se desliza y pasa en un instante.

La perfección de la felicidad divina abrasa todas las demás: de la felicidad contemplativa tiene la consideración, el conocimiento perfectísimo de sí misma y de todo lo demás; de la vida activa tiene el gobierno de todo el universo. La falsa dicha del mundo no tiene sino alguna sombra de la divina felicidad. Consiste aquélla en las delicias, en las riquezas, en el poder, en la dignidad y en la fama. Dios todo estó lo tiene de una manera excelentísima y perfecta: tiene infinitas delicias en Sí mismo, y un gozo universal en todos los bienes. Él es riquísimo y sus tesoros son inagotables, su poder es infinito, su dignidad incomparable, pues es el primero de todos los seres, y á Él le corresponde el gobernarlos. En cuanto á la fama, tiene la admiración de todo entendimiento que lo conoce.

He aquí la grandeza y la hermosura de la vida divina de Jesús considerada desde el punto de vista de su felicidad. Esta es su bien propio, y no un bien á que aspire el buen Jesús, sino que lo posee con toda plenitud; bien de que goza en medio de inefables y santísimas delicias. La vida del Hijo de Dios no es potencia, sino operación perfectísima y acto que nunca pasa, que nunca sale de sí mismo y que es de altísimo poder; que tiene por objeto lo más elevado que

existe, que es esa misma vida, y cuya operación no sólo es perfectísima, sino que se realiza eternamente sin dificultad ninguna, fácil y deliciosamente. En esa vida no hay deseo que pueda inquietarla porque todo lo tiene, porque ella es su último fin; y sin que llegue á dividirse, comprende en sí misma toda perfección. Nada le falta, de nadie necesita, todo lo tiene porque es el Bien Sumo.

Se conoce á sí misma esa vida y ésta es su dicha, pues bien sabe que posee todos los bienes, y por esto se ama á sí mismo sobre todas las cosas, y cuanto quiere lo ordena á su gloria, mas ella á nada se dirige, pues todos los deseos en ella terminan.

Esta vida es tanto más dichosa, si así podemos decirlo, cuanto que es la misma dicha; pues no le viene de fuera, ni se le une con el más estrecho vínculo que pensarse pueda; es infinitamente superior á todo esto: la felicidad es ella misma; así también con sus delicias, porque el amor que las constituye, si así podemos decirlo, es también ella misma; y todo esto lo tiene por su propia esencia, mientras los demás seres todo lo reciben de su gran bondad.

Esa vida no es una operación que pase alguna vez, sino que siempre subsiste; ni se divide, ni se multiplica; y su excelencia es infinita, y sus delicias son incomprensibles, ya que se deleita en su propio ser, cuya virtud es infinita, y su dignidad excelsa, como que ella es el primero de todos los seres.

Todo esto nos pide cantos de amor y de alabanza, de bendición y gloria; y al elevarlos al Señor oímos en el fondo del alma estas palabras: "Entra en mi gozo., Y ese gozo en que entramos desde luego es causado en nosotros por la grandeza y la hermosura, y la felicidad, y la perfección de la vida divina de Jesús. Es Hijo de Dios, es igual al Padre y un Dios con Él; por esto los dos tienen una misma vida; y si el Padre la ha comunicado al Hijo, "este Hijo—dice San Pablo—no por rapina es igual á Dios, y si se ha humillado, anonadándose á Sí mismo y tomando la forma de siervo, lo ha hecho porque así lo ha querido.,"

Entremos en el gozo de nuestro Señor. Cuanto más á El nos acerquemos por medio del conocimiento y del amor, recibiremos con mayor excelencia y abundancia, los dones de su gracia. Cuanto más ardiente sea el amor que le tengamos, serán también más delicadas y santas las delicias de que gocemos en su majestad.

La vida divina de Jesús es nuestra enseñanza. El todo lo quiere por su propia vida, por su eterna dicha, que es El mismo. Nosotros todo debemos quererlo por El, siendo como es, vida y felicidad de nuestras almas.

En la vida de Jesús no hay deseo que le inquiete, pues en sí mismo tiene todos los bienes. Nuestra vida debe descansar en El, y su majestad debe ser el único deseo de nuestras almas. ¿Qué buscamos fuera de El, en el mun-

do ó en las criaturas? Sólo Jesús es la vida, y fuera de El sólo hallaremos miserias; y si en Jesús hallamos la tranquilidad y el descanso porque es la plenitud de todos los bienes; poniendo nuestro corazón en las criaturas, sólo recogeremos turbación y fatiga. Ellas no son el bien verdadero y llenas están de miserias. ¿Podieran comunicar á los demás el bien de que carecen?

"No soy yo quien vivo, sino Jesucristo en mí,—dijo el Apóstol. Informada, dirigida nuestra vida por la de Jesús, seremos verdaderamente dichosos, porque El nos hará participar de todos sus bienes; si vivimos, para El vivimos, y si morimos, morimos para El; y ya vivamos ó muramos seremos siempre de El. Esto es lo más santo, lo más hermoso para nosotros, y esto lo que deseamos con todo el corazón, y de esta manera ya no andaremos en busca de la felicidad para que fuimos creados, sino que ésta se halla dentro de nosotros; y si el temor de perder á Jesús nos inquieta, su majestad nos dirije aquellas dulcísimas palabras: "Confíad, que yo he vencido al mundo., Y la vida de nuestro amado Señor sigue derramando en nuestro seno luz y gracia, fuerza y consuelo, y en ella tenemos todos nuestros bienes."

Sea nuestro principal estudio meditar en la vida de Jesús (1), porque esta vida llena está de enseñanza divina, y es un manantial inagotable

(1) Libro de la *Imitación*.

de consuero. Ella nos descubre una perfección altísima, una bondad infinita, una hermosura perfecta que encanta y arrebató nuestras almas; es luz, misericordia y felicidad.

Al pensar en la vida del ser que amamos sobre todas las cosas, la luz del cielo nos hace conocer que nada hay comparable con el amor de Jesús, y que por lo mismo debemos preferirle á todos los amores. Su bondad dulcísima, al derramarse con indecible largueza en nuestras almas, las inclina dulcemente á El, para que sólo en El cifremos toda nuestra dicha; porque El no pasa como pasan las criaturas, ni necesita bien alguno; sino al contrario, siendo riquísimo en sí mismo, comunica á sus criaturas, con indecible largueza, todos sus tesoros.

Todavía nos suministra nuevas enseñanzas la vida de Jesús. Ella es inmortal, y ya que aquellos á quienes Dios previó, los predestinó para que fuesen conformes á la imagen de su Hijo, nosotros, cuanto es de nuestra parte, debemos procurar la conformidad más acabada y perfecta con Jesucristo nuestro Señor; nunca debemos morir con la muerte del pecado; ¿qué haremos para conseguirlo? Pensar en Jesús, pedirle su gracia y tener en El una confianza muy grande. Aquel pensamiento nos descubrirá su hermosura divina, su infinita grandeza y cuanto le debemos; y de esta manera, mediante los auxilios del Señor, el corazón no sólo se inclinará dulcemente hacia El, sino también aumentarán continuamente la pureza de u

afecto y su constancia en el camino de las virtudes.

La debilidad y la pobreza que nos son tan propias; los peligros de que nos vemos rodeados, y los asaltos de nuestros enemigos, nos harán comprender que nada podemos sin Jesús, y que nos es indispensable su divina gracia; y Él mismo pondrá en nuestros labios la oración que le hemos de dirigir para impetrarla, y su bondad divina, y las pruebas que á cada instante recibimos de su gran misericordia, nos harán confiar en Él sin medida, y ninguno ha llegado á confiar en Jesús y ha quedado confundido.

“¿Por qué morís, oh casa de Jacob?,”—decía un Profeta (1). Morimos porque no es Jesús quien ocupa nuestros pensamientos, ni tratamos de conocerle, ni le pedimos su gracia, ni confiamos en su Majestad; porque no trabajamos á fin de que el espíritu no se extinga en nosotros, según decía San Pablo. ¡Oh, si la vida de Jesús fuese la preferente ocupación de nuestras almas, cuán hermosa y pura sería la luz que por todas partes las rodeara, y la suavidad y los consuelos de la gracia jamás les faltarían! Porque Dios á ninguno abandona si antes no es abandonado, y si esto hiciésemos, labraríamos nuestra propia ruina; mas Él no lo permita, y por ser quien es, que nos tenga siempre de su mano.

(1) Ezeq., XVIII, 31

El autor de la vida murió por nosotros; he aquí la gran prueba de su amor hacia los hombres. Ninguno tiene mayor caridad que el que da la vida por sus amigos; mas ¿qué diremos si reflexionamos que Jesús se entregó á la muerte por sus enemigos? Siendo enemigos de Dios fuimos reconciliados con Él por la muerte de su Hijo, y la vida del Hijo de Dios que recibió en el seno de María es preciosísima y de una estimación incomparable; excelentísima sobre la vida de todos los hombres, y Jesús amó su propia vida con profundo y ternísimo cariño. ¿Qué nos dice todo esto? Que obligados estamos á amarle con todo el corazón y sobre todas las cosas; y que así como Él no se ha contentado con descubrirnos el amor que nos tiene con sus santísimas palabras, sino además con entregar su vida por salvarnos, así nosotros á las palabras debemos añadir las obras; éstas serán cumplir en todo su voluntad sagrada, trabajar sin descanso por su gloria, renunciar nuestras pasiones, sin perdonar sacrificio ninguno. Nada haríamos sacrificando por Él nuestra vida, y esto sería por otra parte incomparable dicha; y Jesús, aceptando el sacrificio de todo nuestro ser, no nos dejaría sin recompensa; perderíamos la vida para hallarla en Él, moriríamos al amor del mundo, y nuestro amado al recogerenos en su santo Corazón, nos daría su misma vida. Amémosle, vivamos en Él para que Él viva en nosotros.

Oh, buen Jesús, Vos sois la vida de nues-

tras almas, todo nuestro encanto; haced que de hoy en adelante nada nos deleite ni captive sino vuestro dulce amor; nada nos atraiga ni lleve en pos de sí nuestros afectos, sino Vos, hermosura divina, santidad perfecta y vida dulcísima de nuestras almas!





CAPÍTULO VI

Él es la vida, la verdad.

Yo soy la vida... Jesús, nuestro dulcísimo Señor, es el único que ha podido decir con toda verdad que Él es la vida; la recibió de su divino Padre y la tiene en Sí mismo; y son tan abundantes las riquezas de esa vida, y su Corazón dulcísimo es tan generoso para con nosotros que nos comunica todos sus tesoros. "Por Él nos ha dado Dios—dice San Pedro—las grandes y preciosas gracias que había prometido, para hacernos partícipes por medio de éstas mismas de la naturaleza divina, huyendo de la corrupción de la concupiscencia que hay en el mundo." (1). En cierta manera nos comunica su misma vida y la hace llegar hasta nosotros en on-

(1) II Epist., I 4

das purísimas y refulgentes de luz, de gracia y de amor. La luz, El nos ha comunicado el conocimiento de su Padre; la gracia, nos lava con su Sangre preciosa de todas nuestras maldades, y el amor, nos une con El en sacrosanto y precioso vínculo de caridad.

"Ninguno viene al Padre sino por Mí., nos dijo el Maestro de toda verdad (1); y, en efecto, ¿quién nos ha revelado las grandezas del Padre, sino el Hijo Unigénito que está en su seno? Jesús le conoce, y si dijese que no le conocía, sería semejante á nosotros, y no sería la verdad; mas Él ha venido al mundo á glorificar á su divino Padre (2), y se ha dignado manifestarnos las cosas que ha oído de ese Padre. Nos ha revelado la gloria del Excelso, diciendo que Él es menor que el Padre, menor según la humanidad, igual según la divinidad; dícenos también que Él y el Padre son una misma cosa, y realza, por decirlo así, otra vez más, la excelencia de su Padre, diciéndole estas palabras: "Yo te he glorificado en la tierra; tengo acabada la obra cuya ejecución me encomendaste. Ahora glorifícame Tú, oh Padre en tí mismo, con aquella gloria que tuve en tí antes que el mundo fuese. Yo he manifestado tu Nombre á los hombres que me has dado del mundo. Tuyos eran y me los diste, y ellos han puesto por obra tu palabra. Ahora han cono-

(1) Joann., XIV, 6.

(2) Joann., XV, 15.

cido que todo lo que me diste viene de ti, porque yo les di las palabras que Tú me diste, y ellos las han recibido y han reconocido que verdaderamente Yo salí de ti, y han creído que Tú eres el que me has enviado, (1).

He ahí la enseñanza de Jesús con relación á su divino Padre. ¡Cuánta grandeza la de este dulce Padre! Y de Él salió y eternamente sale su Hijo Unigénito, que todo lo recibe de su adorable principio, cuya fecundidad es infinita.

El Padre, á la luz de la enseñanza divina que nos da Jesucristo, se nos descubre, no sólo con una grandeza divina y adorable, sino también con una bondad infinita; ha enviado á su Hijo Unigénito, á su eterna Palabra, á enseñarnos quién es el Padre y á decirnos que ha amado al mundo en tanto grado, que quiso darle á su mismo Hijo para que todo aquel que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna; pues este Hijo no ha sido enviado por el Padre para condenar al mundo, sino para que éste se salve por medio de aquel Hijo (2).

En este amor divino que el Padre nos tiene y que nos ha revelado por la Encarnación de Jesucristo, ¿cuántas grandezas y Misterios de suavidad y de dulzura se nos descubren en la enseñanza de nuestro Señor? Lleva ese Padre, si así podemos expresarnos, un Corazón dulcísimo y que rebosa de bondad y gracia. Á pe-

(1) Joann., XVI, 4-8.

(2) Joann., III, 16 y 17.

sar de todas nuestras culpas, no somos condenados sin remedio, que éste lo halla Dios en sus mismas entrañas. "Por estas entrañas misericordiosas, nuestro Dios—decía en otro tiempo el padre del Bautista,—ha hecho el Señor que ese sol naciente, su Hijo Unigénito, viniese á visitarnos desde lo alto del cielo, á fin de visitar á los que se hallan envueltos en las tinieblas y en las sombras de la muerte, para enderezar nuestros pasos por el camino de la paz, (1). Si los pecados de los hombres merecían los castigos de la Justicia divina, Dios halló, en su infinita sabiduría, en su bondad amabilísima, un medio por el cual aquella justicia quedara satisfecha y su misericordia enaltecida, manda al mundo á su divino Hijo, y lo entrega á la muerte por nuestra salud. ¿En dónde está el Padre que así pudiese amar á un hijo desgraciado? Hemos dicho hijo, mas el hombre separado de Dios por sus culpas, ¿pudiera llamarse hijo de Dios? Y Dios no perdona, sino que entrega á la muerte á su propio Hijo, objeto de sus divinas complacencias, y á quien ama con eterno y soberano amor...

La sola luz, no es la plenitud de nuestra dicha; necesitamos, además, que la gracia purifique nuestros corazones, y Jesucristo la derrama en ellos por medio de su Espíritu. Cuando en las santas Escrituras nos dice el Señor: "Convertíos á mí y yo me convertiré á vos-

(1) Luc., I, 78-79.

otros,, se nos advierte que somos libres. Y cuando respondemos:—Convértenos á ti, oh Señor, y seremos convertidos, confesamos que la divina gracia nos previene. Vemos en esto, desde luego, la grandeza de la misericordia de Dios nuestro Señor, á quien no hemos amado primero, sino que Él primero nos ha amado á nosotros. — David exclamaba: “¡Cuán bueno es Dios para los rectos de corazón!,, Esto le llenaba de reconocimiento y gratitud; mas esa bondad, contemplada desde el punto de vista de la gracia con que se digna prevenirnos, nos descubre una hermosura que arrebatara nuestras almas y las llena de encanto; las efusiones de la divina misericordia se derraman abundantísimas entre las ondas de la luz y del amor, y nuestra gratitud queda más obligada y rendida cuanto es mayor la distancia que hay entre el pecado y la misericordia, que la que puede existir entre el hombre justificado y las nuevas gracias con que el Señor se digna visitarle; el pecador es enemigo de Dios, y es su amigo el que se halle en la divina gracia; por lo mismo, cuando ésta previene al primero, nos revela el Señor una bondad muy grande, y la misma gracia se nos descubre tan inmerecida como generosa. Si supiésemos cuánto ofende á Dios el pecado, y cuán fuerte es el muro de división que levanta entre la amistad de Dios y nosotros, quedaríamos verdaderamente sorprendidos al ver que Dios demolía ese muro y se acercaba á nosotros brindándo-

nos con su amistad. Esa bondad divina, ni cabe en el corazón de los hombres, ni su inteligencia la puede comprender.

Á fin de apreciar cuanto podamos la excelencia de la divina gracia y esforzarnos en conservarla íntegra y en toda su pureza en nuestro corazón, oigamos lo que dice el Apóstol sobre las grandes miserias que trae consigo el pecado, y no olvidemos las exhortaciones que nos hace tratando de elevarnos á la santidad que corresponde á un verdadero cristiano: “Y yo os conjuro de parte del Señor, que ya no viváis como todavía viven los otros gentiles que proceden en su conducta según la vanidad de sus pensamientos, teniendo obscurecido y lleno de tinieblas el entendimiento, ajenos enteramente de vivir según Dios, por la ignorancia en que están, á causa de la ceguedad y dureza de su corazón, los cuales, no teniendo ninguna esperanza, se abandonan á la disolución, para zambullirse con un ardor insaciable en toda suerte de impurezas. Pero en cuanto á vosotros, no es eso lo que habéis aprendido en la escuela de Jesucristo, pues en ella habéis oído predicar y aprendido, según la verdad de su doctrina, á desnudaros del hombre viejo, según el cual habéis vivido en la vida pasada, el cual se vicia siguiendo la ilusión de sus pasiones. Renovaos, pues, ahora, en el espíritu de vuestra mente ó interior de vuestra alma, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado conforme á la imagen de Dios en justicia y

santidad verdadera. Por lo cual, renunciando á la mentira, hable cada uno verdad con su prójimo, puesto que nosotros somos miembros los unos de los otros. Si os enojáis, no queráis pecar, no sea que se os ponga el sol estando todavía airados. No déis lugar ó entrada al diablo; el que hurtaba ó defraudaba al prójimo, no hurte ya, antes bien, trabaje, ocupándose en algún ejercicio honesto, para tener con qué subsistir y dar al necesitado. De vuestra boca no salga ningún discurso malo, sino los que sean buenos para edificación de la fe, que den gracia é inspiren piedad á los oyentes. Y no queráis contristar con vuestros pecados al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para la Redención. Toda amargura, ira y enojo y gritería y maledicencia, con todo género de malicia, destiérrese de vosotros. Al contrario, sed sumamente afables, compasivos, perdonándoos los unos á los otros, así como también Dios os ha perdonado á vosotros por Jesucristo. Sed, pues, imitadores de Dios como sois sus hijos muy queridos, y tratad con amor á vuestros hermanos, á ejemplo de lo que Cristo nos amó y se ofreció á sí mismo á Dios en oblación y Hostia de olor suavísimo, (1).

Si es tan triste y funesto el abismo á que el pecado nos arroja, la elevación que causa la gracia en nosotros es verdaderamente admira-

1) Ephes., IV, 17 et seq.

ble y consoladora. Dios nos revela su poder y hace ostentación de las riquezas de esa gracia al disipar las tinieblas que envolvían el corazón, al purificarle, volviéndole en sol un instante resplandeciente y hermosísimo. “¿Quién puede volver limpio—preguntaba Job—al que fué concebido de inmunda simiente? ¿Quién sino Tú sólo?,” Y el poder y la bondad de Dios, que se nos han revelado con una largueza que nos sorprende y encanta, nos están pidiendo cantos de amor y de alabanza, de bendición y gloria; sí, bendito sea mil veces el brazo omnipotente del Eterno y su bondad inmensa, que así derrama las riquezas de su gracia en nuestras almas.

Quien ha disipado con la luz de su enseñanza las tinieblas del error, y ha querido franquear los tesoros de su gracia, comunica también su amor divino, y esto lo hace con una benevolencia incomprensible y llevado de su ardentísima caridad para con nosotros. Sus palabras, cuando de esto nos habla nuestro dulcísimo Señor, son verdaderamente admirables y conmueven profundamente todo nuestro afecto. “Yo vine á traer fuego á la tierra—nos dice,—y ¿qué otra cosa quiero sino que se encienda ese fuego?,” Cual si olvidar pudiese su grandeza, ábrenos su Corazón divino para que veamos en Él ese incendio de amor que le consume, los vivísimos deseos en que se abrasa por hacernos bien, y ¿quiénes somos nosotros delante de Jesús para inclinarse de esta manera su Corazón dulcísimo para abrasarle y con-

sumirle en el amor que nos tiene? “Doblo mis rodillas—decía San Pablo—ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual es el principio y la cabeza de toda esta gran familia que está en el cielo y sobre la tierra, para que, según las riquezas de su gloria, os conceda, por medio de su Espíritu, el ser fortalecido en virtud en el hombre interior, y el que Cristo habite por la fe en nuestros corazones, estando arraigados y cimentados en caridad, á fin de que podáis comprender con todos los cantos, cuál sea la dilatación y longitud y la elevación y la profundidad de este Misterio, y conocer también aquel amor de Cristo hacia nosotros, que sobrepuja á todo conocimiento para que seáis plenamente colmados de todos los dones de Dios., (1).

También nosotros adoramos al Padre de nuestro Señor Jesucristo. Padre que también lo es de nosotros, ya que nos ha adoptado en su Hijo Unigénito, en el cual nos ha hecho agradables á sus divinos ojos; y nuestra adoración llena está de humildad porque nada somos delante del Señor y de un amor dulcísimo y ardiente, porque á pesar de nuestra pequeñez, y á pesar también de todas nuestras culpas, se ha dignado colmarnos de todos sus bienes en Jesucristo nuestro Señor. En efecto; en este amadísimo Hijo de Dios tenemos la vida, la luz, la gracia y el amor. Si le seguimos no caminare-

(1) Ephes., III, 14-19.

mos por extraviadas sendas; si le rogamos nos dará su gracia y su divino amor, y entonces Él, que es en Sí mismo la vida, lo será también para nosotros; para esto necesitamos ser humildes, orar y mortificar nuestras pasiones. Á Él nos acerca la humildad, porque escrito está que el Señor, siendo como es, Altísimo, pone los ojos en los humildes, y mira como de lejos á los soberbios (1), y los que á Él se acercan son iluminados.

Si pedimos á Jesús el tesoro de su gracia, nos lo dará. ¿No hemos oído mil veces en el fondo del alma estas palabras del mismo Señor: “Pedid y recibiréis, buscad y hallaréis, llamad á la puerta y se os abrirá.” (2). Tiene empeñada su palabra; cumplirá cuanto ha prometido, y además, su bondad infinita y el amor incomparable que nos tiene, le inclinan á darnos el auxilio de su gracia. ¡Oh, si comprendiésemos cuán grande es su bondad, qué ardiente y generoso el amor que nos tiene, caeríamos rendidos á sus pies para bendecirle y adorarle, lloraríamos de amor y de ternura, le daríamos todo nuestro afecto, y ni aun sabríamos qué hacer á fin de pagarle de algún modo el amor y la bondad con que se digna franquearnos sus riquezas!

“Porque sois hijos—dice el Apóstol—envió Dios á vuestros corazones el espíritu de su

(1) Psalm. CXXXVII, 6.

(2) Luc., XI, 9.

Hijo, el cual nos hace clamar: — ¡Padre, Padre mío!, (1). Nuestro amado Jesús, al volver á su Padre, iba á rogarle que mandase sobre nosotros su Espíritu divino, que es el que derrama en nuestros corazones la caridad de Dios. Todo lo debemos á Jesús, á su Padre celestial, á su divino Espíritu; mas este Espíritu ha venido por los ruegos de Jesús. Nos le da y establece en nosotros el Reino de Dios; amamos á Jesús y El nos comunica cuanto es posible su misma vida; la luz, la gracia, y el amor; y esto en su mismo Corazón; en ese Corazón que ha disipado las tinieblas del error y que lava las almas con su Sangre; en ese Corazón, principio de la vida, manantial inagotable de la gracia y centro del amor.

Una y otra vez ponemos los ojos en ese Corazón dulcísimo y de El recibimos nuevos torrentes de luz, inestimables riquezas de la gracia, y ardientes y purísimos incendios de santa caridad. El es nuestra vida, inmaculada y santa, vida que jamás se extingue, bellísima y llena de consuelo y de dulzura. “Vivo—decía San Pablo—en la fe del Hijo de Dios,” (2); también nosotros, por la gracia de Jesús, vivimos en su fe; en El esperamos y El es el objeto de todo nuestro amor; es nuestra vida aquí en la tierra, y lo será para siempre en el cielo.

Finalmente, si tomamos sobre nosotros la

(1) Gal., IV, 6.

(2) Gal., II, 20.

cruz de la mortificación, seremos de Jesús; ya que los que le pertenecen han crucificado su carne con sus vicios y malos deseos(1); y siendo de El, viviremos en su mismo Corazón, no seremos por cierto extraños á su amor, y El se dignará mostrarnos cuánto es el amor que nos tiene.

II

“Yo soy la verdad,”; así nos lo asegura el enviado del Padre, aquél que vino al mundo para desterrar las tinieblas del error y enseñarle la ciencia de la vida; y no sólo eso, sino que es su enseñanza, son sus palabras de vida eterna. El mismo es la palabra substancial de Dios, porque El es la verdad inmutable y eterna. “El Padre—dice la Iglesia,—es veraz; el Hijo es verdad,” ¡Cuánta es la grandeza de Jesús! El Padre ni ha hablado ni jamás hablará otra palabra que ese Verbo divino que le es consubstancial, y en el que todo, ha dicho, que eternamente procede del Padre: “Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado.” He aquí la luz de toda ciencia, la plenitud de toda verdad, el resplandor de toda gloria. En esa verdad hallanse escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, y esa verdad es la virtud de Dios y la imagen de su bondad, más pura que la luz, porque á la luz siguen las tinieblas,

(1) Gal., V, 24.

y aquella verdad es indeficiente. No pueden igualarse con ella las riquezas, y el oro y la plata nada valen comparados con ella, porque es de un valor inestimable que nos hace participantes de la amistad de Dios

La verdad descubre un nuevo rasgo de su espléndida grandeza en su eternidad. "La sabiduría de Dios, que es su verdad, precede á todas las cosas y siempre estuvo con Dios, y es ante todos los tiempos, (1). Nunca ha existido el Señor sin conocerse á Sí mismo; y este conocimiento es subsistente y perfecto, es eterno. Llega tal perfección á la unidad de la esencia; y es subsistente teniendo en sí mismo la divina substancia que ha recibido de su adorable principio; por eso el Padre y el Hijo son una misma cosa, y el Padre está en el Hijo y el Hijo en el Padre; y quien vea al uno ve también al otro. Todo esto no ha comenzado en el tiempo, porque en el principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios.

Aquel conocimiento de que hablamos, no puede aumentar ni disminuir porque es inmutable y perfecto: es luz increada y tiene en sí mismo la plenitud de la verdad, es la verdad; por esto no hay grandeza alguna que pueda excederle, ni sabiduría que no posea, ni luz alguna que brille no en Aquel que es Dios de Dios, luz de luz, luz que brilla en las tinieblas y que ilumina á todo hombre que viene á este mundo.

(1) Eccles., I, 1.

Contemplemos ahora la verdad, que es Jesucristo, en sus relaciones con el hombre. Ella es nuestra grandeza, ella nuestra vida. La inteligencia y la voluntad es lo más noble de todo nuestro ser, lo que nos da la vida; mas ¿dónde está esa dignidad, dónde esa vida si la verdad no está con nosotros? La verdad es la luz que ilumina y eleva toda inteligencia; es el alimento que le conserva la vida; y por el contrario, el error la envilece y degrada, es el tósigo que le da la muerte. En efecto; siguiendo la voluntad lo que la inteligencia le enseña, hallándose ésta rodeada de tinieblas caminará por sendas extraviadas, llevando en pos de sí á la voluntad, ésta llamará luz á las tinieblas, virtud al vicio, y toda ignominia, y toda iniquidad serán para ella fáciles caminos. Allí están para probarlo los grandes filósofos de la antigüedad, y allí el mundo pagano. De tantas desgracias é ignominias sólo la verdad podía librarlos. Fuera de la enseñanza de la verdad, el hombre que no conocía ni adoraba la verdad, tenía que adorarse á sí mismo ó adorar sus pasiones, porque la inteligencia no podía vivir, careciendo de la verdad, sin alguna cosa que viniese á sustituirla. Ciertamente el error no podía proporcionar la verdadera vida, y si la inteligencia conservaba siquiera algo de esa vida, era por los débiles rayos de la verdad que se le comunicaban; y estos mismos rayos descubrían á veces los profundos abismos de la degradación y la ignominia, á cuya vista quedaban llenos de terror

los grandes filósofos del paganismo. Mas nada de esto podía restaurar la dignidad humana, tan degradada por el error y el vicio; la verdad tenía que presentarse por sí misma en medio de las tinieblas para disiparlas, y tenía que conversar con los pecadores á fin de convertirlos y santificarlos, y así lo hizo: "Yo soy la verdad—les dijo,—soy la luz del mundo y quien me sigue no anda en tinieblas..." ¡Ay de nosotros si no se hubiese dignado visitarnos! ¡Aún estaríamos sentados en medio de las tinieblas y envueltos en las sombras de la muerte! Sea, pues, mil veces bendita esa verdad divina que descendió del cielo, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo.

"La verdad nació de la tierra," (1). Al pensar en esto la admiración se apodera de nosotros, porque vemos cuánta es la bondad de Dios y la excelencia del amor con que se ha dignado honrarnos. Descender de lo más alto de los cielos y presentarse vestida de nuestra carne, era para esa verdad una humillación incomparable que, con razón, ha sido llamada anonadamiento. Cual si no pusiese los ojos en su propia dignidad y sólo pensara en socorrernos, quiso para esto elegir el medio más adecuado, á fin de mostrarnos la delicadeza y la finura del amor que nos tiene. Ni quiso detenerse por la infinita bajeza de nuestro ser, sino sólo atendió á la gravedad de los males que sufríamos

(1) Psalm LXXXIV, 12.

y al acercarse á nosotros extremó la benignidad y la dulzura de todos sus afectos. Prescindiendo de todo lo demás, esto debería bastarnos para amar á esa verdad dulcísima, tan buena y amorosa para con nosotros, y al llegarnos á ella á fin de darle el corazón, deberíamos hacerlo con una humildad muy grande, y al mismo tiempo con una confianza sin límites.

¿Qué podrá impedirnos el que así lo hagamos? ¿Su dignidad infinita? Mas nosotros, al confesarla y bendecirla, reconocemos nuestra pequeñez, cuán indignos somos de estar en su presencia, y atribuimos á su gran bondad el que se haya dignado visitarnos. Desde este punto de vista, nuestro amadísimo Jesús atrae dulcemente el corazón de todos sus hijos; es para nosotros la humildad de su divino Corazón como un derecho sagrado que nos asiste para tratar con El, con sencillez y con entera confianza, de todos los negocios de nuestra alma, para exponerle las aflicciones y necesidades que padecemos y pedirle que nos dé el socorro; y El, que es la verdad eterna de Dios, acogerá benignamente la sencillez y la humildad de nuestro ruego, y si estamos envueltos en las tinieblas del error, nos dará la luz, porque El es la suprema verdad; y si gemimos en el cautiverio del pecado, romperá nuestras cadenas, haciendo que la verdad, que es El mismo, nos dé la libertad de espíritu, y cumplirá en nosotros estas palabras de su Apóstol: "Vosotros

sois ya libres con la libertad que os ha otorgado Jesucristo, (1).

Jesús, verdad eterna que nos libra del pecado, nos enseña en su Doctrina la sabiduría más elevada, la ciencia de la vida eterna. Oigamos lo que acerca de esto nos dice el libro de la *Imitación*: "Dichoso aquel á quien la verdad enseña por sí misma, no por figuras y palabras que pasan, sino tal cual es en sí misma. Nuestro propio juicio con frecuencia nos engaña, y nuestros sentidos alcanzan muy poco. ¿Qué aprovecha el querer intrincarnos en cosas ocultas y oscuras, pues que de no saberlas no seremos reprendidos el día del Juicio? Es gran locura que, dejando las cosas útiles y necesarias, nos ocupemos con gusto en las curiosas y que nos dañan. Verdaderamente tenemos ojos y no vemos. ¿Qué se nos da de los géneros y especies de los lógicos? De muchas dudas se ve libre aquel á quien hable el Verbo Eterno. De este Verbo Eterno salen todas las cosas, y todos predicán á este Uno y este es el principio que nos habla, sin El nadie entiende ni juzga rectamente. Aquel para quien todas las cosas no tienen más valor sino en este Uno, y que las dirige todas á El, puede muy bien tener el corazón tranquilo y permanecer pacífico en Dios.

„¡Oh, Dios de verdad, hazme contigo uno en caridad perfecta! Muchas veces me molesta

(1) Gal., IV, 31.

leer y oír diversas cosas; en ti está todo lo que quiero y deseo. Callen todos los doctores, emudezcan todas las criaturas en tu presencia, háblame Tú sólo.

„Cuanto más se encerrase uno en sí mismo y fuese más sencillo en su corazón, otro tanto entenderá mayores cosas sin trabajo, porque de lo alto recibirá la luz de la inteligencia. El espíritu puro, sencillo y constante, no se distrae aunque atienda á muchas cosas, porque todo lo hace á honra de Dios, y se esfuerza en desembarazarse de toda investigación que tenga por objeto el bien propio. ¿Qué es lo que más le impide y molesta, sino los desordenados afectos de tu corazón? El hombre bueno y devoto, ordena primero en su interior las obras que debe practicar exteriormente. Ellas no le arrastran á los deseos de una inclinación viciosa, sino que El las dirige según el dictamen de la recta razón. ¿Quién sostiene mayor combate que el que se esfuerza en vencerse á sí mismo? Y este debería ser nuestro empeño, vencerse cada uno á sí mismo, hacerse cada día más fuerte y adelantar en la virtud.

„Toda perfección en esta vida lleva consigo algún defecto, y toda nuestra perspicacia está envuelta en cierta obscuridad. El humilde conocimiento de ti mismo, es camino más cierto para Dios que la profunda investigación de la ciencia. No se reprueba la ciencia, ni el conocimiento de lo que en sí considerado es bueno y se encamina á Dios; pero siempre se ha de

anteponer la buena conciencia y la vida virtuosa... ¡A cuántos hace perecer la vana ciencia del siglo, porque cuidan poco del servicio de Dios! Se desvanecen en sus pensamientos, porque más les agrada ser grandes que humildes. Grande es, en verdad, el que tiene gran caridad; grande el que se tiene por pequeño y estima en nada los más encumbrados honores. Es prudente el que por ganar á Cristo, tiene como basura todo lo terreno; y es sabio el que hace la voluntad de Dios y renuncia á la suya propia. (1).

Dios, que en otro tiempo nos habló por medio de los Padres y Profetas, lo hizo últimamente por medio de su Hijo. Esto es por parte de Dios una dignación incomparable, y para nosotros altísima honra y dicha muy grande, porque Dios no se desdena de acercarse á nosotros, y al hacerlo oculta su Majestad y su grandeza, y nos trata con una benignidad dignísima de toda bendición.

La verdad de Dios al tomar nuestra carne, nos ha elevado y nos ha hecho participantes en cierta manera, de su misma grandeza, y esta unión que se ha dignado establecer con nosotros tan íntima y profunda, indisoluble y sagrada, es la gloria, es la dicha del hombre; porque en el Hijo de Dios, en su verdad eterna que ha encarnado por el amor que nos tiene, están cifrados todos nuestros bienes. Si El nos

(1) Lib. I, cap. III.

habla, nos comunica la ciencia de la vida, la luz de la verdad en su misma fuente. Si permanece con nosotros, no cesa de colmarnos de grandes beneficios; y si á El nos acercamos llevados de su gracia, la luz y el amor van aumentando á cada instante en nuestras almas. Jamás sus palabras nos pueden engañar, y su divina enseñanza encierra tesoros de altísima y profunda ciencia, y El encamina á Sí mismo todos nuestros pensamientos y cuidados, todos los deseos del corazón. El es el centro, El es el foco indeficiente de la luz, y por esto cuanto El nos enseña, tiene que volver á El con cánticos de amor y de alabanza; y nace de aquí ese comercio divino, esas relaciones de inefable dicha entre la verdad de Dios y nosotros, que traen consigo la paz del corazón.

A la luz de la enseñanza de Aquel que es la verdad, ¿qué es para nosotros la ciencia del mundo? Callen, pues, todos los doctores y enmudezcan todas las criaturas delante de Jesús; porque la verdad que brota de sus labios es altísima y llena está de santidad y vida; porque ella nos eleva sobre nosotros mismos, y ordena todas las cosas y las dirige á Dios, como no es capaz de hacerlo la ciencia de los hombres. Al callar esta ciencia, cediendo á la de Dios el lugar primero, se hará el silencio en nuestras almas, y á éstas Dios las llevará á la soledad, y allí tendrá que revelarles grandes Misterios, la ciencia de su amor, y á este amor dirigiremos nuestros pensamientos y deseos, y todas

nuestras obras serán embellecidas, sublimadas por la caridad de Dios.

El que es la verdad, nuestro amado Jesús, nos enseña á vencernos á nosotros mismos, y esta ciencia el mundo jamás la ha conocido, ni jamás llegará á practicarla, porque ella es luz que Dios comunica á los humildes, y poderosa fuerza que procede de su santo amor.

La verdad de Dios al acercarse á nosotros enseñándonos también que el camino que á ella nos conduce, es la humildad; porque Dios resiste á los soberbios y da su gracia á los humildes. Á la enseñanza de su divina palabra añade el ejemplo, porque Jesús, verdad de Dios, es manso y humilde de corazón. Esta verdad nos descubre en nuestro corazón nuevos abismos de miseria, profundidades insondables, donde reinan las tinieblas de la ignorancia y del pecado, y este conocimiento que la luz de Dios nos comunica, nos hace pedir un descanso á la misericordia del Altísimo y esperar lo todo de su gran bondad.

No pone la verdad de Dios la grandeza y la felicidad de nuestras almas en el goce de los bienes terrenos, porque nada nos aprovechará ganar todo el mundo si nos perdemos para siempre; nos habla de la caridad como la más excelente de todas las virtudes, vínculo de perfección que nos liga con Dios, porque quien permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él; porque esta santa virtud eleva nuestros pensamientos y pone en Dios nuestros

afectos. Sin ella de nada nos servirá para la vida eterna el que tuviéramos una fe tan grande que pudiésemos trasladar las montañas, y la limosna de todos nuestros bienes, y el entregar nuestro cuerpo á las llamas no nos servirían para ganar el cielo, pues sólo la caridad nos une con Dios y es acreedora á la eterna recompensa.

También nos enseña la verdad, que es Jesucristo, que es indispensable el cumplir la voluntad de Dios si queremos salvarnos, y semejante enseñanza llena está de una sabiduría toda del cielo, porque la voluntad de Dios es fuente de luz inextinguible, es rectitud y justicia, es la misma santidad, es benignísima y amable, es hermosísima, es la misma dulzura, y siempre quiere conducir á los hombres por el camino de la verdadera dicha.

¡Oh divino Jesús, Salvador nuestro, que sois la verdad de Dios, iluminadnos y conducidnos Vos mismo por los caminos de la humildad y del amor divino, y haced que cumplamos la voluntad de vuestro Padre aquí en la tierra, de tal manera que por ella consigamos la herencia de los cielos.



CAPÍTULO VII

El camino que nos lleva al Padre.

A noche inolvidable de la última Cena en que el Maestro divino derramaba las riquezas de su amor consolando á sus discípulos, les hablaba en estos términos: “No se turbe vuestro corazón, pues creéis en mi Padre, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas habitaciones; que si así no fuese, os lo hubiera dicho. Yo voy á preparar lugar para vosotros, y cuando habré ido y os habré preparado lugar, vendré otra vez y os llevaré conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros. Ya sabéis adónde voy, y sabéis asimismo el camino.—Señor—le dice Tomás,—no sabemos á dónde vas, y ¿cómo podemos saber el camino?—Jesús le respondió:—Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí, (1). Sólo un

(1) Joann., XIV, 1-6.

padre lleno de bondad y de ternura puede hablar con tales expresiones. Jesús tiene que volver al Padre; mas aquí, en la tierra, tiene hijos á quienes ama con cariño indecible, y éstos, á su vez, tienen en Jesús todo su afecto; la ausencia y el olvido, ¿romperán las cadenas que ligan al Padre y á los hijos? Si el Señor se ausenta, allá en el cielo les ha de preparar una eterna mansión, y nunca el olvido podrá acercarse al Corazón de Jesús. Tales son los consuelos con que alienta á sus discípulos el divino Maestro, y en verdad, en todo eso los revelaba un amor invencible y generoso cual ninguno. Diceles que El es el camino, la verdad y la vida y que conocen adónde va; y si Tomás lo ignora, no por esto deja de ser verdadera la palabra de Jesús, porque El va á su Padre, á quien conocen los discípulos, porque Jesús se les ha manifestado, y conocen también el camino, porque éste es el mismo Jesús á quien conocen por su conversación y presencia.

“Sin embargo de esto—dice el Angélico Doctor—es también verdadero lo que asegura Tomás; porque si lo sabían, ignoraban saberlo. Muchas cosas sabían acerca del Padre y del Hijo, que les había enseñado Jesucristo, pero ignoraban que el Padre era aquél á quien iba Jesús, y que este Señor era ese mismo camino. No es admirable si ignoraban que Jesús caminaba hacia su Padre, porque aunque conociesen perfectamente á Jesucristo, según su humanidad, no conocían con la misma perfección su

divinidad. El conocimiento del camino depende del conocimiento del término, y ya que el término de ese camino era desconocido, porque Dios habita una luz inaccesible y ningún hombre le ha visto ni puede verle jamás, no es extraño que el camino que á El nos conduce, sea también desconocido. "Los caminos del Señor—dice San Pablo,—son investigables," (1).

"Manifiesta el Señor—dice también el Angel de las Escuelas—que los discípulos, de alguna manera conocen al Padre, para demostrar la verdad de sus palabras; y de otra no lo conocen, para que también la palabra de Tomás sea verdadera; por esto habla de un conocimiento perfecto que se tiene por la visión beatífica, y de esta suerte no conocen al Padre. "Es cierto que no le conocéis con tal conocimiento; le conoceréis, consumado que sea el Misterio de mi Pasión, y cuando el Espíritu Santo haya descendido sobre vosotros; tendréis entonces conocimiento perfecto de fe, porque El os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que os tengo dicho," (2).

Jesucristo es el camino, ya que por Él tenemos acceso al Padre celestial; ese camino no está distante del término á que nos conduce, porque el Padre y el Hijo son una misma cosa, y por esto Jesús es el camino y el término: camino, según la humanidad, y término, según la

(1) Rom., XI, 33.

(2) Joann., XIV, 26.—D. Thom., hic, Lect. II.

divinidad; en cuanto es hombre nos ha dicho: "Yo soy el camino," y según que es Dios: "Soy la verdad y la vida." La vida y la verdad designan el término de aquel camino; en ese camino están la consecución y el descanso de todos los deseos del corazón; y dos son las cosas que principalmente desea el hombre, el conocimiento de la verdad y la continuación ó permanencia, la vida indeficiente. Jesucristo es el camino que nos lleva á conocer la verdad y Él mismo es la verdad. Es también el camino que nos conduce á la vida, y El también es la vida. Estas dos cosas, la verdad y la vida, convienen á Jesucristo con toda propiedad y por Sí mismo; la verdad, porque El es el Verbo. La verdad es la adecuación de la cosa al entendimiento, la cual existe cuando es concebida según es ella misma; por esto la verdad de nuestro entendimiento pertenece á nuestro verbo, que es su concepción; pero ese verbo, aunque sea verdadero, no es la verdad, porque no es por sí mismo, sino porque se conforma (*adaequatur*) á lo que ha concebido. Así también la verdad del entendimiento divino pertenece al Verbo de Dios; mas siendo este Verbo verdadero por Sí mismo, porque no es medido por las cosas, sino que éstas en tanto son verdaderas en cuanto se acercan á la semejanza de Aquél, síguese que el Verbo de Dios es la verdad, y ya que ninguno puede conocer la verdad si no se le une, quien quiera conocerla tiene que unirse al Verbo de Dios.

A este Verbo conviene también la vida con toda propiedad, porque quien tiene sus operaciones por sí mismo, se llama viviente. Entre las operaciones de la vida las principales son las intelectuales; por esto el mismo entendimiento se llama viviente, y su acción, vida; mas en Dios el entender y el entendimiento es lo mismo; por esto el Hijo, que es el Verbo del entendimiento del Padre, es su vida. De esta manera Jesucristo se designó á Sí mismo como camino, y éste unido al término; porque El es el término que tiene en sí cuanto puede desearse; esto es, la verdad y la vida. Por esto, si preguntamos por dónde hemos de caminar, allí está Jesús, porque El es el camino. "Camina por el hombre—decía San Agustín—y llegarás á Dios., Es menos mal claudicar en el camino que andar con fortaleza fuera de él; porque el que claudica en el camino, aunque sea poco, adelanta y se acerca al término; mas quien anda fuera de él, cuanto más corre, más se aleja del término. Si preguntamos adónde hemos de ir, unámonos á Cristo, porque Él es la verdad, que es el objeto de nuestros deseos. Si queremos saber en quién hemos de permanecer, unámonos también á Cristo, porque Él es la vida, y escrito está: "El que me hallare, „hallará la vida, y alcanzará del Señor la salvación., (1). Unámonos á Jesucristo si queremos estar seguros; ya que estando unidos con Él no

(1) Prov., VIII, 35.

llegaremos á desviarnos, porque Él es el camino; ni podremos ser engañados, porque El es la verdad; ni nadie podrá perturbarnos, porque El es la vida y ha venido para dárnosla, y esto con abundancia. A este modo preguntaba San Agustín, en nombre del Señor: "¿Por dónde „quieres ir? Yo soy el camino. ¿Adónde quieres „dirigirte? Yo soy la verdad. ¿En dónde quieres „permanecer? Yo soy la vida. No puede llevar- „nos por sendas extraviadas el que es el camino, „ni engañarnos el que es la verdad, ni dejarnos „en el error de la muerte el que es la vida.,

Jesucristo es el camino que nos lleva al Padre, y lo es en cuanto hombre. Desde este punto de vista, el Misterio de su santa Encarnación se nos presenta resplandeciente de sabiduría, de poder y de bondad. ¡Oh, cuán dulce es para nosotros ese Misterio santísimo, cuya ternura y suavidad son infinitas! Pensemos, pues, en El siquiera un instante.

El pecado nos había constituido enemigos de Dios, que es santidad infinita, y á quien debemos obedecer, cumpliendo en todo sus divinos Mandamientos. La grandeza infinita del Señor reclamando estaba la sumisión y la obediencia que le debíamos. Es el ser de los seres, que existe por Sí mismo, eterno, omnipotente y perfectísimo; y nosotros todo lo habíamos recibido de sus manos. El amor que se tiene á Sí mismo; su santa gloria que debe ser bendecida y adorada; y en fin, nuestra misma dicha, que cifrada está en la sumisión de Dios que nos ha

creado; todo esto nos revela la grande obligación que tenemos de obedecerle y servirle; por lo cual el pecado que nos hace resistir á Dios y negarle lo que le es tan debido, no puede menos de constituirnos enemigos de Dios nuestro Señor. Ahora bien: irritado Dios contra nosotros, nada tendríamos que esperar, si sólo atendiese á su justicia; y si que temer sus terribles castigos; mas El es, no solamente justo, sino también bondad infinita, Padre de misericordias y Dios de todo consuelo; y de la misericordia del Señor está escrito "que sobrepuja al juicio," (1). Sin embargo de esto, Dios, en su misericordia, es sapientísimo; y siendo, como es, santidad infinita, los derechos de su justicia jamás quedarían vulnerados. He aquí ahora cómo resplandece su sabiduría infinita, conciliando, por decirlo así, la misericordia y la justicia. A pesar del pecado, el hombre no ha de perecer contra los designios amorosos del Señor; tendrá que dar á Dios satisfacción por el pecado; mas por ventura, ¿esa satisfacción pudiera ser tan digna que llegara á levantarse en mérito delante del Señor cuanto pudiera exigirle su terrible y serenísima justicia? Aquí están de una parte la majestad infinita del Eterno, y su bondad dulcísima tan ultrajadas; y por la otra, una miserable criatura que es como nada, y aun menos que nada delante del

(1) Jac., II, 13.

Señor; mas lo que esta criatura miserable ni puede ni jamás podrá por sí misma, lo puede Dios, inclinando los cielos, haciéndose hombre y tomando sobre Sí el pecado para satisfacer por él á la divina Justicia; ese hombre es también Dios, y sus satisfacciones por la dignidad de su persona divina son de un valor infinito. ¡Admirable sabiduría del Eterno! El Hijo de Dios no podía humillarse en su propia naturaleza, ni satisfacer por nuestras culpas; pero se hace hombre, se humilla á Sí mismo y se hace obediente hasta la muerte y muerte de Cruz; se ofrece y muere por salvarnos; y la justicia divina queda satisfecha, el hombre queda redimido. "¡Oh, profundidad de los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios—tenemos que exclamar con San Pablo,—cuán incomprendibles son sus juicios y cuán investigables sus caminos! ¿Quién ha conocido sus designios ó quién fué su consejero?," (1).

La profundidad y la hermsoura, y el altísimo precio de la sabiduría se nos describen en los Libros santos con una belleza incomparable. "¿En dónde se halla la sabiduría—preguntaba el Santo Job;—y cuál es el lugar en que reside la inteligencia? El hombre no conoce su valor; ni ella se halla en la tierra de los que viven en delicias. El abismo dice:—No está dentro de mí.—Y el mar afirma:—Ni conmigo.

(1) Rom., XI, 33-34.

—No se compra con oro finísimo, ni se cambia á peso de plata. No pueden parangonarse con ella los coloridos más ricos de la India, ni la piedra sardónica más preciosa, ni el zafiro. No se le igualará ni el oro ni el cristal de roca; ni será cambiada por vasos de oro puro. Las cosas más excelsas y apreciadas no son dignas de mentarse en su cotejo; pero la sabiduría trae su origen de partes muy recónditas; no tendrán comparación con ella el estimado topacio de Etiopía, ni los más brillantes coloridos. Pues ¿de dónde viene la sabiduría? Y ¿cuál es la morada de la inteligencia? Escondida está á la vista de todos los vivientes, y también se oculta á las aves del cielo. La perdición y la muerte dijeron:—A nuestros oídos llegó su fama. El camino para hallarla Dios lo sabe, y El es quien tiene conocida su morada., (1).

“Toda sabiduría—dice el Eclesiástico—viene del Señor Dios, y con El estuvo siempre y existe antes de todos los siglos. ¿Quién ha contado las arenas del mar y las gotas de la lluvia y los días de los siglos? ¿La altura del cielo, y la extensión de la tierra, y la profundidad del abismo, quién la ha medido? ¿Quién ha comprendido la sabiduría divina que precede á todas las cosas? La sabiduría fué engendrada ante todas las cosas, y la luz de la inteligencia existe desde la eternidad. El Verbo de Dios en las alturas, es la fuente de la sabiduría, y sus corrientes los

(1) Job., XXVIII, 12-23.

Mandamientos eternos. El origen de la sabiduría, ¿á quién ha sido revelado, ni quién conoce sus arcanos? El arte con que obra la sabiduría, ¿á quién ha sido jamás descubierto y manifestado, ni quién pudo entender la multiplicidad de sus designios? Sólo el Creador altísimo, omnipotente y Rey grande y sumamente terrible, que está sentado sobre su Trono, y es el Señor Dios. Este es el que la dió el ser en el Espíritu Santo, y la comprendió, y numeró, y midió, y la derramó sobre todas sus obras y sobre toda carne, según su liberalidad y la comunicó á los que le aman., (1).

Si la luz purísima y hermosa con que resplandecen las obras del Señor en el orden natural así arrebatara nuestra admiración y embriaga de dulzura nuestras almas y nos hace bendecirle y alabarle, ¿cuál será nuestro asombro al pensar en la obra más excelente de la gracia? Y ¿quién podrá medir la profundidad y la extensión de ese océano de consuelos y dulzuras en que el alma queda sumergida, reflexionando que Dios ha descendido de los cielos, y se ha hecho hombre por salvarla? Y si llena de amor y gratitud bendice á Dios en el misterio de su Encarnación, sus cánticos de amor, ¿no serán inspirados por los ángeles del cielo? Y esos cánticos serán bellísimos, sublimes y llegarán al Trono del Señor, candenciosos y llenos de armonía.

(1) II, 1-10.

No son las obras de la sabiduría divina, es ella misma quien lleva en pos de sí nuestras miradas, quien ha cautivado el corazón con sus encantos, y á quien bendicen y adoran nuestras almas.

Se ha acercado á nosotros, y de sus labios purísimos y santos han salido estas palabras:

—Yo soy la verdad, y las tinieblas del error se han disipado á la luz de la enseñanza divina. Yo soy la vida, y al colmarnos de gracias nos ha descubierto su poder inmenso. Yo soy el camino.

Inclinándose nos toma de la mano y nos lleva por sus mismas sendas. Sean, pues, benditas para siempre su sabiduría divina y el poder de su brazo y su bondad inmensa.

Si contemplamos la sabiduría de Dios, si quiera sea al través de la fe y envuelta con los velos que la encubren en el misterio de nuestros altares, la adoración y el amor conmovrán de nuevo nuestro ser y tendremos que exclamar: “Yo la preferí á los Reinos y á los Tronos, y en su comparación en nada tuve las riquezas ni parangoné con ella las piedras preciosas porque respecto de ella todo el oro no es sino menuda arena, y á su vista la plata será tenida por lodo. La amé más que la salud y la hermosura, y propuse tenerla por luz, porque su resplandor es inextinguible. Todos los bienes me vinieron juntamente con ella, y he recibido por sus manos innumerables riquezas, y me gozaba en todas estas cosas, porque me guiaba la sabi-

duría y yo ignoraba que fuese madre de todos esos bienes... Es un tesoro infinito para los hombres, y á cuantos de él se han valido, los ha hecho participantes de la amistad de Dios... En la sabiduría tiene su morada el espíritu de inteligencia, santo, único, multiforme, sutil, elocuente, ágil, inmaculado, infalible, suave, amante del bien, perspicaz, irresistible, benéfico, amador de los hombres, benigno, constante, seguro, inteligente y puro; pues la sabiduría es más ágil que todas las cosas que se mueven, y alcanza á todas partes á causa de su pureza; siendo como es una exhalación de la virtud de Dios ó como una pura exhalación de la gloria del Omnipotente; por lo que en ella no tiene lugar ninguna mancha, como que es el resplandor de la luz eterna, espejo sin mancha de la majestad de Dios é imagen de su bondad; y con ser una sola lo puede todo; inmutable en sí misma todo lo renueva, y se derrama por todas las naciones entre las almas santas, formando amigos de Dios y Profetas, porque Dios solamente ama al que mora con la sabiduría, la cual es más hermosa que el sol, y sobrepaja á todo el orden de las estrellas, y si se compara con la luz le hace muchas ventajas, porque á la luz alcanza la noche, pero la malicia jamás prevalece contra la sabiduría. Yo la amé y la busqué desde mi juventud, procuré tomarla por mi esposa, y quedé enamorado de su hermosura... Entrando en mi casa hallaré en ella mi reposo, porque ni su conversación tiene rastro

de amargura, ni causa tedio su trato, antes bien, consuelo y alegría, (1).

¿Quién, después de haber leído las anteriores palabras de la Escritura, dejará de pensar en Jesucristo? El es la sabiduría de Dios, que tomando nuestra carne, se hizo nuestro hermano; se acercó á nosotros para comunicarnos la vida de la gracia y los tesoros de su amor divino. Al poner en El nuestras miradas, al pensar en sus grandezas, y al verle tan cerca de nosotros, sentimos que la llama de su amor purísimo y ardiente abraza nuestras almas. Con nadie podemos compararle, y El es el único amor de nuestro pecho. Jesús, purísimo y hermoso, amable cual ninguno; las miradas de sus ojos nos encantan. Su Corazón dulcísimo y sagrado, manantial inagotable de la vida, fuente de la luz, riquísimo venero de la gracia, cautiva todo nuestro amor. También nosotros, entrando en nuestra casa, descansamos dulcemente en el seno del que amamos; también nosotros sólo descubrimos en Jesús bondad y gracia, y El nos comunica alegría y consuelo. Todos los bienes nos han venido con El; El es el bien sumo, verdad eterna, y dicha indeficiente. La luz de su doctrina nos descubre el camino de la vida, y su amor nos conduce de la mano á fin de impedir que lleguemos á extraviarnos. ¡Bendito sea mil veces quien, siendo la sabidu-

(1) Sap., VII-VIII.

ría de Dios, quiso por sí mismo llevarnos al Señor! ¡Bendito sea el camino que nos lleva al Padre!

II

Para ser nuestro camino y llevarnos á su Padre, el Hijo de Dios tomó nuestra naturaleza y se hizo nuestro hermano; he aquí la gran prueba de su amor sin medida á los hombres. Á fin de descubrir cuanto podamos la inmensa ternura que Dios nos ha revelado en el misterio de su Encarnación, reflexionemos que la unión de Dios y el hombre no se dice realizada según la esencia ó la naturaleza, ni según el accidente, sino según la subsistencia. "Pudiéndose entender—dice el V Sínodo—la unión de muchos modos, los que siguen el error de Apolinario y de Eutiques afirman que tuvo lugar según la confusión; los secuaces de Teodoro y de Nestorio admiten la unidad de afecto; mas la santa Iglesia de Dios, desechando ambas impiedades, confiesa la unión del Verbo de Dios con la naturaleza humana, según la composición; esto es, según la subsistencia. No hay, pues, en la Encarnación de nuestro Señor Jesucristo unión accidental, sino íntima y profunda, y la más íntima de todas las uniones, considerada por parte de la persona del Verbo, aunque no lo sea por parte de la naturaleza divina y humana. En efecto; la unión de que tratamos puede considerarse de dos modos: ó con relación á las cosas que se unen, ó por

aquello en que se verifica esta unión. Respecto de esto último, esa unión tiene preeminencia entre las demás, atendida la unidad de la persona divina; mas por parte de las dos naturalezas, divina y humana, no la tienen, por la distancia infinita de una y otra, (1). Esta unión tan perfecta y sublime hace que digamos con toda verdad: Dios es hombre, el hombre es Dios. "Según la verdad de la fe católica—dice el Angel de las Escuelas,—la verdadera naturaleza divina se unió con la verdadera naturaleza humana, no solamente en la persona, sino también en el supuesto ó hipóstasi; por lo cual esta proposición: "Dios es hombre", es verdadera y propia, no sólo por la verdad de los términos; esto es, porque Cristo es verdadero Dios y verdadero hombre; sino también por la verdad de la enunciación, pues el nombre significando la naturaleza común en concreto, puede sustituir á cada uno de los contenidos en esa naturaleza común; como este nombre: hombre, puede designar á cada hombre singular. Así el nombre de Dios, por el modo de su significación, puede ser empleado para designar la persona del Hijo de Dios. Mas de cualquier supuesto de alguna naturaleza, verdadera y propiamente puede predicarse el nombre que ella significa en concreto, como la palabra hombre se predica con toda verdad y propiedad de Sócrates y de Platón. Por lo mismo, puesto que la persona de

(1) III P. Q. II; A. 9.

Hijo de Dios, por la que se emplea el nombre Dios, es el supuesto de la naturaleza humana, la palabra hombre verdadera y propiamente puede decirse del nombre Dios, según que se supone por la persona del Hijo de Dios.

La naturaleza divina y la humana, si bien extremadamente distantes entre sí por el misterio de la Encarnación, convienen en uno sólo supuesto, al cual ni la una ni la otra está unida accidentalmente sino por sí, y de esta manera se predica el Nombre de Dios.

Asimismo, supuesta la verdad de una y otra naturaleza, y su unión en la persona é hipóstasi, decimos con toda verdad: "El hombre es Dios.", Porque esta palabra hombre puede designar cualquiera hipóstasi de la naturaleza humana, y, por consiguiente, ponerse por la persona del Hijo de Dios, la que decimos ser la hipóstasi de aquella naturaleza (1).

He aquí los caracteres del verdadero amor: quien ama se humilla hasta donde es posible por su amado; quien ama levanta al objeto de su amor, si le es dado, á una altura infinita; y esto realmente sólo Dios lo puede hacer. En el misterio de la Encarnación el Verbo de Dios, el esplendor de la gloria del Padre, por quien han sido hechas todas las cosas, que en Sí mismo tiene una grandeza infinita, y delante del cual todas las criaturas son como si no existiesen, ese Verbo divino se humilló á tal extremo,

(1) Idem, q. XVI, a. 1-2.

que el Apóstol pudo decir: "Se anonadó á Sí mismo." Al humillarse quiso elevar su santa humanidad á una altura que no podemos medir: el hombre es Dios, decimos con toda verdad. Su Encarnación, por lo mismo, nos revela con purísima luz el amor infinito que nos tiene. No hay humana ni angélica lengua que pueda predicar cumplidamente la elevación y la grandeza del amor del Hijo de Dios para con nosotros, que tan admirablemente resplandece en el misterio de que hablamos, porque Dios es quien se humilla, y la grandeza de Dios es infinita; porque la naturaleza humana es nada delante del Señor, y, sin embargo, Dios la toma y la une consigo en unidad de persona.

El amor del Hijo de Dios á que nos referimos, no ha sido estéril para el mundo. Dícenos la Encarnación cuál debe ser nuestro amor para con Dios, tomando por modelo de este amor el que Él nos tiene. "Hijitos míos—dijo San Juan,—no amemos con la palabra y con la lengua, sino con la obra y la verdad (1). Antes de recibir esta enseñanza del Apóstol de la caridad, el Hijo de Dios nos la dió haciéndose hombre por nosotros. Si Él inclinó los cielos y se humilló por salvarnos, sin duda alguna nosotros también debemos humillarnos á fin de imitarle; y si se entregó aun á la muerte por el amor que nos tiene, por nuestra parte no debemos exceptuar ningún sacrificio. Es ente-

(1) I Joann., III, 18.

ramente nuestro, seamos nosotros enteramente suyos; así nos lo piden la justicia, la gratitud y nuestra misma dicha.

Nuestro amado Señor nos ha dado la verdadera noción del amor. "Todos buscan sus propios intereses,"—dice el Apóstol (1).— Quien ama con verdad olvidándose á sí mismo, por decirlo así, trabaja por la dicha de su amado. Jesús ama á su divino Padre, y por esto desciende del cielo á procurar su gloria; ama á los hombres, y por esto viene á darles la vida y á dárselas en abundancia. Es todo de su Padre porque es su Hijo, y de El ha recibido cuanto tiene; y de El es también por el amor. El Padre se complace en este Hijo, y Jesús descansa amorosamente en el seno de su Padre. Ama Jesús á los hombres y es enteramente de ellos porque tomó su naturaleza, y tiene sus delicias en estar con ellos. ¡Oh, si siempre pensásemos en estos misterios de amor; si la enseñanza divina de que hablamos ocupase sin descanso nuestras almas! Sin duda alguna, la luz del cielo á cada instante aumentaría en nosotros sus bellos resplandores, y contemplaríamos el amor divino cada vez más admirable y hermoso y resplandeciente con nuevos encantos y atractivos de una belleza indeficiente y amable. Su generosidad y su constancia, su paciencia y sus grandes sacrificios, y todo cuanto ha hecho y hace por nosotros nos dejaría sorpren-

(1) Philip., II, 21.

didados, abrumados, por decirlo así, bajo el peso de su inmensa gloria; nos rendiríamos á su imperio, y el amor de Jesús reinaría en nuestras almas. Mas ¡ay! que por desgracia no pensamos, cual debiéramos hacerlo, en el amor de Jesús; y la enseñanza que nos suministra su santa Encarnación es para nosotros como un misterio impenetrable, en el cual no pensamos sino muy ligeramente. No tenemos, pues, que hacer otra cosa que humillarnos delante del Señor y pedirle que nos dé aquellos ojos iluminados, según la expresión de San Pablo, con la luz de la fe para descubrir las inestimables riquezas del amor de Jesucristo hacia nosotros y que El habite por la fe en nuestros corazones, estando arraigados y cimentados en caridad, á fin de poder comprender cuál es la dilatación y la longitud, la elevación y la profundidad de su amor, que sobrepuja á todo conocimiento, á fin de quedar plenamente colmado de todos los dones de Dios (1).

Nuevas enseñanzas, en verdad utilísimas, nos suministra la divina Encarnación. Ella es el camino que nos trajo á Dios, y por ella seremos conducidos al Señor. Es como la escala misteriosa de Jacob por donde desciende hasta la tierra, no ya el ángel, sino el Rey de todos los ángeles; y por lo cual el Hijo de Dios nos lleva consigo hacia su Padre. Cuando al pie de esta escala levantamos los ojos hasta el cielo

(1) Ephes., III, 17-19.

conocemos de algún modo su elevación infinita y la inmensa distancia que de Dios nos separa, y preguntamos con el Rey-Profeta llenos de tristeza: "¿Quién subirá al monte del Señor, ó quién podrá estar en su santuario?". Y si El nos contesta que aquel que tiene puras las manos y limpio el corazón (1), nos acordaremos que todas nuestras justicias son delante del Señor como un lienzo manchado (2). La humildad hará entonces que inclinemos nuestra frente y reconocamos nuestra gran miseria y confesemos que el auxilio de Dios nos es indispensable para el bien obrar. El que es nuestro camino nos ha dicho: "Sin mí nada podéis hacer," (3). Sin embargo, la voz de Jesús no nos causa desaliento porque El se ha hecho hombre por salvarnos y en El todo lo podemos. Dios nos dará la victoria por su Hijo, nuestro Señor Jesucristo. He allí cómo á la luz de la divina enseñanza de la Encarnación entran en el alma juntamente la humildad y la confianza: la primera atrae las misericordias del Señor sobre nosotros y nos llena la segunda de gran fortaleza y de constancia. Bien está que nada podamos por nosotros mismos; esta es nuestra dicha á fin de consagrar á sólo Dios todo honor y gloria y de apoyarnos solamente en El. De esta suerte la miseria y la impotencia no nos turban, mas si

(1) Psalm. XXIII, 3-4.

(2) Isa., LIV, 6.

(3) Joann., XV, 5.

nos obligan á recurrir á Dios en todas ocasiones; así resplandecen en nosotros su poder y su bondad, y no tendremos que gloriarnos sino en Él, á quien rendimos nuestro corazón y ofrecemos la bendición y la alabanza en todas nuestras obras.

No, no es estéril la enseñanza que nos suministra la Encarnación del Hijo de Dios; ¿quién no sabe que ella nos ha revelado el gran misterio de la Trinidad? "El Espíritu Santo vendrá sobre ti—dijo el ángel á la incomparable y celestial criatura, elegida para Madre de Dios,— y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, por cuya causa, lo santo que de ti nacerá será llamado Hijo de Dios," (1). He allí el Padre y su virtud divina, su eterna palabra, su Espíritu divino, las adorables Personas de la Trinidad augusta; y esa revelación magnífica y sublime, no sólo nos descubre la grandeza del Eterno, sino también su poder, su sabiduría y su amor. He allí cómo la Encarnación ilumina y enciende nuestras almas, cómo ese camino que nos lleva al Padre, está bañado de luz y embalsamado con los perfumes del Amor divino, y al entrar en él, ni la fatiga nos rinde, ni nos molesta el fastidio; sostenidos por la gracia del Señor, avanzamos llenos de alegría y consuelo.

La Encarnación, no sólo derrama la luz de la enseñanza, sino que también nos suministra

(1) Luc., I 35.

ejemplos de toda virtud y nos da la gracia de la vida eterna. En efecto; nuestro amado Señor caminó delante de nosotros y nos dijo: "Venid en pos de mí." *Padeció—dice San Pedro,—dándonos ejemplo para que sigamos sus pisadas., ¡Oh! ¡Cuán dulce es para nosotros, al caminar hacia los cielos, ir descubriendo las huellas de nuestro amadísimo Señor!—Por aquí pasó el buen Jesús—nos decimos,—el encanto de nuestro amor.—Y suspiramos de ternura; allí están la humildad y la dulzura de su Corazón amabilísimo, y su benignidad, y su paciencia, y su mortificación, y su modestia, y su amor al Padre, y su misericordia para con los hombres, sus hermanos; y las huellas del divino Maestro exhalan celestial perfume, suavísima fragancia que recrea nuestro espíritu y reanima nuestras fuerzas. Contemplamos una y otra vez el camino que aún tenemos que andar, por si acaso podemos descubrir á nuestro Amado; si llegamos á verle, exclamaremos diciéndole:—Llévanos en pos de ti, y correremos al olor de tus perfumes.—Si se nos oculta, le dirigimos estas palabras de la Esposa:—"Oh Amado de mi alma dime dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía, para que no tenga yo que ir vagando tras de los rebaños de tus compañeros," (1). También nosotros, como la Esposa santa, no queremos seguir sino á Jesús, y sólo en Él están nuestras delicias.

1) Cant., I, 6.

La Encarnación, hemos dicho, nos da la gracia de la vida eterna, porque Jesús nos ha reconciliado con su Padre, obteniéndonos el perdón de los pecados; en Él están todos nuestros bienes. Entró Jesús en una sinagoga de Nazaret, y le fué entregado el Libro de Isaías, y abriéndole leyó en él estas palabras: "El Espíritu del Señor reposó sobre mí; por lo cual me ha consagrado con su divina Unción y me ha enviado á evangelizar á los pobres, á curar á los que tienen el corazón contrito, á anunciar libertad á los cautivos y á los ciegos vista, á soltar á los que están oprimidos, á promulgar el año de las misericordias del Señor y el día de la retribución." Después de esta lectura dijo el Maestro divino: "Hoy se ha cumplido esta Escritura," (1). En efecto; se cumplió entonces y sigue cumpliéndose, y así sucederá hasta la consumación del mundo, la palabra de Isaías. Jesús evangeliza á los pobres, consuela á los afligidos, da libertad á los cautivos y vista á los ciegos, y alivia á los que se hallan oprimidos bajo el peso del dolor, y, en fin, derrama sobre nosotros sus misericordias con admirable largueza. Sin Él quedaríamos envueltos en un diluvio de infortunios y desgracias. ¡Pobres de bienes celestiales, enfermos y afligidos, ciegos y cautivos del demonio! ¡Mas bendita sea la gran misericordia de este amorosi-

(1) Luc., IV, 18-21.

simo Señor que, al hacerse hombre, se dignó comunicarnos todos sus bienes!

¡Oh, amorosísimo Jesús, sed para nosotros el camino que nos lleve al Padre celestial; iluminadnos con la luz de la verdad, que sois Vos mismo, y conservad y aumentar en nuestras almas la vida de la gracia! Que jamás olvidemos vuestros santos ejemplos, y Vos mismo llamadnos una y otra vez con la suavidad de vuestras inspiraciones y la dulzura de vuestro santo Amor, y cúmplase en nosotros, por vuestra gracia, esta palabra de David: "Corrí gozoso por el camino de tus Mandamientos, cuando Tú, oh Señor, dilataste mi corazón con tus consuelos," (1).

(1) Psal. CXVIII, 32.



CAPÍTULO VIII

El árbol de la vida y sus preciosos frutos.

I

LA condición del verdadero cristiano en este mundo, es la de un peregrino que se dirige á su Patria, condición verdaderamente trabajosa, y en el camino que anda diariamente, tiene que sufrir toda suerte de penalidades; el trabajo, la angustia y el dolor, caminan juntamente con él. ¡Cuántos sinsabores y amarguras tiene que devorar! San Pablo decía lo siguiente: "Suspiramos deseando la sobrevestidura del ropaje de gloria, ó nuestra habitación del cielo... Mientras nos hallamos en este cuerpo, que es como una tienda de campaña, gemimos agobiados por su peso... Estamos distantes del Señor y fuera de nuestra Patria; caminamos hacia Él por la fe, y no le vemos todavía claramen-

te, (1). David dirigiéndose al Señor le decía que oyera su oración y atendiese á sus lágrimas, pues estaba delante de su Majestad como un advenedizo y peregrino, como todos sus padres (2).

Es la vida para todos los hijos de Adán, un valle de lágrimas, un desierto que tienen que atravesar sin refrigerio ni consuelo, si no vuelven sus miradas á Jesús, si en Él no tienen su esperanza, si Jesús no se les presenta como el árbol de la vida, y los cobija y refrigera con su sombra bienhechora. En cuanto á nosotros, creemos en Él, Él es nuestra esperanza y todo el amor de nuestras almas; en Él hemos hallado el árbol de la vida. Dícenos San Juan en el Apocalipsis, que "vió un río de agua que da la vida, claro como un cristal, que manaba del solio de Dios y del Cordero, y en medio de la plaza de la santa ciudad, y de una y otra parte del río, estaba el árbol de la vida, que produce doce frutos, dando cada uno el suyo, y las hojas del árbol son para la salud de las gentes, (3). También aquí en el mundo, en la Iglesia católica, existe ese árbol de vida, y asimismo produce para nosotros frutos de salud eterna, porque tenemos á Jesús, porque está con nosotros su amoroso y dulce Corazón, del cual sin cesar están manando todos nuestros bienes. Felices

(1) II Cor., V, 2-7.

(2) Psalm. XXXVIII, 13.

(3) XXII, 1-2.

mil veces nosotros, si no tan sólo durante las horas de cansancio y de fatiga descansamos bajo la sombra de ese árbol divino, sino mientras dure nuestra vida. Como la Esposa santa, gustaremos los dulcísimos frutos del amor de nuestro Amado.

Los frutos de ese árbol de vida, son los siguientes: la pureza del alma, el desprecio de los bienes temporales, el descanso y la quietud de los deseos del corazón, el recato y la modestia en nuestras palabras, la elevación de nuestros pensamientos, los ardientes suspiros por los bienes celestiales, la solicitud en el ejercicio de las virtudes, la santidad de nuestras obras, el sufrimiento en las adversidades, el recogimiento del corazón, la unión y concordia de nuestras voluntades y la transformación en Dios (1). Digamos siquiera una palabra acerca de cada uno de estos frutos.

La pureza del alma; he aquí el primero de esos frutos de que acabamos de hablar. Jesús engendra en nuestras almas la pureza. "Él es el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes—dijo un Profeta,—y éste es el bien que de Él nos viene y la hermosura que nos comunica," (2). "Él es—decía San Ignacio, mártir,—la medicina que da vida eterna, antidoto contra la muerte, remedio que sana y purifica de los vicios y expelle todo mal,"

(1) Alvar. de Paz, ap. Alápide, hic.

(2) Zach., IX, 17.

Jesús es la flor del campo y la azucena de los valles, y sin Él no hay pureza ninguna en nuestras almas; y ¿esto por qué? Porque todos hemos sido por naturaleza hijos de ira, y la que fué preservada de toda deuda y culpa original, lo fué por los méritos previstos de su Hijo divino, y alcanzó una redención tan admirable y sublime como enteramente singular.

Lo que acabamos de decir, nos manifiesta que la bellísima luz de la pureza de Jesucristo se acerca á nosotros, disipando las tinieblas del pecado; mas, respecto de María, esa luz previene su creación; esto es: impide que las tinieblas se le acerquen, y hace que venga á la existencia entre los bellos resplandores de la gracia, y que esa purísima criatura, tan amada de Dios desde la misma eternidad, sea luz y siempre lo haya sido delante del Eterno.

No, no olvidamos el objeto del presente capítulo al pensar un instante siquiera en María, ya que Ella es el más precioso y delicado fruto de la pureza de Jesús, y ya que Ella nos enseña de qué manera hemos de descansar á la sombra del árbol de la vida, y cómo los frutos de ese árbol serán para nosotros de salud eterna. ¿Queréis conocerlo? Pues poned los ojos en Ella, y pensad que fué purísima y sin mancha, y tesoro de toda castidad, porque Dios la previno con su gracia y derramó en Ella con espléndida largueza la santidad de todas las virtudes, y quiso enriquecerla con todas sus gracias. Fué purísima, porque siempre fué dócil y

obediente á las inspiraciones del Señor que aumentaba en Ella á cada instante sus dones celestiales. Fué purísima, porque siempre pensaba en su Jesús querido, é imitaba con admirable y santa perfección los ejemplos de su Hijo. He ahí cómo María nos enseña á ocuparnos siempre en el gran pensamiento de nuestro amadísimo Jesús, y á aprender en sus santísimos ejemplos la práctica de las más elevadas virtudes, y entre éstas, su pureza celestial.

¿De dónde al divino Jesús tanta pureza? De su mismo origen. Como Hijo de Dios vivo fué engendrado en los resplandores de la santidad, y todo lo recibe de su Padre; es el Verbo de Dios, sabiduría infinita y luz de indeficiente y eterna claridad. Esa palabra, inmutable y eterna, tiene en sí misma una pureza infinita, porque es la verdad, y nada hay más puro que ésta.

Esa sabiduría de que hablamos, siendo, como es, una exhalación de la virtud de Dios, ó como una pura emanación de la gloria del Dios Omnipotente, no admite en sí misma mancha ninguna, como que es el resplandor de la Luz eterna, y espejo sin mancha de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad. Esa sabiduría es más hermosa que el sol, y sobrepuja á todo el orden de las estrellas (1).

Es también el Hijo de Dios, luz de luz, indeficiente y hermosa, y en Él no hay tinieblas

(1) Sap., VII, 25-29.

ninguna. Es la luz del mundo, y quien le sigue no anda en tinieblas. Ahora bien; nada hay más puro que la sabiduría, la verdad y la luz, y todo esto es nuestro amadísimo Jesús, y Él es quien derrama sobre el mundo los tesoros de su pureza divina. “Dios prometió á su siervo David—dice el Eclesiástico—que había de nacer de él el Rey fortísimo, que se sentaría sobre un Trono de gloria para siempre.” Y ese Rey, Jesucristo nuestro Señor, rebosa en sabiduría y lo inunda todo de inteligencia, y derrama la ciencia como la luz, y la luz de su doctrina con que á todos alumbra, es como la luz de la aurora, y penetra las partes más profundas de la tierra é ilumina á todos los que esperan en el Señor (1).

Luz, verdad, sabiduría; todo esto es para nosotros Jesucristo; quiere decir, pureza santísima de nuestras almas; porque su luz disipa las tinieblas de todos los errores, nos descubre en sí mismo la verdad y nos adorna y embellece con la luz de su gracia, siendo de esta suerte para nuestras almas fruto de salud eterna y árbol de la vida.

Jesucristo nos inspira el desprecio de las riquezas, de los honores y de los otros falsos bienes de esta vida con sus ejemplos y su enseñanza divina. Amó la pobreza, y se hizo pobre para enriquecernos con ella. “Las raposas—dijo Él mismo—tienen madrigueras, y las aves

(1) Eccles., XXIV.

del cielo, nidos; mas el Hijo del hombre no tiene sobre qué reclinar la cabeza,, (1). Dijo también su Majestad: "No queráis amontonar para vosotros tesoros sobre la tierra, donde el orín y la polilla los consume, y donde los ladrones los desentierran y los roban; atesorad más bien en el cielo, donde no hay orín ni polilla que los consuman, ni ladrones que los desentierren y los roben,, (2).

Preguntaba un joven al divino Maestro qué obras debía practicar para conseguir la vida eterna. Jesús le contestó: "Si quieres entrar en la vida guarda los Mandamientos., Y después añadió estas palabras: "Si quieres ser perfecto, anda y vende cuanto tienes, y dáselo á los pobres y tendrás un tesoro en el cielo. Ven después y sígueme,, (3). Jesús no se contentaba con esto; quería además que tuviésemos desprendido el corazón de todos los bienes y afectos de la tierra, y llamó bienaventurados á los pobres de espíritu, asegurando que de ellos es el Reino de los cielos.

Bellísima y sublime es la doctrina del divino Maestro, y la razón humana tiene que admirarla. Ved á un hombre que abunda en riquezas: ¿cuáles son los sentimientos que le animan, atendiendo á lo que generalmente sucede? Ama esas riquezas y se ocupa en conser-

- (1) Math., VIII, 20.
(2) Matth., VI, 20.
(3) Idem, XIX, 16-21.

varlas; desea que aumenten, teme perderlas, y si á esto reduce sus pensamientos y deseos, sin duda alguna degrada la nobleza de su ser, y en nada tiene la elevación de sus destinos. Las riquezas engendrarán la avaricia, y de piedra volverán el corazón del hombre. Veamos ahora lo que acerca del avaro y de la avaricia nos dice la Escritura divina: "El camino que siguen todos los avarientos, lleva arrebatadamente sus almas á la perdición. El Rey justo hace felices sus Estados, el avariento los arruina,, (1). "No hay cosamás detestable que un avaro,, (2). "La avaricia es una idolatría. La raíz de todos los males es la avaricia; de la cual, arrastrados algunos, se desviaron de la fe y se sujetaron ellos mismos á muchas penas y aflicciones,, (3).

El desprecio de los bienes temporales sabe inspirarnos los más elevados pensamientos, y despierta generosos y nobilísimos deseos en nuestras almas: el Bien sumo, el que es la eterna verdad, la inteligencia suprema; he allí el gran objeto de nuestros pensamientos. El amor que nunca muere, bellissimo y perfecto, inagotable manantial de toda dicha; he allí por quien suspira el alma que, despreciando todas las cosas de la tierra, se ha podido elevar sobre sí misma; en una palabra, la verdad que no engaña y el bien que nunca muere. He aquí la

- (1) Prov., I, 19; XXIX, 4.
(2) Eccles., X, 9.
(3) Colos., III, 5; I Thim., VI, 10.

grandeza, la sabiduría profunda y admirable que contiene la enseñanza de Jesucristo, enseñanza que bien nos descubre su origen celestial, precioso y delicado fruto del árbol de la vida.

Amemos la pobreza. ¡Oh, cuán hermoso es el amor de esta santa virtud! Si no tuviésemos otro motivo de amarla, nos bastaría el amor que la tuvo Jesús. Pobre fué nuestro amadísimo Señor, y al serlo, honró la pobreza y quiso enriquecerla con todos los tesoros de los cielos, y la adornó de belleza y encanto; fué su compañera inseparable; nació con ella y murió entre sus brazos, pobre y desnudo en una Cruz.

Si abundamos en bienes de fortuna, no olvidemos estas palabras de David: "Si tenéis riquezas, no pongáis en ellas vuestro corazón," (1). Y estas otras del Eclesiástico: "Quien es misericordioso, da prestado á su prójimo, y el que tiene la mano abierta para dar, observa los Mandamientos del Señor... Socorreal pobre, y en su necesidad no le despidas con las manos vacías. Pierde el dinero por amor de tu hermano y de tu amigo, y no lo escondas debajo de una losa para que se pierda. Emplea tu riqueza según los preceptos del Altísimo, y esto te valdrá más que el oro. Introduce la limosna en el seno del pobre, y ella rogará por ti para librarte de toda suerte de males, y peleará

(1) Psalm. LXI, 11.

contra tu enemigo harto mejor que el escudo y la lanza de un campeón," (1).

Si somos pobres, utilicemos santamente la pobreza en que vivimos. Que la resignación y la dulzura, la bendición y acción de gracias á Dios nuestro Señor, nos acompañen en todas nuestras aflicciones para poder decir con el Apóstol: "He aprendido á contentarme con lo que tengo. Sé vivir en pobreza y en abundancia; todo lo he probado y estoy hecho á todo; á tener hartura y á sufrir hambre; á tener abundancia y á padecer necesidad; todo lo puedo en aquél que me conforta," (2). Pero el mayor consuelo que podemos tener en la pobreza, consuelo en verdad incomparable, es el que nos suministran las siguientes palabras de Santiago: "Oid, hermanos míos muy amados: ¿no es verdad que Dios eligió á los pobres en este mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino que tiene prometido á los que le aman? (3).

La pureza y el desprecio de los bienes terrenos. Si contemplamos desde estos puntos de vista al santísimo Corazón de nuestro amado Jesús, su encantadora y celestial belleza suspenderá nuestras miradas, y casi sin ser dueños de nosotros mismos, volaremos hacia El, á fin de descubrir con mayor claridad esa hermosura que cautiva á los ángeles del cielo y que inunda

(1) XXIX, 1, 12-18.

(2) Philip., IV, 11-13.

(3) II, 5.

en delicias divinas nuestras almas. Bellísima es la luz con que se digna alumbrarnos la pureza del incomparable amor de Jesucristo. No hay en El ninguna mancha; inmaculado y santísimo, resplandece con el candor de la inocencia; todo en El es santo, elevadísimo y perfecto; sus sentimientos y deseos y cuanto hay en El lleno está de Dios, porque es el Corazón del Verbo del Padre. Jacob, en otro tiempo, se acercó al anciano Isaac para obtener su bendición; Isaac, al percibir la fragancia de los vestidos de Jacob, bendiciéndole, dijo: "El olor que trasciende, de mi hilo, es como el de un campo florido que bendijo el Señor," (1). También nosotros, como lo hizo Jacob, nos acercamos á nuestro dulce y amoroso Padre, el buen Jesús, á fin de obtener su bendición, mas ¡ay! que El no percibirá ningún aroma que exhale nuestras virtudes, porque ¿en dónde están éstas? No nos presentamos delante de Jesús cargados de méritos, sino de necesidades y miserias; y sin embargo de esto, lo hacemos llenos de confianza, porque su bondad es infinita y derramará sobre nosotros la suavísima fragancia de su pureza. El nombre de nuestro amado Señor, es bálsamo derramado, y su Corazón dulcísimo, fuente inagotable de toda virtud y santidad.

El Corazón de Jesucristo despreció las riquezas, los honores y los falsos bienes de esta vida. Superior á todos ellos, amaba la verdad y el

(1) Gen., XXVII, 27.

sumo bien; la dulce paz de su alma, sus riquezas, y todas sus delicias, cifradas las tenía en la gloria del Padre celestial. No vive el Corazón de Jesucristo para buscar su propia gloria, sino la de aquél que le ha enviado, y busca también la salvación de los hombres sus hermanos. Ante estos grandes objetos que le ocupan y que llenan su vida mortal, nada son las grandezas, los honores y las afecciones más puras é inocentes del corazón. Su Reino no es de este mundo, y si algunos tratan de hacerle Rey, El tendrá que huir. Nada posee sobre la tierra; pobre nació en la gruta de Belén, y pobre morirá en la montaña del Calvario. Si cuando predica al pueblo, llegan su Madre y sus hermanos queriéndole hablar, y alguno le dice que preguntan por El su Madre y sus hermanos, Jesús contestará: "¿Quién es mi Madre y quiénes son mis hermanos?" Y señalando á sus discípulos, dirá: "Estos son mi Madre y mis hermanos, porque cualquiera que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi Madre (1). ¡Admirable desprendimiento; consagración la más sublime y perfecta que podemos pensar á la gloria del divino Padre! He allí la generosidad, y la grandeza, y la actividad, y los nobles esfuerzos, y el trabajo incesante del Corazón de Jesucristo por la honra de su Padre. Ningún sacrificio podrá detenerle, ni el desaliento le hará desfallecer;

(1) Matth., XII, 46-50

es todo de su Padre, y todo lo renuncia por la gloria de ese mismo Padre.

Hay en el Corazón de Jesucristo, sin embargo de lo que acaba de decirse, un afecto al que no ha renunciado, y es el amor que nos tiene. "Al modo que mi Padre me amó, así os he amado yo. Perseverad en mi amor," (1). Así nos amó nuestro Señor dulcísimo en la noche de la última Cena. Ahora bien: si todo lo ha renunciado el buen Jesús por nosotros, reservando solamente el amor de nuestros corazones, ¿dejaremos de ponerlos en sus divinas manos, ó seremos de otro alguno que de Jesucristo? ¿Y quién tiene sobre nosotros, para que seamos suyos, los derechos que tiene Jesucristo? ¿Hay por ventura, en los cielos ó en la tierra, quien como El, nos haya amado, sacrificando su vida por salvarnos? Y su amor y su ternura exceden sin medida alguna á los que puedan tenernos las criaturas. Nos ama el buen Jesús con el más profundo y generoso de todos los amores, amor de sacrificio, amor constante, invencible y lleno de soberana fortaleza, amor dulcísimo que jamás nos llega á contristar, sino antes bien, en las aflicciones y amarguras de la vida, es bálsamo de suavidad y de consuelo; en nuestras debilidades, nos sostiene con el auxilio de su gracia; en las tinieblas, es luz clarísima que nos hace ver la hermosura de los cielos, y en las tempestades y borrascas que sufre nuestro

(1) Joann., XV, 8.

espíritu, nos da la paz y la bonanza. El es, en fin, todo nuestro bien. Nos pide el corazón, y nosotros se lo damos con todo nuestro afecto; El es, y siempre ha de ser, contando con su gracia, el único amor de nuestras almas.

II

El amor de Jesucristo; he ahí el único bien verdadero donde hallan descanso nuestras almas; inagotable y caudalosa, fuente de nuestra dicha, por esto ese dulcísimo Señor, que tanto se interesa por nosotros, una y otra vez nos llama á su santo amor, y abierto tiene su Corazón dulcísimo para recibirnos en ese santuario de la paz y del consuelo, de la felicidad y de la gloria. "Venid conmigo á un lugar solitario—decía á sus discípulos,—y reposad un poco," (1). Entremos, pues, en su santo Corazón; que será como un lugar solitario, porque no irán con nosotros las inquietudes de las pasiones ni los deseos de los bienes temporales. Jesús, he ahí todo nuestro bien, el único deseo de nuestras almas, mas para que esto sea así, es indispensable que estemos en ese Corazón sagrado, como estaba la Magdalena á los pies del Señor, escuchando su divina Palabra. No atendía á otra cosa, y por esto, cuando su hermana dijo á Jesús: "¿No ves, Señor, que

(1) Marc., VI, 31.

María me ha dejado sola en las faenas de la casa? Dile que me ayude., Ni siquiera trató de contestar, pues tenía quien por ella respondiese. “¡Marta, Marta—le dijo el Señor,—tú te afanas y acongojas en muchísimas cosas! A la verdad una sola es necesaria. María ha escogido la mejor parte, que no le será quitada., (1).

Uno de los más preciosos frutos del árbol de la vida, que es Jesucristo nuestro Señor, es el descanso de nuestros deseos, y sólo en Él podemos hallarlo. “El hombre nunca permanece en un mismo estado—nos dice el Santo Job (2), —y ¿por qué sucede esto? Porque no contempla claramente la verdad; porque su Corazón no descansa en Dios. La vida de nuestra inteligencia es la verdad, mas es muy débil esa inteligencia, y quedó también lastimada, obscurecida, por el pecado original; por esto, cuando el error se le presenta disfrazado y le dice: “yo soy la verdad la inteligencia, muchas veces se rinde y acepta su enseñanza., A este modo decía Jesucristo á sus discípulos: “Mirad que nadie os engañe; porque muchos han de venir en mi nombre, diciendo:—Yo soy el Cristo.—Seducirán á muchos... aparecerán falsos Cristos y falsos Profetas y harán grandes maravillas y prodigios; por manera que aun los escogidos, si fuese posible, caerían en error., (3).

(1) Luc., X, 39-42.

(2) XIV, 2.

(3) Matth., XXIV, 4-5, 24.

Así como el error trata de engañar vendiéndose por la verdad, así también el mal intenta seducir con los pérfidos halagos que refiere Salomón en los Proverbios (1); mas el error y el mal, cambian sin cesar y agitan y atormentan sin descanso nuestro espíritu. En ese mar borrascoso del error y las pasiones, jamás se siente bonanza, y no hay en él sino terribles tempestades y naufragios. La inquietud, la amargura y la desolación, he aquí las tristes é inseparables compañeras del error y las pasiones.

¿Qué tendremos que hacer para alcanzar la quietud de nuestro espíritu, el sosiego de los deseos que nos agitan y nos perturban, en una palabra, para obtener la paz del corazón? He aquí lo que nos dice acerca de esto el libro de la *Imitación de Jesucristo*: “Si quieres caminar por las sendas de la paz y de la verdadera libertad, procura hacer la voluntad ajena antes que la tuya; elige tener menos que más, busca siempre el último lugar, y júzgate por inferior á los otros, ruega y desea sin interrupción, que la voluntad de Dios se cumpla en ti íntegramente (2).

“Mi paz os dejo—dijo el Señor,—mi paz os doy; no como la del mundo., Todos desean la paz; pero no todos buscan lo que produce la paz verdadera. La paz de Dios está con los

(1) VII.

(2) Lib. III, cap. XXIII.

mansos y humildes de corazón., En todas las cosas tened cuidado de lo que hacéis y de lo que decís, no tengáis otra intención sino la de agradar solamente á Dios, fuera de Él nada tenéis que desear ni buscar. No condenéis ligeramente las palabras ó las acciones de los demás, no os entrometáis en lo que no os está encomendado; así poco y pocas veces estaréis turbados... No creáis haber encontrado la verdadera paz cuando no tenéis algún contratiempo ni sufrís la menor oposición, ni que vuestra dicha es perfecta cuando todo sale según lo deseáis. No forméis alta idea de vosotros mismos. Consiste el adelanto del hombre y su perfección en ofrecerse enteramente á la voluntad de Dios, y en no buscar fuera de ella ninguna otra cosa, grande ni pequeña, ni en el tiempo ni en la eternidad (1).

“Buscad vuestro apoyo, la paz del corazón, en la verdad inmutable y siempre viva, y no quedaréis agobiados de tristeza cuando muera ó se aleje algún amigo. Toda amistad debe fundarse en Dios, sin Él no será pura ni estable, y todo afecto del cual Él no es la prenda, no es verdadero ni puro. Cuanto más se aleja el hombre de los consuelos de la tierra, más se acerca á Dios, y cuanto más profundamente se abate á sí mismo y se contempla más miserable á sus propios ojos, más se eleva al Señor. Por el contrario, quien se atribuye al-

(1) Cap., XXV.

gún bien á sí mismo, no deja que la gracia entre en su corazón, porque ésta siempre busca corazones humildes. Si sabéis anonadaros perfectamente y arrancar del corazón todo amor desordenado á las criaturas, os inundará la gracia del Señor. Aprended á venceros en todo por amor de Dios para llegar á su conocimiento. El más pequeño objeto amado ó deseado con exceso nos mancha y turba la paz de nuestras almas., (1).

Ya que una y otra vez se nos habla de la voluntad de Dios como razón de la tranquilidad de nuestros deseos y de la paz de nuestras almas hagamos algunas reflexiones sobre esa misma voluntad cuya gloria deseamos con todas nuestras fuerzas.

La voluntad de Dios es causa de todas las cosas. “Él hace todas las cosas—dice San Pablo—conforme al designio de su voluntad., (2). Los ancianos del Apocalipsi, adorando al que vive por los siglos de los siglos, ponían sus coronas ante el Trono, diciendo: “Digno eres, oh Señor Dios nuestro, de recibir la gloria, y el honor y el poderío, porque Tú creaste todas las cosas y por tu voluntad subsisten y fueron creadas., (3). En la Sabiduría se dice: “Si aborrecieses alguna cosa, nunca la hubieras ordenado ni hecho. Y ¿cómo pudiera durar si Tú no

(1) Cap., XLII.

(2) Ephes., I, 11.

(3) IV, 11.

quisieses, ni cómo conservarse nada sin orden tuya?», (1) San Pablo dice también: "Todas las cosas son de Dios, y todas son por Él, y todas existen en Él: á El sea la gloria por siempre jamás. Amén."

Quando los ímpios tratan de impedir la voluntad de Dios, esto es, los bienes que quiere y determina, los esfuerzos de aquellos en vez de impedirla hacen que se cumpla. Cuando el demonio procuró la muerte de Jesucristo, destruyó su propio reino, y se cumplió la voluntad divina acerca de la Redención de los hombres. Si antes el demonio había perseguido al Santo Job, no hizo otra cosa que darle ocasión de aumentar su paciencia. Para impedir el cumplimiento de los sueños de José, sus hermanos le vendieron; fué llevado á Egipto, y allí fué señor de aquellos que le habían vendido. Saúl, envidioso de la gloria de David y haciéndole que peleara contra los filisteos, para que éstos le diesen la muerte, le hacía cada vez más ilustre. Los príncipes de los judíos, queriendo extinguir el nombre de Jesucristo, le condenaron á una muerte afrentosa, mas en premio de ésta, recibió el Señor un nombre sobre todo nombre y del cual dice San Pablo: "Que al nombre de Jesús dóblase toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos," (2).

Siguiendo los designios de la voluntad divi-

(1) XI, 25-26.

(2) Philip., II, 10.—Estío, Tom. I, dist. 46.

na, que lo quiere de nosotros, cumpliremos toda justicia, "y el fruto de la justicia es la paz, decía Isaías; el sosiego y seguridad sempiterna; y reposará mi pueblo—añadía,—en nombre del Señor, en la hermosa mansión de la paz, y en tabernáculos de perfecta seguridad, y en el descanso de la opulencia," (1).

Vemos que el hombre, abusando de su libertad, contraría las disposiciones divinas, ¿tendrá paz consigo mismo? "Dios es el sabio de corazón—decía Job.—¿Quién le resistió que quedase en paz?", (2). El hombre, pues, que quiere resistir á la voluntad divina, es un insensato que ni siquiera atiende á sus propios intereses. Mas dejemos al insensato, y veamos de qué manera hemos de recibir las disposiciones de la voluntad de Dios, no sólo á fin de agradarle cuanto esté de nuestra parte, sino también para alcanzar la tranquilidad de espíritu y el descanso de nuestros deseos en Dios nuestro Señor.

Contemplemos la voluntad santísima de Dios como la madre más tierna y afectuosa que tenemos y cuya dulzura y bondad son infinitas, y veamos que somos nosotros los hijos muy queridos de su amor. Para considerarla como madre nos autoriza el mismo Dios que, por medio de Isaías, dice lo siguiente: "Como una madre acaricia á su hijito, así Yo os consolaré

(1) XXXII, 17-18.

(2) IX, 4.

á vosotros, y hallaréis vuestra paz y consuelo en Jerusalén,, (1).

Había dicho también el Señor que “nos llevaría en su seno y en sus brazos hasta la última vejez,, (2). He allí, pues, á nuestra madre; pero ¡qué madre! Es sapientísima, y nadie puede engañarla; es omnipotente, y nadie puede resistirla; es la misma clemencia, y no tienen número sus misericordias. Nos ama desde la misma eternidad, y todo lo dispone para el bien de sus hijos muy queridos. No hay amor como el que ella nos tiene, generosísimo y lleno de bondad, sufrido y constante sobre toda expresión. No hay desvelo, no hay cuidados que puedan compararse con los de esta voluntad sagrada. El hombre, pues, debe cumplir cuanto ella disponga, no sólo con fidelidad y prontitud, sino también con verdadera delicia, con júbilo indecible. Esta es la verdadera dicha, la paz del alma, y un gozo anticipado de las alegrías del cielo. Desde este punto de vista; ¡oh, cuán amable y hermosa se deja contemplar la Voluntad divina! Verdaderamente, su bondad y su belleza, su misericordia y su dulzura, y cuanto en ella existe lleno de santidad y perfección, dejan enamoradas nuestras almas. ¡Ay! No cumplir lo que ella quiere de nosotros, contrariar sus admirables designios, sería nuestra mayor desgracia.

(1) LXVI, 13.

(2) Isa., XLVI, 3-4.

Hemos contemplado la Voluntad divina como nuestra madre, y nos hemos visto á nosotros descansando en su amoroso seno; cambiemos ahora, y veámosla en nuestros brazos recordando estas palabras que la Esposa santa dirigía á su Esposo: “¡Oh, quién me diera, hermano mío, que tú fúes como niño que está á los pechos de mi madre, y que te halle fuera y pueda besarte, con lo que nadie me despreciaría! Yo te tomaría y te llevaría á la casa de mi madre; allí me enseñarías, y yo te daría á ber del vino compuesto y del licor nuevo de mis granados., Había dicho también la Esposa: “Hacecito de mirra es mi Amado para mi; morará entre mis pechos. Racimo de cypro, cogido en las viñas de Engadí,, (1). ¿Habéis visto cómo una madre cubre de besos la frente del niño que lleva en sus brazos, y amorosísima, una y otra vez le estrecha al corazón? Le contempla con inmensa dulzura, y en éxtasis de amor, no sabe qué decirle. Pues he allí lo que debiéramos hacer con la voluntad divina; abrazarla con indecible cariño, prodigarle dulcísimas caricias, poner en ella nuestra dicha. ¡Con qué palabras llegaríamos á expresarle nuestro amor! El Esposo habla en estos términos á su Esposa en los Cantares: “¡Qué hermosa eres, amiga mía, qué hermosa eres!,, Contemplando nosotros la perfecta belleza y la bondad infinita de la voluntad de Dios, también exclamare-

(1) VIII, 1-2; I, 12-13.

mos:—¡Cuán bella eres, Voluntad divina, cuán bella eres! Te bendecimos, te alabamos, te adoramos; recibe todo nuestro amor.

Contemplemos ahora el dulcísimo Corazón de Jesús en las relaciones que tiene con la voluntad de su divino Padre. El Hijo de Dios descendió de los cielos y se hace hombre, no para hacer su voluntad, sino la del Padre que lo ha enviado. Esta voluntad es el amor, el encanto y todas las delicias de Jesús. Arde el Corazón de nuestro amado Señor en un fuego inextinguible que le hace exclamar: “Con un Bautismo de sangre tengo de ser bautizado. ¡Oh, y cómo traigo en prensa el corazón mientras no lo veo cumplido!, (1). Era la voluntad del Padre que Jesús se sacrificase y muriese por nosotros entre ignominias y dolores; mas el amor de Jesús á la voluntad divina, quita á la ignominia la triste humillación, y despoja á la muerte de todos sus horrores. Halla en los padecimientos y en la muerte un verdadero gusto; por esto, cuando después de haber anunciado su Pasión, San Pedro le dijo: “Señor, lejos sea esto de ti., Jesús le replicó: “Retírate de mí, porque no tienes gusto de las cosas que son de Dios, sino de las de los hombres., (2).

Nuestro amado Señor tenía en cumplir la voluntad del Padre su verdadero alimento. “Mi

(1) Luc., XII, 50.

(2) Matth., XVI, 21-23.

comida—dijo á sus discípulos—es hacer la voluntad del que me ha enviado, y dar cumplimiento á su obra., (1). Y al hablar de las disposiciones de su Padre, Jesús se regocijaba en el Espíritu Santo, y decía: “Yo te alabo, Padre mío, Señor del cielo y de la tierra, porque has encubierto estas cosas á los sabios y prudentes del siglo, y las has revelado á los pequeñuelos. Así es, oh Padre, porque así fué tu soberano beneplácito., (2).

Si después de haber pensado en el Corazón de Jesucristo, pensamos también en nuestra Madre querida, hallaremos en Ella la sumisión más humilde y perfecta á la voluntad de Dios: “He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra., María es la obediencia personificada, como es también la virginidad purísima y sin mancha. “Santa é inmaculada virginidad—le dice la Iglesia;—no sé con que alabanzas exaltarte, porque en tu seno has llevado al que no pueden abarcar los cielos.

María, en su amor á la voluntad de Dios, se estremece de inefable dicha y exclama llena de ternura: “Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu se regocijó en Dios mi Salvador., (3). He ahí su vida, he ahí su gloria: cumplir en todo la voluntad de Dios, y la que fué en sus grandezas tan humilde y rendida al Señor, lo

(1) Joann., IV, 34.

(2) Luc., X, 21.

(3) Luc., I, 46-47.

fué igualmente en las humillaciones y dolores: entregó á la muerte á su Hijo divino; ésta era la voluntad del Padre celestial.

No hay, pues, grandeza, ni hermosura alguna, ni bondad que puedan compararse con las que tiene en sí misma la voluntad de Dios; ella es razón de toda grandeza, hermosura perfecta, bondad infinita, y en obedecerla cifrada está nuestra dicha. Sigamos, pues, sus inspiraciones divinas, y no seamos de aquellos que resisten al espíritu de Dios; obedezcámosla con prontitud y llenos de alegría. “Eliás, después de haber mandado decir á Acab que marchase luego para Jezrael, porque la lluvia no se lo impidiese, empezó á correr con todas sus fuerzas delante del carruaje, porque el espíritu del Señor así se lo inspiraba.” (1). Traigamos también á la memoria lo que nos dice Ezequiel acerca de los animales misteriosos de que nos habla en su profecía, que “andaba cada uno de ellos según la dirección de su rostro; adonde los llevaba el ímpetu del espíritu, allá iban; ni se volvían para caminar.” (2).

Obedezcamos la voluntad de nuestro Dios querido, con esforzado aliento y alegría muy grande, como aquellos siervos de David, que le decían: “Todo cuanto nos ordenare el Rey nuestro Señor, gustosos lo ejecutaremos tus siervos.” (3).

(1) III Reg., XVIII, 44-46.

(2) I, 12.

(3) II Reg., XV, 15.

San Pablo, dirigiéndose á los siervos, les decía que “sirviesen á sus señores, no sólo mientras tienen la vista sobre ellos, como si no pensasen más que en complacer á los hombres, sino como siervos de Cristo, que hacen de corazón la voluntad de Dios.” Y añade: “Todo lo que hagáis, hacedlo de buena gana, como quien sirve á Dios, y no á los hombres.” (1). David había dicho también: “Cantad con júbilo las alabanzas de Dios; servid al Señor con alegría.” (2).

La buena voluntad, el gozo con que á Dios servimos, serán la garantía de la paz de nuestro espíritu, y nadie turbará nuestro reposo. “En las manos de Dios pondremos nuestra suerte, y en Él está nuestra esperanza. De Él nos vienen los bienes y los males, la vida y la muerte, la pobreza y la riqueza.” (3); mas Él es un Padre lleno de bondad y de clemencia, y por esto arrojamos en su seno nuestros cuidados y aflicciones, y esperamos de su gran misericordia todos nuestros bienes.

¡Oh, Corazón de mi Jesús querido, comunicadme vuestra celestial pureza! Según la muchedumbre de vuestras misericordias, os diré con David: “Borrad mi iniquidad; lavadme más y más de mis maldades, y limpiadme del pecado. Me rociareis con el hisopo y seré

(1) Colos., III, 22-23.

(2) Psalm., XCIX, 2.

(3) Ecces., XI, 14.

purificado; me lavaréis y quedaré más blanco que la nieve. Apartad vuestro rostro de mis culpas y perdonad mis pecados. Cread en mí, oh Dios, un corazón puro, y renovad en mis entrañas el espíritu de rectitud, (1). Mi buen Jesús, sed Vos toda mi riqueza y desprendedme del amor á los bienes de la tierra, y nada quiera ni busque fuera de Vos, en quien están todos mis bienes. Finalmente, amadísimo Señor, haced que mi corazón descansa siempre en vuestro seno, para decir con verdad estas palabras del Rey-Profeta: "Dormiré en paz y descansaré en tus promesas, porque Tú, oh Señor, sólo Tú has asegurado mi esperanza, (2). Sed Vos, Corazón amabilísimo, principio de mis obras, centro de todos mis amores y término de todos mis deseos.

(1) Psalm., L.

(2) Psalm., IV, 9-10.



CAPÍTULO IX

Nuevos frutos del árbol de la vida.

I

AODAVÍA podemos descansar unos instantes bajo la sombra del árbol de la vida; aún tiene el buen Jesús frutos de vida eterna con qué regalarnos. Nosotros, en verdad, debiéramos decirle como la Esposa: "Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus manzanos, (1); mas ¿en dónde están los frutos de las virtudes que hemos recogido durante la vida cristiana, que ofrecer pudiéramos á nuestro amado Señor? Esto nos humilla y confunde en gran manera; y sin embargo, no queremos que la tristeza nos haga desfallecer; pues no ignoramos que la paciencia de Jesús es muy grande, y su bondad infinita y sus misericordias son sin número. Acordémo-

(1) Cant., V, 1.

purificado; me lavaréis y quedaré más blanco que la nieve. Apartad vuestro rostro de mis culpas y perdonad mis pecados. Cread en mí, oh Dios, un corazón puro, y renovad en mis entrañas el espíritu de rectitud, (1). Mi buen Jesús, sed Vos toda mi riqueza y desprendedme del amor á los bienes de la tierra, y nada quiera ni busque fuera de Vos, en quien están todos mis bienes. Finalmente, amadísimo Señor, haced que mi corazón descansa siempre en vuestro seno, para decir con verdad estas palabras del Rey-Profeta: "Dormiré en paz y descansaré en tus promesas, porque Tú, oh Señor, sólo Tú has asegurado mi esperanza, (2). Sed Vos, Corazón amabilísimo, principio de mis obras, centro de todos mis amores y término de todos mis deseos.

(1) Psalm., L.

(2) Psalm., IV, 9-10.



CAPÍTULO IX

Nuevos frutos del árbol de la vida.

I

AODAVÍA podemos descansar unos instantes bajo la sombra del árbol de la vida; aún tiene el buen Jesús frutos de vida eterna con qué regalar-nos. Nosotros, en verdad, debiéramos decirle como la Esposa: "Venga mi Amado á su huerto y coma del fruto de sus manzanos, (1); mas ¿en dónde están los frutos de las virtudes que hemos recogido durante la vida cristiana, que ofrecer pudiéramos á nuestro amado Señor? Esto nos humilla y confunde en gran manera; y sin embargo, no queremos que la tristeza nos haga desfallecer; pues no ignoramos que la paciencia de Jesús es muy grande, y su bondad infinita y sus misericordias son sin número. Acordémo-

(1) Cant., V, 1.

nos de la siguiente parábola que hallamos en el Evangelio: "Un hombre—dijo Jesús—tenía una higuera en su viña, y se acercó á ella en busca de fruto y no lo halló; por lo que dijo al viñador:—Hace tres años seguidos que vengo á buscar fruto en esta higuera y no lo hallo: córtala; ¿para qué ha de ocupar terreno en valde? Pero él respondió:—Señor, déjala todavía este año, y cavaré alrededor de ella, y le echaré estiércol, á ver si así da fruto, y si así no fuere, la harás cortar., (1). Si el buen Jesús nos amenaza con los castigos eternos, que tantas veces hemos merecido por nuestras culpas, no lo hace para arrojarnos en la desesperación, que no es esto lo que Él quiere, sino á fin de corregirnos y salvarnos. Salen sus palabras de amenaza de un corazón de padre, que aun en medio de sus iras tiene presentes sus misericordias.

Entretanto que con la humildad simbolizada en el abono que ha de recibir la higuera de que nos habla el Evangelio, procuramos atraer las misericordias del Señor, y producir frutos de virtudes, acordémonos de estas palabras de los Cantares: "Subiré á la palma y cogeré sus frutos, y será para mí... el olor de tu boca como el de manzanas. La voz de tu garganta así me deleita como el más generoso vino., (2).

Jesús: he ahí nuestro amor; he ahí nuestro encanto; sus palabras divinas derramarán la

(1) Luc., XIII, 6-9.

(2) VII, 8-9.

suavísima fragancia de que hablamos. Él fué circunspecto en el hablar, y su circunspección es el delicado fruto de virtud y gracia en que al presente tenemos que ocuparnos.

Vino Jesús á remediar nuestros males, y uno de éstos, en verdad terrible y de tristes consecuencias, consiste en la funesta libertad que tenemos en nuestras conversaciones y palabras. Sobre esto es muy notable la enseñanza de la divina Escritura. Oigamos lo que nos dice el Apóstol Santiago: "El que no tropieza en palabras, es varón perfecto, porque puede tener á raya todo el cuerpo., Si ponemos freno en la boca de los caballos para que nos obedezcan, movemos su cuerpo adonde quiera. Mirad también cómo las naves, aunque sean grandes, y las traigan y las lleven impetuosos vientos, con un pequeño timón se mueven adonde quisiere el piloto. Así también la lengua es un miembro pequeño, y viene á ser origen de grandes casos. Un poco de fuego abrasa una grande selva. La lengua también es un fuego, es un mundo entero de maldad. La lengua es uno de nuestros miembros que contamina todo el cuerpo, y siendo inflamada por el fuego infernal; inflama toda nuestra vida. Toda especie de bestias, aves, serpientes y otros animales se amansan, y han sido domados por el hombre; mas la lengua ningún hombre la puede domar; ella es un mal que no puede atajarse, y llena está de mortal veneno. Con la lengua bendicimos á Dios y maldecimos á los hombres que

fueron hechos á semejanza de Dios. De la misma boca proceden la bendición y la maldición. No conviene que esto sea así. "Por ventura, ¿una fuente arroja por el mismo conducto agua dulce y amarga? ¿Puede una higuera producir uvas ó la vid higos? Así la fuente salada no puede dar agua dulce," (1). Que nuestra lengua, por lo mismo, bendiga á Dios y hable palabras llenas de santidad y de modestia, de sabiduría del cielo, de edificación y de virtud.

Debemos ser circunspectos en nuestras palabras; así nos lo enseña nuestro amadísimo Jesús con su ejemplo y su doctrina. Siendo niño de doce años, entró en el templo, y sentado en medio de los doctores, los escuchaba y preguntaba, y cuantos le veían quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas, y cuando su Madre santísima le dijo: "¿Por qué lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo, llenos de aflicción te hemos andado buscando," Jesús les contestó: "¿Cómo es que me buscabais, no sabíais que yo debo emplearme en las cosas que miran al servicio de mi Padre?" (2). En Nazaret recibió un testimonio brillante de la sabiduría de sus palabras "todos le elogiaban—dice San Lucas—y estaban pasmados de las palabras tan llenas de gracia que salían de sus labios," (3). Aun los judíos, que alguna vez le fueron á

(1) III, 2-12.

(2) Luc., II, 46-49.

(3) IV, 22.

aprehender, volvieron diciendo: "Jamás hombre alguno ha hablado como El." Mas sobre todo, donde resplandecen la circunspección, la gravedad y la modestia de las palabras de Jesús, es en su santísima Pasión. "¿Eres Tú el Rey de los Judíos?"—le preguntó Pilato. Jesús le contestó solamente: "Tú lo dices." Y por más que le acusaban los Principes de los sacerdotes y los ancianos, nada contestó. "Pilato entonces le dijo: ¿No oyes de cuántas cosas te acusan? Mas Jesús á nada contestó," (1).

He aquí la doctrina del Señor: "Quien á su hermano le llamare fatuo, será reo del fuego del infierno.—Os digo que de cualquiera palabra ociosa que hablen los hombres, han de dar cuenta en el día del juicio. Por tus palabras habrás de ser justificado ó condenado," (2). Doctrina tan delicada y sublime, nos advierte que para cumplirla, es indispensable "poner—según nos dice el Eclesiástico—puerta y candado en la boca, fundir el oro y la plata que tengamos, y hacer con ellos una balanza para pesar nuestras palabras y un freno para regirnos y moderarnos cuando hablemos," (3). Antes de hablar, demos siquiera una mirada á nuestro buen Jesús, y recordando la santidad de sus palabras y la benignidad y la dulzura que revelaba en sus discursos y en sus conversaciones familiares, procuremos imitarle.

(1) Mat'h., XXVII, 11-14.

(2) Id., V, 22; XII, 36-37.

(3) XXVIII, 28-29.

La pureza y santidad incomparables de los pensamientos de Jesús, son también, cual precioso y regalado fruto de su Corazón dulcísimo, de ese árbol de vida de quien recibimos la eterna salud. El alma de Jesús contemplaba la esencia divina sin velo ninguno y se hallaba sumergida en el Océano de la luz eterna; y la grandeza de Dios, y su bondad dulcísima y amable, eran el objeto de sus pensamientos. Era necesario que Dios fuese conocido y adorado, que brillase con purísima gloria, la santidad de su Nombre, que fuese obedecida su santa voluntad, y esta voluntad quería que todos los hombres se salvaran. Tan elevados y santos pensamientos, producían en el alma de Jesús actos purísimos de amor divino, y en su santo Corazón ardía sin amortiguarse un sólo instante, el fuego de su caridad hacia los hombres; esto le había traído al mundo y quería consumirle en las llamas de su amor divino; quería inspirarle los deseos más vivos por los bienes del cielo, que frutos son también de vida eterna del Corazón de Jesucristo y que recibimos de la abundancia de su gracia. ¿Queremos conocer con toda claridad que esto es así? Pues preguntémoslo á las funestas y degradantes pasiones que reinarian en nosotros sin la gracia de Jesús; ¿pudiéramos sin ella triunfar del pecado? Oigamos lo que acerca de esto nos dice el Apóstol: "La ley es espiritual; pero yo por mí soy carnal, vendido para ser esclavo del pecado. Yo mismo no apruebo lo que hago,

pues no hago el bien que amo, sino antes el mal que aborrezco es lo que hago. Mas por lo mismo que hago lo que no amo, reconozco la ley como buena, y en esto no tanto soy yo el que obra, cuanto el pecado que habita en mí. Bien conozco que nada bueno hay en mí, esto es, en mi carne; pues aunque hallo en mí la voluntad para hacer el bien, no hallo cómo cumplirla... Veo otra ley en mis miembros que resiste á la de mi espíritu, y me sojuzga á la ley del pecado que está en los miembros de mi cuerpo. ¡Oh, qué hombre tan infeliz soy yo! ¿Quién me libraré de este cuerpo de muerte? La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor,, (1).

He aquí nuestra miseria con todos sus horrores, y su degradación, triste y espantosa; mas he allí á Jesús con el poder soberano de su gracia, que se derrama de su Corazón dulcísimo, que es todo bondad y clemencia. Sin esa gracia nada podremos hacer, y sin tropiezo, por decirlo así, seguiríamos el camino del mal; hijos de ira por naturaleza, inclinados á la culpa y rodeados de peligros, ¿qué sería lo que pudiera detenernos, sin el auxilio poderoso de Jesús, en la senda de los crímenes? *Facilis descensus averni*; mas subir la pendiente por la que hemos descendido, no se comienza sin esfuerzo ni se concluye sin trabajo; y nosotros, bien lo sa-

(1) Rom., VII, 14-25.

bemos, no somos suficientes ni aun para pensar alguna cosa que nos eleve al Señor por nosotros mismos; nuestra suficiencia viene del Señor. Asimismo el deseo de los bienes celestiales no nos hará suspirar de amor y de ternura si Jesús no nos manda sus dulces miradas, que dan la vida é infunden el amor.

Todo lo podemos con Jesús: á pesar de las grandes miserias de que se ha lamentado el Apóstol, y después de haberse llamado un hombre infeliz, he aquí la elevación á que pudo levantarle la gracia del Señor y la grandeza con que quiso ennoblecerlo: "Lo que antes me parecía una ventaja, después lo he reputado como pérdida, al poner los ojos en Jesucristo, y en verdad, todo lo tengo por pérdida comparado con el sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he perdido todas las cosas, y las miro como basura por ganar á Cristo... No pienso haber tocado al fin de mi carrera. Mi única mira es, olvidando las cosas de atrás y atendiendo sólo á las de adelante, correr hacia mi objeto, al blanco de mi carrera, para ganar el premio á que Dios llama desde lo alto por Jesucristo... Nosotros vivimos ya como ciudadanos del cielo," (1). "¿Quién podrá separarnos del amor de Cristo? ¿Será, por ventura, la tribulación, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el riesgo, ó la persecución, ó el cuchillo? .. Estoy seguro que ni la muerte ni la vida...

(1) Philip., III, 7-20.

ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Jesucristo nuestro Señor," (1).

Eran, en verdad, muy elevados los pensamientos del Apóstol, y sus deseos ardentísimos y santos; los primeros se referían al cumplimiento de su ministerio, y sus deseos eran el gozar de la vista de su Dios, de su amado Jesús. "El Espíritu Santo en todas las ciudades me asegura—decía San Pablo—que en Jerusalén me aguardan cadenas y tribulaciones; pero nada de esto temo, ni aprecio más mi vida que á mí mismo, siempre que de esta suerte concluya mi carrera y cumpla el ministerio que he recibido de Jesús de predicar el Evangelio de la gracia de Dios," (2). "Mi vivir es Cristo, y el morir es mi ganancia... Tengo deseo de verme libre de las ataduras de este cuerpo y estar con Cristo," (3). Tal es el camino que nos ha enseñado el Apóstol, camino por donde nos lleva la gracia de Jesús.

Pensemos en Jesús y pongamos en Él nuestros deseos; y ¿por qué? Porque pensar en Él es consumada prudencia, y el que velare por su amor, bien presto se hallará en reposo. Él mismo va por todas partes buscando á los que son dignos de tener su amor, y por los caminos se les presenta con agrado, y en todas ocasiones y negocios le tienen consigo. Desear conocerle es

(1) Rom., VIII, 35-39.

(2) Act., XX, 23-24.

(3) Philip., I, 21-23.

principio de la sabiduría, procurar instruirse en la doctrina de Jesús es amar la sabiduría, amarla es guardar sus leyes, y en guardar éstas consiste la perfecta pureza que nos une con Dios: por esto el deseo de la sabiduría conduce al Reino eterno (3).

Pensemos en nuestro amadísimo Jesús, pues al hacerlo así nos elevaremos á una altura digna de nosotros mismos; la grandeza de Dios, su santidad infinita y su bondad dulcísima y amable, derramando torrentes de luz en nuestras almas, nos harán conocer cuán miserable es el mundo, y que nosotros no hemos nacido para arrastrar sus cadenas. Que Dios es el Señor á quien debemos servir, y que servirle es nuestra gloria.

Pensar en Jesucristo: he aquí una felicidad que el mundo no conoce. Es Jesús Sabiduría del Padre, su eterna Palabra, su Hijo Unigénito y el resplandor de su gloria, y tiene para con nosotros un amor que excede todo conocimiento, amor generosísimo que nos ha revelado su sinceridad y su grandeza, bajando del cielo, haciéndose nuestro hermano, tomando sobre sí nuestros pecados y muriendo entre humillaciones y dolores, á fin de darnos la salud eterna. ¿Á quién debemos lo que á Él? Y ¿el mundo hará por nosotros lo que el buen Jesús? Y ¿qué son los bienes del mundo, sino miseria y triste vanidad? Los que Jesús nos ha concedido son eter-

(3) Sap., VI, 16-21. Paráfr.

nos; allí está la vida que jamás se ha de extinguir, la vista de Dios, que colmará nuestros deseos, pues Él mismo será nuestro premio.

Todo lo hemos de alcanzar por medio de Jesús; de esta suerte el pensamiento excita en nosotros los más vivos y ardientes deseos del amor de Jesucristo; su grandeza infinita, su hermosura, que arrebató y encanta, su bondad, tan tierna y compasiva para con nosotros, lo que ha hecho por salvarnos, su amor, en fin, tan puro, tan santo y amable, benignísimo y lleno de misericordia. ¡Oh!... Todo esto nos hace suspirar por Él, deseando vivamente arrojarnos á sus pies divinos y decirle con la Esposa: “Desfallezco de amor..”, Él es la vida, la luz, el encanto y las delicias de nuestra alma; mas si estamos lejos de Jesús, he allí las tinieblas, la miseria con todos sus horrores, la muerte y, en fin, la eterna desventura.

Cuando algunos discípulos se separaron de Jesús porque no creían en Él y se les hacía muy dura su doctrina, su Majestad dijo á los Apóstoles: “¿También vosotros queréis retiraros?..” (1) Que nunca nos dirija esta pregunta el buen Jesús, porque Él es el único amor de nuestras almas y toda nuestra dicha. ¡Ay, que al solo pensar en esa funestísima desgracia, se llena el corazón de espanto y hemos acercado á nuestros labios el cáliz más amargo! “¿Por qué no morí—decía el Santo Job— en las entrañas

(1) Joann., VI, 68.

de mi madre? Ó habiendo nacido, ¿por qué no perecí al instante? ¿Para qué me acogieron en el regazo?... ¿Por qué razón fué concedida la luz á un desdichado y la vida á los que tienen que pasarla en la amargura?., (1) Y no hay amargura comparable á la que embriaga el alma que está separada de Jesús, ni desdicha semejante á la que aleja de nosotros la fuente de la vida, la luz de la verdad y los encantos y delicias del eterno amor.

¿Á quién iremos, ¡oh buen Jesús!, cuando Vos tenéis palabras de vida eterna y nosotros creemos en Vos, que sois la eterna verdad, y Vos sois nuestra esperanza y el amor de nuestras almas? ¿Para qué entonces la vida?

Los pensamientos y deseos de que hablamos, despiertan en nosotros la solicitud más viva por adquirir las virtudes, y este es, asimismo, un precioso fruto del árbol de la vida. Si deseamos el amor de Jesucristo, pensaremos en los medios de adquirirlo y de hacernos agradables á los ojos del Señor, y desde luego déjanse ver las virtudes con todos sus encantos, llenas de amabilidad y de dulzura y resplandecientes de belleza; aquí están la mansedumbre y la humildad, y allí Jesús que nos dice: "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón", (2). Allí la paciencia, y allí también Jesús que á ella nos exhorta con estas palabras: "Me-

(1) III, 11-12, 20.

(2) Matth., XI, 29.

dante vuestra paciencia salvaréis vuestras almas., (1). La pureza también se nos presenta y nos recuerda la adorable santidad de Jesucristo y su santísima doctrina. Cuando sus discípulos le vieron con la Samaritana, extrañaban que hablase con ella; mas no obstante nadie le dijo: "¿Qué preguntas ó qué hablas con esa mujer?., (2)

El que era la flor del campo y la azucena de los valles, en su santísima doctrina nos enseñó el camino de toda pureza. No se contentó con prohibir los desórdenes exteriores, sino que nos exige la santidad del corazón, condenando los deseos contrarios á la pureza, y añadiendo estas palabras: "Si tu ojo derecho es para ti ocasión de pecar, sácale y arrójale fuera de ti; pues mejor te está perder uno de tus miembros, que el ser arrojado todo tu cuerpo al infierno; y si es tu mano derecha la que te sirve de escándalo, córtala y tírala lejos de ti; pues mejor te está que perezca uno de tus miembros, que no el que vaya todo tu cuerpo al infierno. Hay algunos—dijo también el Salvador—que se consagran á la más perfecta de toda pureza por el Reino de los cielos., (3). "Bienaventurados, pues, los limpios de corazón, porque ellos verán á Dios.,"

Jesús, que tomó carne en el seno de la in-

(1) Luc., XXI, 19.

(2) Joann., IV, 27.

(3) Matth., V, 28-30; XIX, 12.

maculada Virgen María; Jesús, á quien llama San Pablo Pontífice santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más excelso que los cielos (1), ¿dejaría de difundir en torno suyo la celestial y suavísima fragancia de la pureza, cuando esto lo han hecho sus discípulos? “Gracias á Dios — decía el Apóstol — que siempre nos hace triunfar en Jesucristo y derrama por nosotros en todas partes el buen olor del conocimiento de su Nombre, porque nosotros somos el buen olor de Cristo delante de Dios,, (2).

Finalmente, Jesucristo vino á encender el mundo en el amor de Dios y del prójimo. Descendió del cielo por obedecer á su divino Padre, por el amor que le tiene, y se entregó á la muerte por nosotros, por salvarnos, por el amor de los hombres, sus hermanos, á quienes dijo: “Al modo que mi Padre me ama, así os he amado Yo. — Os doy un nuevo Mandamiento, y es que os améis los unos á los otros, y que del modo que Yo os he amado, vosotros también os améis mutuamente, y todos conocerán que sois mis discípulos, si os amáis los unos á los otros,, (3).

Bendito sea el Maestro de toda virtud, el que así nos enseña con su ejemplo y doctrina el camino del cielo; sigámosle, y no andaremos en

(1) Hebr., VII, 26.

(2) II Cor., II, 14-15.

(3) Joann., XV, 9; XIII, 34-35.

tinieblas y jamás llegaremos á extraviarnos. Alumbrenos Él mismo con la luz de sus virtudes, y seamos semejantes á su Majestad cuanto fuere posible; he aquí nuestra dicha y la gloria que buscamos en el mundo.

II

Bellísimas son las obras de Jesús; ¿quién puede contemplarlas un instante sin quedar arrebatado de amor y de entusiasmo. “Puso en el sol su tabernáculo — decía David — y á manera de un esposo que sale de su tálamo, comienza como un gigante su carrera; sale de una extremidad del cielo y corre sin parar hasta la otra; ni hay quien pueda esconderse de su calor.,” Dijo también el Rey Profeta: “Dios inclinó los cielos y descendió, llevando obscura niebla debajo de sus pies,, (1). Y la Esposa de los Cantares: “Vedle cómo viene saltando por los montes y collados. Es semejante al gamo y al cervatillo. Vedle cómo se pone detrás de la pared mirando por las ventanas y atisbando por las celosías,, (2). ¡Cuánta grandeza y hermosura! Es el descenso de Dios; es el camino glorioso que, comenzando en el cielo y pasando por el mundo, ha de terminar allá mismo donde comenzó.

(1) Psalm. XVIII, 6-7; XVII, 10.

(2) Cant., II, 8-9.

¡Con qué majestad tan noble y gloriosa el Hijo de Dios sale del seno de su Padre y viene al mundo! Á su venida precedieron mil anuncios, y á fin de atraerle, los santos exhalaban suspiros ardentísimos de la más acendrada ternura, y derramaron lágrimas de amor; sin embargo, el cielo parecía de bronce, y gemía la tierra entre miserias y dolores, y los Profetas tenían que redoblar sus instancias para que el Hijo de Dios bajase de los cielos. “¡Oh, si rasgaras los cielos y descendieras!—decía Isaías.—Á tu presencia se derretirían como cera los montes.—¡Oh, cielos, derramad vuestro rocío, y lluevan las nubes al Justo; ábrase la tierra y brote al Salvador!—No estaré callado á favor de Sión; por amor de Jerusalén no he de sosegar hasta que nazca su Justo, como la luz del día, y su Salvador, cual antorcha brillante,, (1). Mas el Sol de justicia no tenía que aparecer en el mundo si no era precedido de la Aurora, su hermosa y apacible mensajera, que viniese á anunciarle con los suaves resplandores de su luz. María, he ahí la aurora de la gracia; aparece en el mundo la futura Madre del Hijo del Eterno, y este Hijo descenderá muy pronto de los cielos. María también suspirará por el futuro Redentor, y los suspiros de la más amable de todas las criaturas no saldrán de la presencia del Señor sin traer consigo al Deseado de todas las naciones.

(1) LXIV, 1; XLV, 8; LXIII, 1.

He aquí la majestad y la grandeza con que Dios nos viene á visitar; uno en pos de otro habían pasado muchos siglos, eran muy grandes las miserias y desgracias de los hombres, la misericordia de Dios era infinita, y sin embargo, el gran Reparador no se presentaba. ¡Ah! La Sabiduría de Dios no podía entrar en alma manchada ni en cuerpo sujeto á pecados: su santidad era infinita; era por esto indispensable, á fin de vivir entre nosotros, que hubiese en el mundo una criatura purísima y hermosa, resplandeciente de virtud y gracia, adornada, en fin, de toda perfección, en cuyo seno immaculado y santo pudiera descansar como en rego tálamo, y en ese seno la Sabiduría de Dios se haría hombre por nosotros.

He ahí la Encarnación, resplandeciente de luz y de grandeza, Misterio de una hermosura que embelesa y encanta, y de una suavidad que llena nuestras almas de dulzura y difunde el delicioso aroma de todas las virtudes; he ahí la obra de la sabiduría de Dios, de su bondad inmensa, de su amor infinito á los hombres.

¡Bendito sea mil veces quien quiso obrar tan estupendas maravillas por nosotros!

Después de bendecir á Dios nuestro Señor, dejaremos de volver nuestras miradas á María, que atrajo á la tierra con sus ruegos al Hijo del Eterno, que le franqueó su seno virginal y quiso ser su dulce Madre? La contemplamos llenos de ternura, reconociendo y confesando que, después de Dios, á ella debemos todos nuestros

bienes. Aquellas expresiones que salieron de sus labios: "Hágase en mí según tu palabra", fueron para el mundo vida y salvación, alegría y consuelo, porque en ese instante el Hijo de Dios se hizo hombre por nosotros. ¿Quién puede contemplar, desde este punto de vista, la grandeza de María, sin quedar como fuera de sí mismo y suspendido en dulce arrobamiento? María concibe en su bendito seno al Hijo del Eterno; mas concibe sin pecado, y no á un hombre puro, sino Dios y hombre, y concibe quedando siempre Virgen, y estos admirables privilegios los recibe de su Esposo divino, el Espíritu Santo, como nos dice el Angélico Doctor (1).

El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra. ¡Cuánta sublimidad y sencillez al mismo tiempo, y qué belleza tan perfecta! Un instante después, la Niña preciosa, que era nada á sus propios ojos, es la Reina de la creación, la Madre del Eterno, la predilecta de Dios sobre todas sus criaturas, y á quien llamarían dichosa todas las generaciones, y si la Encarnación fué por excelencia la obra del Señor, de la cual dijo un Profeta: "Oí, ¡oh Señor!, tu anuncio, y quedé lleno de temor; Señor, ejecuta en medio de los años tu obra inefable," (2). María, en cuyo seno tuvo lugar aquel Misterio, fué por esa cau-

(1) 3. P. Q. XXXII, a. IV, *Ad primum*.

(2) Habac., III, 1.

sa el asunto de los siglos, *negotium omnium saeculorum*, y obra de Dios, en la que resplandecieron, con purísima luz, la sabiduría, la omnipotencia y la bondad divina. María, por la acción de Dios, se halla sumergida en océanos de luz, abrasada en los incendios del amor divino, y brilla con una hermosura incomparable; su gloria es divina, y su grandeza sólo Dios la mide, y su hermosura es arrobadora y perfecta. El Hijo que lleva en sus entrañas, he ahí su gloria; y su maternidad divina es su grandeza y el resplandor de todas sus virtudes, he ahí su hermosura. ¿Por qué no bendecir al que es Omnipotente y cuyo Nombre es santo, por esas incomparables maravillas de su bondad divina? Sí, le bendecimos y le adoramos una y otra vez, y le damos gracias con todo nuestro afecto.

La Eucaristía, he ahí otra de las obras más hermosas y más llenas de suavidad y de dulzura del Corazón de Jesucristo; sí, de su Corazón dulcísimo y sagrado, porque ¿de qué otra fuente pudieran salir con tanta abundancia las gracias de la vida, la suavidad de los divinos consuelos y todos los encantos del amor de Dios? Las muchas aguas no pueden extinguir la caridad, ni los ríos la pueden sofocar, que, antes bien, la avivan más y más, y elevan hasta el cielo sus purísimas llamas. He ahí por qué cuando los enemigos de nuestro Señor Jesucristo se habían conjurado para darle muerte, y en la misma noche en que iba á ser entregado en sus manos, Jesús instituyó el Sacramento de su amor.

Ni la vida ni la muerte podía separarle de sus hijos. Siempre estaría con ellos porque era su amor invariable y eterno hasta la consumación de los siglos, y después la misma eternidad no vería su fin, pues no le tiene.

Si un momento queremos contemplar á nuestro Amado en el Misterio de la santa Eucaristía, si pensamos en los afectos de su Corazón dulcísimo para con nosotros, comprenderemos fácilmente que el amor que nos tiene excede á todo conocimiento. Allí está el Cordero de Dios que se sacrificó por nosotros desde el origen del mundo; la víctima divina que, entre humillaciones y dolores, derramó su Sangre por salvarnos, y allí continuamente ofrece al Padre celestial los méritos de la preciosa Sangre, y todo esto lo hace el buen Jesús con la más tierna caridad, con la más viva y dulce compasión que le inspiran las miserias y desgracias de sus hijos. ¡Ah, los ruegos de este amoroso Señor son ardentísimos, y se elevan sin cesar hasta el Trono de su Padre, como el perfume del incienso!

El Corazón de Jesús no nos olvida un instante; nos contempla con miradas llenas de dulzura, con vivo interés, con un amor profundo, y ese Corazón es para nosotros más que de padre. Si así lo comprendiésemos, si pensáramos en esto con frecuencia, ¿dejaríamos de amarle? Desgraciados de nosotros, que tantas veces le olvidamos y que perdemos en las criaturas nuestros tesoros de amor, los afectos

más puros del alma. Somos insensibles al amor que nos tiene Jesús, y aun los más tristes desengaños que del mundo recibimos, ni nos conmueven, ni hacen que pensemos en el único amor que jamás engaña, ni contrista, ni nunca llega á faltar: el amor de Jesús. ¿Cómo no indignarnos con nosotros mismos, no aborrecernos santamente por nuestra mala conducta, por ser enemigos de nuestros verdaderos intereses? ¡Que el desengaño penetre hasta el fondo del alma, y nos haga comprender que Jesús debe ser todo nuestro amor y el único Dueño de todo nuestro afecto!

Descubrimos en la divina Eucaristía incontables maravillas, que realmente nos asombran y que nos revelan cuánto es el amor que nos tiene Jesús; allí está la humildad más profunda en que se oculta el que es grande por su misma esencia y que merece las adoraciones del cielo y de la tierra; allí está su mansedumbre llena de dulzura y su benignidad incomparables. ¿Quién se ha acercado alguna vez al Corazón de Jesús, en busca de gracias y consuelos, que al retirarse de su presencia divina haya quedado con las manos vacías y el corazón entristecido? Porque en el Misterio adorable de la Eucaristía, Jesús nos comunica sus riquezas con una liberalidad incomparable. ¿No oís cómo salen del santo Tabernáculo estas hermosísimas palabras: "Sedientos, venid á las aguas, y los que no tenéis dinero, apresuraos, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin ningun-

na otra permuta, vino y leche... Alimentaos del buen manjar, y vuestra alma se recreará en lo más substancioso de las viandas. Prestad oídos á mis palabras y venid á mí; escuchad, y vuestra alma hallará vida y asentará con vosotros alianza sempiterna?, (1).

Si Jesús es todo para nosotros, á nuestra vez seamos enteramente suyos; y ya que El nos franquea, sin ninguna reserva, sus tesoros, consagrémosle nosotros todo nuestro amor. ¡Qué paz tan deliciosa, qué dicha tan cumplida gozarán nuestras almas, cuando sea Jesús el único objeto de todos sus afectos, cuando en ellas mande cual Rey soberano, sin contradicción alguna, el dulcísimo Corazón de tan amado Señor!

Contemplemos ya otro fruto del árbol de la vida: el sufrimiento, la paciencia en las adversidades. De la paciencia nos dice Santiago: "Tomad, hermanos míos, por ejemplo de paciencia en los malos sucesos y desastres á los Profetas que hablaron en el nombre del Señor. Tenemos por bienaventurados á los que así padecieron. Habéis oído la paciencia de Job, y habéis visto el fin del Señor. Tened buen ánimo, porque el Señor es muy misericordioso y compasivo,, (2). San Pablo dijo también: "Os es necesaria la paciencia para que, haciendo la voluntad de Dios, obtengáis la promesa,, (3).

- (1) Isa., LV, 1-3.
(2) V, 10-11.
(3) Hebr., X, 36.

Acerca de la paciencia nos dice Santo Tomás lo siguiente: "Las virtudes morales se ordenan al bien en cuanto conservan el bien de la razón contra los ímpetus de las pasiones. Entre éstas, la tristeza es eficaz para impedir el bien de la razón, según está escrito: "La „tristeza del siglo causa la muerte.,, Y también; "Á muchos dió muerte la tristeza, y no hay „utilidad en ella.,, Por esto es necesario tener alguna virtud mediante la cual se conserve el bien de la razón, impidiendo que sucumba á la tristeza, y esto hace la paciencia. No es la principal de las virtudes, pero se llama su raíz y su custodia, no causándolas directamente, sino sólo removiendo lo que las estorba,, (1).

Jesucristo nos anima á la paciencia con sus santísimos ejemplos, y hace que triunfemos en las adversidades y tribulaciones de la vida, con el auxilio de su gracia. "Si obrando el bien—decía San Pedro—sufrís con paciencia, merecéis delante de Dios, que para esto fuisteis llamados, puesto que Jesucristo también padeció por nosotros, dándoos su ejemplo para que sigáis sus pisadas,, (2). "Gracias á Dios, que siempre nos hace triunfar en Jesucristo—decía San Pablo,, (3).

El ejemplo de Jesucristo nuestro Señor, que en vista del gozo que le estaba preparado,

- (1) 2.^a 2.^{ae}, q. 136, a. I, II. *Ad tertium*.
(2) I Epist., II, 20-21.
(3) II Cor., II, 14.

sufrió la Cruz, sin hacer caso de la ignominia (1), animaba á los santos á padecer y sufrirlo todo por el amor de su divino Maestro. “El fuego—decía San Ignacio mártir,—las bestias, la fractura de mis huesos, la división de mis miembros, los dolores de todo mi cuerpo y todos los tormentos del diablo, vengan sobre mí, con tal que goce de Cristo,” (2). Un santo á quien Jesús preguntó qué premio quería por sus trabajos, dijo á su Señor: “Padecer y ser despreciado por ti.” Y Teresa de Jesús: “Padecer ó morir.” Y Magdalena de Pazzis: “Padecer y no morir.”

Imitemos, pues, el ejemplo de Jesús y el de sus santos, y acordémonos de estas palabras de San Pablo: “Nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia; la paciencia sirve á la prueba, y la prueba produce la esperanza, esperanza que no nos deja confundidos,” (3). Y estas otras de Santiago: “La paciencia perfecciona la obra para que así vengáis á ser perfectos é íntegros, sin faltar en cosa alguna,” (4). Réstanos hablar de los últimos tres frutos del árbol de la vida: el recogimiento del corazón, la concordia de las voluntades y la transformación del alma en Dios; hablaremos brevemente de cada uno.

- (1) Hebr., XII, 2.
- (2) Epist., ad Rom.
- (3) Rom, V, 3-5.
- (4) I, 4.

El recogimiento del corazón nos está recomendado por el ejemplo y la enseñanza de Jesucristo. Allí están los treinta primeros años de su santísima vida, que pasó en el retiro de Nazareth consagrado á la oración y al silencio; y el que es el Verbo de Dios, el que tiene palabras de vida eterna, guarda silencio, y apartado del trato de los hombres, conversa con su Padre celestial. Éste nos descubre la gran importancia de la vida interior para la santificación de nuestras almas, ya que Jesucristo vino á enseñarnos con su vida y ejemplo el camino del cielo.

Aun prescindiendo de este gran motivo, debemos consagrarnos al recogimiento del corazón, porque tal recogimiento es la verdadera vida, y en verdad, llena de paz, de suavidad y de dulzura. El hombre recogido no disipa sus energías, que antes bien las reconcentra y vigoriza; se ocupa en el conocimiento de sí mismo, ve sus necesidades y miserias, y se vuelve á Dios en busca de remedio; el Señor, cual padre amoroso, le llena de consuelo, “Yo la acariciaré, la llevaré á la soledad, dice el Señor, y le hablaré al corazón,” (1), y las palabras que Dios dice á ese corazón afortunado son más dulces que la miel, más dulces que el panal.

Jesucristo consagró solamente tres años de su vida á la predicación del Evangelio, y aun entonces solía pasar las noches en oración: “In

- (1) Oseas, II, 14.

oratione Dei—dice San Lucas;—esto es, fervorósima y perseverante,, (1), y llamaba á sus discípulos al desierto: “Venid y retiraos conmigo á un lugar solitario y reposad un poco,, (2).

Consiste la verdadera concordia con relación á Dios (3) en estar unidos con la divina voluntad en las cosas prósperas y en las adversas, y en conformarse con los ejemplos de Jesucristo, y esta unión y conformidad pidió para nosotros el Señor: “Te ruego, ¡oh Padre!, que todos sean una misma cosa, y que así como Tú estás en Mí y Yo en Ti, así sean ellos una misma cosa en nosotros (4).

Respecto de los prójimos, mantenemos con ellos verdadera concordia cuando en todo lo que pertenece al servicio de Dios procuramos tener un mismo conocimiento y sentimiento con todos, como los cristianos primitivos que sólo tenían un corazón y un alma.

La verdadera concordia es muy agradable al Señor. “En tres cosas se ha complacido mi corazón—dice el Eclesiástico,—las que son de la aprobación de Dios y de los hombres: la concordia entre hermanos, el amor de los prójimos y el marido y la mujer que están conformes entre sí,, (5).

Si nuestra conciencia se halla libre de peca-

(1) VI, 12. Scío.

(2) Marc., VI, 31.

(3) Alber. Mag., *Paraíso del alma*, cap. XV.

(4) XVII, 21.

(5) XXV, 1-2.

do, y por otra parte, deseamos vivamente adelantar en el camino de Dios, tendremos en esto una señal consoladora de la concordia que conservamos con su Majestad. Respecto del prójimo tendremos la misma señal de vivir en concordia con él cuando es tal nuestra conducta, que nunca, con justicia, pueda quejarse de nosotros.

Por el contrario, podemos presumir que no existe concordia entre Dios y nosotros cuando nada se nos da de lo que agrada ú ofende al Señor, ó bien sentimos repugnancia en todas las disposiciones del Señor, ni dicen cosa alguna á nuestro corazón los ejemplos de Jesucristo.

La transformación de nuestras almas en Dios. ¿Quién puede elevar muchas almas á tan excelsa cumbre? La gracia divina, pues sin ella nada podemos. Es preciso despojarnos del hombre viejo y de sus obras, y vestarnos de Jesucristo en santidad y justicia, destruyendo en nosotros la imagen del Adán terreno y llevar la del Adán celestial; mas ¡ay, cuánta violencia tenemos que hacernos y qué sacrificios tan dolorosos tiene el corazón que consumir si ha de conseguir la transformación de que tratamos! “Ni pudiera ser de otra manera, porque nada tiene que ver la justicia con la iniquidad—dice el Apóstol—ni se une la luz con las tinieblas ni hay concordia entre Cristo y Belial, ni hay armonía entre el templo de Dios y los ídolos,, (1).

(1) II Cor., VI, 11-16.

Además no se trata de una unión cualquiera, sino de la más perfecta y sublime que puede alcanzarse en esta vida, de aquella de que dice San Pablo: "Quien está unido al Señor es con Él un mismo espíritu," (1).

Es indispensable, á fin de ser transformados en el Señor, estar muertos á nosotros mismos, á todas nuestras pasiones. „ En el Bautismo hemos quedado sepultados con Jesucristo, muriendo al pecado, á fin de que así como Cristo resucitó de muerte á vida para gloria del Padre, así también procedamos nosotros con nuevo tenor de vida... considerando que estamos muertos al pecado y que vivimos para Dios en Jesucristo nuestro Señor „ (2). Aquella muerte tiene lugar por medio de la crucifixión de nuestros vicios y concupiscencias, y viene en seguida nuestra vida en Jesucristo. He aquí lo que decía San Pablo de sí mismo: "Estoy clavado en la Cruz juntamente con Cristo, y yo vivo, ó más bien no soy yo el que vive, sino que Cristo vive en mí „ (3); y bien sabemos que los que son de Cristo tienen crucificada su propia carne con sus vicios y pasiones, y que si vivimos por el espíritu de Dios, debemos proceder según el mismo espíritu (4).

No sólo en nuestras obras debemos ser de Jesucristo, á fin de transformarnos en su ima-

(1) I Cor., VI, 17.

(2) Rom., VI, 4, 11.

(3) Gal., II, 19-20.

(4) Idem, V, 24-25.

gen divina, también tenemos que serlo en los sentimientos, en los deseos y en las palabras. "Tened en vuestros corazones—decía San Pablo—los mismos sentimientos que Jesucristo tuvo en el suyo „ (1). "El deseo de nuestra alma—decía Isafas—se cifra en traer á la memoria tu Nombre. Mi alma te desea en medio de la noche, y mientras haya aliento en mis entrañas me dirigiré á ti desde que amanezca „ (2). Y el Apóstol: "La palabra de Cristo tenga abundantemente su morada en vosotros, con toda sabiduría, enseñándoos y animándoos unos á otros... Todo cuanto hacéis, sea de palabra ó de obra, hacedlo en nombre de nuestro Señor Jesucristo y á gloria suya, dando gracias por medio de Él á Dios Padre „ (3).

¡Oh Corazón de mi Jesús querido, haced que contemplando á cara descubierta la gloria del Padre celestial, seamos transformados en vuestra misma imagen é iluminados por el Espíritu divino, avancemos de claridad en claridad, de virtud en virtud, á fin de que reinéis eternamente en nosotros! ¡Arbol de vida, cubridnos con vuestra sombra bienhechora y alimentadnos con vuestros divinos frutos en el tiempo y en la eternidad para poder decir con el Profeta-Rey: "Quedaré plenamente saciado cuando contemple tu gloria „ (4).

(1) Philip., II, 5.

(2) XXVI, 8-9.

(3) Colos., III, 16-17.

(4) XVI, 15.



CAPÍTULO. X

Jesucristo y los sacrificios de la Ley antigua.

JESUCRISTO: he ahí la causa de todo nuestro bien; por esto, como Dios quiere la salvación de todos los hombres, anunció la venida de su Hijo desde que fué cometida la primera culpa. "Pondré enemistades entre ti y la mujer—dijo el Señor á la serpiente—y entre tu raza y la suya. Ella quebrantará tu cabeza," (1). La bendita entre todas las mujeres, preservada de toda deuda y pecado, quebrantaría la cabeza de la serpiente por los méritos de Jesucristo, Redentor de los hombres. Antes de la venida del Hijo de Dios, los hombres habían de salvarse por la fe en el Redentor que había de

(1) Genes., III, 15.

venir; después que ha venido, tenemos que salvarnos creyendo en ese mismo Redentor, que descendió de los cielos para darnos vida eterna. ¡Oh, cuánta es su grandeza y la necesidad que de El tenemos! Llena todos los tiempos, la misma eternidad; y en El está la plenitud de todos nuestros bienes. Su grandeza divina nos admira y derrama delicias inefables en nuestras almas, porque tal grandeza es incomprendible, infinita, y en ella está nuestra esperanza.

El Hijo de Dios inclinó su inmutable deidad hasta nosotros y se dejó ver sobre la tierra hecho hombre, lleno de benignidad y de dulzura; El era el Dios Salvador nuestro; mas la influencia, la virtud divina de este acto prodigioso de su omnipotencia, de esta maravilla de su amor, se dejó sentir no solamente sobre los hombres que han venido al mundo después del Nacimiento de aquel divino Salvador, si que también se extendió á los que le precedieron, llegando hasta el padre del linaje humano; todos éstos tenían que salvarse mediante la fe en el futuro Redentor, y los otros, creyendo en el Redentor que ya había venido.

Dios estableció en el pueblo las figuras y promesas, ceremonias y sacrificios que, simbolizando la gran obra de la Redención, fortaleciesen y avivasen la fe de aquel pueblo. El Angel de las Escuelas nos dice lo siguiente sobre el particular (1): "Los preceptos ceremo-

(1) 1.^a 2.^a, q. 102, a. II, III.

niales tenían un doble fin, se ordenaban al culto de Dios y figuraban á Cristo; así también las palabras de los Profetas se referían al tiempo presente y al futuro., Por esto, los preceptos ceremoniales de la antigua Ley pueden considerarse de dos modos, con relación al culto divino que debía observarse en aquel tiempo, y así sus razones son literales, ó en cuanto se ordenaban á figurar á Cristo, y bajo este concepto son figurativas y místicas, ya se tomen como del mismo Cristo y de la Iglesia, ya de las costumbres del pueblo cristiano, ó ya, en fin, con relación al estado de la vida futura en cuanto que Jesucristo nos conduce á ella.

Puede asignarse causa concerniente á las ceremonias de los sacrificios, la cual, en cuanto éstos se ordenaban al culto de Dios, podía considerarse de dos modos, según que por los sacrificios se representaba la ordenación de la mente á Dios, pues á esa ordenación pertenece que el hombre reconozca que todo cuanto tiene viene de Dios como del primer principio, y que á Dios lo ordene todo como último fin, y esto se representaba en las oblationes y sacrificios por cuanto el hombre los ofrecía como en reconocimiento de que todos sus bienes los tenía de Dios.

Por esto mismo, en la oblación de los sacrificios el hombre confesaba que Dios era el primer principio de la creación de las cosas, y el último fin al cual todas debían ser referidas; y como pertenece á la recta ordenación de la

mente á Dios, el que no reconozca el hombre otro primer autor de las cosas que á Dios sólo, y que en ningún otro constituya su último fin; por este motivo se prohibía en la Ley ofrecer sacrificio á otro alguno que á Dios. Así que la causa de las ceremonias respecto de los sacrificios puede asignarse de otro modo á la razón, tomándola de que por ellas se retraía á los hombres de los sacrificios idolátricos, por manera que los preceptos sobre los sacrificios no fueron dados al pueblo de los judíos; sino después que se inclinaron á la idolatría, adorando el becerro de oro, como que estos sacrificios fueran instituídos para que el pueblo, propenso á ellos, los ofreciese más bien á Dios que á los ídolos. Mas entre todos los dones que Dios otorgara al género humano después de haber caído en el pecado, el más principal es el haberle dado á su Hijo, según estas palabras: "De tal manera amó Dios al mundo, que dió á su Hijo Unigénito para que todo el que cree en El no perezca, sino que tenga la vida eterna," (1); por tanto, el máximo de todos los sacrificios es aquel por el cual el mismo Cristo se ha ofrecido á Dios en olor de suavidad, y por causa de éste se ofrecían todos los de la Ley antigua para significar este único, singular y principal sacrificio, como se representa lo que es perfecto por cosas imperfectas. De aquí lo que dice el Apóstol que "el sacerdote de la

(1) Joann., III, 16.

antigua Ley ofrecía muchas veces unas mismas víctimas que nunca pueden quitar los pecados; mas Cristo ha ofrecido una sola por los pecados para siempre,, (1). Y como de lo figurado se toma la razón de la figura, he aquí por qué las razones de los sacrificios místicos de la antigua Ley se deben tomar del verdadero sacrificio de Cristo.

Si volvemos los ojos á las edades que precedieron á la venida de Jesucristo, y pensando en su Majestad, contemplamos los sacrificios de la antigua Ley, acompañados de majestuosas ceremonias y de profundos misterios, que nos ha revelado el Evangelio, sentiremos nuestro corazón lleno de indecible gozo, porque el Hijo de Dios siempre y en todas partes es la vida y la esperanza de los hombres. El es el Dios que amamos, y sus grandezas y sus glorias fuentes son para nosotros de inefables delicias, y el amor que le tenemos hace nuestro todo lo que se refiere al buen Jesús; nuestros son todos sus bienes y á El le pertenece cuanto somos y El está contento con que así suceda. ¡Ah, cuán bueno y generoso es nuestro Señor dulcísimo! Miseria y pequeñez, he aquí nuestra grandeza; y si hay alguna cosa digna de alabanza en nuestras almas, es un don que hemos recibido de sus manos, y si queremos ofrecérselo, lo acepta con dulce y amorosa complacencia, y no dejará de pagarnos con espléndida largueza

(1) Hebr., X, 11-12.

todo lo que le hemos ofrecido. ¡Oh, El es muy bueno y dignísimo de todo nuestro amor!

Si con el conocimiento y el amor de Jesucristo que tenemos ahora por su gran misericordia, hubiéramos vivido en tiempo de la Ley antigua, ¿cuáles habrían sido nuestros sentimientos para con su Majestad? Al ver cómo caían las víctimas bajo el cuchillo del sacrificador y cómo la sangre de aquéllas corría con abundancia, la fe que teníamos en el Hijo de Dios que había de encarnar y morir por nosotros, iluminándonos con suaves resplandores, nos iría mostrando el asombroso amor de Dios hacia los hombres. Aquellas palabras de Jesús: "Así amó Dios al mundo que le dió su Unigénito Hijo,,", las diríamos entonces de esta manera: —Así ama Dios al mundo que está determinado á darle su Hijo Unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no perezca, sino que tenga la vida eterna; así lo ha decretado, así lo hará; he ahí esos sacrificios que simbolizan la Pasión y Muerte de su Hijo Unigénito; he ahí esa sangre, indicándonos que así será derramada la del Hijo de Dios para el perdón de nuestras culpas.

Pensando en estas cosas amaríamos desde entonces al futuro Redentor de los hombres, y llenos de una admiración arrobadora, nos diríamos á nosotros mismos:—¡El Criador del cielo y de la tierra, el Dios de la majestad y de la grandeza, descenderá hasta este mundo de llanto y de miseria, y sus humillaciones serán

así tan asombrosas y su sacrificio tan lleno de dolor y de ignominia!—Si, no hay que dudarlo; y recordaríamos lo que sobre el particular habían dicho David é Isafas que lavarían las manos y los pies del Hombre-Dios y contarían sus huesos; que sería despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores; que tomaría sobre sí nuestras dolencias y penalidades, y que nosotros le tendríamos como un leproso, y como un hombre herido de la mano de Dios y humillado; que sería llagado por nuestras iniquidades y despedazado por nuestras culpas; y que, ofrecido en sacrificio, no abriría la boca para quejarse; y llevado á la muerte, iría sin resistencia, como va la oveja al matadero; guardaría silencio como el corderito que está mudo delante del que lo esquila (1). Entonces un suspiro de tierna compasión se escaparía de nuestros pechos, y lágrimas ardientes caerían de nuestros ojos.—Señor, deteneos—exclamariamos sin darnos cuenta de lo que decíamos—deteneos, que vuestra Majestad es infinita, y merecís toda honra y gloria y no los oprobios, los dolores y la muerte.—Mas ¿qué hubiera sido del mundo si el Hijo de Dios no hubiese descendido del cielo para aplacar á la divina justicia y reconciliarnos con Dios?—Venid, pues, Señor—le diríamos,—ya que vuestra infinita caridad os inclina hacia nosotros; pero hacednos participantes de vuestras penas y do-

(1) Psalm. XXI; Isa., LIII.

lores, y si Vos habéis de morir por nosotros, muramos también nosotros por vuestro amor.

“Por medio del sacrificio elevábase hasta Dios—nos dice el gran Santo Tomás—la mente de aquel que le ofrecía., ¿Cuáles hubieran sido entonces nuestros pensamientos y afectos? Al Dios altísimo, Creador de todas las cosas, debían ofrecerse aquellos sacrificios de que hemos hablado, en señal del supremo dominio que tiene sobre las criaturas, les dió y les conserva el ser que tienen, porque Él así lo quiso, por su poder, al que nada resiste, y por su infinita bondad. Eran, pues, los sacrificios un testimonio de su misión y rendimiento, protesta generosa de la absoluta dependencia que tenemos de aquel altísimo Ser que nos ha dado y mantiene la existencia, y en fin, una ofrenda de amor y de cariño por todos los dones que hemos recibido de su mano. Aquellos sacrificios eran imperfectos, lo cual habríamos comprendido fácilmente, y por esto hubiéramos pensado entonces en aquel otro, único, singular y principal que tendría que ofrecerse en la plenitud de los tiempos, hubiéramos pensado en el futuro Redentor que tendría que ofrecerse á su divino Padre en olor de suavidad. De este sacrificio se tomaba la razón y principal virtud de aquellos otros, “pues Dios no quería que se le ofrecieran por razón de las mismas cosas que le eran sacrificadas—nos dice el Angélico Doctor—cual si alguna necesidad tuviese de ellas, sino para estirpar la idolatría, para significar

el orden de la mente humana para con Dios, y en fin, simbolizar el Misterio de la Redención humana por Jesucristo,» (1).

No teniendo la ley más que la sombra de los bienes futuros y no la realidad de las cosas, no puede jamás, por medio de las mismas víctimas, que no cesan de ofrecerse todos los años, á hacer justos y perfectos á los que se acercan al altar y sacrifican; de otra manera hubieran ya cesado de ofrecerlas, puesto que los sacrificadores, purificados una vez, ya no tendrían remordimiento de pecado. Con todo esto, todos los años al ofrecerlas se hace conmemoración de los pecados, porque éstos no pueden quitarse con sangre de toros y de machos de cabrío; por eso el Hijo de Dios, al entrar en el mundo, dice á su Padre: «Tú no has querido sacrificar mi ofrenda; mas á Mi me has apropiado un cuerpo mortal. No te han agradado los holocaustos por el pecado; entonces dije:—Vedme aquí que vengo, según está escrito de Mi en el Libro, para cumplir, ¡oh Dios!, tu voluntad,» (2). Al reflexionar en la insuficiencia de los antiguos sacrificios, nuestras miradas se hubieran dirigido al futuro sacrificio del Hijo de Dios; y en este sacrificio, de infinito valor, habríamos puesto toda nuestra confianza para obtener el perdón de los pecados.

Dios es el primer principio de la creación de

(1) Cit. q. CII, a. III, ad 1.^{um}

(2) Hebr., X, 1-7.

as cosas y el último fin al cual todas se deben referir; esto es lo que nos enseñan los sacrificios de que venimos hablando; mas esta enseñanza no la suministraban sino imperfectamente; sólo el sacrificio de Jesucristo, en el cual está la razón de los primeros, presentó á Dios una ofrenda perfecta, descubriéndonos cuanto era dable la soberanía de Dios en todo su esplendor, y el alcance, si así podemos expresarnos, del adorable y altísimo dominio que tiene sobre todas sus criaturas, ya que su mismo Hijo se humilla y sacrifica en su naturaleza humana, por la gloria de aquel Padre de quien todo lo ha recibido.

Había tres clases de sacrificios (1): primero, uno en que todo se quemaba, y que se llamaba holocausto porque todo se consumía; y este sacrificio se ofrecía especialmente á Dios por reverencia á su majestad y amor á su bondad, y correspondía al estado de perfección en el cumplimiento de los consejos, por lo cual quemábase todo, para demostrar que, así como todo el animal convertido en vapor se elevaba hacia el cielo, así también el hombre y todas sus cosas están sometidas al dominio de Dios y deben serle ofrecidas; segundo, otro era el sacrificio por el pecado, que se ofrecía á Dios por la necesidad del perdón del pecado, y convenía al estado de los penitentes en satisfacción de las culpas, el cual se dividía en dos partes,

(1) Q. CII, a. III, Ad 8^{um}.

siendo una de ellas quemada y la otra destinada al uso de los sacerdotes, para significar que la expiación de los pecados se hace por Dios, mediante el ministerio sacerdotal, á no ser ofrecido el sacrificio por el pecado de todo el pueblo, ó en especial por el del sacerdote, en cuyo caso se quemaba íntegro, porque no debía quedar para el uso de los sacerdotes lo que se ofrecía por el pecado de los mismos, á fin de que nada de pecado quedase en ellos, y porque esto no sería satisfacción por el pecado, pues quedando para aquellos por cuyos pecados era ofrecido, parecería ser lo mismo que si no se ofreciera; tercero, el tercer sacrificio llamábase hostia pacífica, la que se ofrecía á Dios, ya en acción de gracias, ya por la salud y prosperidad de los oferentes, por deuda de beneficio que se esperaba ó ya se había recibido, y conviene al estado de los que progresan en el cumplimiento de los Mandamientos, y éste se dividía en tres partes: una se quemaba en honor de Dios, otra quedaba al uso de los sacerdotes, y la tercera al de los oferentes, significando con esto que la salvación del hombre proviene de Dios, bajo la dirección de sus ministros y con la cooperación de los mismos hombres que se salvan, y lo que generalmente se observaba era que la sangre y la grasa no sirviesen ni al uso de los sacerdotes ni al de los que ofrecían el sacrificio, sino que la sangre se derramaba sobre el borde del altar en honor de Dios, y la grasa se consumía por el fuego. La razón de esto era, por una

parte, para destruir la idolatría, porque los idólatras bebían de la sangre de las víctimas y comían la grasa; por otra, para norma de la vida humana, pues se les prohibía el uso de la sangre para infundirles horror al derramamiento de sangre humana, y se les prohibía comer las grasas para evitar la lujuria, y en tercer lugar, por la reverencia á Dios, puesto que la sangre es lo más principalmente necesario para la vida, por lo que se dice que el alma está en la sangre, y la grosura demuestra la abundancia de nutrición, y así, para dar á entender que de Dios nos viene tanto la vida como toda suficiencia de bienes, derramábase la sangre y se quemaba la grosura en honor de Dios.

La cuarta razón es porque en esto se simbolizaba la efusión de la Sangre de Cristo y su abundante caridad, en virtud de la cual se ofreció á Dios por nosotros. De las hostias pacíficas quedaba para el uso del sacerdote el pecho y la espalda derecha, para excluir una especie de adivinación que se hacía por medio de los omóplatos de los animales inmolados, y también por medio del esternón, por cuyo motivo no se daban estas partes á los que las ofrecían. Por esto se significaba también que al sacerdote era necesaria la sabiduría del corazón para enseñar al pueblo, lo cual se representaba por el pecho, cubierta del corazón, y asimismo, la fortaleza para sobrellevar sus defectos, la que se significa por el hombro derecho.

Entre todos los sacrificios, el holocausto era el principal, porque todo se quemaba en honor de Dios y nada de él se comía. La hostia por el pecado ocupaba el segundo lugar en santidad, porque se comía únicamente en el atrio por los sacerdotes en el mismo día del sacrificio. El tercer grado correspondía á las hostias pacíficas en acción de gracias, que se comían en el mismo día; pero en toda la ciudad de Jerusalén. En cuarto lugar estaban las hostias pacíficas por voto, cuyas carnes podían comerse aun al día siguiente. Y la razón de este orden se funda en que, principalmente, el hombre está obligado á Dios por su majestad; en segundo lugar, por la ofensa cometida; en tercero, por los beneficios ya recibidos, y en cuarto, por los que se esperan.

“Tales sacrificios—dice el Apóstol,—no podían purificar la conciencia de los que tributaban á Dios ese culto que no consistía sino en viandas y bebidas, en abluciones y ceremonias carnales, que no se establecieron sino hasta el tiempo en que la Ley fuese corregida; mas sobreviniendo Cristo, Pontífice de los bienes venideros, por medio de un Tabernáculo más excelente y perfecto, no hecho á mano; esto es, no de fábrica semejante á la nuestra, y presentándose, no con sangre de machos de cabrío ni de becerros, sino con su propia Sangre, entró una sola vez en el Santuario, habiendo obtenido la eterna Redención del género humano; porque si la sangre de los machos de cabrío y de los

toros, y la ceniza de la ternera esparcida sobre los inmundos, los santifica en orden á la purificación de la carne, ¿cuánto más la Sangre de Cristo, que por el Espíritu Santo se ofreció á sí mismo inmaculado á Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas para tributar un verdadero culto al Dios vivo? Por eso es Jesús mediador de un nuevo Testamento, á fin de que mediante su muerte... reciban la herencia prometida los que han sido llamados de Dios,, (1).

“¡Gloria á nuestro Dios querido! El es todo nuestro bien; es propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo; puede perpetuamente salvar á los que por medio suyo se presentan á Dios, como que está siempre vivo para interceder por nosotros; es nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y de toda culpa, y elevado sobre los cielos,, (2). El es la luz, y al aparecer en el mundo se dispararon las sombras de la antigua Ley; El es la verdad, y su enseñanza divina descifró los misteriosos símbolos que en otro tiempo le ocultaban á las miradas de los hombres. El es, en fin, el verdadero amor, y consumó en sí mismo los sacrificios de la antigua Ley muriendo por nosotros.

(1) Hebr., IX, 9-15.

(2) Hebr., VII, 25-26.

II

Entre las víctimas que se ofrecían en el antiguo Templo, era el cordero el principal sacrificio de la Ley y lo que mejor representaba la Pasión de Jesucristo. "Jesucristo se llama Cordero por la pureza de su vida, por la mansedumbre que ejercitó en su santísima Pasión, y por haber expiado nuestros pecados con el precio de su Sangre," (1). Mas antes de decir algo sobre el particular, recordemos lo que nos dice San Juan en el Apocalipsis: "En medio del solio y de los cuatro animales, y en medio de los ancianos, vi que estaba como inmolado un Cordero... el cual vino y recibió el libro de la mano derecha de aquel que estaba sentado en el solio, y cuando hubo abierto el libro, los cuatro animales y los veinticuatro ancianos se postraron ante el Cordero, teniendo todos cítaras y copas ó incensarios de oro, llenos de perfumes, que son las oraciones de los santos. Y cantaban un cántico nuevo, diciendo:— Digno eres, Señor, de recibir el libro y de abrir sus sellos, porque Tú has sido entregado á la muerte, y con tu Sangre nos has rescatado para Dios de todas las tribus, y lenguas, y pueblos y naciones. Con que nos hiciste para Dios Reyes y sacerdotes y reinaremos sobre la tierra," (2).

(1) A. III, ad 2.^{um}.

(2) V, 6-10.

También nosotros nos postramos ante ese Cordero divino, entonando sus alabanzas y bendiciendo la gloria de su Corazón dulcísimo. "Digno es el Cordero—exclamamos—de toda honra y bendición y gloria por los siglos de los siglos." Que los ángeles presenten en sus copas de oro nuestras alabanzas al Cordero de Dios, y nos alcancen luz y amor á fin de que podamos meditar en la pureza, en la mansedumbre y en la caridad del Hijo de Dios, que á costa de su Sangre quiso redimirnos del pecado.

Pensar en la pureza de nuestro amadísimo Señor, de quien está escrito que es como una exhalación de la virtud de Dios, como una pura emanación de la gloria de Dios Omnipotente, por lo que no tiene lugar en El ninguna cosa manchada, como que es el resplandor de la luz eterna y espejo sin mancha de la majestad de Dios é imagen de su bondad (1); es elevarnos á lo más encumbrado de los cielos; poner los ojos en la fuente de la luz increada; contemplar, siquiera sea al través de los cándidos velos de la fe, la generación del Verbo; su eterno nacimiento del seno del Padre; es oír aquellas palabras que encierran un misterio incomprensible, llenas de majestad y de grandeza: "Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado." He ahí un misterio que asombra; una región en la cual no podemos penetrar, santa, adorable, y donde vive eternamente el Unigénito del Padre; y en esa

(1) Sap., VII, 25-26.

región está la fuente de la luz; y esta luz es infinita pureza, santidad eterna que el Padre comunica á su Verbo, que es el resplandor y la imagen substancial de su eterno y divino principio, y ese resplandor jamás amortigua ni empaña su brillo, porque es la virtud de Dios, que nunca desfallece ni sufre cambio alguno.

El Hijo de Dios procede eternamente del Padre. "Mas toda procesión—dice el Angélico Maestro—supone alguna acción, y cuando ésta tiene algún objeto exterior, hay procesión *ad extra*; empero cuando la acción es inmanente, ó que permanece en el agente, hay procesión *ad intra*. Esto se ve con toda claridad en el entendimiento, cuya acción de entender permanece en el sujeto que entiende, y en éste, en el mismo hecho de entender, se realiza una procesión dentro de él mismo, que es la concepción del objeto entendido, que proviene de la facultad intelectual y procede de su conocimiento. Ahora bien; estando Dios sobre todas las cosas, lo que de El se diga no debe entenderse al modo de las criaturas ínfimas, cuales son los cuerpos, sino á semejanza de las más elevadas, que son las substancias espirituales; y aun en éstas, no viendo sino un pálido reflejo ó una imagen imperfecta de la divinidad... Además, la concepción intelectual es tanto más íntima é idéntica al sujeto inteligente cuanto mejor conoce éste el objeto; porque según el entendimiento entiende en acto, así se hace más uno con el objeto entendido. Por esto,

siendo el entender divino infinitamente perfecto, necesariamente el Verbo es perfectamente uno con aquel de quien procede... Y esta procesión es verdadera generación, porque procede por modo de acción inteligible, que es operación de vida, y de un principio al que está unido, y conforme á la razón de semejanza, ya que la concepción intelectual es la imagen de la cosa entendida y existe en la misma naturaleza, dado que en Dios el ser y el entender son una misma cosa... Y por esto el Verbo procede como subsistente de la misma naturaleza; y se dice con toda propiedad engendrado é Hijo... Y en Dios lo que es engendrado recibe el ser del que lo engendra, no como si fuese recipiente de ese ser alguna materia ó sujeto, lo cual repugna á la subsistencia del Ser divino, sino que se dice que es recibido, en cuanto lo procedente de otro tiene el Ser divino sin que exista como diverso de ese ser, porque en la perfección de este mismo se contiene tanto el Verbo procedente por modo inteligible como su principio, y asimismo cuanto pertenece á la perfección, (1).

¡Oh profundidad insondable! Podemos preguntar con el Apóstol: "¿Quién ha conocido los designios del Señor ó quién fué su consejero?" (2). Sin embargo, entre las sombras del misterio podemos descubrir y confesamos que

(1) I. P., q. XXVII, a. I, et ad 2.^{um}; a. II, et ad 2.^{um} et 3.^{um}.

(2) Rom., XI, 34.

el Padre y el Hijo son un solo Dios verdadero, y que así como el Padre no precede al Hijo en la eternidad, ni lo excede en la grandeza, ni lo supera en el poder, así tampoco le aventaja en la santidad y en la pureza, sino que la pureza y santidad del Padre son también la pureza y santidad del Hijo, en quien están todas las riquezas de su eterno y divino principio.

Desde este punto de vista, la pureza del Hijo de Dios arrebató y encanta nuestras miradas y tenemos que exclamar, aplicando á la pureza del Hijo de Dios lo que decía Salomón de la Sabiduría divina: "Yo la amé, la busqué desde mi juventud, procuré tomarla por esposa, y quedé enamorado de su hermosura. Realza su nobleza la estrecha unión que tiene con Dios. Y además, el mismo Señor de todas las cosas la ama... Si en esta vida se codician las riquezas, ¿qué cosa hay más rica en esplendor y gracia que esa pureza divina?... Propuse traerla á mi casa para tenerla conmigo, sabiendo que me dará todos sus bienes y será el consuelo en mis penas y cuidados... Hallaré en ella mi reposo, porque no hay amargura en su conversación, ni causa tedio su trato, sino antes bien, consuelo y alegría," (1).

Si nuestros ojos quedan ofuscados al contemplar, siquiera sea al través de los velos de la fe, el esplendor divino, la inmensa claridad, el río de luz vivísima y hermosa que sale del

(1) Sap., VIII.

seno del Padre; pongámoslos en el Misterio de la Encarnación, donde la luz de aquella pureza se dejará contemplar, suave y apacible como el amor que se humilla por causa de su amado, y llena de encantos como una hermosura divina que ha descendido del cielo, á fin de cautivar nuestras miradas y llevar en pos de sí nuestro cariño.

La pureza del Hijo de Dios hecho hombre por nosotros... es tan perfecta, que Dios mismo quiso preparar el terreno en que había de morar, con tanta diligencia, y con un amor tan grande, que bien nos revelan que en ella habría de tener sus complacencias el Altísimo. No sólo fué preparada, sino también anunciada la pureza de aquel templo de Dios, con el más solemne y hermoso vaticinio: "El Señor—dijo Isaías—os dará una señal. Sabed que una Virgen concebirá y parirá un hijo, y su nombre será Emmanuel." Dijo también el Profeta: "Saldrá un renuevo del tronco de Jesé, y de su raíz se elevará una flor, y reposará sobre él el espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y de fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, y estará lleno del espíritu del temor del Señor," (1). Ese templo sagrado en que el Hijo de Dios se había de hacer hombre, era el seno de María, Virgen purísima y sin mancha ninguna de pecado; María, que concibió por obra del Espíritu

(1) VII, 14; XI, 1-3.

Santo. “La carne de esta Niña fué la carne de Cristo, quien tomó—dice el gran Santo Tomás,—la naturaleza humana sin pecado en aquella pureza que tenía en el estado de la inocencia,” (1). Antes había dicho San Agustín, explicando estas palabras de San Juan: “El que ha venido de lo alto es superior á todos. De lo alto vino Cristo, esto es, de la altura de la naturaleza humana que tuvo antes del pecado del primer hombre.”

La pureza de nuestro amado Señor es tan hermosa, que siendo El bellísimo entre todos los hijos de los hombres, parece que todos sus encantos se ocultan casi enteramente al contemplar aquella santísima virtud; he aquí por qué un Profeta preguntaba con ansia: “¿Cuál será el bien venido de El y lo hermoso que de El nos vendrá, sino el trigo de los escogidos y el vino que engendra vírgenes?” (2). La perfección de la bondad y los encantos de la belleza; he aquí los vivos resplandores de la pureza de nuestro amado Señor; todo en ella es perfecto; todo en ella cautiva el corazón. Allí está la virtud del Dios Omnipotente, que cubre con su sombra á la más pura de todas las vírgenes; allí el Espíritu divino que forma el cuerpo de Jesús de la purísima Sangre de María, y allí el Hijo de Dios, que toma la naturaleza humana del seno de esa Virgen. Misterio de bondad, de

(1) III P., q. XIV, a. III.

(2) Zach., IX, 17.

perfección y gracia, es la obra de Dios, de su sabiduría infinita, de su poder, al que nada resiste, de su bondad inmensa.

Al contemplar esa pureza, parece que se ocultan las otras gracias y encantos de Jesús, y es que aquella santísima virtud se viste y engalana con todas esas gracias, y así la contemplamos adornada con la hermosura de la pobreza, y el rendimiento de la humildad, y la energía de la fortaleza, y la dulzura del amor. Nace de una Virgen concebida sin pecado; pero ella sólo tiene pobres pañales en que envolverle, y un pesebre en que reclinarle. Cuando el Niño crece, su conversación es con los humildes y sencillos, y después, cuando predica su celestial doctrina, es inflexible al condenar el vicio, y le persigue hasta el fondo del corazón, á fin de condenarle en todas partes y hacer que por doquiera reine la más hermosa de todas las virtudes, y nos la deja contemplar dulcísima y amable y llena de santa caridad. Ved, si no, cómo recibe á una mujer pecadora en casa de Simón; esa mujer riega con sus lágrimas los pies del Salvador, los limpia con sus cabellos, los cubre de besos y los unge con precioso bálsamo. “Y el Salvador no dice—comenta San Agustín,—como pudiera haber dicho el fariseo:—Apártate de mí porque soy puro;—mas al contrario, lleno de bondad y de clemencia, admite los obsequios de aquella pecadora para cambiarla en santa y enriquecerla con tesoros de santidad y de pureza.

Si la pureza de nuestro amado Señor se adorna con las demás virtudes del divino Maestro, también las viste con su hermosísimo y cándido ropaje y las penetra de su fragancia divina, y la humildad, y la pobreza, y la paciencia, y la fortaleza, y la caridad del corazón de nuestro Amado, derraman sin cesar torrentes de purísima luz, y difunden por doquiera celestial perfume, y las miradas, y las palabras, y todas las acciones del divino Maestro, llevan el sello de aquella preciosísima virtud. Bellísimo es contemplar un cuadro tan hermoso, iluminado por una luz tan pura, y que va descubriendo á cada instante nuevos matices y nuevos rasgos de un encanto indefinible y de una perfección desconocida. ¡Cuán hermosa y amable se nos presenta entonces la humildad de Jesús, que, ó bien nos le oculta en el seno de María rodeado de azucenas, ó bien descansando en los brazos virginales de esta tierna Madre, y la penitencia de Jesús que le lleva al desierto en alas de santísima inocencia, y su amor á los hombres, que si bien permitió que fuese blasfemado, no quiso, sin embargo, que llegase á decirse siquiera una palabra, que lastimara la santidad de su conducta. Era inmenso su amor á la pureza y la guardaba en su corazón dulcísimo, cual tesoro de inestimable valía, y en ella cifraba, por decirlo así, todos sus encantos y delicias. ¡Bendito sea mil veces quien tanto amó la pureza!

En el Cordero de Dios, que se apacienta

entre azucenas, brilla también la mansedumbre. Bástanos recordar, para comprenderlo, aquellas sus palabras dulcísimas: "Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón," (1). Isaías había dicho del futuro Redentor: "Será conducido á la muerte sin resistirlo, como va la oveja al matadero, y guardará silencio, sin abrir siquiera su boca delante de sus verdugos, como el corderito que está mudo delante del que le esquila," (2). San Pedro dijo también, refiriéndose á los padecimientos de Jesucristo: "Cuando le maldecían, no retornaba maldiciones; cuando le atormentaban, no prorrumplía en amenazas, antes se ponía en manos de aquel que le sentenciaba injustamente," (3). Incontables pruebas dió durante su santísima vida de la dulzura y mansedumbre de su Corazón. ¿Cómo no recordar que cuando los judíos le llamaron samaritano y endemoniado, su Majestad se contentó con responder: "Yo no estoy poseído del demonio, sino que honro á mi Padre, y vosotros me habéis deshonrado," (4). Si los judíos repiten su blasfemia, Jesús les contesta: "Si yo me glorifico á mi mismo, mi gloria nada vale; es mi Padre quien me glorifica..."

Al pensar en todo lo anterior, recordamos estas palabras: "Decid á la hija de Sión:—Mira

- (1) Matth., XI, 29.
- (2) Isa., LIII, 7.
- (3) I Ep., II, 23.
- (4) Joann., VIII, 48-49.

que viene á ti tu Rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino, (1). Vedle, decimos también nosotros, y ponemos los ojos en nuestro amadísimo Jesús. ¡Oh, cuán dulce es la expresión de su semblante; cuán amables son sus miradas! Nos están diciendo que su mansedumbre es infinita, y que el Corazón de nuestro Amado es fuente inagotable de clemencia y bondad, y acercándonos á esa fuente divina quisiéramos beber en ella sin tasa ni medida las aguas de su amor.

La mansedumbre de nuestro amado Señor es el atractivo dulce y misterioso que hacia Él nos encamina con una suavidad incomparable. Soy manso y humilde de corazón... Al oír palabras de tanto consuelo y que llenan de esperanza nuestras almas, pensamos en Él, suspiramos de amor y decimos:—¡Oh, cuán bueno es nuestro Jesús querido, cuán bueno es!—Y al encontrarse nuestras miradas con las suyas quedamos inundados de inefable dicha, de gozo celestial, y cual si olvidar pudiésemos su infinita grandeza, nos arrojamos llenos de confianza á sus divinos pies, sin temer que llegue á decirnos como á Magdalena: “No me toques,; que antes bien Él se nos acerca y nos ofrece sus pies, sus manos y su Corazón dulcísimo, y nos deja reposar en este divino santuario, en este templo de Dios, en este horno de inextinguible y ardorosa caridad, donde tenemos que

1) Matth., XXI, 5.

cantar sus alabanzas, bendecir su gloria, abrazarnos y consumirnos en las llamas de su amor divino.

He ahí adónde nos lleva la mansedumbre de Jesús y la dulce mansión en donde nos hace vivir.

“El Cordero de Dios, que borra los pecados del mundo, fué sacrificado por nosotros desde el origen de los tiempos, desde *ab aeterno* fué decretada la Pasión y Muerte de nuestro divino Redentor, y por los méritos de su preciosa Sangre los elegidos fueron predestinados y escritos en el libro de la vida. Fué también sacrificado desde el origen del mundo en sus símbolos y figuras. Fué muerto en Abel, burlado en Noé, peregrinó en Abrahán; fué ofrecido en Isaac, se sujetó á la servidumbre en Jacob, fué vendido en José, expuesto y desterrado en Moisés, apedreado en los Profetas, y padeció en los Apóstoles y mártires, (1). Desde la misma eternidad el Hijo de Dios quiso morir por nosotros, y su voluntad no tendría que cambiar, y era la expresión de su amor infinito á los hombres. ¿Quién podrá explicarnos la razón de todo esto? Si fuera de Dios quisiéramos buscarla, no la hallaríamos jamás, y en Dios nos es incomprendible. Sólo podemos decir:—Así lo quiso porque su bondad es infinita, y se dignó inclinarse al mundo para hacerle bien; mas dando una mirada á nuestra gran miseria, á nuestras

(1) S. Paulin., ap. Alapide, Sric.

ingraticudes y maldades, aquella bondad, en la efusión de su ternura, produce en nuestras almas un asombro que nos saca de nosotros mismos. No, no hay palabra que pueda explicarla, ni hay inteligencia que llegue á comprenderla; sólo descubrimos que nos tiene por todo extremo obligados. ¿Qué haremos, pues, en tales circunstancias, cuando la grandeza del amor y la bondad exceden sin medida nuestra comprensión, y sin embargo, nos manifiesta cuán obligados nos tiene el que desde la misma eternidad quiso sacrificarse por nosotros, y nos amó con generoso y ardentísimo cariño? ¿Qué hacer en nuestra ignorancia y miseria á fin de pagar cuanto esté de nuestra parte lo que debemos á Jesús? Él es nuestro hermano, y nos ha dado su Corazón divino, que es un tesoro de infinito precio; con ese Corazón tenemos que amarle, cantar su gloria, bendecir su Nombre y ofrecerle los méritos de su Pasión y Muerte, entrando en ese purísimo santuario podremos comprender con todos los santos, estando arraigados y cimentados en la caridad, cuál sea la dilatación y la extensión, la elevación y la profundidad del misterio de Jesucristo y de su amor hacia nosotros, que sobrepuja á todo conocimiento, á fin de ser plenamente colmados de todos los dones de Dios (1).

Pensar en que el Hijo de Dios es el Cordero sacrificado desde el origen del mundo, y en

(1) Ephes., III, 17-19.

que nos amó desde la misma eternidad, es para nosotros causa de inefable gozo; nos recreamos santamente en ese su amor eterno, y descansamos en su seno con una paz dulcísima; estábamos como dormidos en sus brazos; pero vivíamos para Él. ¡Oh, si desde entonces hubiéramos podido amarle! Mas Él conocía también desde entonces el amor que habíamos de tenerle, y esto nos consuela pensando en aquella tristísima impotencia. Además, si así como ahora intercede por nosotros, según dice San Pablo (1), y suple nuestras faltas, y ama á su divino Padre por los hombres, así desde la misma eternidad fueron aceptos al Eterno los méritos de la preciosa Sangre y de la Muerte de su santísimo Hijo nuestro Señor Jesucristo.

¡Bendito sea Él, nuestro Jesús querido—exclamamos al terminar este capítulo.—¡Bendito sea el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo por su infinita pureza y su mansedumbre incomparable, y porque quiso sacrificarse por nosotros! Él es nuestra esperanza, Él nuestro amor ahora y para siempre. Amén

(1) Hebr., VII, 25.





CAPÍTULO XI

Jesucristo, el Propiciatorio, el Arca, el maná, la vara de Aarón y las Tablas de la Ley.

Si los sacrificios de la antigua Ley simbolizaban la Pasión y Muerte de nuestro amadísimo Señor, también lo llamamos figurado en el Arca del Testamento. En esta Arca había una urna de oro con maná (1), la vara de Aarón que había florecido, y las Tablas en que estaban escritos los diez preceptos de la Ley. El Arca estaba colocada entre dos querubines, que se miraban cara á cara, y sobre el Arca había una tabla que se llamaba Propiciatorio, bajo las alas de los querubines, como si fuese llevada por ellos... Je-

(1) 1.^a 2.^{as}, q. CII, a. IV, ad 6.^{um}

sucristo está simbolizado por el Propiciatorio, porque es la propiciación por nuestros pecados. El Propiciatorio era llevado por los querubines, y de Jesucristo están escritas estas palabras: "Adórenle todos los ángeles de Dios," (1). Él mismo es significado por el Arca, porque así como ésta había sido fabricada de madera de setín, así el Cuerpo del Señor constaba de miembros purísimos; y el Arca estaba cubierta de oro, porque Jesucristo estuvo lleno de sabiduría y de caridad, simbolizadas por el oro. Dentro del Arca había una urna también de oro; esto es, el alma santa conteniendo el maná; es decir, toda la plenitud de la santidad y de la divinidad. Había también en el Arca la vara; esto es, la potestad sacerdotal; porque Jesucristo fué hecho sacerdote para siempre; y contenía también las Tablas de la Ley, para significar que el autor de la Ley es Jesucristo.

Nuestro amado Señor es la propiciación por nuestros pecados. "El fué constituido por Dios para nosotros por fuente de sabiduría, por justicia, santificación y Redención," (2). "Damos gracias á Dios que nos ha hecho dignos—decía el Apóstol— de participar de la suerte de los santos, iluminándonos con la luz del Evangelio; que nos ha arrebatado del poder de las tinieblas y nos ha trasladado al Reino de su Hijo muy querido, por cuya Sangre hemos sido res-

(1) Heb., I, 6.

(2) I Cor., I, 30.

catados y hemos obtenido la remisión de los pecados... Él tiene ser ante todas las cosas, y todas subsisten por Él; es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el principio de la resurrección y el primero á renacer dentro de los muertos, para que tenga en todas las cosas la primacía; pues quiso el Padre poner en Él la plenitud de todo ser, y reconciliar por Él todas las cosas consigo, restableciendo la paz entre el cielo y la tierra por medio de la Sangre que derramó en la Cruz. Igualmente á vosotros que antes os habíais extraviado de Dios, y erais enemigos suyos de corazón por causa de vuestras malas obras os ha reconciliado en el cuerpo de su carne por medio de la muerte, á fin de presentaros santos, sin mancha é irreprehensibles delante de Él... Cuando estábais muertos por vuestros pecados os hizo revivir con Él, concediéndoos el perdón de todos ellos; y cancelada la cédula del decreto firmado contra vosotros, que os era contrario, la quitó de en medio, enclavándola en la Cruz; y despojando á los principados y potestades, los sacó valerosamente en público y los llevó delante de sí, triunfando de ellos en su propia persona., (1).

Respiremos un instante, ya que tantas grandezas de un amor tan ardiente y generoso, tienen como oprimidas nuestras almas. El Restaurador de todas las cosas del cielo y de la tierra,

(1) Colos., I, 12-22; II, 13-15.

Aquel en quien está la plenitud de todo ser, nos ha reconciliado por medio de su Sangre y de su Muerte con su divino Padre. ¡Tan grande es el hombre á los ojos del Verbo de Dios! Más bien tendremos que decir: — ¡Tan grande es la bondad de ese Verbo divino que así se digna amarnos! — Así tiene que desahogarse el corazón; así respira y tiene que exhalar todo su cariño en afectos de purísima ternura.

Es incomprendible el amor que nos tiene nuestro buen Jesús. ¿Comprenderemos su afecto hacia nosotros al constituirse propiciación por nuestros pecados? Desde luego tenemos la infinita distancia que media entre el Creador y la criatura. ¿Quién podrá franquear ese abismo de infinita grandeza? Sin el Misterio de la Encarnación, esto no es posible; porque Dios, en su propia naturaleza, es impasible; mas inclinó los cielos y descendió; tomó nuestra naturaleza y padeció por nosotros. — ¡Bondad infinita — exclamamos al pensar en esto, — misterio que estuvo oculto á los siglos y generaciones, altísimo designio que trasciende toda inteligencia. — Y sucede en este misterio de nuestro amadísimo Señor, que cuanto más pensamos en él, vamos descubriendo nuevos horizontes de inmensa grandeza iluminados con una luz más viva, y en donde respiramos el purísimo ambiente de la caridad de Dios, que alegra y fortalece nuestras almas, á fin de adelantar en el conocimiento de sus divinas obras. Veamos esto en el objeto que nos ocupa.

Sobre el inmenso abismo de que hemos hablado, el Espíritu Santo tendió, por decirlo así, un hermosísimo puente que uniera los extremos de aquel abismo: el Misterio de la Encarnación; Jesucristo nuestro Señor fué concebido en el seno de María por virtud de aquel Espíritu. Mas no es esto todo; el Hijo de Dios descende del cielo y se hace nuestro hermano, á fin de padecer y morir por nosotros.

No es esto todo: éramos delante del Señor grandes pecadores, y el pecado nos hace aborrecibles á los divinos ojos. "Siendo esto así, ¿de dónde nace— dice San Pablo — que Jesucristo, estando nosotros todavía enfermos, al tiempo señalado murió por los impíos? ¿Porque apenas hay quien quiera morir por un justo; tal vez se hallará quien dé su vida por un bienhechor. ¿De dónde nace que Jesucristo haya muerto por los impíos? ¿Queremos preguntarlo todavía? Nace de su caridad que quiso revelarnos todos sus encantos, su fuerza divina, su dilatación que no se puede comprender. *Commendat Deus charitatem suam in nobis* (1)—decía San Pablo. He aquí lo que recomienda y enaltece, y hace brillar con los más puros y hermosos resplandores, la caridad de Dios para con nosotros.

Sin embargo del asombro que produce tanta grandeza, y esas manifestaciones del amor

(1) Rom., V, 8.

divino, preguntamos: ¿Hemos agotado las fuentes de ese amor, ó hasta aquí ha llegado la misericordia divina para con nosotros? De ninguna manera. Conocía nuestro amadísimo Señor que los hombres, redimidos con su Sangre y llamados á la luz del Evangelio, le había de volver mil veces las espaldas; conocía su ingratitude y su lamentable obstinación en seguir las sendas del pecado, y sin embargo de eso, Jesús murió por todos... ¡Oh grandeza infinita de su amor, oh fuego inextinguible, y que en vez de disminuir parece aumentar sus vivas llamas, sus divinos ardores, cuanto son más grandes los obstáculos que tiene que vencer á fin de transformar en sí mismo á los que ama!

Él es propiciación por nuestros pecados; al pensar en esto la esperanza más dulce y consoladora dilata nuestro corazón; somos, en verdad, grandes pecadores delante de Dios; mas, por ventura, ¿no es Jesús quien vino á este mundo á buscar á los que se habían extraviado á fin de volverlos á su Padre? ¿Desechó el divino Redentor alguna vez á los que á Él se llegaban en busca de alivio y de consuelo? Vino por salvarnos, y fué tanta su bondad para con nosotros que salieron de sus labios estas hermosísimas palabras: "Venid á mí los que estáis cargados y sufrís el peso del trabajo, que Yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es suave, y mi carga,

ligeras, (1). Casi imposible nos parece que quien recuerda estas palabras de Jesús y tiene delante de los ojos lo que ha hecho por salvarnos, deje de esperar en El. — Venid... El aliviará nuestras cargas y dolores, mas no se contenta con esto, sino que quiere que, en lugar de las cargas y trabajos que el mundo nos impone, llevemos el yugo de Dios sobre nosotros, yugo, en verdad, muy suave, y soportemos los trabajos que se digne imponernos el mismo Jesús, que serán muy ligeros. Aquel yugo lo llevará con nosotros, y suya es y tendrá que ser la carga que El mismo nos imponga. De esta suerte los sufrimientos y penalidades de la vida, que á nadie le faltan, ya no serán la carga enojosa que nos haga suspirar y gemir sin consuelo, y acaso también sin esperanza, sino los trabajos y la carga de Jesús, y unidos á El por el sufrimiento seremos muy dichosos.

Mas la bondad del Hijo de Dios, que tan grande se nos ha mostrado en lo que acabamos decir, no comenzó con su venida al mundo, aun antes de ésta el Hijo de Dios era la esperanza del pueblo judío, que recibió innumerables gracias de los cielos por los futuros méritos del Redentor de los hombres; por eso mismo los judíos en sus oraciones pedían al Señor su protección divina por Jesucristo. He aquí cómo se expresaba el Rey-Profeta: "¡Oh, Señor, Dios de los ejércitos, oye mi oración! ¡Escucha atento,

(1) Matth., XI, 28-30.

oh Dios de Jacob! ¡Vuélvete á mirarnos, oh Dios protector nuestro, y pon los ojos en el rostro de tu Cristo!," (1). Era firmísima la esperanza que tenían en Dios por causa de Jesús. Y sin embargo, ellos no pudieron decir: "La vida se hizo patente, y la vimos, y damos testimonio de ella, y os evangelizamos esta vida eterna que estaba en el Padre y se dejó ver de nosotros," (2). "Porque murieron sin haber recibido los bienes que se les habían prometido, contentándose con mirarlos de lejos y saludarlos," (3). "Porque les fué revelado que no para sí mismos, sino para nosotros administraban las cosas que ahora se han anunciado por los predicadores del Evangelio," (4). ¿Cuál tendrá que ser nuestra esperanza en Jesucristo, pues venimos al mundo en el tiempo de la gracia y después de haberse cumplido las promesas de Dios relativas á la encarnación de su divino Verbo? El amor y gratitud que á Dios debemos por un beneficio tan grande, deben ser inmensos. El es, decimos de nuevo, propiciación por nuestros pecados; El, nuestra esperanza y amor.

"Debajo del propiciatorio estaba el Arca santa, que simbolizaba — dice Santo Tomás — á nuestro divino Redentor, porque así como el Arca se había construido de madera incorrup-

(1) Psalm. LXXXIII, 9-10.

(2) I Joann., I, 2.

(3) Hebr., XI, 13.

(4) I Petr., I, 12.

tible, y estaba cubierta de oro, y contenía el maná, la vara de Aarón y las tablas de la Ley, así nuestro amadísimo Señor estaba lleno de pureza, de sabiduría y de caridad, y tenía en sí mismo la plenitud de la santidad y de la divinidad, y era sumo sacerdote y el legislador supremo. ¡Oh, cuánto goza nuestro corazón al pensar en las grandezas de nuestro Señor dulcísimo! En su pureza más blanca que la nieve, en su sabiduría y caridad más brillantes que el oro, en la plenitud de la santidad y de la divinidad que había en su alma santa, en la potestad de su Sacerdocio y en su autoridad de Legislador supremo. Que El viva y reine por los siglos de los siglos, y sea conocido y amado en todo el universo, y todas las criaturas canten su divina gloria.,,

“¡Oh, cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos!”, —decía David (1). Nosotros pensando en el Arca de Dios vivo, en el Tabernáculo del Altísimo, en el Corazón de Jesucristo, ¿no diríamos una y otra vez esas palabras del Profeta-Rey? ¿Podríamos contener dentro del pecho nuestro ardiente y abrasado amor á Jesucristo, amor que quiere romper toda ligadura, á fin de arrojarle á los pies de su Amado? —¡Oh, cuán amable es tu Corazón divino— le decimos,— mi alma suspira y desfallece por habitar en esa mansión divina! Mi corazón y mi cuerpo transpórtanse de gozo al contemplar ese

(1) Psalm. LXXXIII, 2.

Corazón que tanto amo, y si el pajarillo encontró un hueco donde guarecerse, y la tórtola, nido para poner sus polluelos, yo he hablado, en el seno de mi buen Jesús, asilo inviolable en todos mis peligros y suavísimo descanso de divinos consuelos y delicias. Mil veces dichosos, oh Señor, los que siempre moran en tu Corazón amable; ellos te alabarán por los siglos de los siglos... Más vale un solo día en este Corazón dulcísimo, que millares fuera de El. Yo he escogido ser el último en esta casa de Dios, más bien que habitar en la morada de los pecadores; porque El ama la misericordia y la verdad, y dará la gracia y la gloria.

Era profundo el respeto de los israelitas para con el Arca santa; era ella su fuerza y su esperanza, su consuelo, su gloria y el objeto de todos sus amores. Dios mismo rodeaba, por decirlo así, de veneración aquel objeto sagrado, infundiendo en todos un religioso temor. Cuando fué llevada desde Cariatarín á Jerusalén en solemne procesión, Hoza extendió su mano para sostenerla, y Dios, indignado, le castigó, dejándole muerto en aquel lugar (1). Antes había castigado el Señor á los moradores de Betsames, porque se pusieron á mirar con curiosidad lo interior del Arca santa, contra lo mandado, y dió muerte á 70 hombres de los principales del pueblo y á 50.000 del vulgo, teniendo entonces que decir los betsamitas: “¿Quién po-

(1) II Reg., VI, 7.

drá estar en la presencia de este Señor, de este Dios tan santo?, (1).

El Arca de la Alianza precedía á los israelitas en el desierto, y al tiempo de levantarla decía Moisés: "Levántate, Señor, y sean disipados tus enemigos, y huyan de tu presencia los que te aborrecen." Y al asentarla: "Vuélvete ¡oh Señor! hacia la multitud del ejército de Israel." (2).

Cuando el Arca cayó en poder de los filisteos, los israelitas se llenaron de profundísima tristeza y prorrumpieron en grandes alaridos: *Arca Dei capta est*. He aquí el motivo de su indecible dolor; había concluído la gloria de Israel (3).

El Arca de Israel únicamente era un símbolo, no la realidad; figura que tenía que desvanecerse al llegar la plenitud de los tiempos en que el Unigénito de Dios, apareciendo en el mundo, tendría que decir: "Yo soy la luz, la verdad y la vida; han llegado esos tiempos felices." Y ese Unigénito de Dios es nuestro Señor Jesucristo. ¿Cuál tendrá que ser nuestra veneración para con Él, y el amor que le tengamos? Es nuestro Dios soberano y altísimo Señor; es fortaleza y esperanza de nuestra alma; es nuestra gloria y todos nuestros bienes. ¡Oh, si su amor fuese nuestro guía en to-

(1) I Reg., VI, 19-20.

(2) Num., X, 34-36.

(3) Idem, IV, 13-21.

dos nuestros caminos! Sin duda alguna siempre andaríamos por las sendas de la verdad y la justicia; siempre seríamos felices. Mas ¡ay dolor, que el recuerdo de lo que hacían los israelitas con el Arca de Dios nos llena de confusión y de vergüenza! Sin embargo de esto, su ejemplo tiene que animarnos, y si ellos suspiraban por el futuro Redentor de los hombres, nosotros, teniéndole ya en nuestra compañía, no haremos otra cosa que bendecirle y amarle con todo nuestro afecto; fuera de Él á nadie mandaremos los suspiros del alma, porque en Él descansa todo nuestro afecto. Aquellas palabras de la Esposa: "Le tengo conmigo, jamás le dejaré." Y estas del Salmista: "Dormiré en paz y descansaré, porque Tú ¡oh Señor! sólo Tú has asegurado mi esperanza." (1), harán que vivamos para siempre en el amor de Jesucristo.

II

El Arca santa contenía una urna de oro llena de maná, la vara de Aarón y las tablas de la Ley. ¿Quién dejará de descubrir en todo esto los misterios de estos símbolos sagrados? Allí están la santidad y la divinidad de nuestro Señor, verdadero Pan que descendió del cielo para sustentarnos, y allí también su potestad sacerdotal y legislativa; Él es el Sumo Eterno

(1) Cant., III, 4; Psalm. IV, 9-10.

Sacerdote, según el orden de Melquisedec; Él es asimismo el legislador Supremo. ¿Qué diremos de tantas grandezas, ó en cuál de ellas podríamos fijar nuestros ojos sin que luego quedasen ofuscados con los raudales de la luz que se desprenden del purísimo Corazón de Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Santo por su misma esencia, Sacerdote eterno, y cuya voluntad santa y adorable rige el universo? Nos ocuparemos siquiera en decir una palabra acerca de la divina Eucaristía, simbolizada en la antigua Ley por el maná.

“El Señor alimentó á su querido pueblo de Israel con manjar de ángeles, y le suministró del cielo un pan preparado, sin que el pueblo se fatigase; ese pan contenía en sí todo deleite y la suavidad de todos los sabores, lo cual demostraba cuán dulce es el Señor para con sus hijos, (1). He ahí el símbolo de la divina Eucaristía, de la cual dijo Jesucristo: “Yo soy el Pan de vida. Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron. Este es el Pan que descendiendo del cielo, á fin de que quien comiere de él no muera... Quien comiere de este Pan vivirá eternamente, y el Pan que Yo le daré es mi misma Carne, la cual daré para la vida del mundo... En verdad os digo que si no comiereis la Carne del Hijo del hombre y no bebiereis su Sangre, no tendréis vida en vosotros. Quien come mi Carne y bebe mi Sangre tiene vida

(1) Sap., XVI, 20-21.

eterna, y Yo le resucitaré en el último día, porque mi Carne es verdaderamente comida, y mi Sangre es verdaderamente bebida. Quien come mi Carne y bebe mi Sangre en Mi hora y Yo en él. Así como el Padre que me ha enviado vive, y Yo vivo por el Padre, así quien me come también vivirá por Mí. Este es el Pan que ha bajado del cielo. No sucederá como á vuestros padres que comieron el maná, y no obstante murieron; quien come este Pan vivirá eternamente, (1).

He aquí el verdadero Pan de los ángeles, nuestro amadísimo Jesús, dándonos por alimento su Carne y su Sangre. Si del maná se dice que era preparado sin trabajo de los israelitas, el manjar de la divina Eucaristía es preparado por el mismo Dios, que por ministerio de los sacerdotes convierte el pan en la Carne y el vino en la Sangre de nuestro Señor Jesucristo. ¡Oh, con cuánta verdad dijo el divino Salvador á los judíos!: “Moisés no os dió Pan del cielo; mi Padre es quien da á vosotros el verdadero Pan del cielo, porque Pan de Dios es aquel que ha descendido del cielo, y que da vida al mundo, (2).

En la divina Eucaristía, mejor que en el maná, gustamos en su misma fuente la dulzura y la suavidad de todos los sabores, y apacentamos nuestras almas con las delicias del cielo.

(1) Joann., VI.

(2) Joann., VI, 32-33.

Ya sea que meditemos en la divinidad de Jesucristo, ó ya nos ocupemos en meditar en sus santísimas virtudes, todo ello es para nosotros entrar en el Paraíso de Dios, en donde respiramos en una atmósfera embalsamada con el perfume de las flores del cielo. En ese Paraíso podemos descansar á la sombra de frondosos árboles. Paraíso donde el canto de las aves, el murmullo de las fuentes y la presencia de Dios nos llenan de consuelos y delicias, y nuestra vida en ese sitio encantador es la imagen de aquella otra que gozaremos en el cielo.

Gustamos en la divina Eucaristía la suavidad y la dulzura de todos los sabores; allí están para probar lo que decimos, la grandeza infinita de Jesús y sus santísimas virtudes. Aquella grandeza no se nos presenta entre los vivos resplandores de su gloria, sino antes bien, se oculta con una dignación incomparable, porque el buen Jesús desea que nos acerquemos á su Majestad y no quiere que de El nos separemos. Esta dignación de nuestro amadísimo Señor obliga enteramente nuestro amor para con El. Oculta su grandeza, y sólo nos presenta la benignidad y la dulzura de su Corazón divino; mas esto no impide que creamos en El y le reconozcamos por nuestro Dios y Señor, y que pensemos en su divinidad. El es el Verbo del Padre, su palabra substancial, eterna y perfectísima; he aquí nuestra gloria, nuestra grandeza y toda nuestra dicha; porque El es nuestro Dios, El nuestra cabeza, el hermano más

tierno y cariñoso que tenemos y á quien amamos con todo nuestro afecto. ¿Con quién le podremos comparar? Por esto, pensando en su infinita grandeza, rebosan nuestras almas de inefable dicha, y esta dicha inspíranos vivísimos deseos de que todo el mundo le conozca y le ame y viva sujeto á su imperio. "Yo no estaré callado—decía Isafas;— por amor de Jerusalén no he de sosegar hasta que su Justo nazca como la luz del día y resplandezca su Salvador como una antorcha brillante," (1). Sí, jamás dejaremos de publicar la gloria de Jesús, la hermosura y los encantos de su Corazón dulcísimo, su infinita grandeza, he aquí la ocupación más deliciosa y la verdadera dicha de nuestra alma.

Las santísimas virtudes del Corazón de Jesús también son para nosotros fuentes de suavidad y de dulzura, ricos manantiales de divinas delicias. Allí están su amor al Padre y su inefable ternura para con los hombres; allí su mansedumbre y humildad, allí su paciencia y su resignación; allí, en fin, todo lo que hizo por nosotros, y sus divinas enseñanzas, y los ejemplos de su santísima vida, porque todo en El es sublime, admirable y perfecto.

Si pensamos en su Corazón divino en cuanto le tenemos en la Eucaristía, desde luego su caridad infinita hacia nosotros y su inefable dulzura y su profunda humildad nos llenan de

(1) LXII, 1.

un asombro inexplicable. ¿Quién lo tiene atado, encadenado en ese Sacramento, sino el amor á sus queridos hijos? Cual si pudiese faltarle la vida, ó disminuir su dicha, ó amortiguar el resplandor de su divina gloria, no quiere separarse de nosotros; y su amor, siempre benéfico, derrama sin cesar desde ese Sacramento sus gracias y favores sobre el mundo.

Arde el Corazón de nuestro buen Jesús en vivísimas llamas de un amor inextinguible; y quiere y pide que le amemos en pago del cariño que nos tiene. ¡Ay de nosotros si no atendemos las inspiraciones de su gracia, si no le damos, como El lo quiere, nuestro amor!

Un profeta, hablando del tiempo de la gracia, dijo lo siguiente: "En aquel día, los montes destilarán miel, y manarán leche los collados, y correrán llenos de aguas saludables todos los arroyos de Judá, y del templo del Señor brotará una fuente que regará el valle de las espigas," (1). He ahí el Corazón de nuestro amado Señor, que en la divina Eucaristía se nos descubre como una fuente de suavidad y de consuelo; las aguas de esa fuente son más dulces que la miel y llevan en sus ondas la vida y la salud. ¿Quién jamás se acercó al Corazón de Jesús en busca de consuelo que no le hallase? Allí, allí en ese Corazón dulcísimo todos venimos á dejar las cargas del dolor que nos oprime, las aflicciones y miserias de la vida; allí

(1) Joel, III, 18.

lloramos nuestras culpas y allí conseguimos el perdón. Jesús nos prodiga sus caricias, olvidando enteramente nuestras faltas, y nosotros le amamos con ternura inmensa. ¡Oh, cuánto es el consuelo que sentimos en estos momentos de inefable dicha! ¡Qué delicias tan puras y tan santas! Al llorar nuestros pecados, la indignación no se ha pintado en el rostro de Jesús; El nos ha visto lleno de suavidad y de dulzura, y ha tenido compasión de nosotros, como el más tierno y bondadoso padre. ¿Quién dejará de bendecirle con todo su cariño?

Si la dulzura de Jesús encadena nuestro amor, ¿qué tendrá que hacer su inefable humildad? "Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón." Y bien lo demuestra el buen Jesús en la divina Eucaristía, donde ha querido ocultarse con el velo de los accidentes, y en ese divino Misterio, ¡oh cuánto es lo que ha sufrido por el amor que nos tiene! ¿Podremos pensar en las profanaciones de toda especie de que ha sido objeto nuestro amadísimo Jesús en el Sacramento de su amor sin que se llenen de lágrimas los ojos, sin sentir oprimido el corazón de indecible angustia? Muchas veces, las sagradas Hostias han sido pisoteadas con furor satánico por hombres detestables que á sus horrendos crímenes añaden una insensatez abominable. ¿Qué consiguen con tales excesos? No por éstos Jesucristo dejará de reinar en el mundo; serán expiados por sus amantes hijos con lágrimas de dolor y de amargura, y de mil

y mil corazones se elevarán hasta el cielo himnos de bendición y de alabanza al Rey de los siglos, inmortal é invisible, á nuestro amadísimo Jesús, que ha de reinar por los siglos de los siglos.

Jesús desciende de los cielos á la voz del sacerdote; se entrega en sus manos, y el sacerdote, ó bien le pone en su pecho, ó le da en alimento á los fieles, ó le reserva en el Sagrado Tabernáculo. Si los fieles están delante de Jesús con poca reverencia, ó indignamente le reciben en la Comunión, no dice una palabra, ni exhala alguna queja, cual si nada supiese, cual si fuera insensible, y es que en ese Sacramento se ha humillado, se ha anonadado á sí mismo. ¡Hasta dónde llegará la admiración de los ángeles que contemplan esa humildad incomprendible de nuestro amadísimo Señor! Le ven en los esplendores de la gloria, sentado á la diestra de la Majestad, en lo más elevado de los cielos, y poniendo sus ojos en la Eucaristía, allí le hallan en la más profunda humillación; no pierde su grandeza, mas la oculta á las miradas de los hombres para que éstos puedan acercarse á Él y hablarle llenos de confianza.

Si la admiración tiene como embargados á los ángeles del cielo que contemplan la humildad de Jesucristo, no extingue, que antes aviva, las llamas de su amor purísimo, haciéndoles cantar sus divinas alabanzas. ¡Oh, si imitádoles nosotros cuando estamos delante de Jesús, estuviésemos absortos en el pensamiento

de la grandeza infinita y las humillaciones de nuestro amado Señor, ¡cuánto le amaríamos, y qué recogimiento y qué respeto guardaríamos en su divina presencia! Si faltamos en esto, veamos, á fin de remediar el mal, si nuestra fe no es tan firme y tan grande en Jesucristo como debe ser; tal vez en la debilidad de esa fe se halla el origen de la frialdad y de la disipación que tenemos en nuestras visitas al Señor Sacramentado; procuremos, pues, robustecerla y avivarla lo más que podamos, trayendo á la memoria las divinas palabras de Jesús, en las cuales se dignó su Majestad asegurarnos que estaría con nosotros hasta la consumación de los siglos. Pensemos en lo que ha hecho por salvarnos, en la grandeza y ternura de su amor noble y generoso cual ninguno. No olvidemos que Él deseaba ardientemente que estuviésemos siempre en su compañía para estar Él con nosotros, y que á fin de animarnos á ello, nos asegura que sin Él nada podemos; que así como el sarmiento separado de la vid no produce fruto ninguno, así nosotros, separados de su Majestad, no llevaremos fruto ninguno, y que así como el sarmiento, separado de la vid se seca, le cogen y arrojan al fuego, así sucederá con nosotros si de Él nos alejamos. Todo esto, y la verdad de sus palabras, y sus promesas que no pueden faltar, vendrán á producir en nuestras almas, con la divina gracia, una fe que no vacile y una caridad que avive más y más sus divinos ardores. Estando así delante de Jesús, á cada instante la

fe nos dirá al corazón: — Aquí está el grande, el Santo de los Santos, el Hijo del Altísimo; aquí el Dios que tanto te ha amado, que te ofrece todos sus tesoros y quiere comunicarte los secretos de su amor divino. ¿Por qué no te humillas hasta el fondo de tu pequeñez, estando como estás en la presencia del eterno y soberano Dios cuya Majestad es infinita? ¿Por qué no le amas con ternura inmensa, para corresponder siquiera en parte á su inefable y ardentísimo cariño?

Así podemos discurrir por todas las virtudes de Jesús, gustando en cada una la suavidad de sus consuelos; y si del maná se dijo que Dios demostraba con él cuán dulce era para con sus hijos, ¿qué diremos del manjar de la divina Eucaristía en la cual Dios se nos da por alimento? En verdad, la Eucaristía es la revelación más asombrosa del amor que Dios nos tiene, y revela cuán dulce es el Señor para con nosotros.

Hablemos ahora, aunque sea una palabra, acerca del Sacerdocio de Jesucristo y de su poder legislativo, simbolizado, el primero, en la vara de Aarón, y el segundo, en las Tablas de la Ley contenidas en el Arca.

El Sacerdocio de Jesucristo fué establecido con juramento. Juró el Señor y no se arrepentirá: "Tú eres Sacerdote por toda la eternidad." Así habló el Padre á su divino Hijo. Por esto es más perfecto el Testamento de Jesús que el de Leví. Además los sacerdotes antiguos fueron muchos, porque la muerte les impedía que du-

rasen siempre; mas Jesucristo, como siempre permanece, posee eternamente el Sacerdocio, y puede para siempre salvar á los que, por su medio, se presentan á Dios, como que está siempre vivo para interceder por nosotros. Así convenía que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más excelso que los cielos. Él no tiene necesidad, como los demás sacerdotes, de ofrecer cada día sacrificios, primeramente, por sus pecados, y después por los del pueblo. Esto último lo hizo una sola vez ofreciéndose á sí mismo (1).

Nuestro Pontífice, que está sentado á la diestra del Trono de la Majestad de Dios en los cielos, nos alcanzó los bienes venideros por medio de un Tabernáculo más excelente y más perfecto, no hecho á mano; esto es, no de formación semejante á la nuestra, y presentándose, no con sangre de machos de cabrío, ni de becerros, sino con la Sangre propia, entró una sola vez en el Santuario, habiendo obtenido la eterna Redención del género humano; porque si la sangre de los machos de cabrío y de los toros, y la ceniza de la ternera, esparcida sobre los inmundos, los santifica en orden á la purificación legal, ¿cuánto más la Sangre de Cristo que por el Espíritu Santo se ofreció á sí mismo inmaculado á Dios, limpiará nuestras conciencias de las obras muertas para que tribute

(1) Hebr., VII, 20-27.

mos verdadero culto al Dios vivo?... No entró Jesús en el Santuario hecho de manos de hombres, que era figura del verdadero, sino que entró en el cielo para presentarse por nosotros en el acatamiento de Dios (1), y con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre á los que ha santificado.

Un amor inmenso al gran Pontífice que murió por nosotros y que no deja de interceder por sus amados hijos, y una confianza sin límites en sus méritos infinitos nos inspira lo que acabamos de decir. ¡Bendito sea mil veces el divino Sacerdocio de Jesús! Se ofreció á sí mismo para darnos vida, y sus méritos infinitos nos han adquirido la herencia celestial.

En las tablas de la Ley estaba simbolizado el poder legislativo de nuestro Señor Jesucristo, de quien dijo Dios á Moisés, Profeta y legislador del pueblo de Israel: "Yo levantaré un Profeta de en medio de tus hermanos, semejante á ti, y pondré mis palabras en su boca, y les hablará todo lo que yo le mandare; mas el que no quisiere escuchar lo que hable en mi Nombre, experimentará mi venganza," (2). "Este es mi Hijo muy amado — dijo también el Padre, — en quien tengo todas mis complacencias. Á El habéis de escuchar," (3).

Nuestro amadísimo Señor ha dado al mundo

(1) Heb., IX.

(2) Deut., XVIII, 18-19.

(3) Matth., XVII, 5.

la ley de su Evangelio, yugo suave, carga ligera, ya que Jesús nos fortalece con los auxilios de su gracia, y nos alivia y consuela con las suavidades de su amor divino. El Evangelio; he ahí el libro que enseña la verdad y el Código sagrado que nos revela el amor de Dios hacia los hombres. Las palabras de Jesús, en él contenidas, son de vida eterna, y al disipar las tinieblas del error, inclinan dulcemente nuestras almas al servicio divino, y encienden en ellas las llamas del amor de Dios. Si queremos conocer á Jesucristo, leamos, meditemos sin descanso en su santo Evangelio, y cada día hallaremos en El nuevas pruebas del amor que nos tiene y motivos, en verdad muy poderosos, que nos obliguen á amarle.

¡Oh, buen Jesús, cuyo Corazón amorosísimo es el Arca del nuevo Testamento, franqueadnos las inestimables riquezas que atesora! ¡Maná dulcísimo de nuestras almas, alimentadnos con vuestro amor divino! ¡Pontífice que os habéis sacrificado por nuestra salud, en Vos está nuestra esperanza; salvadnos por los méritos de vuestra Sangre preciosa! ¡Legislador supremo, imprimid en nuestro corazón vuestra divina Ley, para que este corazón enteramente os pertenezca, y no pensemos, ni sirvamos, ni amemos sino al Dios que murió por nosotros, y que, cual prenda de su indecible ternura, nos entregó su mismo Corazón, y con él todas las riquezas de la gloria!

CAPÍTULO XII

El Hijo de Dios en sus relaciones
con el pueblo de Israel.

HAY en las relaciones del Hijo de Dios con su amado pueblo de Israel, maravillas y grandezas tan admirables, que no podemos comprenderlas, ni cómo pudiera abarcar la inteligencia humana las efusiones del amor de Dios que se desbordan en bondad y ternura sobre un pueblo que en otro tiempo su Majestad se dignó preferir á todos los demás?

Lo que hizo el Hijo de Dios con el pueblo judío, y las palabras que se dignó dirigirle por medio de los Profetas y por sí mismo, prueban hasta la evidencia cuánta fué la grandeza del amor que le tuvo. ¿A cuál otro pueblo prometió alguna vez que tomaría su sangre? Aún tenemos más que admirar en esto, y es lo que San Pablo nos indica diciendo que el Hijo de Dios jamás tomó la naturaleza de los ángeles, pero sí

tomó la sangre de Abrahán, á quien prometió que nacería de su linaje, (1). He aquí la gran prueba del amor del Hijo de Dios para con el pueblo judío, ¿y cuál otra más excelente y perfecta pudiera darle, cuando esta sola lo elevaba sobre los demás pueblos de la tierra? Tal grandeza, fundada estaba en la estrecha y misteriosa unión que el Hijo de Dios, al encarnar, había de establecer con el pueblo escogido. Ese pueblo sería su familia, y viviría con El, como los hijos viven con su padre y los hermanos con aquel que entre ellos es el primogénito. He aquí el lugar que correspondía á ese pueblo, en virtud de la preferencia que el Hijo de Dios le quiso conceder. Al retirarse nuestro amado Señor al país de Tiro y de Sidón, según refiere San Mateo, una mujer cananea empezó á dar voces diciendo: “¡Señor, Hijo de David, ten lástima de mí; mi hija es cruelmente atormentada del demonio.— Jesús no le respondió palabra, y sus discípulos, acercándose, intercedían diciéndole:— Concédete lo que pide para que se vaya, porque viene gritando tras de nosotros.— Respondió Jesús:— Yo no soy enviado sino á las ovejas perdidas de la casa de Israel.— Ella no obstante, se llegó al Señor y le habló, diciendo:— ¡Señor, socórreme!— El le dijo entonces:— No es bueno tomar el pan de los hijos y echarlo á los perros, (2).

(1) Hebr., II, 16.

(2) XV, 21-26.

Antes nos había referido el mismo Evangelista que el Señor, enviando á sus discípulos á predicar el Reino de Dios, les dijo lo siguiente: "No vayáis á tierra de gentiles, ni entréis en poblaciones de samaritanos; mas id antes en busca de las ovejas perdidas de la casa de Israel," (1). ¡Oh, cuán inmensas ventajas traía consigo la Encarnación del Hijo de Dios para el pueblo escogido! Las efusiones de la gracia, la enseñanza de la verdad, todo, en fin, sería para ese pueblo antes que para otro alguno. Aún tenemos que añadir esta pregunta de San Pablo, que da más fuerza á lo que vamos diciendo: "¿Los judíos están caídos para no levantarse jamás? No por cierto. Mas su caída ha venido á ser ocasión de salud para los gentiles, para que el ejemplo de éstos excite la emulación de los primeros. Y si su delito ha venido á ser la riqueza del mundo, y el menoscabo que han sufrido es el tesoro de las naciones, ¿cuánto más lo será su plenitud, ó sea su futura restauración? Hablo con vosotros, ¡oh gentiles!— continúa diciendo San Pablo.— Soy apóstol de los gentiles, y he de honrar mi ministerio para ver si de algún modo puedo provocar á una santa emulación á los de mi linaje, y lograr que algunos se salven. Porque si el haber sido los más de ellos desechados fué la reconciliación del mundo, ¿qué será su restablecimiento, sino

(1) X, 5-6.

resurrección de muerte á vida? Porque si las primicias de los judíos son santas, lo es también la masa de la nación, y si es santa la raíz, también lo son las ramas; y si algunas de éstas han sido cortadas, y si tú, ¡oh pueblo gentil!, que no eres más que un acebuche, has sido injertado en lugar de ellas, participando de la savia que sube de la raíz del olivo, no tienes de qué gloriarte contra las ramas naturales, y si te glorías, sabe que no sustentas tú á la raíz, sino ésta te sustenta á ti.. Si los judíos no permanecieren en la incredulidad, serán de nuevo unidos á su tronco, pues Dios es poderoso para hacerlo; porque si tú fuiste cortado del acebuche, que es tu tronco natural, é injertado en la oliva castiza, ¿con cuánta mayor razón lo serán en su propio tronco las ramas naturales del olivo?...

Si una parte de Israel ha caído en obcecación, hasta que la plenitud de las naciones haya entrado en la Iglesia, entonces será salvo todo Israel, según está escrito: "Saldrá de Sión el Libertador, que desterrará de Jacob la impiedad, y tendrá efecto la alianza que he hecho con ellos, en habiendo Yo borrado sus pecados." En orden al Evangelio, son enemigos de Dios por ocasión de vosotros; mas con respecto á la elección de Dios, son muy amados por causa de sus padres, pues los dones y la vocación de Dios son inmutables... Los judíos están al presente sumergidos en la incredulidad para dar lugar á la misericordia que vosotros habéis

alcanzado, á fin de que á su tiempo consigan también ellos misericordia,, (1).

Compréndese, por lo que acabamos de decir, que no hay palabras que puedan expresar dignamente la generosidad y la grandeza del amor del Hijo de Dios para con el pueblo judío, amor de una preferencia incomparable y de una constancia que, á pesar de los grandes crímenes de ese pueblo, no llega á olvidarle enteramente; porque Dios no se arrepiente de sus dones, y aquel amor recogerá por fin á los hijos de Jacob, dándoles el ósculo de paz eterna, y nadie en adelante llegará á separarlos de su seno.

Dios amó á los israelitas, y les probó el amor que les tenía con incontables y grandes beneficios; he aquí de qué manera Moisés y David pregonaban las misericordias del Señor para con su pueblo: "Vosotros habéis visto—decía Moisés á los israelitas—todas las cosas que hizo el Señor en vuestra presencia en la tierra de Egipto contra Faraón y todos sus Ministros y todo su Reino. Visteis con vuestros propios ojos las grandes plagas con que los probó, aquellos prodigios y maravillas estupendas, y el Señor no os ha dado hasta el presente un corazón que sienta, ni ojos que miren, ni oídos que quieran escuchar. El Señor os ha conducido hasta aquí por el desierto durante cuarenta años, sin que se hayan gastado vuestros vesti-

(1) Rom., XI, 11-31.

dos ni se ha roto de puro viejo el calzado de vuestros pies. No habéis comido pan ni bebido vino ó sidra, á fin de que por el maná conocierais que yo soy el Señor Dios vuestro, y llegasteis á este sitio, donde nos salieron al encuentro Sehón, Rey de Hesebón, y Og, Rey de Basán, para pelear contra nosotros, y los hemos derrotado, y apoderándonos de su tierra, la hemos dado en posesión á Rubén, y á Gad, y á la media tribu de Manasés. Ahora, pues, guardad las palabras ó condiciones de esta alianza y cumplidlas, á fin de que os salga bien cuanto emprendáis. Vosotros estáis hoy todos juntos en la presencia del Señor Dios vuestro, vuestros Príncipes y tribus, los ancianos y los doctores, todo el pueblo de Israel, vuestros hijos y mujeres, y los extranjeros que moran entre vosotros en el campamento, sin excluir de este número los leñadores y aguadores, todos estáis aquí, á fin de que, ¡oh Israel!, renueves la alianza del Señor Dios tuyo, alianza jurada que hoy ratifica el Señor Dios tuyo contigo, para elevarte á ser pueblo suyo, y para ser él tu Dios, como te lo tiene dicho, y como lo juró á tus padres Abrahán, Isaac y Jacob. Ni yo concierdo esta alianza y confirmo estos juramentos con sólo vosotros, sino con todos, con los presentes y con los venideros,, (1).

Expresiones son éstas del amor más entra-

(1) Deut., XXIX, 1-15.

ñable y sincero; de un amor que no cierra para siempre las puertas á quien le ha ofendido, sino que llama, espera y recibe en sus brazos al que en otro tiempo había prodigado sus caricias. Esto fué lo que hizo realmente el Hijo de Dios con el pueblo de Israel; su Majestad conocía los pecados que habían de cometer sus hijos, y sin embargo de esto les dice lo siguiente: “Cuando movido tu corazón á penitencia en medio de las naciones entre las cuales te habrá esparcido el Señor tu Dios, te volvieres á El con tus hijos y obedecieres sus Mandamientos, de todo corazón y con toda tu alma, el Señor tu Dios te hará volver de tu cautiverio y tendrá misericordia de ti, y otra vez te congregará de todos los pueblos por donde antes te desparramó. Aunque hayas sido dispersado hasta las extremidades del mundo, de allá te sacará el Señor Dios tuyo... Y volverá á complacerse en colmarte de bienes, como se complació al hacerlo con tus padres.” (1).

David cantaba las alabanzas del Señor, recordando los beneficios que había dispensado á su pueblo, y los castigos que había mandado contra sus enemigos. “Alabad al Señor é invocad su santo Nombre—decía el Profeta-Rey;—predicad entre las naciones sus obras; entonadle himnos al son de músicos instrumentos, y referid sus maravillas... Acordaos de los prodigios que obró, oh vosotros descendientes de

(1) Dent., XXX, 1-9.

Abrahán, siervos suyos, hijos de Jacob, sus escogidos... El Señor no permitió que nadie los molestase, y por amor á sus hijos castigó á los Reyes... Hizo venir el hambre sobre la tierra y destruyó todo sustento de pan. Envió delante de los suyos á José, vendido por esclavo... Entró Israel en Egipto y fué Jacob á vivir como peregrino en la tierra de Cam; y Dios multiplicó su pueblo en gran manera, y le hizo más poderoso que sus enemigos... Envió á Moisés y á Aarón, su siervo, á quien había elegido; les dió poder de hacer milagros y de obrar prodigios en la tierra de Cam. Envió tinieblas y todo lo oscureció; convirtió las aguas en sangre y mató los peces; la tierra brotó ranas hasta en los gabinetes de los Reyes. Dijo, y vino toda casta de moscas y de mosquitos por todos sus términos. En lugar de agua hacía llover granizo y rayos de fuego abrasador. Dijo, y vinieron enjambres innumerables de langosta y de oruga, y comieron la hierba de los prados y los frutos que había en los campos. Hirió de muerte á todos los primogénitos de aquella tierra, las primicias de su robustez; y sacó á Israel cargado de oro y plata, sin que hubiese un enfermo en todas sus tribus. Extendió una nube que les sirviese de toldo, é hizo que de noche les alumbrase como fuego. Pidieron de comer y les envió codornices, y los alimentó con pan del cielo. Hendió la peña y brotaron aguas, y corrieron ríos por estériles terrenos, porque tuvo presente la santa palabra

que dió á Abrahán, su servidor, y sacó á su pueblo lleno de gozo, y á sus escogidos colmados de júbilo, y les dió el país de los gentiles, y les hizo disfrutar de las labores de los pueblos, á fin de que observasen sus Mandamientos y cumpliesen su divina Ley,, (1).

No es el único salmo en que David, lleno de gratitud, bendice al Señor por sus grandes beneficios; he aquí lo que dice también en otro: "Alaba al Señor, oh Jerusalén; alaba, oh Sión, á tu Dios, porque El ha asegurado tus puertas con fuertes cerrojos, y ha colmado de bendición á los hijos que moran en ti. Ha establecido la paz en tu territorio, y te alimenta de la flor de harina. Manda sus órdenes á la tierra, y éstas se comunican prontamente... Anuncia su palabra á Jacob, sus preceptos y sus juicios á Israel. No ha hecho otro tanto con las demás naciones, ni les ha manifestado sus juicios (2).

Cuando el Hijo de Dios apareció en el mundo, fué todo dulzura y bondad para los judíos: allí están la enseñanza de su celestial doctrina y las maravillas de su omnipotencia, que nos manifiestan cuánto hizo por aquel ingrato pueblo que le había de dar la muerte. ¡Qué cuadro tan encantador y divino contemplamos en la historia del Dios-Hombre, que á fin de llenar la misión que su Padre le había confiado, y ardiendo en celo por la gloria de ese Padre y

(1) Psalm. CIV.

(2) Psalm. CXLVII.

por la salvación de las almas, recorre una y otra vez y cien veces más los caminos de la Galilea y de la Judea, llega á las ciudades, ó bien se dirige á los más pequeños pueblos, anunciando en todas partes el Reino de Dios. Son tan apacibles sus miradas y tan suave el acento de su voz; son tan insinuantes sus palabras, y tal es su constancia, y son tan elevados sus designios, que al verle, al escucharle, los hombres exclamaban: "Jamás hombre alguno ha hablado como El,, (1), porque "enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas y los fariseos,, (2). Para lograr su objeto, emplea el divino Jesús, ya la autoridad del magisterio ó bien los atractivos del amor; ya descubre la virtud de su brazo, obrando divinas maravillas, ó bien su bondad y paciencia en sufrir los insultos de sus enemigos, á quienes llama una y otra vez al buen camino, ó, en fin, se entrega á la muerte, y en medio de sus tristes agonías, ruega al Padre que les conceda su perdón.

He ahí el amor del buen Jesús para con ese pueblo, que no le quiso recibir. Contristado, despreciado, ese amor se vuelve á nosotros, los que antes estábamos lejos, pero que ahora somos su pueblo; recibámosle, y sepamos corresponder á su cariño de tal suerte, que la infidelidad y las ingratitudes de su antiguo

(1) Joann., VII, 46.

(2) Matth., VII, 29.

pueblo queden sepultadas en el profundo y dilatado océano de nuestros amores para con Jesús, y si El rogaba por los hijos de Jacob, y si daba su vida por salvarlos, también nosotros roguemos por ellos, á fin de que conozcan y reciban al verdadero Mesías, que es Jesucristo nuestro Señor, y acordémonos de estas palabras de San Pablo: "Estoy poseído de profunda tristeza y de un continuo dolor en mi corazón, hasta desear yo mismo el ser apartado de Cristo por la salud de mis hermanos, que son mis deudos según la carne; los israelitas, de quienes es la adopción de hijos de Dios, y la gloria, y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas, cuyos padres son los Patriarcas, de quienes descende el mismo Jesucristo según la carne, el cual es Dios bendito por siempre jamás. Amén," (1).

II

El Hijo de Dios, cual si no hubiese quedado satisfecho de tantas maravillas del poder divino, realizadas en favor de los judíos, quiso todavía manifestarles su ternura inmensa con palabras dulcísimas, llenas de clemencia y bondad; habló primero por sus Profetas, y después por sí mismo. Oigamos cómo se expresa por medio de Isaías: "Escuchadme, oh casa de

(1) Rom., IX, 2-5.

Jacob, y vosotros todos, restos de la casa de Israel, á quienes llevo en mi seno y traigo en mis entrañas. Yo mismo os llevaré en brazos hasta la vejez, hasta que encanezcáis. Yo os hice y yo os llevaré; os sostendré siempre y os salvaré de todo peligro.—Congratulaos—dice también el Profeta—con Jerusalén, y regocijaos con ella todos los que la amáis, y rebosad en contento los que por ella estáis llorando, á fin de gustar á sus pechos la leche de sus consuelos hasta quedar saciados y llenos de las delicias de su gloria; porque esto dice el Señor: Yo derramaré sobre ella la gloria de las naciones como un río de paz y como un torrente que todo lo inunda. Seréis llevados á sus pechos y acariciados sobre su regazo. Como una madre acaricia á su hijito, así Yo os consolaré á vosotros, y hallaréis paz y consuelo en Jerusalén. Vosotros lo veréis, y se regocijará vuestro corazón, y vuestros huesos reverdecen como la hierba; y será visible la mano del Señor á favor de sus siervos," (1).

"¿No es Efraín—dijo también el Señor, por medio de otro Profeta,—no es Efraín para Mí el hijo querido, el niño que Yo he criado con ternura? Desde que Yo le he hablado, le traigo siempre en la memoria, y el amor que le tengo ha conmovido mis entrañas. Yo tendré para con él entrañas de misericordia (2).

(1) XLVI, 3-4; LXXVI, 10-14.

(2) Hierem., XXXI, 20.

El Hijo de Dios era todo para la nación judía; era su padre y su madre, era también su esposo, mas un esposo cuya paciencia y bondad no podemos comprender. "Si un marido repudia á su mujer—dijo el Señor—y ésta toma otro esposo, el marido, ¿volverá jamás á recibirla, y la mujer no quedará contaminada? Tú te has entregado á muchos amantes; esto no obstante vuélvete á Mí, que Yo te recibiré... Conviértete, oh rebelde Israel, que no torceré mi rostro para no mirarte, pues soy santo y no conservaré siempre mi enojo (1).

Después de tan ardientes y amorosas expresiones, parécenos que el amor no tendrá que decir una palabra más; mas esto no es así, aparece el Hijo de Dios sobre la tierra, y habla por sí mismo á los judíos, con tan dulces expresiones que pudieran ablandar hasta las piedras:—¡Jerusalén, Jerusalén, que das muerte á los Profetas y apedreas á los que á ti son enviados! ¡Cuántas veces quise recoger á tus hijos, como recoge á sus polluelos la gallina y los cubre con sus alas y tú no has querido!," (2).

Este amor del buen Jesús llegaba en su ternura hasta las lágrimas. Al acercarse á Jerusalén y viendo la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: "¡Si conocieses también tú, por lo menos en este día, que te se ha dado lo que puede atraerte la paz; mas ahora todo está oculto á

(1) Hierem., III, 1-12.

(2) Matth., XXIII, 37.

tus ojos! Vendrán días sobre ti en que tus enemigos te circunvalarán, te rodearán de contumuro, te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos que estén en tu recinto, no dejando en ti piedra sobre piedra, por cuanto has desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado (1).

Al contemplar el amor de Jesucristo para con el pueblo judío, ese amor tan grande y generoso, tan lleno de ternura y de constancia, casi nos atrevemos á hacer esta pregunta: ¿Habrá quedado en el Corazón dulcísimo del Salvador algún afecto para el pueblo gentil, ó tendremos que decirle, oprimidos de dolor y de tristeza, como Esaú á su padre: "No has reservado alguna bendición para nosotros... ¿Ó no tienes sino una sola bendición? Bendícenos, querido Padre, así te lo rogamos," (2). Mas no tiene lugar semejante pregunta, pues bien sabemos que los tesoros de amor y gracia, de clemencia y bondad del Hijo de Dios son infinitos. "¿Es acaso Dios solamente de los judíos?—preguntaba San Pablo.—¿No es también Dios de los gentiles? Sí, por cierto, también es de los gentiles; porque uno es realmente el Dios que justifica por medio de la fe á los circuncidados, y por medio de esta misma fe también justifica á los incircuncisos," (3). Dice también el Após-

(1) Luc., XIX, 41-44.

(2) Génes., XXVII, 36-38.

(3) Rom., III, 29-30.

tol que nadie puede quejarse si Dios, queriendo mostrar en unos su justo enojo y hacer patente su poder, sufre con mucha paciencia á los que son vasos de ira dispuestos para la perdición, á fin de manifestar las riquezas de su gloria en los que son vasos de misericordia que El preparó para la gloria, y ha llamado á ella como á nosotros, no solamente dentro de los judíos, sino también dentro de los gentiles, conforme á lo que dice por Oseas: "Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo, y amado, al que no lo era, y objeto de misericordia al que no había alcanzado misericordia.", Y en el mismo lugar en que se les dijo: "Vosotros no sois mi pueblo, allí serán llamados hijos de Dios vivo.", (1).

Volvamos á nuestro asunto. En virtud de su amor á los judíos, Jesucristo les hablaba diversas ocasiones, manifestándoles que El era el Mesías que esperaban hacía tantos siglos, y que Dios les había prometido para que fuesen la gloria de los hijos de Israel. Una vez les habló en los términos siguientes:—"¿Qué os parece del Cristo? ¿De quién es hijo?—Ellos le contestaron:—De David.—¿Pues cómo David en espíritu le llama su Señor—replicó el divino Maestro,—cuando dice: "Dijo el Señor á mi Señor: Siéntate á mi diestra mientras yo pongó á tus enemigos por peana de tus pies?," Si David le llama su Señor, ¿cómo puede ser su hijo?," (2).

(1) Rom., IX, 22-26.

(2) Matth., XXII, 42-45.

"Yo nací de Dios—dijo también á los judíos—y he venido á Dios; no he venido de Mí mismo, sino que Él me ha enviado. ¿Por qué, pues, no entendéis mi lenguaje? Es porque no podéis sufrir mi Doctrina... A Mí no me creéis porque os digo la verdad... Y si os la digo, ¿por qué no me creéis? Quien es de Dios escucha las palabras de Dios; por eso vosotros no las escucháis, porque no sois de Dios.", (1).

—"¿Hasta cuándo has de tener suspensa nuestra alma? Si Tú eres el Cristo, dínoslo claramente.—Á esta pregunta que le hicieron los judíos, el Señor contestó:—Os lo estoy diciendo y no lo creéis. Las obras que hago en nombre de mi Padre dan testimonio de Mí; mas vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas conocen mi voz, y Yo las conozco, y ellas me siguen, y Yo les doy la vida eterna, y no se perderán jamás, y ninguno las arrebatará de mis manos. Lo que mi Padre me ha dado todo lo sobrepuja, y nadie puede arrebatarlo de su mano. Mi Padre y Yo somos una misma cosa.—Al oír esto los judíos cogieron piedras para apedrearle, mas Jesús les dijo:—Muchas obras buenas he hecho delante de vosotros, por la virtud de mi Padre; ¿por cuál de éstas me queréis apedrear?—No te apedreamos por ninguna obra buena—contestaron los judíos,—sino por la blasfemia, porque siendo Hombre, como eres, te haces Dios.—El Señor

(1) Joann., VIII, 42-47.

les dijo entonces:—¿No está escrito en vuestra Ley: “Yo dije sois dioses.”? Pues si llamé dioses á quienes Dios habló, y no puede faltar la Escritura, ¿cómo de Mí, á quien ha santificado el Padre y ha enviado al mundo, decís que blasfemo, porque he dicho soy Hijo de Dios? Si no hago las obras de mi Padre no me creáis; pero si las hago, cuando no queráis darme crédito á Mí, dádselo á mis obras, á fin de que conozcáis y creáis que el Padre está en Mí y Yo en el Padre., (1). ¡Oh, qué testimonio tan brillante como irrecusable! Las palabras del divino Maestro llenas están de claridad, y nadie consigue que las cambie. ¿Qué importa que quieran apedrearle?

Jesús nació para dar testimonio á la verdad, y no puede negarse á sí mismo. Él es la verdad; lo ha dicho y jamás lo negará: “Yo y el Padre somos una misma cosa. El Padre está en Mí y Yo en el Padre. Yo salí del Padre.”

Para probar lo que Jesús afirma con tanta claridad, su Majestad invoca el testimonio de sus obras; allí está el Poder de Dios revelándose en toda su magnificencia; allí los enfermos á quienes Jesús concede la salud, y los obesos que quedan libres del demonio, y los muertos que vuelven á la vida al imperio de la voz de aquel que ha dicho: “Yo soy la resurrección y la vida.” Y si Él no lo fuera, si lo que Él afirma no fuese la verdad, no estaría en sus

(1) Joann., X, 24-38.

manos la omnipotencia de su Padre, que no puede apoyar la mentira; por esto el pueblo judío debió recibirle como el Mesías verdadero, y al no hacerlo, al desecharlo diciendo que no tenía otro Rey que al César, se manchó con el más grande de todos los crímenes; por esto, con toda verdad y justicia, decía nuestro Señor: “Si Yo no hubiera venido y les hubiera predicado, no tuvieran culpa; mas ahora no tienen excusa de su pecado., (1). “El que me aborrece á Mí aborrece también á mi Padre. Si yo no hubiera hecho entre ellos las obras que ningún otro ha hecho, no tendrían culpa; mas sin embargo, me han aborrecido á Mí y á mi Padre.”

Á la claridad de sus palabras añade la firmeza más incontrastable. Apoya cuanto dice en testimonios que los judíos no pueden rechazar. He aquí las palabras de Jesús: “Si Yo doy testimonio de Mí mismo, mi testimonio no es idóneo, podéis decir vosotros; mas hay otro que da testimonio de Mí, y sé que este testimonio es suficiente. Vosotros enviasteis á preguntar á Juan, y él dió testimonio á la verdad. Bien es verdad que no he menester testimonio de hombre, mas lo digo para vuestra salvación. Juan era una antorcha que ardía y brillaba, y vosotros, por un breve tiempo, quisisteis mostrar regocijo á vista de su luz. Yo tengo á

(1) Joann., XV, 22-24.

mi favor un testimonio superior al de Juan, porque las obras que el Padre puso en mis manos para ejecutarlas, esas obras maravillosas que Yo hago, dan testimonio de que el Padre me ha enviado. El Padre da testimonio de Mí. Vosotros no habéis oído su voz, ni habéis visto su semblante, ni tenéis impresa su palabra dentro de vosotros, pues no creéis á quien Él ha enviado. Registrad las Escrituras, puesto que creéis hallar en ellas la vida eterna; ellas dan testimonio de Mí; y con todo, no queréis venir á Mí para alcanzar la vida... No penséis que Yo os he de acusar delante de mi Padre; vuestro acusador es Moisés, en quien confiáis, porque si creyeseis á Moisés, acaso me creeríais también á Mí, pues él escribió de Mí; pero si no creéis lo que él escribió, ¿cómo habéis de creer lo que Yo os digo?, (1).

Á la claridad y á la firmeza que brillan á una en los testimonios de Jesús, su Majestad añade las insinuaciones del amor. Después de haber dicho á los judíos que en las Escrituras hallarían el testimonio de su divinidad, agrega esta palabra: "Y con todo eso no queréis venir á Mí para alcanzar la vida..." Tales expresiones nos revelan el interés de nuestro amadísimo Señor por la salud de los judíos. Cuando éstos le dijeron en otra ocasión: "¿Quién es ese Hijo del hombre?", Su Majestad les contestó:

(1) Joann., V, 31-47.

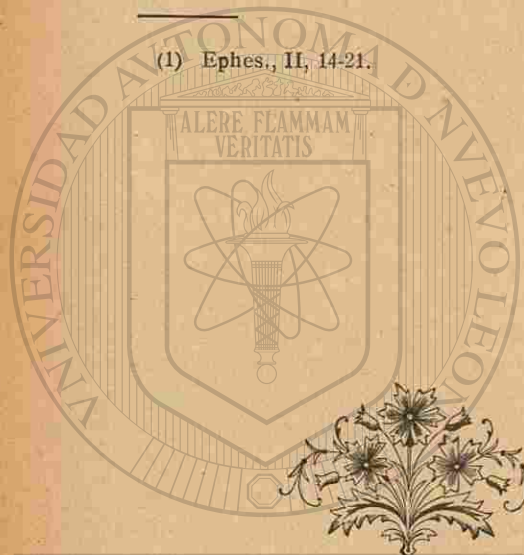
"La luz todavía está con vosotros por un poco de tiempo. Caminad, pues, mientras tenéis luz para que las tinieblas no os sorprendan, pues quien anda entre tinieblas no sabe adonde va. Mientras tenéis luz creed en la luz para que seáis hijos de la luz,, (1).

"Que el Dios que tanto amó á los hijos de Israel aparte el velo que cubre sus corazones para que le conozcan y confiesen por el Mesías verdadero, y hallen en Él la vida eterna, y entonces el pueblo judío y el gentil sean un solo cuerpo que viva animado por el espíritu de Jesucristo, que es nuestra paz, y que de esos dos pueblos—dice San Pablo—ha hecho uno, rompiendo, por medio del sacrificio de su Carne, el muro de separación, de la enemistad que los dividía; aboliendo con sus preceptos evangélicos la ley de los ritos y ceremonias legales para formar en sí mismo de dos un sólo hombre nuevo, haciendo la paz y reconciliándolos en un sólo Cuerpo con Dios por medio de la Cruz, destruyendo en sí mismo la enemistad de entrambos, pues vino á evangelizar á los gentiles que estaban lejos y á los judíos que estaban cerca, y por El es por quienes todos tenemos acceso al Padre, unidos en el mismo espíritu, y por esto ya no somos extraños ni advenedizos, sino conciudadanos de los santos y domésticos de Dios, estando edificados sobre el fun-

(1) Idem, XII, 34-36.

damento de los Apóstoles y Profetas en Jesucristo, el cual es la piedra angular sobre quien, trabado todo el edificio, se alza para ser un Templo santo del Señor, (1).

(1) Ephes., II, 14-21.



CAPÍTULO XIII

Jesucristo y su Iglesia.

I

EL Señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño, y mientras estaba dormido, le sacó una costilla y llenó de carne aquel vacío; y de la costilla que había sacado de Adán, formó el Señor Dios una mujer, y al verla Adán, exclamó: —Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne... — Por lo cual, dejará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne, (1).

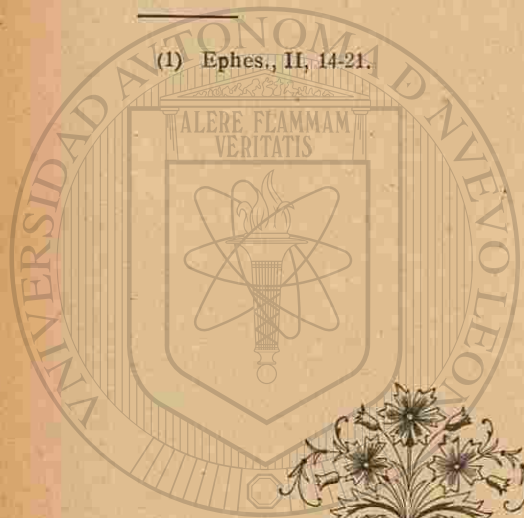
En aquel misterioso sueño ó éxtasis, Adán conocía lo que pasaba en aquellos momentos y el misterio que encerraba la formación de Eva; su matrimonio natural con ella, y el místico de Jesucristo con su Iglesia (2).

(1) Genes., II, 21-24.

(2) A. Lápide hic.

damento de los Apóstoles y Profetas en Jesucristo, el cual es la piedra angular sobre quien, trabado todo el edificio, se alza para ser un Templo santo del Señor, (1).

(1) Ephes., II, 14-21.



CAPÍTULO XIII

Jesucristo y su Iglesia.

I

EL Señor Dios hizo caer sobre Adán un profundo sueño, y mientras estaba dormido, le sacó una costilla y llenó de carne aquel vacío; y de la costilla que había sacado de Adán, formó el Señor Dios una mujer, y al verla Adán, exclamó: —Esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne... — Por lo cual, dejará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne, (1).

En aquel misterioso sueño ó éxtasis, Adán conocía lo que pasaba en aquellos momentos y el misterio que encerraba la formación de Eva; su matrimonio natural con ella, y el místico de Jesucristo con su Iglesia (2).

(1) Genes., II, 21-24.

(2) A. Lápide hic.

Adán, al volver de su sueño, vió delante de sus ojos á Eva, purísima y hermosa, y enriquecida de gracias y virtudes; mas el Adán primero de quien hablamos, era la figura del segundo, nuestro Señor Jesucristo; así como la primera mujer simbolizaba á la Iglesia. “Jesucristo durmió sobre la Cruz el sueño de la muerte, á fin de que fuese formada su Esposa que había de salir de su costado”, dice San Agustín. Y añade: “Un soldado abrió con una lanza el costado de Jesús, y salió al instante Sangre y agua. No dijo el Evangelista hirió, llagó, ó alguna otra palabra; sino abrió; para significar que estaba patente la puerta de la vida, de donde manaron los Sacramentos de la Iglesia, sin los cuales no se entra jamás en la verdadera vida”, (1).

El Apóstol, hablando á los casados de este gran misterio, dice lo siguiente: “El hombre es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la Iglesia que es su Cuerpo místico, del cual Él mismo es Salvador; de donde así como la Iglesia está sujeta á Cristo, así las mujeres lo han de estar á sus maridos en todo. Vosotros, maridos, amad á vuestras mujeres, así como Cristo amó á la Iglesia y se sacrificó por ella, para santificarla, limpiándola en el Bautismo de agua con la palabra de vida, á fin de que comparezca delante de Él, llena de gloria, sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante, sino

(1) In Joann., Tract. 120.

siendo santa é inmaculada... Nadie aborreció jamás á su propia carne, antes bien la sustenta y cuida, como Cristo á la Iglesia; porque nosotros que la componemos, somos miembros de su cuerpo, formado de su carne y de sus huesos. Por eso está escrito: “Dejará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su mujer, y serán dos en una carne.” Este Sacramento, es grande; mas yo digo en Cristo y en la Iglesia”, (1).

Contemplemos un instante la pureza y hermosura de la Iglesia. “Preséntase á los ojos de Jesús — dice el Apóstol — llena de gloria, sin mancha, ni arruga, sin defecto, santa é inmaculada.” El Hijo de Dios la purificó con su preciosa Sangre, con la palabra de vida. ¡Qué palabras tan enérgicas, y cómo nos revelan el inmenso amor que Dios le tuvo, y que fué tan grande que entregó su vida por ella.

El Hijo de Dios, al despertar de su divino sueño, no diría como el primer Adán: “Es carne de mi carne y hueso de mis huesos”, sino más bien: “Yo he tomado su carne, he tomado su sangre; y la que una vez tomó, jamás lo ha de dejar; pues Jesucristo, el mismo que ayer, es hoy, y lo será eternamente”, (2). Siempre será nuestro hermano, siempre tendrá nuestra carne.

Al ver ante sus ojos á su amada Iglesia, Je-

(1) Ephes., V, 23-32.

(2) Hebr., XIII, 8.

sucristo tendrá que exclamar: “¡Qué hermosa eres, amada mía, qué hermosa eres! Cual de inocente paloma, así son tus ojos; además de lo que ocultas en tu pecho, tus cabellos, como el pelo de los rebaños de cabras que vienen del monte Galaad. Son tus labios cual cinta de grana, dulce tu hablar y sonoro, y cual roja corteza de granada son tus mejillas. Recto y airoso es tu cuello como la torre de David, ceñida de baluartes, de la cual penden mil escudos, arneses de valientes... Toda eres hermosa, oh amiga mía, y en tí no hay defecto alguno... Heriste mi corazón, oh hermana mía, Esposa, heriste mi corazón con una sola de tus miradas, con una trenza de tu hermoso cuello. ¡Cuán bellos son tus amores, hermana mía, Esposa! Mas agradables son que el vino exquisito, y la fragancia de tus perfumes excede á todos los aromas. Son tus labios un panal que destila miel; miel y leche tienes debajo de la lengua, y es el olor de tus vestidos cual el de suavísimo incienso. Eres huerto cerrado, fuente sellada... Eres la fuente de los huertos, el pozo de aguas vivas que bajan con ímpetu del monte Líbano,” (1).

Bellísimas son las relaciones que unen con amorosa lazada á Jesucristo y su Iglesia; Jesús, he ahí el Padre, el Hermano, el Amigo y el Esposo; la santa Iglesia, he ahí la Madre, la Amiga, la Hermana y la Esposa. Digamos siquiera una palabra acerca de cada uno de estos nom-

(1) Cant., II, 1-15.

bres que tanto ama Jesucristo y que son tan gloriosos para la Iglesia.

Desde el punto de vista de la fraternidad, Jesucristo se nos presenta con una solicitud que admira y encanta, y con una bondad incomparable. Cuando su Majestad se despedía de sus discípulos, les dijo estas palabras: “No se turbe vuestro corazón. Pues creéis en Dios, creed también en Mí. En la casa de mi Padre hay muchas mansiones; que si así no fuese, os lo hubiera Yo dicho. Yo voy á preparar lugar para vosotros, y cuando habré ido y os habré preparado lugar, vendré otra vez, y os llevaré conmigo, para que donde Yo estoy, estéis también vosotros... Yo rogaré al Padre y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros eternamente, al Espíritu de verdad, á quien el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce; pero vosotros le conoceréis, porque morará con vosotros y estará dentro de vosotros. No os dejaré huérfanos; Yo volveré á vosotros. Aún resta un poco de tiempo, después del cual, el mundo ya no me verá; pero vosotros me veréis; porque Yo vivo y vosotros viviréis. Entonces conoceréis que Yo estoy en mi Padre, y que vosotros estáis en Mí y Yo en vosotros... ¿Habéis oído lo que os he dicho? Me voy y vuelvo á vosotros,” (1).

Hablando á su divino Padre, nuestro amado Jesús le dijo lo siguiente: “Yo he manifesta-

(1) Joann., XIV.

do tu Nombre á los hombres que me has dado del mundo... Yo les di las palabras que Tú me diste, y ellos las han recibido, y han conocido que Yo salí de Ti, y han creído que Tú eres el que me has enviado... ¡Oh, Padre santo! Guarda en tu Nombre á los que Tú me has dado, á fin de que sean una misma cosa por la caridad, como lo somos nosotros en la naturaleza. Mientras estaba Yo con ellos, Yo los defendía en tu Nombre. He guardado á los que Tú me diste, y ninguno se ha perdido, sino el hijo de la perdición... Yo, por amor de ellos, me santifico, me ofrezco por víctima á Mí mismo para que sean santificados en la verdad.. Yo estoy en ellos y Tú estás en Mí. No ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que han de creer en Mí por medio de su predicación... ¡Oh, Padre! Yo deseo que los que Tú me has dado estén conmigo donde Yo estoy, para que contemplen la gloria que me has dado, porque Tú me amaste desde antes de la creación del mundo... Yo les he dado y daré á conocer tu Nombre, para que esté en ellos el amor con que me amaste,, (1).

Después de haber leído lo anterior, tenemos que exclamar: ¡No hay padre como el buen Jesús! ¡Qué solicitud la suya tan tierna y delicada, y que no desfallece un instante! Vedle; cuando está con sus hijos, los guarda y protege, los alivia y consuela en sus trabajos y aflic-

(1) Joann., XVII.

ciones, y les habla con palabras de inmensa ternura. Cuando sus discípulos le oyeron decir cuán difícil era que los ricos entraran en el Reino de los cielos, quedaron llenos de temor; mas Él les inspira confianza con sólo una palabra: "Hijitos míos—les dice, y poniendo en ellos sus ojos, añade lo siguiente, contestando la pregunta que le dirigieron:—¿Quién podrá salvarse?—Á los hombres esto es imposible; mas no á Dios, pues para Dios todas las cosas son posibles,, (1).

Otra vez sale de los labios del Hombre-Dios esa misma palabra, más dulce que la miel: "Hijitos míos—cual si quisiera avivar en sus discípulos el amor que le tienen,—Hijitos míos, por un poco de tiempo aún estoy con vosotros. Me buscaréis; mas adonde voy no podéis venir vosotros. Entretanto os doy un nuevo Mandamiento, y es: el que os améis los unos á los otros, y que del modo que os he amado, os améis mutuamente,, (2).

Esta solicitud del buen Jesús para con sus hijos no se limita á la vida presente, extiéndose además á la futura; si el Señor se separa de sus discípulos, es porque va á prepararles un lugar en el cielo, para estar siempre con ellos y comunicarles eternamente su propia dicha. ¡Ah nunca el buen Jesús llegará á separarse de sus hijos, pues tiene sus delicias en estar con ellos,

(1) Marc., X, 24-27.

(2) Joann., XIII, 33-34.

y cual si no pudiese vivir lejos de los hijos que tanto ha amado, morará en su compañía hasta la consumación del siglo, y después para siempre en el cielo!

Lo que acabamos de decir, no solamente revela la solícitud del Padre, sino también la bondad incomparable que tiene para con sus hijos. En todas ocasiones le hallamos dulcísimo y amable; mas al acercarse el fin de su vida mortal, fueron extremadas, por decirlo así, su amabilidad y su dulzura, "pues habiendo amado á los suyos que estaban en el mundo—dice el Evangelio,—los amó hasta el fin; esto es, estando ya para morir, les dió las pruebas más brillantes de su amor," (1). Así lo demuestran las pláticas dulcísimas que dirigió á sus Apóstoles la noche de la última Cena, la víspera de su muerte, y así también la preciosa herencia que entonces nos dejó, instituyendo el Sacramento de la Eucaristía, en que quedaba con nosotros el más amoroso de todos los padres.

Si Jesucristo tiene para con su Iglesia relaciones de Padre, también las tiene de Hermano. ¿Quién no recuerda, lleno de gratitud y de ternura, aquella dulcísima palabra que después de resucitado dijo á Magdalena: "Anda, ve á mis hermanos y diles:—Subo á mi Padre y á vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios?," (2). Y ¿no era el buen Jesús quien se gloriaba, si

(1) Joann., XIII, 1.

(2) Joann., XX, 17.

así podemos expresarnos, en llamarse Hijo del hombre? Él es el primogénito entre muchos hermanos que se ha dignado darnos parte en la herencia celestial, porque si somos hermanos de Jesucristo, somos también hijos de Dios, y siendo hijos, seremos también herederos de Dios y coherederos de Jesucristo.

"Convenía—dice San Pablo—que aquel Dios por quien y para quien son todas las cosas, habiendo de conducir muchos hijos adoptivos á la gloria, consumase por medio de la Pasión al autor de la salud de los mismos, porque tanto el que santifica como los que son santificados, tienen el mismo origen ó naturaleza." Por esto no se desdeña de llamarlos hermanos, diciendo: "Anunciaré tu Nombre á mis hermanos; en medio de la Iglesia cantaré tus alabanzas." Y en otra parte: "Yo pondré en Él mi confianza." Y también: "He aquí Yo y mis hijos, que Dios me ha dado." Y por cuanto los hijos tienen comunes la misma carne y sangre, Él también participó de las mismas cosas, para destruir por su muerte al que tenía el imperio del mundo; esto es, al diablo... Por lo cual, debió en todo asemejarse á sus hermanos," (1).

¡Oh, cuánta es nuestra dicha en tener por hermano á Jesucristo, y cuánta la dignidad de la naturaleza humana; cuánta es su elevación y su grandeza, y cuánta la gloria que ha adquirido en Jesucristo nuestro Señor! ¡Bendito sea

(1) Hebr. II 10-17

Él mil veces, que se dignó tomarla en unidad de personal

El Padre, el Hermano, es también el Amigo y el Esposo de la Iglesia; pero un Esposo y un Amigo incomparable, fidelísimo y lleno de dulzura para con la Iglesia. Oigamos, siquiera un instante, las palabras que dirige á esta Esposa, á esta su amiga muy querida, en el libro de los Cantares: "Eres hermosa, amada mía, y llena de dulzura, bella como Jerusalén, terrible y majestuosa como un ejército en orden de batalla. Aparta de Mí tus ojos, pues me han hecho salir fuera de Mí... Sesenta son las Reinas y ochenta las esposas de segundo orden, innumerables las doncellitas; pero una sola es mi paloma, mi perfecta, la hija única, la escogida de su madre. La vieron las doncellas y la aclamaron dichosísima; la vieron las Reinas y las demás esposas, y la colmaron de alabanzas," (1).

He ahí el amor de Jesucristo para con su Iglesia; Él ha sacrificado su santísima vida por salvarla; porque apareciese esta Iglesia que había escogido por Hija y Hermana, por Amiga y Esposa; bellísima y sin mancha delante Dios. Ese amor de nuestro dulcísimo Jesús, jamás ha de cambiar; nunca el Señor llegará á dejarla en triste abandono; estará con ella hasta la consumación de los siglos, con ella para siempre allá en el cielo.

(1) VI, 3-8.

II

La Hija, la Hermana, la Amiga y la Esposa del buen Jesús, ¿no tendrá una palabra de reconocimiento y gratitud ó un afecto de ternura para corresponder al Dios que tanto se ha dignado amarla? ¡Ah, su Amado es todo para Ella; pero también Ella es toda para su Amado! Jesucristo le preguntó por tres veces: "¿Me amas más que éstos?—Y Ella le contestó por los labios de Pedro:—Yo te amo, yo te amo; Tú, Señor, lo sabes todo y conoces que yo te amo (1), y aunque sea necesario el morir por tu causa, no dejaré de amarte, no te negaré." Así lo ha probado la iglesia santa al mandar millares, millones de sus hijos al martirio. Esos hijos generosos de la Iglesia "fueron estirados en el potro, no queriendo redimir la vida presente, por asegurar otra mejor en la Resurrección. Otros sufrieron escarnios y azotes, además de cadenas y cárceles; fueron apedreados, aserrados, puestos á toda prueba, muertos al filo de la espada; anduvieron errantes de una en otra parte, cubiertos de pieles de oveja y de cabra, desamparados, angustiados, maltratados, de los cuales el mundo no era digno; iban errantes por las soledades, por los montes, y se recogían en las cuevas y en las cavernas de

(1) Joann., XXI 15-17.

la tierra,, (1). ¿Quién puede leer sin horror, en la historia de la Iglesia, la narración de los suplicios de los mártires? Allí están, entre otras, las de Lorenzo y Vicente. Ved al primero, que después de haber sido desgarrado con azotes, le tienden sobre una parrilla, haciéndole sufrir el ardor de un fuego lento, que prolongaba su martirio sin disminuir sus dolores y oíde; cómo en medio de ellos, triunfa del tirano, á quien dirige estas palabras:— Mi carne está asada, corta de ella lo que gustes y cómelo.—

El diácono Vicente dió también un insigne testimonio de su amor á Jesucristo, sufriendo por Él los más acerbos tormentos. Vicente es encadenado; se le retuercen y estiran los brazos hasta dislocarle los huesos; es despedazado con peines de hierro; le hacen caminar sobre carbones encendidos, y aplican á sus miembros láminas ardientes y echan sal en sus heridas y, sin embargo de tantos dolores, el mártir de Cristo está como insensible; la gracia le sostiene y su amor á Jesucristo le llena de consuelos.

Nada, pues, llegará á separar á la Iglesia de su amor á Jesucristo; ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni virtudes, ni lo presente, ni lo venidero, ni la violencia, ni lo que hay de más alto, ni de más profundo, ni otra ninguna criatura. Á ese su amor generoso y ardiente para con Jesús, “no llegarán á

(1) Hebr., XI, 35-38

extinguirlo las muchas aguas ni los grandes ríos llegarán á sofocarle,, (1).

Nada importa que las persecuciones que tiene que sufrir duren siglos; Ella es inmortal, y verá cómo uno, en pos de otro, perecen y se hunden en el polvo sus perseguidores, y por más que sean terribles y espantosos sus aflicciones y dolores, no sabrá temblar; que el miedo no ha nacido para un corazón tan noble y generoso como es el de la Iglesia; sus hijos corrían al martirio y se ofrecían á los suplicios, y exclamaban gozosos:— ¡Vengan sobre nosotros el fuego, la Cruz, las bestias, la fractura de los huesos, el quebranto de todo el cuerpo y todos los tormentos del diablo, con tal de gozar de Jesucristo!

El amor de la Iglesia para con aquel que es su Padre y Hermano, su Amigo, su Esposo y todo su bien, arde en vivísimos deseos por la gloria de su Amado. He ahí por qué, con celo incansable y ardiente, trabaja por la extensión del Reino de Jesús, y manda á sus hijos á las más apartadas regiones, para que todos conozcan y adoren al divino Redentor de los hombres, y brille la gloria del Señor desde el Oriente al Ocaso, del Septentrión al Mediodía. No hay para esos hijos dificultad alguna que no puedan superar, pues cuentan con Dios, en quien todo lo pueden, y dicen como el Apóstol:

(1) Cant., VIII, 7.

“Tengo para mí que Dios, á nosotros los Apóstoles, nos trata como á los últimos de los hombres, como á los condenados á muerte; haciéndonos servir de espectáculo al mundo, á los ángeles y á los hombres. Somos como unos necios por amor de Cristo, mas vosotros sois los prudentes en Cristo. Nosotros flacos, vosotros fuertes; vosotros honrados y nosotros viles y despreciados. Hasta la hora presente andamos sufriendo el hambre, la sed, la infamia y la desnudez, los malos tratamientos, y no tenemos donde fijar nuestro domicilio. Nos afanamos trabajando con nuestras propias manos; nos maldicen, y bendecimos; padecemos persecución, y la sufrimos con paciencia. Nos ultrajan, y retornamos súplicas; somos, en fin, tratados hasta el presente, como la basura del mundo, como la escoria y el desecho de todos,, (1).

También decía San Pablo lo que podrán decir muchos de esos hijos de la Iglesia, á que nos referimos: “He pasado muchos trabajos; he sido encarcelado, azotado, apedreado; he naufragado; me he visto en grandes peligros en los ríos; peligros por parte de los caminos, de los de mi nación, de los gentiles; peligros en las ciudades y en los desiertos, en el mar y entre los falsos hermanos. Me he visto en toda suerte de trabajos y miserias, y he sufrido las vigiliias, el hambre y la sed; los ayunos, el frío

(1) I Cor., IV, 9-13.

y la desnudez... Mas todo lo puedo en Aquel que me conforta,, (1).

El amor de la Iglesia, tan activo y ardiente cuando se ocupa en extender el Reino de Jesucristo, se cubre de luto y llora transido de indecible pena cuando pone sus ojos en la ruina de las almas que abandonan el camino de Dios y se extravían en las sendas del pecado. En tales circunstancias puede decir con verdad: “Cuanto pasáis por el camino, atended y considerad si hay algún dolor que se parezca al mío... Estoy llorando, y son mis ojos fuentes de agua que no dejan de correr un solo instante,,. Nosotros, al verla en medio de tanta amargura, podemos preguntarle: “¿Con quién te podremos comparar, ¡oh, hija de Jerusalén! ó á quién te igualaremos á fin de consolarte, ¡oh, Virgen!, hija de Sión? Por qué es grande como el mar tu pesadumbre. ¿Quién podrá consolarte?, (2).

La Iglesia, llorando la pérdida de sus hijos á los pies de Jesucristo... he ahí un cuadro de una belleza sorprendente. Ella es Madre, y sabe amar con inmensa ternura, y de su amor puede decir que no es de ella, sino de Jesucristo, porque El es quien lo ha encendido y lo conserva en las entrañas de su Esposa, y ésta, una y otra vez, vuelve sus ojos á Getsemaní, y allí llora y se entristece con el Hombre-Dios, y allí

(1) II Cor., XI, 23-27; Philip., IV, 13.

(2) Tren., I, 12-16; II, 13.

esa Iglesia revela su dolor inmenso, su indecible angustia, pronunciando estas palabras de Jesús: "Triste está mi alma hasta la muerte, y la gloria de Dios obscurecida, y los trabajos del divino Redentor, que el mundo no quiere apreciar, y las almas que pierde el pecado." Todo esto es para la Iglesia cual espada de dos filos, que traspasa su alma. Mas esa Madre, tierna y amorosa cual ninguna para con sus hijos, no se contenta con llorar por ellos, si que también se vuelve al Señor para decirle: "Mira, ¡oh, Señor, cómo estoy atribulada! Se han conmovido mis entrañas, y mi corazón está cubierto de tristeza. Llena estoy de amargura," (1). "Esa Madre levanta sus clamores al Señor, y derrama como un torrente, día y noche, sus amargas lágrimas; no reposa ni dejan de llorar sus ojos, por la ruina de sus hijos," (2).

Si las persecuciones, el cisma ó la herejía, se levantan en contra de la Iglesia, ella entonces exclama como Elías: "Me abraso de celo por ti, ¡oh, Señor, Dios de los Ejércitos! Porque los hijos de Israel han abandonado tu alianza, han destruído tus altares y han pasado á cuchillo á tus Profetas," (3). En tales circunstancias, á las persecuciones opone la paciencia, y combate el cisma y la herejía con la pluma de sus sabios, que disipando las tinieblas del error,

(1) Tren., I, 20.

(2) Tren., II, 19.

(3) III Reg., XIX, 10

enseñan al mundo la verdadera doctrina de Jesucristo, de que es única depositaria aquella Iglesia.

Cual si no estuviese satisfecha de tales trabajos, emprende otros nuevos por la gloria de su amado Señor, reúne á sus hijos, los Obispos, en Concilio, y asistida por el Espíritu Santo, dicta sapientísimas leyes para conservar íntegro el depósito de la fe cristiana y atender á la santidad de las costumbres, vigoriza la disciplina eclesiástica, y lo dirige todo al bien de sus hijos y á la gloria de Dios. Sus hijos; he aquí el objeto de todos sus cuidados. "Tiene sobre sí—como decía el Apóstol—la solicitud de todos los fieles." Ella es su animada providencia, que no duerme ni descansa, y es su caridad para con ellos, tan tierna y compasiva, que al verlos sufrir, exclama conmovida: "¿Quién no enferma que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado que yo no me abraze?," (1). Vedla cubierta de saco y de ceniza, postrada delante del Señor, rogando por sus hijos, hacia los cuales se vuelve un momento después, y á fin de excitarlos al arrepentimiento, les dice estas palabras de un Profeta: "Convertíos de todo vuestro corazón, con ayunos, con lágrimas y con gemidos. Rasgad vuestros corazones y no vuestros vestidos, y volved al Señor vuestro Dios, porque El es benigno, y misericordioso, y paciente, y de muchísima clemencia, é incli-

(1) II Cor. XI, 29,

nado á suspender el castigo. ¿Quién sabe si se inclinará y os perdonará, y os dejará gozar de la bendición, y el poder ofrecer sacrificios y libaciones al Señor Dios vuestro? Sonad la trompeta en Sión, intima un santo ayuno, convocad á junta, congregad al pueblo, purificad toda la gente, reunid los ancianos, haced venir los párvulos y los niños de pecho, y el esposo y la esposa salgan de su tálamo nupcial. Lloren entre el vestibulo y el altar los sacerdotes ministros del Señor, y digan:—Perdona, Señor, perdona á tu pueblo, y no abandones al oprobio tu herencia, entregándola al dominio de las naciones, porque tendrán pretexto las gentes para decir:—¿En dónde está su Dios?— El Señor mira con ardiente amor á su tierra y ha perdonado á su pueblo., (1).

Así es como brilla purísima y ardiente en el corazón de la Iglesia la llama del amor divino, con la caridad que la anima para con sus hijos.

Hasta aquí hemos contemplado el amor de la Iglesia para con Jesús desde los puntos de vista de la fortaleza y la paciencia, del celo por la gloria de Dios y extensión de su Reino, y hemos visto cómo ha defendido la causa de Dios y cuánto ha llorado por los pecadores; contemplemos ahora aquel amor en que nos ocupamos en las santas manifestaciones de su ternura.

(1) Joel, II, 12-18.

Abramos el libro de los Cantares y en él hallaremos expresados con viveza el sentimiento de que hablamos. He aquí la voz de la Iglesia: "Como el manzano entre los árboles silvestres, así es mi Amado entre los hijos de los hombres. Me senté á la sombra del que tanto había deseado, y su fruto es muy dulce á mi garganta. Me introdujo en la cámara del vino y ordenó en mí el amor. Confortadme con flores aromáticas, fortalecedme con olorosas manzanas, porque desfallezco de amor. Pondrá su mano izquierda debajo de mi cabeza, y me abrazará con la derecha... Mi Amado es para mí y yo para mi Amado. Él se apacienta entre azucenas hasta que declina el día y caen las sombras... Por la noche le busqué en mi lecho, mas no le hallé. Dije entonces:—Me levantaré y daré vueltas por la ciudad, y por calles y plazas buscaré á mi Amado.—Así lo hice, mas no le hallé. Me encontraron las patrullas que rondan por la ciudad y les pregunté:—¿No habéis visto á mi Amado?—Mas he aquí que á pocos pasos le encontré; entonces le abracé, y no le he de dejar hasta que entre conmigo en la casa de mi madre, en la habitación de aquella que me dió la vida... Dormía yo, y mi corazón estaba en vela, y he aquí la voz de mi Amado que llama y dice:—Abréme, hermana mía, amiga mía, paloma mía, inmaculada y purísima...—Mi alma se liquidó al oír el eco de su voz. Le busqué, mas no le hallé. Levanté la voz para llamarle y no me respondió... Yo os conjuro, ¡oh hijas de Jeru-

salén!, que si halláis á mi Amado le digáis que desfallezco de amor,, (1). .

He aquí cómo la Iglesia sabe amar al que es su Padre y Hermano, su Amigo y Esposo, su Dios y todo su bien. ¡Qué expresiones tan puras y ardientes son las que ella emplea al revelar su inmenso cariño! ¡Qué afectos tan llenos de suavidad y de dulzura son los suyos para con Jesús! El amor, el servicio y la gloria de su divino Esposo constituyen la vida de la Iglesia; quitadle ese amor, haced que abandone ese servicio y que olvide los intereses de la gloria divina, y la Iglesia no será lo que es, hija obediente, amable hermana y perfectísima Esposa de Jesús; mas nada de esto tendrá que suceder, porque ella es santa y jamás la dejará el Espíritu de Dios; Jesucristo, su divino Esposo, estará con ella hasta la consumación de los siglos.

Llénase nuestro corazón de inmenso gozo al pensar en el mutuo amor de Jesucristo y su Iglesia. Él la ama y derramó su Sangre y entregó su vida por ella. La Iglesia corresponde al amor de su divino Esposo, y vive enteramente consagrada á su servicio; todo lo ha dejado por su amor, y está dispuesta al sacrificio cuando la gloria de Jesús así lo pida. Los que tenemos todo nuestro encanto en Jesucristo y amamos á la Iglesia como á tierna Madre, bendicimos á Jesús que así nos ama en su divina Iglesia, y

(1) II, V

nos gozamos en la dicha de esta misma Iglesia, nuestra tierna y cariñosa Madre, delicia y encanto de su Padre, su Hermano y Esposo, Jesucristo, Rey inmortal de los siglos, á quien sea dada toda honra y gloria en el cielo y en la tierra por siempre jamás. Amén.



CAPÍTULO XIV

Recuerdos y esperanzas de la Iglesia.

La Iglesia católica, al poner su pie virginal en el dintel del siglo XX que se abre ante sus pasos, vuelve los ojos hacia atrás y contempla el largo camino que ha recorrido durante la centuria que ya termina. ¡Cuántas persecuciones tuvo que sufrir! Sus penas fueron muy amargas, profundos sus dolores. Aún está ese camino humedecido con sus lágrimas y regado con la sangre de sus mártires. Muchísimos fueron sus combates, mas con el auxilio divino número de éstos fué el de sus victorias. Con la Iglesia también nosotros contemplaremos, aunque brevemente, los sufrimientos, los triunfos y combates á que nos referimos, y que tuvieron lugar en el siglo XIX.

Pío VII, he ahí el gran Pontífice que gobernó la Iglesia en los primeros años de este siglo. ¡Oh, y con cuánto acierto supo hacerlo, á pesar de las difíciles circunstancias por que atravesaba entonces el mundo católico. Fué elegido en Venecia, y poco después de su elección se dirigió á Roma, donde fué acogido con señales nada equivocadas de vivo entusiasmo y de filial respeto. El Papa se dedica desde luego á curar las llagas que había abierto la revolución en su pueblo y en la Iglesia, y enumerando los males que pesaban sobre uno y otra, indicó los medios que debían emplearse para curarlos. Acababa de pasar la revolución francesa que tantos males había causado, y era necesario remediarlos aun á costa de los mayores sacrificios; esto es lo que Pío VII tendrá que hacer, y lo hará con una caridad verdaderamente admirable (1). “Mi mayor consuelo—dijo el Padre Santo—sería morir por el pueblo francés.” Tanta bondad no quedaría sin resultado. Bonaparte, primer Cónsul, tanto por política, como también quizá por Religión, deseaba que Francia se reconciliara con la Iglesia. Con tal objeto comenzaron las negociaciones, que tuvieron por final resultado el Concordato. La grave cuestión de la legitimidad de los Obispos fué resuelta por el Papa en virtud de su suprema autoridad. Se pidió á los antiguos Obispos legítimos que renunciasen sus iglesias, como lo

(1) Alzog.

hicieron la mayor parte de ellos, y de esta manera se reanudaron entre Francia y la corte de Roma las antiguas relaciones que había destruido el cisma. La reacción religiosa se hizo sentir desde luego; se restablecieron los Seminarios, y los sacerdotes, á instancias del mismo Gobierno, volvieron á vestir su traje. La piedad de los fieles secundó las instituciones y las Comunidades fundadas para la educación de la juventud y la asistencia de los enfermos (1).

Napoleón, proclamado Emperador, suplicó al Papa que le coronase, á lo cual accedió Su Santidad porque así lo creyó conducente á la salvación de las almas y á los progresos de la Religión. Salió, pues, Su Santidad de Roma y se encaminó á París. En todas partes era el Papa recibido con el más religioso entusiasmo; era su camino una marcha triunfal; mas esto excitó los celos de Napoleón, que reveló su disgusto, tratando al Santo Padre, no con el respeto y las consideraciones á que era acreedor su ilustre huésped, que tan obligado le tenía con la benevolencia incomparable que le había dispensado. Todo esto era apenas el principio de los grandes dolores que Pío VII tendría que sufrir. El desagrado del Emperador con el Santo Padre seguía en aumento, y por fin llegó á declararle una hostilidad completa. Después del 26 de Mayo de 1805 expidió el Emperador muchos decretos desfavorables á

(1) Alzog.

la Iglesia, y sin embargo de esto, quería que el Papa sirviera á todos sus proyectos. “Vos sois —le escribía el 13 de Febrero de 1806,—vos sois el Soberano de Roma, y yo soy el Emperador. Mis enemigos deben serlo vuestros.” El Pontífice rechazó semejante proposición, que no podía admitir sin mancillar su honra, sin atraer á sí el odio universal de Europa, y sin hacer traición á su deber y á su conciencia. Á esta negativa siguieron disgustos y más disgustos por una y otra parte hasta llegar al último extremo. El Papa, por su parte, promulgó una Bula de excomunión contra los que ejercían actos de violencia en los Estados de la Iglesia. El Emperador, por su parte, se burló de la excomunión, y mandó insertar en *El Monitor* una exposición de los principios de la Iglesia galicana, según los cuales se niega al Papa el derecho de excomulgar á un Soberano, especialmente al de Francia. Entretanto el Papa, retirado al interior del palacio, había mandado tapar las principales entradas; mas en la noche del 5 al 6 de Julio, los franceses penetraron á viva fuerza. El General Badet, que los mandaba, al acercarse al Papa, le pidió que renunciase á la soberanía temporal. El gran Pío VII contestó diciendo:—Hasta el presente nada he hecho sin haber antes invocado las luces del Espíritu Santo: prefiero morir á abdicar.—Después de esto se le intimó la orden de conducirlo fuera de Roma, y Pío VII, tomando su Breviario, bajó las escaleras, y sa-

liendo de palacio entró en un coche, cuyas cortinas estaban echadas y sus portezuelas cerradas con llave. El Santo Padre fué conducido á Florencia, Turín y Grenoble, de donde le volvieron á Savona. En este lugar, el Santo Padre fué rigurosamente custodiado en la casa de la Prefectura, donde no daba audiencia sino delante de un centinela de vista. Rehusó todas las comodidades que se le ofrecían; comía muy poco y se dedicaba mucho á la oración, y confiando en el Señor, declaró que nada tendría que aceptar de aquel que había despojado á la Iglesia de sus bienes, y una y otra vez rechazó con energía la proposición de renunciar al gobierno de Roma, y tan firme en el destierro como sobre el trono, rehusó la institución canónica á los Obispos nombrados por Napoleón. Quiso el Emperador que el Papa sufriese todos los efectos de su terrible indignación, y con este objeto se le quitaron al Santo Padre los libros y papeles que tenía, y hasta las plumas y el papel; se le prohibió comunicarse con ninguna iglesia, ó con algún súbdito del Emperador, advirtiéndose que, en caso contrario, el Papa, la iglesia y el súbdito serían tratados como culpables de rebeldía contra el Emperador; mas nada podía intimidar al Pontífice, que decía tranquilamente:—Pondré estas amenazas al pie de la Cruz y dejaré á Dios el cuidado de vengar mi causa, que es la suya.

El 9 de Junio de 1812, se intimó al Santo Padre que se preparase para ir á Francia, y se

le exigió que dejase sus vestidos pontificios, para que nadie pudiese conocerlo en el camino. Después de un largo viaje, llegaron á una hospedería de los Cirtercienses, en el monte Cénix. El Santo Padre cayó gravemente enfermo, y á pesar de haber recibido los últimos Sacramentos, se le obligó á continuar su viaje, aun durante la noche, siguiendo hasta Fontainebleau, adonde llegó tan grave, que tuvo que guardar cama durante muchos meses. Entretanto, Napoleón había vuelto de la campaña de Rusia, y quiso reconciliarse con el Papa, y empezó á cambiar de conducta, y después del año de 1813 ofreció al Papa que lo volvería á Roma, restituyéndole lo que el último decreto Imperial había dejado á los Estados pontificios. Pío VII se negó á tomar el patrimonio de San Pedro si no se le restituía íntegramente. Después de esto, el Papa recibió orden de marchar y entró en Savona el 11 de Febrero; y por fin, el 24 de Mayo de 1814 entró en Roma, en medio de las aclamaciones de todo el pueblo, que dió gracias al Señor por un acontecimiento tan plausible. Mas ¡ay, dolor! tuvo que abandonar de nuevo la santa ciudad, después que salió Napoleón de la isla de Elva y que Murat hizo entrar sus fuerzas en los Estados pontificios. Pasaron dos meses, y vencido Napoleón en Waterlloo, Pío VII volvía á entrar en la santa ciudad colmado de gloria, de bendiciones y alabanzas, como un guerrero en el día de su triunfo, como un mártir que ha conseguido la

palma y la corona, y Napoleón, que había derramado tanta sangre y había cometido tantos otros crímenes, Napoleón, el ingrato con el amable y benignísimo Pío VII, Napoleón, llevando sobre su cabeza las maldiciones de Dios y de los hombres, era confinado á Santa Elena, donde tendría que morir.

Con Pío VII que volvía á Roma, habían vuelto para el mundo católico el consuelo, la paz y la esperanza, que en gran manera aumentaron con el restablecimiento de la Compañía de Jesús. Cuando ésta fué suprimida, la tristeza y el disgusto se veían en Roma en todos los semblantes; al ser restablecida, todo fué alegría y contento. Mucho, en verdad, debía la Iglesia á esta Orden incomparable, y grandes eran las esperanzas que tenía en la misma al restablecerla, esperanzas que no han quedado burladas.

El Pontificado de Pío VII, lleno de amarguras y padecimientos, fué, sin embargo, uno de los más gloriosos para la Iglesia. He ahí á un anciano perseguido, sujeto á los más indignos tratamientos, desterrado y cautivo, y sin embargo, lleno de fortaleza y de energía, y alcanzando el triunfo más brillante sobre sus perseguidores. He ahí el dedo de Dios realizando maravillas estupendas á favor de la Iglesia, que vence, que triunfa y reina porque jamás la abandona su divino Esposo.

Después de Pío VII subió á la Silla de San Pedro León XII, que desde luego trató de

remediar los males de la Iglesia, exhortando á los fieles á que huyesen de la indiferencia religiosa, que era el gran peligro de la época, y advirtiéndoles el gran peligro que corrían no absteniéndose de la lectura de las Biblias protestantes, y publicó una Bula contra las Sociedades secretas. Se dió á los Jesuítas el Colegio Romano, restableció el Irlandés y consagró su atención al Germánico. La América meridional, que había dejado de pertenecer á España, suplicó al Santo Padre que le diera Pastores legítimos; y Su Santidad accedió á su súplica. León XII, en fin, tuvo el consuelo de atraer á la unidad de la Iglesia católica, á algunas Iglesias cismáticas del Asia (1).

Á León XII siguió el Papa Pío VIII, quien lo mismo que su predecesor, combatió á las Sociedades secretas, y especialmente á la Masonería. Trató á los pobres como su verdadero padre, disminuyendo los impuestos y proporcionándoles trabajo. Escribió al Emperador del Brasil para que éste aboliese la esclavitud en sus Estados, siendo acogida favorablemente la carta del Pontífice. Mas ¡ay! los grandes males que aún afligían á la Iglesia, y que no podía remediar, agobiaron su espíritu y condujeron al sepulcro á este gran Pontífice.

En tiempos azarosos y llenos de desórdenes, subió al Pontificado Gregorio XVI, mas él tenía puesta su confianza en Dios, y la vo-

(1) Alzog.

luntad de este Papa era muy firme. Para calmar los disturbios de las Legaciones, ocurrió á las armas extranjeras, si bien lo hizo con mucha repugnancia. Restablecida la paz, se dedicó á extirpar los abusos, y publicó un Código penal que sujetó al examen de los Presidentes del Estado, cuya administración quedó perfectamente arreglada con sabias y oportunas disposiciones, encaminadas siempre al bien de su pueblo. Gregorio XVI en el Trono vivía como un simple monje; su cama era muy dura, su comida escasa, era breve su sueño, mucho su trabajo y su oración continua.

Este gran Pontífice vió, lleno de amargura, la apostasía de Lamennais, que no quiso volver á la unidad católica, mas antes bien, siguió combatiendo á la Iglesia con sus terribles escritos, causando con ellos gravísimos daños en las almas.

El Papa Gregorio XVI resistió con firmeza y constancia y con una sabiduría admirable las tempestades levantadas contra él en distintos puntos de la cristiandad. En Portugal se decretó la supresión de las Órdenes militares y religiosas y la confiscación de sus bienes. Gregorio XVI amenazó con las censuras fulminadas por el Concilio de Trento contra los expoliadores de la Iglesia y los enemigos de su libertad y poder soberano; mas, sin embargo de esto, la clemencia no era extraña al corazón de Gregorio, que hizo cuanto pudo por obtener una reconciliación.

En Rusia, la Iglesia católica era perseguida por Nicolás I, que quería obligar á sus súbditos católicos á abrazar el cisma, y en China, Thong-King, y en la Cochinchina fué también terrible la persecución contra los cristianos, y en Europa mucho, en verdad, tenía que sufrir la Iglesia católica. En Madrid, el año de 1834, un populacho furioso se apoderó de muchos conventos, y asesinó inhumanamente á sus moradores, y se entregó al saqueo, quedando semejantes crímenes sin ningún castigo; lo mismo pasó en Murcia, en Barcelona, Reus y otras poblaciones de Cataluña. La desmoralización y la irreligión aumentaban sin medida; se decretó después la supresión de todos los conventos, y los bienes de la Iglesia fueron declarados propiedad nacional; y la hostilidad del Gobierno contra la Iglesia y la Corte Romana iban aumentando cada día, á pesar de las alocuciones del Santo Padre, que elevaba su voz para rechazar en presencia de Dios omnipotente los ultrajes del Gobierno español contra la Iglesia. El ministro de Gracia y Justicia de España, rompiendo sus relaciones con la Santa Sede, instituyó á viva fuerza á varios Obispos nombrados por el Gobierno y no reconocidos por el Santo Padre. Mas no faltaron sin embargo, quienes sufrieran en el destierro su oposición al Gobierno.

En Francia nada favorable era á la Iglesia el gobierno de Luis Felipe, y en Bélgica y Holanda y en Suiza no gozaba la Iglesia de la libertad que le correspondía; y Prusia, aunque de-

jaba de ser positivamente protestante por la accesión de las provincias católicas adquiridas en tiempo de Federico II, no era por esto menos adversa al catolicismo, á quien quería absorber ó modificar, según le pareciera más conveniente (1).

Entre tantos sufrimientos y dolores que hacían gemir á la Iglesia casi en todas partes, el Santo Padre volvía sus ojos á Inglaterra á fin de consolarse con el movimiento religioso que en ella empezaba á observarse y que iba en aumento cada día. En Escocia el catolicismo empieza á florecer, y la católica Irlanda combate sin descanso por la Religión y la libertad.

Tal era la Iglesia en el pontificado del Papa Gregorio XVI: combatida, humillada, mas siempre fiel á la misión que su divino fundador le había confiado. A pesar de todos los obstáculos, extiende la gloria del nombre de Jesús por todas partes; combate los errores, anuncia la verdad, y manda sus apóstoles á las más apartadas regiones, en las cuales, si bien muchas veces hallan el martirio, siembran la buena semilla del Evangelio, que tarde ó temprano dará frutos de vida.

(1) Alzog.

II

Después del Papa Gregorio XVI subió al Trono de San Pedro el gran Pío IX, para quien Dios reservaba tantas glorias unidas á tan grandes amarguras. Su corazón, bondadoso hasta el extremo, concedió amnistía á los presos políticos, que muy pronto tendrían que volverse contra él para arrojarle de su Silla. En efecto; estalló en Roma la revolución, y Pío IX tuvo que salir y refugiarse en Gaeta, y después en Portici, cerca de Nápoles, donde Fernando II le recibió con amor y respeto filiales. Roma, sin embargo, no duró mucho tiempo en poder de los revolucionarios. Francia y España fueron sobre ellos restituyendo al Soberano Pontífice á la capital de sus Estados.

Pío IX, desde la colina del Vaticano, contempla con mirada compasiva á las naciones que el Padre celestial había puesto bajo su cuidado. ¡Ay, cuántas miserias y desgracias, y cuántos peligros por todas partes! Piensa el gran Pontífice en el remedio, y no hallándole sobre la tierra, levanta sus miradas hacia Dios; y á fin de inclinar su misericordia sobre el mundo, Pío IX vuélvese á María, á quien Dios concede siempre cuanto pide. Pío IX, desde niño, había tenido su encanto y sus delicias en la Madre purísima de Dios, y sabía por su propia experiencia que María, con sus ruegos, todo lo alcanza del Señor. Mas ¿qué hacer

para obligarla á pedir al Señor el remedio de los males que afligían entonces á la Iglesia? El Papa no vacila ni un instante. Es el Juez infalible de la fe, y sabe que María no contrajo la mancha original; sin embargo, esa creencia no era un dogma: El lo puede definir, y si lo hace, ceñirá la frente de María con regia y brillantísima corona; le dará una gloria incomparable; el mundo entero cantará las alabanzas de la Virgen sin pecado, y la pureza de María brillará por todas partes con nuevos resplandores de una santidad incomparable; y María, al verse así glorificada por su amante Hijo, extenderá sobre la Iglesia y sobre el mundo entero su manto de amorosa protección.

Pío IX, oído el parecer de todos los Obispos, y después de haber implorado el auxilio del Espíritu Santo, y teniendo presente la enseñanza de la Escritura divina, la venerable tradición, el sentir constante de la Iglesia, las actas y constituciones de los Sumos Pontífices, accediendo á los votos de todos los fieles, pronunció y definió solemnemente, con su juicio supremo é infalible, que la doctrina que asegura que la santísima Virgen María fué preservada de toda mancha de la culpa original, por singular privilegio de Dios, esa doctrina es revelada por Dios y debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles.

Pío IX, ¡oh, cuánto es lo que el mundo le debe por haber definido como dogma de fe la Concepción inmaculada de María! Como con-

secuencia de la definición de un dogma tan consolador, han bajado del cielo innumerables gracias á los hombres, y el fuego de la caridad se extiende por el mundo, á fin de abrasarlo en el amor de Dios. La predicación del Evangelio se extiende hasta los confines del orbe. Dios, por medio de los misioneros, llama á los hombres al seno de la Iglesia católica. Los misioneros pronuncian el nombre de María, la dan á conocer, y esta santa Madre, semejante á la aurora, difunde la suave luz de su conocimiento en aquellos que escuchan su Nombre inmaculado y santo, y los prepara á recibir el conocimiento de Jesús. Es su precursora, la que prepara los caminos de su Hijo é inclina el corazón de los mortales á recibir el yugo de la fe cristiana.

La declaración dogmática de la pureza de María; he ahí de donde ha venido ese entusiasmo religioso que conmueve los corazones verdaderamente cristianos y les hace acometer grandes y nobles empresas por la gloria de Dios. He ahí también la piedad, haciéndonos gustar dulzuras desconocidas en las innumerables prácticas de religión que han tenido lugar después que la creencia de los pueblos cristianos en la Concepción inmaculada de María se ha elevado á dogma de fe. No podemos dudarlo, la Niña inmaculada ha derramado sobre el mundo torrentes de divina gracia, de la que es dispensadora, cual si quisiera pagar de esta manera la gloria incomparable y soberana del dogma de su inmaculada Concepción.

Desde ese acontecimiento tan glorioso, el amor y la ternura para con María han aumentado en el corazón de los cristianos. María se ha presentado á nuestros ojos vestida de una luz más pura y más hermosa, sus miradas nos parecen más amables, y más dulce la sonrisa de sus labios. Y ¿por qué todo esto? Siempre habíamos visto en ella á nuestra Madre, y después de Jesucristo, era el objeto de todo nuestro amor; su gloria nos tocaba muy de cerca, y de aquí el júbilo indecible que inundaba el alma, cuando un día de bella gloria brilló para la santa Madre, que, inclinándose á nosotros, quiso comunicarnos, llena de bondad, su inmensa dicha, y consigo unirnos tan estrechamente, que sus santas emociones fuesen nuestras, y por esto, con ella juntamente bendecimos al Señor, y le adoramos, y le damos gracias porque quiso preservarla del pecado y la adornó de dones y virtudes celestiales desde el primer instante de su Concepción.

Los himnos de amor y de alabanza, que de todos los ángulos del mundo subían hasta los cielos, y la purísima gloria de María, que así brillaba con nueva y espléndida hermosura, y la salvación de las almas, provocaron las iras del demonio, que lanzó sus huestes infernales sobre el mundo, haciendo á la Iglesia la guerra más encarnizada; por todas partes pululan los errores, y el masonismo y el liberalismo se extienden por doquiera, cobrando á cada instante nuevos bríos para destruir, si les fuese posi-

ble, la obra del Señor. El Padre Santo, á fin de conjurar esa tormenta de males y desgracias que amenazaban á la santa Iglesia, publica el *Syllabus* y reúne un Concilio general, á fin de condenar los errores modernos y fortalecer á los fieles en la fe cristiana. Fueron admirables los bienes que ese Concilio produjo, y sus disposiciones fueron sapientísimas y llenas de prudencia. En él se definió como dogma de fe la infalibilidad pontificia.

Tal definición nos revela la amorosa providencia de Dios para con su Iglesia. En ella siempre se había creído que el Papa era infalible; mas después que así se definió, ningún católico podía ponerlo en duda, y la infalibilidad sería un escudo en que tendrían que embotarse todos los dardos del demonio, las saetas de todos los errores, y al llegar el tiempo en que los hombres no puedan sufrir la sana doctrina, sino que teniendo una extremada coñezón, según decía San Pablo, de oír doctrinas que lisonjeen sus pasiones, y recurran á una caterva de doctores propios para satisfacer sus deseos, cierren sus oídos á la verdad y los apliquen á las fábulas (1), ya todos los fieles sabrán á qué atenerse, y oirán en la voz del sucesor de San Pedro la voz de Jesucristo. El Papa es infalible; he aquí el descanso, el consuelo y la esperanza más dulce de la santa Iglesia. En efecto; la Iglesia descansa con dul-

(1) II Tim., IV, 3-4.

císimo reposo á la sombra de su Amado al escuchar sus palabras, que no pueden engañarla. Dios mismo es quien habla por boca del Soberano Pontífice; las palabras que salen de los labios de éste son de vida eterna, son la verdad, y la verdad es el descanso de la inteligencia y la dulce paz de nuestras almas. Habla el Vicario de nuestro Señor Jesucristo, y las tinieblas de la duda se disipan, cesan las vacilaciones y brilla pura y hermosa la luz de la verdad. La verdad consuela, la verdad nos llena de esperanza, porque ella nos libra de todos los errores y es el único bien de nuestras almas.

Descúbrese también la Providencia del Señor en lo que vamos diciendo al reflexionar que después de la definición á que nos referimos, la sumisión y el rendimiento de todos los cristianos no han tenido límite ninguno, nada se resiste ni discute; mas al contrario, todo se recibe con amor, con respeto profundo, con gozo indecible. Se oye de los labios del Pontífice la verdad que rinde toda inteligencia, que atrae y cautiva el corazón de los cristianos: es la voz de Dios, llena de majestad y poderío, llena de gloria y de amor. De esta suerte, los fieles, oyendo la enseñanza intalible del Papa, quedan á salvo de todos los errores y en la dulce posesión de la verdad.

Cuanto hemos dicho en este capítulo, sin duda alguna nos revela que la esperanza de la Iglesia en la protección de su divino Fundador debe ser muy grande; y lo es, en efecto, porque

Jesús siempre la cuida, la dirige y la salva de todo peligro. Esto mismo nos están diciendo los acontecimientos que hasta nuestros días han tenido lugar en el gloriosísimo pontificado de León XIII. *Lumen in coelo*. Este gran Pontífice ha iluminado con su admirable enseñanza á toda la Iglesia, al mundo entero. Semejante al astro rey que todo lo anima y embellece con su luz, León XIII derrama la vida por toda la Iglesia y extiende su benéfica influencia hasta los países más remotos de la tierra. Todo lo abarca y nada se subtrae al poder admirable de su palabra; y, sin embargo, es un Rey á quien han arrebatado sus dominios y que se halla prisionero en su palacio; mas despojado y cautivo, dicta leyes, da consejos, señala los caminos de la verdad y del progreso, y los pueblos y los Reyes le veneran, elogian su sabiduría y admiran su prudencia.

León XIII ha reanimado en la Iglesia la más tierna devoción hacia la Madre de Dios. Pío IX la declaró inmaculada; León XIII ha hecho que los fieles la veneren con la devoción del santísimo Rosario. Año por año ha exhortado á los fieles á la práctica de esa devoción tan agradable á los ojos del Señor. No ignora el gran Pontífice cuán grande es el poder de María delante del Eterno; sabe que el Corazón de la divina Madre es la misma dulzura, que es benignísimo, y que lleno está de compasión hacia los hombres, y no le son desconocidas las grandes necesidades de la Iglesia. He aquí por qué mo-

tivos León XIII siempre tiene sus ojos en María, y por qué nos exhorta una y otra vez á honrarla con el santísimo Rosario y acudir á ella en todas las necesidades de la vida.

León XIII no ha quedado satisfecho con todo esto, y á fin de alejar de nosotros todos los males que nos cercan, consagra todo el mundo al santísimo Corazón de Jesucristo. "Cierto es—dice el gran Pontífice en su Encíclica del 25 de Mayo de 1899,—cierto es que Jesucristo, Dios y Redentor nuestro, abunda en riquezas con la completa posesión de todas las cosas, y nosotros somos pobres y menesterosos, de tal manera, que no tenemos cosa alguna que darle; mas Él, por suma bondad y caridad, no rehusa que lo mismo que es suyo se lo demos y entreguemos como si fuera propiedad nuestra, y no sólo no lo rehusa, sino que lo pide con ruegos.—¡Hijo mío, dame tu corazón!—Somos, pues, capaces de presentarle dones en cuanto á nuestra voluntad y disposición de ánimo, porque entregándonos á Él, no sólo reconocemos claramente y de buen grado su dominio, sino que también afirmamos que si fuera nuestro lo que le ofrecemos, de toda voluntad se lo daríamos, y al propio tiempo le pedimos que no se desdeñe de recibir de nuestras manos lo que es tan suyo. Y como en el sagrado Corazón se encuentra el símbolo y la viva imagen de la infinita caridad de Jesucristo, que nos mueve á corresponderle con amor, es muy justo consagrarse á su augustísimo Corazón, ya que

cuanta honra, obsequio y piedad se tributan al divino Corazón, propia y verdaderamente se tributan á Cristo. Así, pues, á cuantos conozcan y amen á este divino Corazón los excitamos y exhortamos á consagrarse á Él.

El cúmulo de males que hace tiempo prevalecen, con vehemencia reclama que se busque el auxilio del único que tiene virtud para removerlos; y, ¿quién es éste sino Jesucristo Unigénito de Dios? Porque debajo del cielo no se ha dado á los hombres otro Nombre en que hayamos de ser salvos, y es necesario, por lo mismo, acudir al que es el camino, la verdad y la vida... El sacratísimo Corazón de Jesucristo, que hoy se nos presenta coronado con la Cruz y brillando entre llamas con cándido esplendor. En Él se ha de poner toda esperanza, á Él se ha de pedir y de Él se ha de aguardar la salvación.

He ahí las dulces y consoladores esperanzas de la Iglesia; las promesas de su divino Fundador, que jamás llegarán á faltar; su tierna y amorosa Providencia, que vela, sin cesar, por ella; el amor incomparable que Jesucristo le ha manifestado al darle su mismo Corazón, y, en fin, la consagración que ha hecho de sí misma la Iglesia á ese Corazón donde están atesoradas todas las riquezas del Eterno.

Caigan humillados á los pies de Jesucristo todos sus enemigos, y en todas partes el divino Corazón del Salvador triunfe y reine, y á Él sea dado todo honor y gloria en los cielos y

en la tierra. En Él está la esperanza de la vida, esta misma con todos sus encantos y dulzuras. "Aun dado que el Señor me quitase la vida—decía Job,—en Él esperaré," (1); á su Iglesia no dará la muerte, pues ha de vivir hasta la consumación de los siglos, y Jesús, que es la vida, siempre estará con Ella. Bendito sea el que tanto la ama. Nosotros, hijos de la Iglesia y por tanto hijos también de Jesús, le bendecimos, le amamos y le ofrecemos para siempre todo nuestro afecto, que triunfe y reine eternamente en nuestras almas.

(1) XIII, 15



CAPÍTULO XV

El canto del amor, afectos de la Iglesia: sus obras.

I

La Iglesia, al cerrar con broche de oro el libro en que han quedado escritos sus padecimientos y sus triunfos durante el siglo XIX, y pensando en la bondad incomparable del Corazón de su divino Esposo, que siempre estuvo con Ella y la dirigió en todos sus caminos con una Providencia amorosísima, y la colmó de gracias y favores, y la hizo triunfar en todos sus combates, y la coronó de gloria incomparable; la Iglesia, llena de amor é inmensa gratitud, bendice las misericordias de Jesús, y eleva hasta el Trono de su Esposo un cántico dulcísimo, exhalando en él todo su afecto. He aquí las notas más hermosas de ese cántico divino: "Cantemos alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su

en la tierra. En Él está la esperanza de la vida, esta misma con todos sus encantos y dulzuras. "Aun dado que el Señor me quitase la vida—decía Job,—en Él esperaré," (1); á su Iglesia no dará la muerte, pues ha de vivir hasta la consumación de los siglos, y Jesús, que es la vida, siempre estará con Ella. Bendito sea el que tanto la ama. Nosotros, hijos de la Iglesia y por tanto hijos también de Jesús, le bendecimos, le amamos y le ofrecemos para siempre todo nuestro afecto, que triunfe y reine eternamente en nuestras almas.

(1) XIII, 15



CAPÍTULO XV

El canto del amor, afectos de la Iglesia: sus obras.

I

La Iglesia, al cerrar con broche de oro el libro en que han quedado escritos sus padecimientos y sus triunfos durante el siglo XIX, y pensando en la bondad incomparable del Corazón de su divino Esposo, que siempre estuvo con Ella y la dirigió en todos sus caminos con una Providencia amorosísima, y la colmó de gracias y favores, y la hizo triunfar en todos sus combates, y la coronó de gloria incomparable; la Iglesia, llena de amor é inmensa gratitud, bendice las misericordias de Jesús, y eleva hasta el Trono de su Esposo un cántico dulcísimo, exhalando en él todo su afecto. He aquí las notas más hermosas de ese cántico divino: "Cantemos alabanzas al Señor, porque ha hecho brillar su

gloria y su grandeza, y ha precipitado en el mar al caballo y al caballero. El Señor es mi fortaleza y el objeto de mis alabanzas, porque Él ha sido mi Salvador. Este es mi Dios, y yo publicaré su gloria; el Dios de mis padres, á quien he de ensalzar. El Señor se ha aparecido como un valiente campeón; es su nombre el Omnipotente. A los carros de Faraón y á su ejército los ha precipitado al mar; sus mejores capitanes han sido sumergidos en el mar Rojo. Sepultados quedaron en los abismos; hundiéronse como una piedra hasta lo más profundo. Tu diestra, oh Señor, es la que ha herido al enemigo de tu pueblo. Y con la grandeza de tu gloria y poderío has derribado á tus adversarios. Enviaste los instrumentos de tu cólera, la cual los ha devorado como el fuego á una paja.

„Al soplo de tu furor se amontonaron las aguas; paróse la ola que iba corriendo; cuajáronse en medio del mar los abismos de las aguas. Iré tras ellos, había dicho el enemigo, y los alcanzaré; partiré los despojos y se harará mi alma; desenvainaré mi espada y los matará mi mano.

„Sopló tu espíritu, oh Señor, y el mar los anegó; hundiéronse como plomo en aguas impetuosas.

„¿Quién hay entre los fuertes á ti semejante, oh Señor? ¿Quién hay semejante á tí, tan grande en santidad, terrible y digno de alabanza y obrador de prodigios?

„Extendiste Tú la mano y la tierra los tra-

gó. Por tu misericordia te has hecho el caudillo del pueblo que redimiste, y le has conducido, á fuerza de tu poder, á tu santa morada.

„Se levantaron los pueblos y montaron en cólera; quedaron penetrados de grande ira y dolor.

„Conturbáronse los príncipes, se estremecieron mis terribles enemigos, y quedaron yertos.

„Caiga de recio sobre ellos el terror y espanto á vista del gran poder de tu brazo; queden inmuebles como una piedra, en tanto que pasa, oh Señor, tu pueblo, hasta que pase este pueblo tuyo que tú has adquirido. A estos tus hijos tú los introducirás, y establecerás, oh Señor, sobre el monte de tu herencia, sobre esa firmísima morada tuya que tú te has fabricado en Sión, oh Señor, santuario tuyo, que han fundado tus manos.

„El Señor reinará eternamente, y más allá de todos los siglos,, (1).

La Iglesia, al comenzar el siglo XX, tendrá que bendecir á Dios con el cántico de Moisés, porque ella también salió del ominoso cautiverio en que gimió por algún tiempo el Soberano Pontífice Pío VII, y ella, asimismo, al atravesar la centuria que está para concluir, tuvo que librar terribles y reñidísimos combates, y de todos salió victoriosa, pudiendo decir, al contemplar las maravillas del poder divino que Dios hacía brillar para salvarla, estas palabras

(1) Exodo, XV, 2-18.

de David: "Mis hijos no triunfaron con su espada, ni fué su brazo el que los salvó; sino tu diestra y tu brazo, y la luz dimanada de tu rostro, porque en ellos te complaciste. Tú eres mi Rey, mi Dios; tú quien decretas mis victorias. Con tu ayuda arrojaré á mis enemigos, y en tu Nombre á los que se levantan contra mí. Que yo no he de confiar en mi arco, ni mi espada será la que me salve; porque tú nos salvaste de los que nos afligian, y has confundido á los que nos odiaban. En ti me gloriaré continuamente, y sin descanso ensalzaré tu Nombre," (1).

Inmensa tendrá que ser la gratitud de la Esposa del Cordero, quien siempre le prodigó dulcísimas caricias, aun en medio de las amarguras y padecimientos que se ha dignado mandarle, y por esto esa Iglesia santa, en la efusión de su ternura, le dirá con Isaias: "¡Oh, Señor, tú eres mi Dios; yo te ensalzaré, y bendeciré tu Nombre, porque has ejecutado cosas maravillosas, designios antiguos y fieles!... Porque has sido fortaleza del menesteroso en su tribulación, su esperanza en la tormenta, su refrigerio en el ardor... Eres verdaderamente nuestro Dios; en ti hemos esperado, y Tú nos salvarás; eres el Señor; nosotros nos hemos mantenido en la esperanza, y ahora nos regocijaremos en la salud que viene de ti, oh Dios

(1) Psalm. XLIII, 4-8.

nuestro," (1). "Hemos puesto en ti, oh, Señor nuestra confianza, y todo el deseo de nuestras almas se cifra en recordar tu Nombre. Mi alma te deseó en medio de la noche, y mientras haya aliento en mis entrañas por ti suspiraré desde el rayar de la aurora... ¡Oh Señor Dios nuestro, hemos tenido fuera de ti otros señores que nos han dominado, haz que de ti sólo y de tu santo Nombre nos acordemos para siempre!" (2).

La Iglesia ha entonado sus cantos de victoria, de amor y de esperanza; oigamos cómo canta sus amores al Corazón de su divino Esposo: "He aquí que Dios es mi Salvador; vivire llena de confianza y no temeré, porque mi fortaleza y mi gloria es el Señor, y El ha tomado por su cuenta mi salvación. Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador, y diréis en aquel día:—Dad gracias al Señor é invocad su Nombre, anunciad á las gentes sus designios, acordaos que su Nombre es excelso. Tributad alabanzas al Señor, porque ha hecho cosas grandes; divulgad esto por toda la tierra. Salta de gozo y entona himnos de alabanza, casa de Sión; porque se muestra grande en medio de ti, el Santo de Israel," (3).

En medio de sus santísimos afectos, de su indecible alegría, exhala la Iglesia un triste suspiro, ¡ay, ella es peregrina, aún no contem-

(1) XXV, 1-9.

(2) Psalm. XXVI, 8-9, 13.

(3) Isa., XII.

pla al descubierto el rostro de su Amado!... La Iglesia eleva sus ojos á los cielos, y dice así á los ángeles: "Si vieréis á mi Amado, decidle que desfallezco de amor." No contentándose con esto, saldrá de su casa é irá por todas partes preguntando por su Amado, y sin descansar un instante, dirigiéndose á su Amado, cual si lo tuviese delante de sus ojos, le hablará de esta manera: "¡Oh mi amado Señor, dime dónde tienes los pastos, dónde el sesteadero al llegar el mediodía, para que no tenga yo que ir vagando tras los rebaños de tus compañeros! (1). "¡Oh Señor, como el ciervo sediento suspira por las fuentes de las aguas, así suspira por ti mi corazón! Tengo sed de tu divino amor. ¡Cuándo será el día en que te vea claramente! Triste peregrina, mis lágrimas me han servido de pan día y noche, y muy grande ha sido mi amargura cuando me preguntan:—¿Dónde está tu Dios? (2).

Al verse ausente de su amado Esposo, la Iglesia exclama: "¡Ay de mí, que mi destierro se ha prolongado! He vivido entre los morados de Cedar; mucho tiempo ha que ha estado mi alma peregrinando (3). Tan profundos gemidos por causa del amor ausente, durarán hasta la consumación de los siglos. He aquí la vida de la Iglesia; vida de un amor que martiriza, y,

(1) Cant., I, 6.

(2) Psalm. XL, 1-2, 4.

(3) Psalm. CXIX, 5-6.

sin embargo, el martirio que produce lleva en sus dolores un consuelo inefable; esta es la voluntad del Amado, y por otra parte, no hace la ausencia otra cosa que santificar y perfeccionar más y más el amor de la Iglesia. Las tristezas del destierro, el desprecio y las persecuciones que tiene que sufrir en este mundo, la hacen suspirar con más vehemencia por su Amado, único consuelo en sus penalidades, único bien que busca en todas partes; y si no le ve claramente, no por eso el buen Jesús la llega á abandonar, bien lo sabe la Iglesia, y por esto le dirige sus afectos y trabaja por su gloria en todas partes, y le halla en la humillación y en la amargura, en los trabajos y en todas las cruces que Él mismo le envía como prendas de su amor. Ella no ignora que debe entrar en el cielo, caminando aquí en la tierra por las sendas de la tribulación. Las tribulaciones la llevan á su Esposo y la hacen agradable á los ojos del Señor. "Me glorío—dice ella—en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación ejercita la paciencia, la paciencia sirve á la prueba de nuestra fe y la prueba á la esperanza, que no engaña, porque la caridad de Dios ha sido derramada en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (1).

Los padecimientos no acobardan á la Iglesia. Jesucristo los ha santificado, y ellos la unen más y más á su divino Esposo. "Me encon-

(1) Rom., V, 3-5.

traron las patrullas que rondan la ciudad—dijo la Esposa,—me hirieron y me lastimaron, y los centinelas de los muros me quitaron el manto con que me cubría. Tales expresiones no indican, sin embargo, el dolor que aflige, aflicción que agobia, pues la Esposa añade: “Yo os conjuro, ¡oh hijas de Jerusalén!, que si hallareis á mi Amado le digáis que desfallezco de amor,” (1). He aquí cómo el amor nos hace indiferentes para todo lo que no es el mismo, é insensibles á los padecimientos. Mientras tengamos nosotros al que amamos, ¿qué nos importa todo lo demás? “Lo que antes consideraba como una ventaja —decía San Pablo,—me ha parecido desventaja y pérdida al poner los ojos en Jesucristo, y en verdad, todo lo tengo por pérdida al compararla con el sublime conocimiento de mi Señor Jesucristo, por cuyo amor he perdido todas las cosas y las veo como basura,” (2).

La Iglesia se gloria en padecer por el nombre de Jesús, y en esto tiene sus mayores delicias, porque si sufre con Él también será glorificada; los padecimientos producen un peso inmenso de gloria y la hacen muy semejante á su divino Esposo, y éste es el mayor de todos los deseos que la animan: ser transformada en Jesucristo, ya que su Majestad padeció dándonos ejemplo y á fin de que siguiésemos sus huellas. De esta suerte, la Iglesia tiene su Tabor en el Calvario, y no quiere gloriarse sino en la Cruz

(1) V, 7-8.

(2) Philip., III, 7-8.

de Jesucristo. Para ella, tienen los padecimientos por causa de Jesús una belleza encantadora, y al sufrirlos, acerca sus labios á las fuentes de la vida y del consuelo, y por nada cambiaría las delicias de que goza llevando sobre sus hombros la Cruz de Jesucristo.

En el canto que eleva la Iglesia al santísimo Corazón de Jesús hay aún otras notas llenas de dulzura y armonía, y que Dios escucha con agrado; allí están las del reconocimiento y la gratitud, y allí también las de la humildad. Las inefables ternuras que le ha prodigado su Esposo y las gracias con que se ha dignado embellecerla, cuánto ha hecho por ella, motivos son de gratitud inmensa, y, por otra parte, las debilidades y miserias de muchos hijos de esa misma Iglesia la cubren con un velo de dolor y tristeza, y su corazón se abisma en la humildad más profunda. Para expresar el primero de estos sentimientos toma en sus labios el canto de María, la Inmaculada, y llena de entusiasmo dice así: “Mi alma glorifica al Señor y mi espíritu inundado está de gozo en Dios mi Salvador, porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava; por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones, porque ha hecho en mí cosas maravillosas el que es Omnipotente, y cuyo Dombre es santo, y cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen,” (1).

(1) Luc., I, 46-50.

La Iglesia, al pensar en las culpas de sus hijos, se humilla por ellos en la presencia del Señor é implora su misericordia con estas palabras de David: "Desde lo más profundo clamé á ti, oh Señor; oye benignamente mi oración y tus oídos estén á la voz de mis plegarias. Si te pones á examinar nuestras maldades, ¿quién podrá subsistir delante de ti? Mas en tí se halla la clemencia, y en vista de tu ley he confiado en tu bondad.—En la promesa del Señor se ha apoyado mi alma, en Él ha puesto su esperanza. Desde el amanecer hasta la noche espere Israel en el Señor, porque en Él está la misericordia y tiene en su mano Redención abundantísima, y Él es el que ha de redimir á Israel de todas sus iniquidades," (1).

La Iglesia contempla enamorada una y otra vez, y cien veces más el bellissimo Corazón de Jesucristo, y en el ardor de su cariño exclama: "Como el manzano entre árboles silvestres, así es mi amado entre los hijos de los hombres. Me senté á la sombra de mi Amado y su fruto es dulce á mi garganta... Confortadme con flores aromáticas, fortalecedme con manzanas, porque desfalezco de amor," (2). ¿Con qué expresiones la Iglesia podrá revelar á su divino Esposo el amor que le tiene? "Tú eres hermoso, Amado mío—le dirá.—Tú eres hermoso y agraciado., Y al contemplar la hermosura de

(1) Psalm. CXXIX.

(2) Cant., II, 3-5.

Jesús, quedará suspendida en éxtasis de amor. Hermosura divina, esplendor de la gloria del Padre, imagen de su bondad y luz de infinita pureza; fuente de gloria y manantial inagotable de la gracia. La Iglesia, al contemplar el Corazón de su amadísimo Jesús, se transforma en El, y este Corazón le da su misma vida y la abrasa en sus mismos ardores, y no es ya la Iglesia quien vive en sí misma; es Jesús quien vive en ella, quien dirige y santifica todas las acciones de la Iglesia, y ésta, animada por el Espíritu de Dios, publica y extiende la gloria del santísimo Corazón de Jesús, y si al ver la hermosura de su Amado estaba como muda de admiración y de respeto, no pasa lo mismo cuando, volviéndose al mundo, trabaja por la gloria de Jesús. Entonces descubre su ternura y el inmenso cariño que tiene á Jesucristo, y por todas partes lleva en triunfo el Corazón de su divino Esposo, y á todo el mundo dice: "Contemplad ese Corazón incomparable; poned en El vuestro cariño; rendidle adoración porque es el Corazón del Hijo del Eterno; cantad sus alabanzas.,"

Así es como la Iglesia ha desahogado y tendrá que desahogar su ternura para con Jesús; así trabaja y siempre tendrá que trabajar por la gloria de su amadísimo Señor.

II

Aún no tendrá que despuntar la luz de la aurora en el Oriente, el primer día del siglo XX, cuando ya la Iglesia habrá reunido á sus hijos en los sagrados templos, á fin de adorar y bendecir al Dios tres veces Santo, bondad infinita y autor de todos nuestros bienes. Ofrecerá también entonces nuestra Madre la Iglesia, á gloria del Eterno, el incruento Sacrificio de nuestros altares. He aquí la obra primera de la Iglesia en el siglo XX; hará que sus hijos bendigan á Dios, y que se ofrezcan á su gloria en unión del Sacrificio de Jesús (1). Oigamos siquiera un instante las alabanzas á que nos referimos.

“¡Eres, oh, Señor, un Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo! Te confesamos uno en la substancia y trino en las Personas. Siempre eres el mismo; tu vida nunca desfallece, tu inteligencia es infinita. Te invocamos, te adoramos, te alabamos, ¡oh, dichosa Trinidad! Eres nuestra esperanza, nuestra salud y honra. ¡Libranos, sálvanos y danos vida, oh, amable Trinidad! El Padre es caridad, el Hijo es gracia y el Espíritu Santo comunión. El Padre es veraz, el Hijo verdad, el Espíritu Santo verdad; el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, es una substancia, ¡oh, amable Trinidad!

(1) *Decret urbis et orbis*, 13 de Noviembre de 1899.

¡Gloria á tí, oh Trinidad igual, una deidad ante todos los siglos, ahora y para siempre! ¡Alabanza y gloria perenne á Dios Padre, al Hijo y al Espíritu Santo por todos los siglos! Al Dios de quien son todas las cosas, por el que son todas, y en quien todas existen, sea gloria por todos los siglos! ¡Gracias á tí, oh Dios! ¡Gracias á tí, verdadera y una Trinidad, una y suma deidad una y santa Unidad!

¡Oh, qué canto tan hermoso, y cómo al escucharlo quedan nuestras almas embriagadas en delicias del cielo! Parece que la Iglesia ha dejado esta tierra de miseria y llanto, y que, transportada al cielo, contempla al descubierta la divina Esencia, y la bendice y adora en compañía de los ángeles; así es purísima y brillante la luz que á la Esposa del Cordero ilumina, y así también es dilatado y profundo, el océano de dulzura en que Dios se ha dignado sumergirla.

¿Qué más tendrá que hacer la Iglesia por la gloria de su divino Esposo? Los grandes Pontífices Pío IX y León XIII, le han dejado una herencia preciosa que tendrá que entregar á los fieles: María y Jesús. María que, vestida de purísima luz y resplandeciente de gracia, atrae al mundo con la suavidad de sus encantos y la dulzura de su amor. Sin mancha ninguna de pecado, creada en la justicia original y embellecida con todas las virtudes, es modelo perfecto de toda santidad. En Ella aprendemos la humildad y la pureza, la obediencia y el

amor de Dios y del prójimo, la mansedumbre y la clemencia. En Ella, en fin, todo lo noble, todo lo hermoso, lo santo y perfecto.

María, la primera entre todas las obras de Dios, tiene en su seno las riquezas de la divina Misericordia, y es un abismo de piedad y gracia; todo lo alcanza con sus ruegos, y su Corazón es la misma ternura. ¿Quién como Ella es poderosa, después de su santísimo Hijo, para reconciliar á los pecadores con Dios? Y, ¿quién lo desea con tanto ardor como esta Madre, que es la misma clemencia? Por estos motivos la santa Iglesia ha de infundir en todos los fieles la más viva y tierna devoción á la Madre Purísima de Dios. He aquí una de las principales obras de la Iglesia en el siglo XX. ¡Con qué ternura pondrá sus ojos en esa Madre dulcísima, por cuyas manos le han venido, y tendrán que venirle todas las gracias del cielo! Serán sin límite su gratitud y su confianza en María, porque los bienes que de Ella ha recibido, son de valor infinito; allí está Jesucristo, y los ruegos de María son omnipotentes; ya que Dios nada tendrá que rehusar á su querida Madre, y ella pedirá para la Iglesia toda bendición de los cielos en su Hijo nuestro Señor Jesucristo.

Llama la Iglesia á la Purísima Virgen María, Estrella de los Mares, y nos dice así: "Llamad á la Estrella, invocad á María, que será vuestro consuelo en la tristeza, alivio en el dolor, auxilio en los peligros, victoria en los combates. Mirad á esa Estrella de los Mares, invo-

cad á María, y su luz disipará las tinieblas del pecado y os mostrará el camino de la vida eterna. Llamadla con frecuencia en vuestro auxilio, si no queréis que las aflicciones y amarguras de la vida os agobien con su enorme peso, si deseáis escapar al furor de las pasiones que tan terribles tempestades levantan en el alma. La Madre del Señor, viniendo en nuestro auxilio, disipará las tempestades y consigo traerá la bonanza; por esto los sucesores de San Pedro no apartarán sus ojos de María, y al conducir la nave de la Iglesia por mares procelosos y sembrados de arrecifes, clamarán á la Madre de Dios pidiendo su socorro, y Ella mandará á los vientos y al mar, y calmarán las borrascas, y aquella Nave seguirá tranquilamente su camino, camino del cielo, adonde la conduce la divina Madre. Cada día el amor de la Iglesia á la santísima Virgen irá en aumento; se multiplican las necesidades, crecen los peligros y todos comprenden que es indispensable pedir con más instancia el socorro de María. Por otra parte, los nuevos favores de la dulce Madre aumentarán para con ella la gratitud de la Iglesia.—Que impere, que reine en todos la devoción de María; que todos la sirvan como hijos amorosos, y alaben sin descanso la gloria de su Nombre.

En los últimos años del siglo XIX, la devoción al sacratísimo Corazón de Jesucristo, se ha aumentado de una manera sorprendente y que llena nuestras almas de consuelo; sin em-

bargo, no estamos sino en la aurora del día bellissimo y espléndido de aquella devoción; día en el cual el conocimiento de Jesucristo brillará hermosísimo como la luz meridiana, y su amor inflamará el alma de sus hijos cual fuego abrasador, y que á cada instante aumenta sus incendios.—Los Profetas veían en lontananza el tiempo en que habían de cumplirse sus promesas, y suspiraban por Él, saludando al futuro Redentor de los hombres. Abrahán vió el día del Señor y se llenó de gozo; nosotros también saludamos, desde lejos, el gran día del Corazón de Jesús, en que toda inteligencia le esté sometida y toda voluntad encadenada á su amor. Suspiramos por ese día hermosísimo, por ese Reino de nuestro amado Señor, en el que Él sea todo en todas las cosas, y desde ahora, enteramente sujetos á su Imperio, le rendimos nuestra inteligencia, le consagramos nuestra voluntad y somos, y queremos ser suyos para siempre, enteramente suyos.

Esta será la grande obra de la Iglesia, y en ella tendrá que trabajar hasta la consumación de los siglos. Lleva la Iglesia en sus entrañas un fuego de amor inextinguible hacia su Esposo, y como Jeremías, puede decir: "Siento en mi corazón un fuego abrasador; lo tengo encerrado en mis huesos y he desfallecido, no teniendo fuerzas para aguantarlo," (1). La Iglesia está oyendo sin cesar, en el fondo de su alma, una

(1) XX, 9.

voz que le dice como á Isafas:—Clama.—Y Ella pregunta:—¿Qué he de clamar?—Y la voz:—Sube á un elevado monte, Tú que anuncias buenas nuevas á Sión; alza tu voz con esfuerzo, oh Tú, que evangelizas á Jerusalén; álzala y no temas. Dí á las ciudades de Judá:—He ahí á vuestro Dios, que viene con infinito poder y dominará con la fuerza de su brazo.—Él lleva consigo su recompensa, y tiene á la vista su obra: la redención del mundo. Como un pastor apacentará su rebaño, recogerá con su brazo los corderillos, los pondrá en su seno y llevará Él mismo las ovejas recién paridas.. Él es el que robustece al débil y el que da fuerza y vigor á los que no son para nada. Desfallecerá de cansancio la edad lozana, y de flaqueza caerá la juventud; mas los que tienen su esperanza en el Señor, adquirirán nuevas fuerzas, tomarán alas como de águila, correrán y no se fatigarán, andarán y no tendrán que desfallecer (1).

Tales expresiones son de fuego y pueden consumir hasta las piedras. Jesús, Pastor divino, lleno de mansedumbre y de dulzura, apacienta su rebaño, colma de caricias á sus corderitos, les hace descansar en su mismo Corazón, y lleva consigo á sus ovejas. Es consuelo, es fuerza, es amor y todo bien para sus hijos... ¿Dejará la Iglesia de ir por todo el mundo predicando la gloria del divino Corazón? ¿Extin-

(1) XL, 6, 9-11, 29-31.

guirá en su propio seno esa Iglesia el amor que la abrasa y consume? "Ese fuego—decía Jeremías—no se puede sufrir. ¿Por ventura puede un hombre esconder el fuego en su seno sin que ardan sus vestidos? (1) Arderá, pues, la Iglesia en el amor de Jesucristo, publicará su gloria sin descanso, y seguirá extendiendo más y más por todo el mundo el dulce imperio de su amadísimo Señor. A los que halle dormidos en el sueño del pecado, les dirá con voz de trueno: "Levantaos vosotros, los que estáis dormidos, y salid de entre los muertos, y os alumbrará Jesucristo," (2). Ya es hora de despertar de vuestro letargo, pues estamos más cerca de nuestra salud que cuando recibimos la fe. "La noche está muy avanzada y ya á llegar el día; dejad, pues, las obras de las tinieblas y revestíos de las armas de la luz... Revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no queráis contentar vuestra sensualidad," (3). A los que están fuera de su seno llamará también la Iglesia, haciéndoles entrar en el Reino de la luz, y sus cuidados maternos no cesarán sobre sus hijos hasta haber formado en ellos á Jesucristo. Jesucristo; he aquí el objeto de todos sus desvelos, la gloria del Corazón de su divino Esposo, he aquí su gran pensamiento; por esto tendrá que trabajar con decidido empeño, con un amor infa-

(1) Prov., VI, 27.

(2) Ephes., V, 14.

(3) Rom., XIII, 11-14.

tigable. Trabajar... su trabajo, si así puede llamarse, será para ella fuente de suavidad y de dulzura, manantial de divinos consuelos. Siempre trabajará en el nombre de Jesús, siempre por la gloria de su amado Esposo, y Jesús, que tantas pruebas le ha dado de su amor, jamás tendrá que abandonarla, que, antes bien, en la tribulación y en el consuelo, en los combates y en las victorias, estará siempre con ella, prodigándole las caricias de su amor divino y una protección indeficiente, y le dará nuevas pruebas de su fidelidad incomparable, y uniéndose más y más con ella, le dirá al corazón una y otra vez estas dulcísimas palabras: "Tengo mis delicias en estar con los hijos de los hombres (1), en vivir siempre contigo."

¡Ay de nosotros si no amamos á Jesús, si en algún otro ponemos nuestro amor! "Si oyereis hoy su voz—decía David,—guardaos de endurecer vuestros corazones, como sucedió—dice el Señor—cuando los israelitas me provocaron á ira, haciendo prueba de Mí en el Desierto, en donde vuestros padres me tentaron, me probaron y vieron mis obras. Por espacio de cuarenta años estuve irritado contra esa gente, y decía:—Siempre está descarriado el corazón de este pueblo.—Ellos no conocieron mis caminos, por lo cual juré, airado, que no entrarían en mi reposo," (2).

(1) Prov., VIII, 31.

(2) Psalm, XCIV, 8-11.

¡Ay de nosotros si no escuchamos la voz de la Iglesia, que nos llama con tanto cariño, con solicitud infatigable, al amor de Jesucristo! “Escucha, pueblo mío—nos dice la amorosa Madre, —y yo te instruiré., “¡Oh Israel! Si quieres obedecerme, no ha de haber en tu distrito Dios nuevo, ni adorarás á dioses ajenos, porque Yo soy—dice el Señor—el Dios tuyo, que te saqué de la tierra de Egipto; abre tu boca y te saciaré plenamente. Pero mi pueblo no quiso escuchar mi voz, los hijos de Israel no quisieron obedecerme, y así los abandoné, dejándolos ir en pos de los deseos de su corazón y seguir sus devaneos. ¡Ah! Si mi pueblo me hubiese oído, si hubiera seguido mis caminos, hubiera humillado á sus enemigos, y mi mano habría caído sobre sus perseguidores,, (1). He ahí qué sería de nosotros no amando á Jesucristo; abandonados de su Majestad, caminaríamos de desventura en desventura hasta la última de todas, y pudiéramos decir con Job: “¿Por qué fué concedida la luz á un desgraciado y la vida á los que la pasan llenos de amargura?, (2).

No amar á Jesús... es agudísimo dardo de dolor que traspasa nuestras almas. Ser Él tan bueno y la misma bondad, el único bien verdadero, tan dulce y amable, haber colmado nuestras almas de tantas gracias y favores, haber-

(1) Psalm. LXXX, 9-15.

(2) III, 20.

nos amado hasta morir por nosotros, hasta quedarse siempre en nuestra compañía y darnos su mismo Corazón, y ¿no amarle? ¿Habrá dolor semejante al que oprime y martiriza nuestras almas pensando en esto? Cuando algunos de los discípulos de Jesús dejaron de seguirle, Su Majestad dijo á los Apóstoles: “¿También vosotros queréis retiraros?,, Pedro le contestó: “Señor, ¿á quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna, y nosotros hemos creído y conocido que Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios,, (1). También nosotros creemos y esperamos en Jesús, y le amamos con todo nuestro afecto. Él es nuestra gloria, Él nuestra vida y todas las delicias de nuestra alma; es nuestro Dios y tenemos que glorificarle, el Dios de nuestros padres y le hemos de ensalzar.

¿Á quién iremos? Si no amamos á Jesús, irá nuestro corazón en pos de otros amores; y estos nos darán la muerte. Por otra parte, ¿tendríamos valor para igualar y aun posponer el amor de Jesucristo al del mundo? Si así lo hiciésemos, el Señor se quejaría de nosotros como lo hizo en otro tiempo por medio de los Profetas: ¿Á qué cosa me habéis asemejado; á qué cosa me habéis igualado? dice el Santo. (2). Navegad á las islas de Cefín; envid á Cedar, y notad si ha sucedido cosa semejante; ved si

(1) Joann., VI, 67-70.

(2) XL, 25.

alguna de esas naciones ha cambiado sus falsos dioses; pero mi pueblo ha trocado su gloria por un ídolo infame (1)... ¿Por ventura he sido Yo para Israel como un desierto, ó tierra que tarda en fructificar?... ¿Podrá acaso una doncella olvidarse de sus atavíos, ó una novia de la faja que adorna su pecho? Semejantes reclamos nos llenan de amargura, nos cubren de vergüenza; sólo nos queda postrarnos á los pies de Jesucristo y pedir el perdón de nuestras faltas.

Tal vez por la gran misericordia de Jesús, estamos en su gracia; mas no lo sabemos con seguridad, y he aquí por qué temblamos, por qué se llena el corazón de angustia y de inquietud. ¡Qué incertidumbre tan desoladora! Mas, sin embargo, nos es provechosa en gran manera; pues hará que trabajemos en nuestra santificación con temor y temblor, y alejando la funesta confianza que pudiéramos tener en nuestras buenas obras, hará también que vigilemos sobre nuestro corazón, y que pidamos con instancia el auxilio divino.

Ignoramos si somos dignos de amor ó de odio. Si la inquietud se apodera de nosotros al pensar en esto, recordemos estas palabras de Jesús: "Al que viniere á Mí, no le desecharé (2). Venid á Mí todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas, que Yo os ali-

(1) Jerem., II, 10, 11. 31, 32.

(2) Joann., VI, 37.

viaré, (1). Vino á buscar á los pecadores á penitencia y no á juzgar al mundo; quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad. Tengamos, pues, en Jesús, una confianza sin límites; porque El es nuestro dulce Padre, tierno y bondadoso cual ninguno.

¡Oh buen Jesús, salvadnos, ya que abandonados de Vos pereceremos sin remedio; no permitáis que de Vos nos separemos: esta sería nuestra mayor desgracia, y á fin de evitarla, os ofrecemos todo nuestro amor, y contando con Vos, prometemos fidelidad eterna á vuestro santo servicio. He aquí la última palabra que os dirige el corazón; el canto que os revela todos los afectos de nuestra alma; amor, consagración, fidelidad. Sois nuestro Dios, Hijo Unigénito del Padre, Redentor de los hombres, autor de todos nuestros bienes; Padre bondadoso; incomparable hermano; amigo fidelísimo. Os debemos, pues, amar con todo nuestro afecto.

En Vos vivimos, nos movemos y existimos; y de Vos todo lo hemos recibido; sois el principio y fin de nuestro ser; por esto no debemos vivir para nosotros mismos, ni para el mundo, sino únicamente para Vos, para vuestra mayor honra y gloria.

Vos, Jesús dulcísimo, jamás abandonáis á vuestros hijos; que antes bien los asistís conti-

(1) Matth., XI, 28.

nuamente con una providencia incomparable, con un amor muy grande. Por esto nuestra fidelidad para con Vos debe durar eternamente.

Amor, consagración, fidelidad. Suspiramos por Vos de amor y de ternura. ¡Cuán bueno sois, Señor; cuán bueno sois! ¡Cómo no amaros con todo el corazón, con toda el alma, bondad infinita, á Vos que tanto nos amáis, y que tenéis un corazón tan puro y hermoso, fuente viva de la gracia é inagotable manantial de toda dicha!

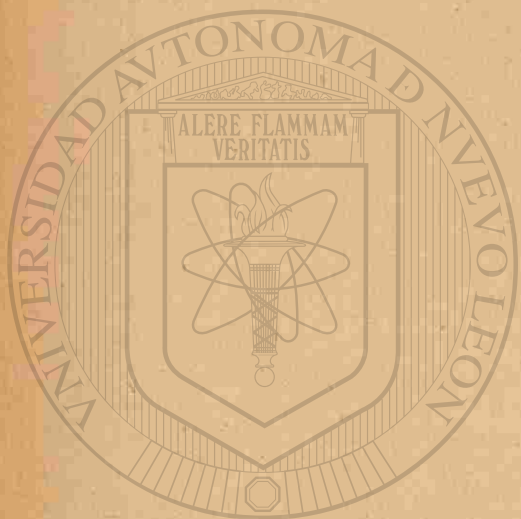
Si de Vos todo lo hemos recibido, ¿debemos consagrarlo á otro que á Vos mismo? También á esto nos obliga el amor: si nuestro corazón os pertenece; si sois nuestra gloria y encanto, ¿dejaríamos que otro alguno llevara en pos de sí nuestros afectos? De ninguna suerte, dulcísimo Señor; y por tanto, nos consagramos del todo á vuestra gloria. Vos mismo sellad con vuestro amor nuestras potencias y sentidos, el alma y el cuerpo que de Vos hemos recibido, y reinad para siempre en nuestro corazón.

Vuestro amor, dulcísimo Jesús, tiene encadenado nuestro afecto; no permitáis que rompamos esas dulces cadenas; mas antes bien, vuélvanse éstas cada día más fuertes, y cada día también que nos deis de vida, sea más íntima y sagrada la recíproca unión de nuestros corazones, el vuestro reinando y recibiendo toda bendición y gloria, todo el afecto de los que tanto queremos amaros; y el corazón de

vuestros hijos, rendidos siempre á vuestra santa voluntad, recibiendo los tesoros de vuestra gracia, las caricias de vuestro amor y la esperanza dulcísima y amable de poseeros para siempre en el cielo. *Videvimus, gustabimus, amabimus.* Veremos vuestra divina hermosura, amaremos vuestra bondad infinita y seremos embriagados en el torrente de las divinas delicias. ¡Qué vista tan hermosa será para nosotros la de ese Corazón que tanto nos amó; con qué ardor tan puro y sagrado nos arrojaremos en el seno de Jesús á fin de derramar en Él nuestros afectos, y cuántas serán las delicias que gustemos en la fuente de la vida, en el manantial eterno de la gloria; allí donde la felicidad no muere nunca, donde seremos siempre de Dios, y Dios siempre reinará sobre nosotros! Sacratísimo Corazón de Jesús, en Vos está nuestra esperanza, y todo nuestro amor.
Fiat, fiat.

FIN

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INDICE

	Págs.
PRÓLOGO.....	5
CAPÍTULO I.—Busquemos á Jesús.....	7
CAP. II.—Él nos previene con su santa gracia...	16
CAP. III.—Sin Él nada podemos.....	29
CAP. IV.—Nos llama con inmensa dulzura.....	48
CAP. V.—Él es la vida.....	68
CAP. VI.—Él es la vida y la verdad.....	90
CAP. VII.—El camino que nos lleva al Padre....	112
CAP. VIII.—El árbol de la vida y sus preciosos frutos.....	136
CAP. IX.—Nuevos frutos del árbol de la vida....	163
CAP. X.—Jesucristo y los sacrificios de la Ley antigua.....	192
CAP. XI.—Jesucristo, el Própiciatorio, el Arca, el Maná, la Vara de Aarón y las Tablas de la Ley.....	220
CAP. XII.—El Hijo de Dios en sus relaciones con el pueblo de Israel.....	244
CAP. XIII.—Jesucristo y su Iglesia.....	265
CAP. XIV.—Recuerdos y esperanzas de la Iglesia	286
CAP. XV.—El canto del amor, afectos de la Igle- sia: sus obras.....	307

